VILLELGA RODRÍGUEZ

APOLOGÉTICA CONTEMPORÁNEA

Villelga Rodriguez

APOLOGÉTICA CONTEMPORÁNEA

BT1108
V5
c.1

1680387

1080020708

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CURSO ELEMENTAL

DE

APOLOGÉTICA CONTEMPORÁNEA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODERNA
LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. e C.
SAN JÓSE EL REAL Núm. 3.
APARTADO POSTAL Núm. 444.
MEXICO.

239
R.

CURSO ELEMENTAL

DE

APOLOGÉTICA

CONTEMPORÁNEA

POR EL

Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro.

Catedrático de dicha Asignatura
y de Elocuencia Sagrada en la Universidad Pontificia de Compostela
y de Religión en la Escuela Normal de Maestros

Con Licencia del Ordinario

BARCELONA
JUAN GILI, Librero
223, Cortes, 223
1902

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
44759

BT1108
V5

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Es Propiedad.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO

Tipo-litografía de José Cunill Sala, Universidad, 25.—Barcelona.

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

—*—

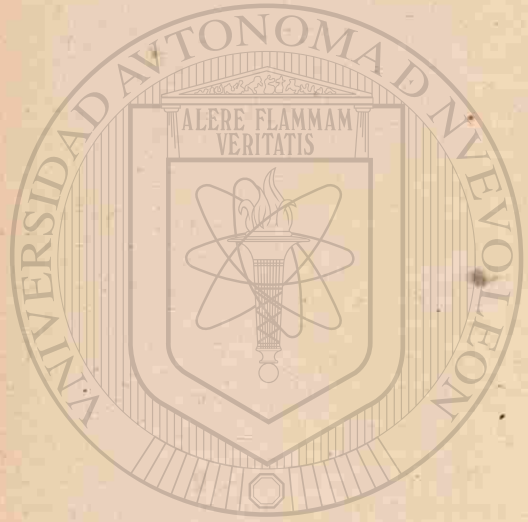
Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el libro titulado CURSO ELEMENTAL DE APOLOGÉTICA CONTEMPORÁNEA, *escrito por el* Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro., *mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares de éste rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.*

Barcelona 16 de Noviembre de 1901.

El Vicario general,
Ricardo Cortés.

Por mandado de Su Señoría,
Lic. José M.ª de Ros, pbro.
Secr. Can.

006567



DEDICATORIA

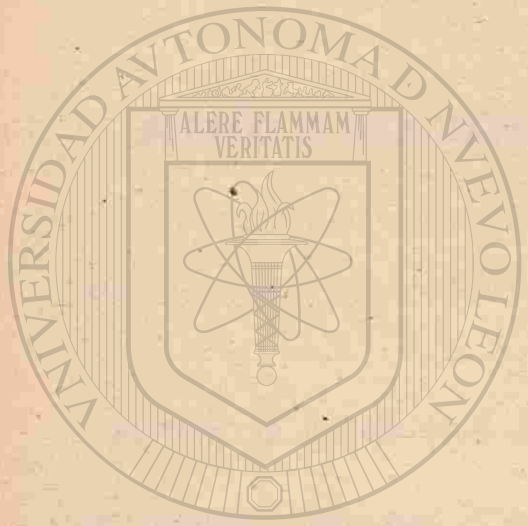
Al Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Arzobispo de Compostela,

Dr. D. José Martín de Herrera

pastor celoso, sacerdote sin tacha, entusiasta promovedor de los intereses de la Enseñanza y de los del bien de su clero y de toda su grey, en señal de entrañable, respetuoso y filial afecto.

El Autor

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DOS PALABRAS DEL AUTOR

Con verdadero gozo emprendo la composición de este libro, porque en él quedarán resumidos los humildes estudios míos sobre Apologética, labor que ocupó siempre mi atención, y á la cual he dedicado más de veinte años. No sé si la vocación, ó mis inclinaciones naturales, ó el triste cuadro que á mis ojos ofrecía el mundo, presa de tantos errores, que son fuente de la caída profunda de la vida moral contemporánea, hubieron de atraerme á ese vastísimo y complicado mundo de la controversia, y sé que desde el primer momento en que lució para mí la divina idea de formar parte en la milicia sublime del sacerdocio católico, asaltóme al punto la inclinación viva y decidida de convertirme en soldado de la verdad, y entrar en lucha con el error anticristiano. Mis lecturas predilectas eran los libros de contro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

versia, ya dogmática, ya filosófica; y puedo asegurar que el estudio, casi constante, de mi vida, fueron los innumerables tesoros que constituyen la hermosa fábrica intelectual, levantada en honor de la Iglesia y en defensa de la verdad Católica, por la moderna Apologética, ciencia vastísima que en este siglo á buen seguro no reconoce otra que pueda comparársele. Ansiaba yo vivamente que esta clase de estudios tuviese puesto, como merece, en las Escuelas eclesiásticas; y cuando yo no pensaba en que mi deseo habría de tener eco real en la vida de nuestros Seminarios, llegó á mí la noticia de que en este gran Seminario se implantarían esos estudios y que se me encargaría de dar esa enseñanza. ¡Cuán cierto es que los designios de la amorosa Providencia de Dios, van cumpliéndose á medida que suena su hora en el reloj de la eternidad y se nos revela en el tiempo! Ante tan agradable suceso, que para mí es gozo vivísimo, justo es que en el fondo del alma tenga una frase viva y leal de gratitud profunda á Dios Nuestro Señor, verdadero rey de la historia y proveedor divino y paternal de la vida; y también para

todos aquellos que han servido de dóciles instrumentos á la divina providencia, en este asunto de trascendencia tan alta. Espero que el mismo Señor del Cielo que me trajo al Sacerdocio, acordándose de mi pobre nada, me ayudará á cumplir ahora la delicada y difícil misión de maestro en la enseñanza Apologética, y me prestará su favor en la composición de esta humilde obra elemental, que deberá, no obstante, abarcar en resumen, la controversia entera de estos tiempos, empeñada en el triple mundo de la Razón, de las Ciencias y de la Crítica Histórica.

En Santiago de Compostela, el día 26 de Febrero de 1897, fiesta de los Santos Nestor, Alejandro, Faustiniano, Porfirio y Victor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE PRIMERA

FASE PRIMERA

EL RACIONALISMO Y LOS DOGMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria Valverde y Tellez

LECCIÓN PRELIMINAR

Definición de la Apologética y su división.—Apologética moderna: sus fases y fuentes en donde puede estudiarse. —Exposición general ó rápida ojeada histórica sobre los errores modernos.

Definición de la Apologética y su división. —Apologética significa defensa; y, tratándose de apologética cristiana, es la ciencia que se ocupa en defender las doctrinas y prácticas de la Religión cristiana, contra los errores y acusaciones que sus enemigos les oponen. Atendido el objeto, y teniendo en cuenta la extensión y también la profundidad que se dé á esta clase de trabajos, tendremos: Apologética puramente doctrinal, si se trata de defender la doctrina; apologética, que podemos llamar práctica, si se trata de defender cuestiones prácticas, y en este caso no hay inconveniente en darle el título de histórica; si el objeto versa sobre cuestiones propias del orden puramente racional, será filosófica; si el asunto pertenece á la esfera de las ciencias, será científica; si se trata de apreciar hechos, será histórico-crítica. Si se estudia un asunto determinado ó singular, la apologética será especial; si abarca la defensa de todos los asuntos, será entonces general; y si al estudiar el objeto lo hace penetrando en él, de suerte que su labor sea fun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

damental, tendremos la apologética superior; si no entra en graves y trascendentales cuestiones, y las trata de fácil manera y sin gran extensión, tendremos la apologética elemental, que puede ser también llamada popular.

Apologética moderna: sus fases y fuentes en donde puede estudiarse.—Tiene por objeto la apologética moderna el refutar los errores modernos, que han venido de un siglo acá, oponiéndose á las doctrinas de la Iglesia católica.

Dichos errores han adoptado, primero, la fase puramente racional ó filosófica, racionalismo; segundo, la fase científica, especialismo científico; tercero, la crítica histórica, criticismo histórico. A estas tres fases del error moderno, corresponden otras tres en la moderna apologética; y tendremos: 1.ª fase: apologética filosófica; 2.ª fase: apologética científica; 3.ª fase: apologética crítico-histórica.

Las fuentes de la apologética podemos clasificarlas en dos grandes grupos: 1.º Apologías generales; 2.º apologías especiales. Como quiera que los trabajos apologéticos de que aquí tratamos son tan numerosos, iremos indicando los que merezcan lugar preferente; y, comenzando por los que tienen carácter general, son dignos de mención y estudio los siguientes:

«El genio del Cristianismo», por el Vizconde de Chateaubriand, obra no tan profunda como hermosa, pero que en su época dió excelentes resultados. «Defensa del Cristianismo», por Frayssinous; son conferencias filosófico-religiosas, de bastante importancia; su estilo es marcadamente académico y algo frío. «Estudios filosóficos sobre el Cristianismo» y «El arte de creer», por Augusto Nicolás; ambas obras son dos maravillas dignas de estudío por su profundidad y por la hermosura de la forma. «Conferencias en Nuestra Señora de París», por el R. P. Domingo Enrique Lacordaire; son una obra de prodigiosa elocuencia y hermosa apología del Cristianismo, en su parte dogmática. «Apología del Cristianismo» y «Teología fundamental ó apologética», por el Dr. Francisco Hettinger; ambas obras, bastante extensas, valen como labor sintética y como labor erudita; son dos obras maestras. «Apología del Cristianismo», por el Dr. Schanz; obra escrita en alemán, que goza de gran fama, pero que no se ha traducido á ninguna lengua neo-latina. «El Cristianismo y los tiempos presentes», por Monseñor Bougaud, es un trabajo magistral y delicadísimo. «Exposición del Dogma católico», por el R. P. Monsabré; este trabajo y la «Introducción al Dogma católico», del mismo autor, es un monumento de saber filosófico y teológico. «Religion et Catholicisme», del abate Cauly, es un hermoso compendio de toda la polémica contemporánea; como lo es, igualmente, la notable obra «La Creación, la Redención y la Iglesia...», del sabio Obispo de Oviedo, Iltmo. Sr. Martínez Vigil.

Vengamos ahora á los trabajos ó fuentes especiales:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre los trabajos hechos en España deben citarse: «El Protestantismo comparado con el Catolicismo...», «La Filosofía fundamental» y «Cartas á un escéptico», por el Dr. D. Jaime Balmes, obras que suponen extraordinario talento. «Ensayo sobre el Catolicismo», por el Marqués de Valdegamas, talento superior, elocuente y profundo. «El racionalismo y la humildad» y «La ciencia y la revelación», por D. Juan Manuel Ortí y Lara. «Harmonía entre la ciencia y la fe», por D. Miguel Mir, obra muy hermosamente escrita. «La Iglesia vindicada contra las imposturas racionalistas», por el P. José Mendive. «Demostración de la harmonía entre la fe y la ciencia», por el sabio presbítero catalán don Antonio Comellas Cluet; es un libro de primer orden. «Religión y ciencia», por el doctísimo é Ilmo. Sr. Fr. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca; libro admirablemente hecho. «Historia de los heterodoxos españoles» y «La ciencia española», por el sabio y erudito profesor D. Marcelino Menéndez y Pelayo; ambos trabajos son una maravilla de erudición. «La arqueología prehistórica», por el Sr. Fernández de la Peña; es obra maciza. «La Siria y el Egipto resucitados», obra muy docta, del Sr. D. Ramiro Balbuena. «Dios y el cosmos», excelente libro del Sr. D. Miguel Amer. «Historia apologética de los Papas», por el ilustradísimo Sr. D. Urbano Ferreiroa; es obra elocuente y erudita. «La Psicología celular», y todas las obras filosóficas del ilustre profesor

don Antonio Hernández Fajarnés. «La Biblia y la ciencia» y los «Estudios sobre Sto. Tomás», por el sabio Cardenal González, obras solidísimas y bien escritas. «La Religión y la ciencia», por D. Joaquín Rubió y Ors, obra importante por su valor histórico. «La Creación» y «El Milagro», por el eruditísimo P. Juan Mir. «El Darwinismo», por el ilustrado profesor Sr. Polo y Peirolón. Todas las «Conferencias científico-religiosas» y «Los orígenes religiosos», por el P. Eduardo Llanas; obras de gran actualidad y mérito científico. «Cartas á la Iberia», por el sabio Cardenal García Cuesta. Todos los trabajos apologéticos de D. Niceto A. Perujo, y los del sabio Sr. D. Francisco Caminero. Trabajos extranjeros: «Los esplendores de la Fe», por el abate Moigno; obra de gran erudición científica. «La divinidad de Jesucristo», «Jesucristo», «La razón y el Evangelio», «El Estado sin Dios», «La revolución y el orden cristiano», del ilustre filósofo Augusto Nicolás. «Filosofía y ateismo en el Siglo XIX», por Ernesto Hello, obra maravillosa en todos conceptos. «La Religión ante la ciencia», por el abate Arduin; obra notable y metódica. «Apología científica del Cristianismo», por Duillet de Saint Projet; es un compendio magistral del asunto. «Los tiempos primitivos.....». «Los orígenes del Cristianismo» y «El reino de Cristo», por el sabio abate Thomas. Todos los Estudios bíblicos del ilustre Cardenal Meignan; los trabajos filosóficos del abate de Farges, las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obras todas, tan numerosas y notables, del insigne abate de Broglie, desde «El positivismo» y «La historia comparada de las religiones», hasta sus trabajos póstumos «Religión y crítica». Las dos obras «Los Libros Sagrados...» y «La Biblia y los descubrimientos modernos», del sabio abate Vigouroux, que son todas ellas labor clásica en la materia. «Dios y sus obras», «Jesucristo y su reino» y «La Iglesia y el Papa», del docto P. Marin de Boylesve. «Conferencias en Nuestra Señora de París», por Monseñor D'Hulst. «La Iglesia defendida contra los errores históricos», obra magistral del abate Gorini. «El librepensamiento», del abate Canet. «La Iglesia vindicada por la historia», del abate Canitrot. «Las desgracias de la filosofía», «El milagro», «El problema del mal», «La bestia comparada con el hombre», «El alma y la fisiología», del sabio P. Bonniot. «El problema de la vida», del Marqués de Nadaillac. Las conferencias sobre el Pentateuco, Jesucristo y la existencia de Dios, del sabio abate Fremont. Los trabajos de crítica filosófica, del P. Maumus. Los estudios sobre Jesucristo y el titulado «Tres problemas religiosos», del Padre Didon. «Religión» y «Lo sobrenatural», del abate Gondal. «La introducción científica ó la fe cristiana», por Un Ingeniero del Estado (París). Los estudios de religión comparada, de Monseñor Laouenan. «Lo maravilloso y la ciencia» y «Errores sociales de nuestros días», del abate Meric. «La Fe», del abate Merit. El gran estudio

sobre la francmasonería, del P. Meurin. «Del Papa...» y «Veladas de San Petersburgo», del Conde de Maistre. «Las ciencias y la filosofía», de M. T. H. Martín. «Cristianismo y libertad», del Canónigo M. Dunand. Los trabajos apologéticos de Monseñor Freppel. «Jesucristo», «El Perfume de Roma» y demás trabajos con carácter apologético de Luis Veuillot. «La ceguera científica», del P. Carbonnel. «El porvenir de los pueblos católicos», de Hautteville. Las notables «Conferencias» y demás trabajos del P. Félix. «Apologética fundamental», de Monseñor Wedingen. «Los fundamentos de la moral y del derecho», del abate Baets, y su estudio contra la «Criminología positivista». «La filosofía escolástica», del P. Kleutgen. «Los grandes arcanos del universo», del P. Pesch. «Apología del Cristianismo...», del P. Weiss. «La cuestión social», del sacerdote Hitze. «La escuela cristiana», de F. Riess. «Conferencias», del Cardenal Alimonda. «La Iglesia y el Estado», del P. Liberatore. «El compuesto humano», del mismo autor. «La Iglesia ante sus disidentes», por Eizaguirre. «Conferencias», de Monseñor Ireland. «Conferencias», del Cardenal Newman. «Conferencias», del Cardenal Wisseman. «Virtud moral y social del Cristianismo», por el Conde Bremond D' Ars. «Las esperanzas cristianas», por Cochin. Finalmente, cabe consultar las numerosas grandes Revistas que vienen publicándose, como, «Anales de filosofía cristiana», «Museon», «Estudios.....», de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los PP. Jesuitas, «La universidad católica», «La ciencia católica», «Revista de cuestiones científicas», «Civilta cattolica», «La quinzaine», «Soluciones católicas» y otras. (1)

Exposición general ó rápida ojeada histórica sobre los errores modernos. — Los modernos errores pueden y deben clasificarse en tres clases: 1.ª Errores filosóficos. 2.ª Errores científicos. 3.ª Errores históricos. En el primer grupo entra el racionalismo; en el segundo el llamado «especialismo científico», y en el tercero el criticismo histórico. El racionalismo no es más que la filosofía emancipada de la fe y proclamada como fuente de los conocimientos del orden racional puro y de la moral llamada independiente, erigida la razón humana en juez supremo y negando el orden llamado sobrenatural; de aquí luego, las múltiples aplicaciones del racionalismo á todos los órdenes. Formando parte del racionalismo, pero con carácter empírico ó experimental y dándose la mano con el materialismo, tenemos el llamado positivismo, enemigo de la Religión y de la metafísica; y aplicados racionalismo y positivismo á los diversos órdenes de la ciencia, tenemos el mencionado «especialismo científico», que soñando conflictos entre las ciencias experimentales y las enseñanzas de la Religión, pretende que nos formemos la

(1) Por vía de complemento, las obras del P. Zahm, *Les origines*, de J. Guibert, *La Religión*, del P. Juan Mir, y el estudio sobre Jesucristo, del P. Murillo.

idea de un mundo sin Dios, del hombre sin alma y acusa á los Libros Sagrados de hallarse en oposición con las enseñanzas de la ciencia.

Finalmente, la crítica histórica, aplicada al estudio de los diversos cultos, inventó la llamada ciencia de las religiones ó religión comparada, y pretende identificarlas todas para sacar en consecuencia que los errores que hay en algunas son comunes á toda religión, y que ésta es cosa mala y vitanda; por lo cual debe ser eliminada del mundo, como si se tratase de dar muerte á una fiera que todo lo devorase.

Aparte de todo esto, en el tejido mismo de la historia se han forjado verdaderas mentiras para desacreditar á la Iglesia y al Pontificado.

LECCIÓN I

Exposición del racionalismo desde Kant hasta el positivismo, el pesimismo y el nihilismo

Los precedentes del racionalismo contemporáneo deben buscarse en el protestantismo, que al negar la autoridad de la Iglesia abrió la puerta á todas las negaciones; de ahí vino el filosofismo del pasado siglo, y luego se inauguró el reinado del moderno racionalismo, que comienza en el criticismo kantiano; el filósofo de Koenisberg no es panteísta como los que le siguieron; pero minó las bases de la filosofía, destruyendo las de la certeza, con aquella doctrina escéptica refe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los PP. Jesuitas, «La universidad católica», «La ciencia católica», «Revista de cuestiones científicas», «Civilta cattolica», «La quinzaine», «Soluciones católicas» y otras. (1)

Exposición general ó rápida ojeada histórica sobre los errores modernos. — Los modernos errores pueden y deben clasificarse en tres clases: 1.ª Errores filosóficos. 2.ª Errores científicos. 3.ª Errores históricos. En el primer grupo entra el racionalismo; en el segundo el llamado «especialismo científico», y en el tercero el criticismo histórico. El racionalismo no es más que la filosofía emancipada de la fe y proclamada como fuente de los conocimientos del orden racional puro y de la moral llamada independiente, erigida la razón humana en juez supremo y negando el orden llamado sobrenatural; de aquí luego, las múltiples aplicaciones del racionalismo á todos los órdenes. Formando parte del racionalismo, pero con carácter empírico ó experimental y dándose la mano con el materialismo, tenemos el llamado positivismo, enemigo de la Religión y de la metafísica; y aplicados racionalismo y positivismo á los diversos órdenes de la ciencia, tenemos el mencionado «especialismo científico», que soñando conflictos entre las ciencias experimentales y las enseñanzas de la Religión, pretende que nos formemos la

(1) Por vía de complemento, las obras del P. Zahm, *Les origines*, de J. Guibert, *La Religión*, del P. Juan Mir, y el estudio sobre Jesucristo, del P. Murillo.

idea de un mundo sin Dios, del hombre sin alma y acusa á los Libros Sagrados de hallarse en oposición con las enseñanzas de la ciencia.

Finalmente, la crítica histórica, aplicada al estudio de los diversos cultos, inventó la llamada ciencia de las religiones ó religión comparada, y pretende identificarlas todas para sacar en consecuencia que los errores que hay en algunas son comunes á toda religión, y que ésta es cosa mala y vitanda; por lo cual debe ser eliminada del mundo, como si se tratase de dar muerte á una fiera que todo lo devorase.

Aparte de todo esto, en el tejido mismo de la historia se han forjado verdaderas mentiras para desacreditar á la Iglesia y al Pontificado.

LECCIÓN I

Exposición del racionalismo desde Kant hasta el positivismo, el pesimismo y el nihilismo

Los precedentes del racionalismo contemporáneo deben buscarse en el protestantismo, que al negar la autoridad de la Iglesia abrió la puerta á todas las negaciones; de ahí vino el filosofismo del pasado siglo, y luego se inauguró el reinado del moderno racionalismo, que comienza en el criticismo kantiano; el filósofo de Koenisberg no es panteísta como los que le siguieron; pero minó las bases de la filosofía, destruyendo las de la certeza, con aquella doctrina escéptica refe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rente al valor de las demostraciones que prueban la íntima y verdadera relación entre el objeto y el sujeto. Así preparado el terreno, Fichte hubo de establecer su doctrina subjetiva, según la cual, se pone en el yo humano el principio de la ciencia trascendental, y en el conocer el origen del ser; la doctrina de Fichte es verdadero panteísmo, y con razón se la tildó de verdadera egolatría. En pos de Fichte aparece Scheling quien, mediante la abstracción, va subiendo hasta lo absoluto; identifica el objeto conocido con el sujeto cognoscente, enseña la identidad universal, verdadero spinosismo en el fondo, y nos ofrece una doctrina panteísta. Hegel, verdadero coloso de la filosofía alemana, de quien Menéndez Pelayo afirma «que en todo clavó su garra de leon», minó las bases de la verdad, y con su doctrina de la tésis, de la antítesis y de la síntesis de ambas, identificó los contrarios. Su doctrina filosófica fué llamada panteísmo dialéctico, y consiste en la idea que primeramente es ó existe en sí; esta idea evoluciona objetivamente, y nos da el mundo, llamado «idea fuera de sí»; la misma idea vuelve sobre sí misma, y por este acto reflejo se torna en «idea para sí»; todo cuanto existe y pueda existir es la idea; este panteísmo dialéctico difícilmente hallaría seguidores en cuanto á la doctrina metafísica por ser tan abstrusa; pero su influencia llegó á todas partes y continúa informándolo todo. En pos del racionalismo trascendental aparece el positivismo; y si bien pudiéramos aquí decir algo

de otros filósofos, como son M. Cousin, Joufroy, Jacobi, Lamennais y Krause, todos ellos son de secundario valor, al menos como filósofos, y no han, ni con mucho, alcanzado el renombre de ciertos pensadores alemanes. Así, pues, vengamos ya á la nueva fase que alcanza el racionalismo, y que actualmente constituye la doctrina imperante; esta doctrina recibió el nombre de positivismo y merece que se la exponga cuidadosamente.

El positivismo.—Se dá este nombre á la doctrina que Compte, Littré, Taine, Renan y otros han venido profesando, según la cual el entendimiento humano vive en tres estados ó regímenes mentales: el teológico, el metafísico y el científico. En el primero entra el reinado ó época de la religión; en el segundo el de la filosofía; y en el tercero el de la ciencia. El positivismo cree que las dos primeras épocas han pasado ya, y que hemos llegado á la tercera, que es la de la *ciencia*. El círculo científico está constituído por seis ciencias: Astronomía, Biología, Matemáticas, Física, Química y Sociología. Esta doctrina es hoy la filosofía imperante, y se transmitió á todo, incluso al derecho penal; en Italia, Lombroso sostiene la bandera positivista, y ya se sabe que, según esta doctrina, el delincuente es un enfermo, no un malvado. Stuart Mill y Herbert Spencer, en Inglaterra, son los grandes hombres del positivismo; y no faltaron quienes, extremando el sistema, que es un materialismo vergonzante, se declararon abiertamente materialistas; Büchner, en Alema-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nia, todo lo reduce á «fuerza y materia»; y el naturalista Haeckel, profesor en Jena, es también materialista, hasta convertir al hombre en simple máquina; la doctrina de Haeckel recibió el nombre de monismo, por dejarlo todo reducido á cierta unidad material que en el fondo lo es todo. Estas doctrinas han tenido notables impugnadores; en Francia, el sabio abate de Broglie, autor de dos obras admirables; en España, comenzó la misma honrosa labor el docto profesor D. Antonio Hernández Fajarnés que tiene un hermoso libro acerca de *La psicología celular*.

El pesimismo.—Schopenhauer, alemán soñador y pesimista, fué á buscar su doctrina en Kant, Averroes y Budha; es partidario del fenomenismo kantiano y pone en la voluntad el poder de fundar el orden metafísico. Distingue entre la voluntad impersonal y la voluntad personal; la primera, absoluta y universal, es quien alcanza á establecer los principios que constituyen la metafísica; la segunda nos da, con el mundo, una determinación ó concreción de la primera.

Schopenhauer nos ofrece una *moral* pesimista porque él tiene la vida como cosa mala; el vivir es cosa penosa y aflictiva; el hombre, en la lucha por la vida, sabe que resultará vencido; el yo humano resulta siendo nada; el conjunto de los seres radica en un ser único, llamado voluntad universal, y confundiéndolo todo, dar con cuerpo y alma en la nada, porque esta última va á perderse en la voluntad universal, en el nirvana de lo inconsciente. Esta doctrina es abstrusa, extravagante, loca; pero logró penetrar en la vida práctica, y sus consecuencias son funestísimas. «Hartman, dice el abate Vallet, vá más allá todavía que su maestro Schopenhauer. Reduce á seis clases los bienes de la vida: 1.º los bienes que no son más que la ausencia de ciertos males, por ejemplo, la salud, la juventud; 2.º los bienes que no son sino medios para buscar otros fines, y que, por consiguiente, no son bienes por sí mismos, como la fortuna, los honores; 3.º aquellos que causan mayor pena que placer, el hambre, el amor, etc.; 4.º aquellos que se fundan en las ilusiones de la imaginación, la piedad y otros semejantes; 5.º aquellos que son verdaderos males, y que no son aceptados sino para evitar otros mayores; á este número pertenece el matrimonio; 6.º finalmente, los que proporcionan mayores placeres que penas, pero que son herencia de pocos: así la ciencia y el arte. La vida presente, por cualquier lado que se la mire, es pues, efectivamente, la abominación de la desolación».

El nihilismo.—Conviene tener muy en cuenta que los errores teóricos ó metafísicos engendran otros que se traducen en los órdenes de aplicación; y así la filosofía primera, que se propuso cambiarlo todo, vino á dar en el socialismo y comunismo; á ella se debe ese poder aterrador del anarquismo y la ridícula moral independiente, moral sin Dios, verdadero ateísmo ético. En el orden político, resultó el Estado ateo, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo lo absorbe para constituirse en un Dios sin entrañas, egoísta y tiránico. En el orden científico, se nos dió la doctrina brutal de fuerza y materia, y la teoría ateo-transformista, el evolucionismo materialista; el ateísmo cosmogónico, la geología sin fe, la antropología materialista, y luego, invadiendo los dominios de la historia, resultó la etnología descreída y la crítica histórica, enemiga de la verdad.

Y para que nada faltase, el mundo del arte aparece informado por el determinismo, arte materialista, que echa á un lado la libertad humana y rebaja al hombre hasta convertirle en bestia, ofreciendo al mundo todas las hediondeces de la corrupción humana. ¡Triste resultado del error! Se trató de divinizar al hombre mediante la filosofía panteísta, y resultó precisamente todo lo contrario; ¡el envilecimiento humano, el hombre bestia y hasta el hombre máquina! ¡Así se venga la verdad de las injurias del error! (1)

LECCIÓN II

Crítica general del racionalismo

La filosofía racionalista, que es muy varia en sus fases, tiene sin embargo un fondo común; ese fondo es lo substancial ó capital de la doctrina,

(1) No hablo aquí de las locuras de Nietzche, que por ser lo que son ya están juzgadas.

y consiste en afirmar la autonomía ó soberanía de la razón humana. Así, tenemos la famosa libertad de pensar ó libre pensamiento; y todas las doctrinas, sean cuales fueren, deben comparecer ante el tribunal de la razón humana, juez supremo de la verdad, y «fuente de donde arranca la ciencia trascendental». Ahora bien; ¿será la razón humana principio trascendental del saber? ¿Hay motivos para declarar autónoma esa razón? ¿Qué valor tiene la decantada teoría de la libertad de pensar? Viniendo, ante todo, á examinar el prólogo, llamémosle así, del racionalismo trascendental, esto es, examinando el valor de las doctrinas kantianas, encontramos minados por su base los fundamentos de la certeza; Kant, con su crítica demoledora, preparó el camino al racionalismo de Fichte; al filósofo de Koenisberg «nada le tiene que agradecer la filosofía verdadera con respecto á la conservación de las principales verdades. En efecto: quien afirma que las pruebas metafísicas en defensa de la inmortalidad del alma, de la libertad del hombre y de la duración del mundo le parecen de igual peso que las que militan en contra, no es muy apropósito para dejar bien establecidas esas verdades sin las que serán un nombre vano todas las religiones.....

«Fichte se entregó á un idealismo tan extravagante que, dándolo todo al alma, llega, por decirlo así, al anonadamiento de todos los objetos exteriores; su sistema conduce á la negación de la existencia de todo cuanto no sea el yo que piensa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A pesar de las dañosas consecuencias á que puede conducir semejante doctrina, no son estas más peligrosas é inmediatamente destructoras de toda religión y moral, que las de Schelling, quien no obstante todos los velos con que encubre su sistema, al fin viene á parar al panteísmo de Spinosa.

«Poco me importa que en la escuela de Schelling se me hable de cualidades íntimas que no perecerán cuando yo muera, sino que volverán á entrar en el vasto seno de la naturaleza; cuando al propio tiempo se me añade que el individuo, es decir, el ser particular, el alma, se anonada. Hegel nos asegura que ha fijado los principios, arreglado el sistema y determinado el límite de toda filosofía. Él lo ha descubierto todo: después de él nada queda por descubrir; la humanidad no debe hacer más que desarrollar las teorías del sublime filósofo y aplicarlas á todos los ramos de los conocimientos. Esto no fuera tan intolerable si se tratase de objetos de escasa importancia, si Hegel no llamara á su tribunal al hombre, á la humanidad, á todas las religiones, á Dios mismo, y no fallase sobre todo con indecible orgullo.» (1).

Refiriéndose el mismo Balmes, á M. Cousin, que como es sabido enseñó un panteísmo bastante confuso, pero real, dice: «no alcanzo como puede profesarse más abiertamente el panteísmo, que diciendo claramente que Dios es uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y

(1) Balmes, *Cartas á un escéptico en materia de religión.*

vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre de los seres y en su grado más humilde, infinito y finito á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo Dios, naturaleza y humanidad, compendiando el pensamiento en estas inequívocas palabras: *Si Dios no es todo, es nada*» (1).

Juzgados los grandes y genuínos representantes del racionalismo filosófico, veamos qué valor tienen sus doctrinas ante el tribunal de la sana crítica. Según Fichte, el yo es quien al conocer el objeto lo crea; de donde resultan estas dos cosas: 1.ª: El yo humano es verdadera fuente del ser, y como el ser es la idea objetivada, el yo es fuente del saber; si es fuente del conocimiento, si pone la idea y pone el ser, todo ello brota del yo humano como de su fondo substancial; el yo es fuente de todo; el yo es verdadero Dios; y aquí se ve como no sin justísima razón se dió al sistema filosófico de Fichte, el dictado de *egolatría*. Mas si las cosas fuesen como Fichte pretende, la ciencia humana, la idea que brotase del yo, debería comprenderlo todo, contener en sí la idea capital, infinita, eterna y siempre igual á sí misma la que, discurriendo como es debido, forzosamente habría de formar una sola unidad con el yo; tendríamos que el alma humana sería lo que la substancia divina, que no se distingue realmente de la ciencia divina, sino que es una cosa misma

(1) Balmes, obra citada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con dicha substancia. Esta consecuencia riñe con lo que la experiencia nos enseña: en el conocimiento humano, antes es el objeto conocido y luego sigue su idea ó conocimiento; el saber humano es fragmentario y está sujeto á la ley del progreso, y en ocasiones mil sufre la triste ley de la decadencia; además, los juicios que forma el hombre sobre los objetos resultan en ocasiones equivocados; todo esto se opone manifiestamente á la idea infinita é indefectible que debiera encontrarse en el yo humano, si en éste se diese el principio de la ciencia trascendental y fuese origen del ser y fuente absoluta del conocer. Esta doctrina, pues, del yo humano como principio de la ciencia trascendental, resulta falsa, y Balmes lo hizo ver con maravilloso talento, en su *Filosofía fundamental*, juzgando las audacias de Fichte, sustentador de aquella ridícula y pretenciosa doctrina.

Ahora bien; si el yo humano no es ni puede ser fuente de la ciencia trascendental, porque su saber es finito y adquirido, ¿cómo pretende el racionalismo otorgar á la razón humana una autonomía imposible, erigiéndola en juez absoluto, en criterio inapelable, si esa razón es finita, si su saber es finito, si además se ve tantas veces obscurecida por la pasión, y si, como la historia del saber humano demuestra, son tantas las decepciones que ofrece que ya se dijo, como fórmula corriente, «que no hay error que no haya sido enseñado por algún filósofo», es decir, por alguno

de los más caracterizados representantes de esa razón humana, tan ensalzada y tan pobre, tan atrevida y tan mal parada por los golpes del error, y que con toda su sabiduría obscureció el mundo de la verdad, y fué necesario que Dios se apiadase del hombre para traerle á la región de la luz? Véase sobre este punto lo que en el hermoso libro de D. Miguel Mir se dice al tratar de «los límites de la ciencia y de la necesidad de la Fe».

Por lo que á la libertad del pensamiento se refiere, debemos tener en cuenta que esa extraña prerrogativa que el racionalismo pretende otorgar á la razón humana es un sueño. Y en efecto; no es la inteligencia humana quien da leyes á la verdad; sino la verdad quien se las impone al entendimiento; y así como del bien se dijo «que es el movimiento de la voluntad dentro del orden», así también de la verdad cabe decir que es el movimiento ordenado de la inteligencia; pensar á medida del capricho, espoleado por la pasión ó aguijoneado por interesados motivos que pueden ser, en ocasiones, hasta culpables, y hacerlo sacrificando el orden, no es propio de un entendimiento razonable; por manera que darse al capricho de pensar lo que se quiera es saltar fuera del camino que nos mantiene en lo justo, que nos da la verdad y nos libra del error. La libertad de pensar es la libertad del delirio, es algo que si no es la locura puede llevar á ella y que se le parece en gran manera. ¿Qué diríamos del mecánico que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pretendiendo enviar un cuerpo á su destino suprimiese los diques que le impiden apartarse de la vía que debe seguir, con el pretexto de que ese cuerpo se moviese con entera libertad? Desde luego le tendríamos por hombre sin juicio y nos guardaríamos bien de seguir sus consejos. La libertad de pensar es la libertad del desorden, porque es la negación de los derechos del orden, condición *sine qua non* para el ejercicio de todo; el pensamiento sin orden es la locura, la voluntad sin orden es el mal, como el ejercicio corporal sin orden es la estenuación, como el funcionamiento del organismo sin esa necesaria condición traería la enfermedad y hasta ocasionaría la muerte.

El abate Canet ha publicado un libro voluminoso y admirable titulado *La libre pensée contemporaine;* en él se traza profundo estudio del asunto; quienes puedan leerlo sacarán muchísimo provecho de su estudio; en él se pulverizan los delirios del llamado «libre pensamiento». También se puede consultar nuestra humilde obra, *La libertad del pensamiento dentro del Dogma*, premiada en el Certamen del Escorial, en 1887, con el primer premio señalado para ese punto.

Como resumen sintético y general acerca del racionalismo, véanse los siguientes conceptos que tomamos de una de las conferencias del R. P. Félix, quien dice así: «... entre tantas pruebas de decaimiento como nos han dado las filosofías puramente humanas, ¿sabéis lo que me llama más la atención? Su impotencia para durar. Sí,

con pesar lo digo; su impotencia para durar. No sé qué especie de caducidad invencible les afecta casi desde el momento en que nacen, y no les permite ni aún recoger los frutos de su madurez. No sé qué especies de ráfagas pasan y se llevan, envuelto en un obscuro torbellino, ese polvo de doctrina que siembra la filosofía en su camino secular. No sé qué especie de torrente de ideas, de cosas y de sucesos, arrastra como náufragos á los filósofos y á sus sistemas, que en vano se esfuerzan para ganar la playa. Esa es la historia de la caducidad doctrinal y de la mortalidad filosófica, ya antigua en la humanidad, y que continúa en nuestros días, no permitiéndonos siquiera leer en la última página lo que contaba en la primera: restos de doctrinas, de ruinas y de sistemas. ¡Ah! los que vinieron cierto día á enseñarnos *como se acaban los dogmas*, han llevado su merecido, y no han logrado enseñarnos sino *como se acaban las filosofías*. No bien habían andado algunos pasos en este siglo, al cual prometían regenerar, cuando ya el tiempo las hirió de muerte; y están muertas, muertas, sin esperanza de resurrección». R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París*.

LECCIÓN III

El racionalismo y lo sobrenatural

Este asunto es para el Cristianismo asunto de vida ó muerte; es tanta su trascendencia, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pretendiendo enviar un cuerpo á su destino suprimiese los diques que le impiden apartarse de la vía que debe seguir, con el pretexto de que ese cuerpo se moviese con entera libertad? Desde luego le tendríamos por hombre sin juicio y nos guardaríamos bien de seguir sus consejos. La libertad de pensar es la libertad del desorden, porque es la negación de los derechos del orden, condición *sine qua non* para el ejercicio de todo; el pensamiento sin orden es la locura, la voluntad sin orden es el mal, como el ejercicio corporal sin orden es la estenuación, como el funcionamiento del organismo sin esa necesaria condición traería la enfermedad y hasta ocasionaría la muerte.

El abate Canet ha publicado un libro voluminoso y admirable titulado *La libre pensée contemporaine;* en él se traza profundo estudio del asunto; quienes puedan leerlo sacarán muchísimo provecho de su estudio; en él se pulverizan los delirios del llamado «libre pensamiento». También se puede consultar nuestra humilde obra, *La libertad del pensamiento dentro del Dogma*, premiada en el Certamen del Escorial, en 1887, con el primer premio señalado para ese punto.

Como resumen sintético y general acerca del racionalismo, véanse los siguientes conceptos que tomamos de una de las conferencias del R. P. Félix, quien dice así: «... entre tantas pruebas de decaimiento como nos han dado las filosofías puramente humanas, ¿sabéis lo que me llama más la atención? Su impotencia para durar. Sí,

con pesar lo digo; su impotencia para durar. No sé qué especie de caducidad invencible les afecta casi desde el momento en que nacen, y no les permite ni aún recoger los frutos de su madurez. No sé qué especies de ráfagas pasan y se llevan, envuelto en un obscuro torbellino, ese polvo de doctrina que siembra la filosofía en su camino secular. No sé qué especie de torrente de ideas, de cosas y de sucesos, arrastra como náufragos á los filósofos y á sus sistemas, que en vano se esfuerzan para ganar la playa. Esa es la historia de la caducidad doctrinal y de la mortalidad filosófica, ya antigua en la humanidad, y que continúa en nuestros días, no permitiéndonos siquiera leer en la última página lo que contaba en la primera: restos de doctrinas, de ruinas y de sistemas. ¡Ah! los que vinieron cierto día á enseñarnos *como se acaban los dogmas*, han llevado su merecido, y no han logrado enseñarnos sino *como se acaban las filosofías*. No bien habían andado algunos pasos en este siglo, al cual prometían regenerar, cuando ya el tiempo las hirió de muerte; y están muertas, muertas, sin esperanza de resurrección». R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París*.

LECCIÓN III

El racionalismo y lo sobrenatural

Este asunto es para el Cristianismo asunto de vida ó muerte; es tanta su trascendencia, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afirmar lo sobrenatural es afirmar la esencia de la Religión cristiana y de una manera implícita todos sus dogmas y enseñanzas; negarlo es dar un mentís á esta religión que vive de lo sobrenatural: en el orden de la inteligencia, por la revelación; en el orden de la voluntad, por la gracia; en el orden del corazón, por esa acción divina de Dios en nosotros, que nos eleva y santifica, nos hace hijos adoptivos suyos, y nos comunica su vida y moral, su gracia santificante, que nos une á Él ya en el tiempo, y nos prepara para verle en la Patria y gozarle eternamente. El racionalismo, procediendo con instinto diabólico, se declara, *á priori*, enemigo de lo sobrenatural; niega esta realidad divina, ya como cosa inútil, ya como realidad histórica. Para dejar pues defendida la realidad sobrenatural, vamos á ver: 1.º Que lo sobrenatural es muy conforme con la razón y el buen sentido. 2.º Que la naturaleza humana busca, desea y necesita de alguna manera lo sobrenatural. 3.º Que lo sobrenatural es un hecho histórico, patente á los ojos de todos.

1.º Lo sobrenatural es perfectamente razonable. Dios creó el mundo visible y el invisible; la materia y el espíritu; estas dos grandes realidades hállanse sintetizadas en este microcosmos ó mundo abreviado, que llamamos el hombre; y en efecto, en su ser están substancialmente unidas dos realidades distintas, pero no contradictorias: el alma, forma substancial y principio de vida del cuerpo; y éste, maravilloso organismo, vivificado

é informado por el alma; la síntesis inexplicable, misteriosa, de ambas substancias, es el ser humano, el hombre vivo que recibió de Dios ese mismo ser, y fué puesto en el mundo, como rey de la creación y pontífice del universo que en él se compendia y tiene vida, alma y voz, para tributar á Dios el himno de gracias, de sumisión, de adoración y de amor, que le corresponde como dueño supremo de todas las cosas, como creador de todo, como providencia bondadosa que al cuidado de todo atiende. Dentro de estos límites, las relaciones de Dios con el hombre y del hombre con Dios son puramente naturales; mas como quiera que Dios es Sumo Bien, y éste es difusivo, cabía elevar al hombre, por un acto de inefable bondad, á la sublime altura, á la excelsa condición de hijo adoptivo, y comunicarle, al efecto, el medio necesario para que conociese mejor á Dios su Padre, y le amase con amor filial y divino, uniéndose estrechamente para vivir, cuanto esto es dado, con una misma vida, y luego participar de los tesoros de la bienaventuranza de Dios, mediante el auxilio y favor de este mismo Dios. El alma, pues, en este orden, recibe como ayuda para la inteligencia, las luces y verdades de la Fe; como auxilio para la voluntad, las energías divinas de la gracia; para elevación del alma entera y adopción del hombre en hijo de Dios, la gracia santificante, que penetra en el alma, que la hermosea y la prepara para la vida sobrenatural y para la vida eterna. Tal es la hermosa economía del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

orden sobrenatural. Como se ve, aquí no hay nada que se oponga á la razón, ni á la justicia, ni á la naturaleza de Dios, ni á la del hombre. Dios, infinitamente sabio, poderoso y bueno, podía ejecutar ese acto de amor inefable y poner al hombre en ese mundo hermosisimo y divino del orden sobrenatural; el hombre, ser dotado de un alma inmortal, formado á imagen y semejanza de Dios, nada tiene en su ser, que se oponga, rechace y excluya esa efusión de Dios en él; y el orden mismo sobrenatural es una belleza más y superior en grado altísimo, añadida á las bellezas del orden moral y sirve como de complemento divino, aunque libre, á la obra de Dios, que de esta manera une á sí la obra de su diestra, y la estrecha como Padre en el seno de su bondad, mediante tan generosa y sublime adopción. «Dios creador, dice hermosamente el P. Félix en una de sus conferencias, no era en presencia del hombre, su criatura, sino como el artista que contempla su obra y admira en ella los reflejos de su poder: pero ¿quién impide á este Dios creador proceder con el hombre como procede el padre con su hijo, y elevarlo por medio de la adopción á una gloria de familia? Dios hizo de mí su obra predilecta por medio de la creación: ¿por qué no podría hacerme hijo suyo por medio de la adopción, y entrar con este título en relaciones más profundas y en comunicaciones más íntimas con su hijo adoptivo?..... Indudablemente, señores, sólo una oposición sistemática y preconcebida

ó la ceguedad del orgullo pueden decir ante lo sobrenatural entendido de este modo, que sea *imposible, absurdo ó contradictorio*». No basta que el racionalismo dé su fallo sin examinar debidamente la cuestión; ese fallo es una negación gratuíta y no tiene valor alguno, pues ni discute el asunto con la buena fe del que desea hacer justicia y poner en claro los títulos de la cosa disputada, teniendo en cuenta que al tratar de lo sobrenatural no se puede hacer caso omiso de lo que el hecho mismo demuestra, ofreciéndose como una realidad viva, y no es justo declarar *á priori*, históricamente hablando, que son poseedores injustos ó ilusos los cristianos, al afirmar que lo sobrenatural les pertenece y que constituye el hecho no interrumpido de su historia. El ya citado P. Félix escribe, en la misma conferencia, este párrafo que es un golpe maestro contra el racionalismo:

«En una cuestión tan grave bajo su aspecto religioso y tan elemental bajo su aspecto científico, no es posible andarse con equívocos, con tergiversaciones y con habilidades para evitar una solución que se teme dar. El cristianismo no se impone por fuerza como una hipótesis arbitraria, sino que se presenta tal como es, como un hecho, y un hecho que sale de las entrañas de la historia, que es la historia misma, y que en los momentos en que nos hallamos continúa siendo lo más grande que hay en la humanidad. Comprendo que ante ese hecho, por imponente que

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sea, haya hombres que heridos en la inteligencia por la serpiente del escepticismo digan, tocando con el dedo su frente pensativa: Sí; ese edificio es soberbio, es grandioso; pero ¿puede ese fenómeno justificarse ante la razón? Ese edificio ¿está asentado en la tierra firme de la certidumbre? Ese sobrenatural se afirma como un hecho; ¿y en qué razones descansa ese hecho? Sí, en verdad: yo me explico esta actitud en el hombre á quien trabaja la duda. Pero pasar encogiéndose de hombros, sin discusión, sin examen, sin estudio y sin demostración previa, ante esta afirmación secular y universal de lo sobrenatural, repitiendo una y otra vez: *¡quimérico, imaginario, imposible!*; eso, señores, no tiene nada de común con la razón ni con la ciencia. Digan lo que quieran los héroes de la negación, eso se parece á una huída delante del enemigo; eso es una retirada científica, decorada con nombres soberbios». Es verdad que el racionalismo formula su objeción, diciendo que todo está en la naturaleza y no se puede buscar nada fuera de ella, con lo cual da por imposible lo sobrenatural. Pero nótese que la objeción es una petición de principio; para decir que todo está en la naturaleza, sería necesario que el racionalismo hubiese demostrado que nada existía fuera de lo que llama él la naturaleza; ahora bien, esa demostración, ¿se hizo?; estamos esperándola pero no llega; la objeción, pues, así desenmascarada, se vuelve contra el objetante y demuestra su impotencia. El sabio P. Félix prometió, en ocasión solemne, leer desde el púlpito de Nuestra Señora de París la demostración que se le presentase, probando la nulidad de lo sobrenatural; esa demostración no se presentó; así hace la charla impía del racionalismo: niega ó forja sofismas; ¿demostración? ni una sola.

Necesidad de lo sobrenatural.—Es cosa muy singular el hecho de que jamás se vió en el mundo una religión puramente filosófica, basada en las meras relaciones que resultan del orden llamado natural. Y cuando el hombre pretendió emanciparse de lo sobrenatural, dióse en el mundo el triste espectáculo de la impotencia humana, ya para establecer el dogma, ya para ofrecer el cuadro de una vida virtuosa. ¿Qué prueba esto? Que el hombre, tan pequeño siempre aún dentro de aquel círculo que constituye el objeto proporcionado de sus investigaciones intelectuales, tal como el mundo sensible y algunos asuntos del orden metafísico y moral, tropieza con una barrera inexpugnable cuando pretende establecer la doctrina del orden religioso, y su voluntad cae desfallecida y dominada por el tiránico poder de las pasiones. En una palabra: el hombre, sin lo sobrenatural, deja de ser un sér religioso, para convertirse en escéptico, y en el orden de la moral, en ateo práctico. Oígamos á la historia que en breves frases nos dirá lo que ha sucedido con el hombre abandonado á las fuerzas de su razón independiente y de su voluntad destituída de la gracia de Dios:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«El número escasísimo de verdades, que eran como el fondo común en que todos convenían, andaban miserablemente desfiguradas y revueltas con mil fábulas y desvaríos. De muchos deberes naturales, como el amor y reverencia á Dios, la caridad mutua y el perdón de las injurias, no hallamos en los pueblos antiguos ni rastro siquiera. El culto, consecuencia de su moral y de sus doctrinas religiosas, era absurdo, obsceno, cruel, sin que hubiese crimen que con él no se cohonestase, ni infamia de que no se hallase ejemplo en la vida de sus idolátricas divinidades, ni delito que no se cometiese en nombre de aquella flota de Dioses, como dice hermosamente Fr. Luis de Granada, que en todas partes eran adorados y reverenciados.....

«Doctrinas, leyes, costumbres, instituciones civiles y religiosas, todo tendía á depravar al hombre, á quitar todo freno á sus pasiones, á degradarlo y embrutecerlo. Chateaubriand, Gaume, Veuillot y otros escritores, han tenido valor para bajar á esta sentina y contemplar y descubrir sus horrores.....

«La tierra gemía oprimida por el peso de tantas maldades; una misteriosa inquietud agitaba los corazones, y de todos los pechos se escapaba aquel grito que siglos antes había resonado como gloriosa esperanza en los labios del profeta de Israel; ¡Oh Cristo! ¡Oh príncipe de paz! ¡Oh pureza infinita! ¡Oh amor inefable! Ven á remediar nuestros males; ven á mostrarnos el camino de

la virtud, á perdonar á la mujer pecadora que llora arrepentida, á poner tus manos divinas sobre la frente de la inocencia; ven á establecer en las almas el glorioso reinado de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia; *propter veritatem et mansuetudinem et justitiam, intende, prospere procede, et regna* (Psalm. XLIV, 5)». (1)

A tan elocuente testimonio, añádese este otro del ilustre P. Lacordaire:

«Si consulto la historia de la sabiduría humana, la veo ir á este misterio por todos sus caminos, pero por caminos muy diferentes. Platon afirma, Cicerón duda, Epicuro niega, y constantemente se distribuye el entendimiento humano en estas tres zonas del pensamiento. Si quiere después de edades de fe restaurar en los tiempos modernos la filosofía independiente, Descartes comienza por la afirmación, continúa Bayle por la duda, acaba Voltaire por la negación. La actividad filosófica no necesita de dos siglos para completar este ciclo fatal, cuyo resultado es el que véis; es decir, una sociedad sin creencias fijas, dividida en mil opiniones, de que cada una se dice verdadera, de que cada una tiene sus heraldos, sus esperanzas, sus reveses, y que disputando por edificar, sólo se encuentran en un punto ¡destruir! Los griegos habían dado al mundo este espectáculo, los romanos lo renovaron, y nosotros, dos mil años después de la lec-

(1) Miguel Mir; *Harmonia entre la ciencia y la fe.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción que nos han dado estas ruínas, hemos querido recibir de ellas por nosotros mismos su formidable enseñanza. Aquí está, señores, miradla, aprended en ella al menos el límite de vuestra inteligencia y la necesidad en que estáis de otra luz que la vuestra para conoceros á vosotros mismos.....

«Así como no hay ecuación natural posible entre una inteligencia limitada y una verdad que no lo es, tampoco podría existir ecuación natural posible entre la vida de un ser finito y la vida de un ser infinito. Si pues Dios nos llama á su eternidad, si nuestro destino es vivir de Él, en Él y con Él, es necesario de toda necesidad que comunique á nuestra alma un elemento mediador, por donde sea levantada fuera de sus límites, y llevada hacia Él por un movimiento de un orden sobrenatural y divino.

«Este amor (el amor divino) existe señores, no podéis negarlo. David lo exhalaba en sus salmos, los mártires embalsamaban con él su suplicio, los santos lo han cantado y glorificado de generación en generación; todos han esparcido de diversas maneras ante Dios la melancolía de una alma oprimida por el fermento ó levadura de un amor sobrehumano..... Si la experiencia de los santos no os basta, consultad la experiencia opuesta. Vosotros que no tenéis más que el corazón para amar á Dios, así como no tenéis más que la razon para conocerle, ¿amáis á Dios? No os pregunto si le amáis con un amor tierno y

profundo..... sino si le amáis con el más débil y el último amor; ¿le busca alguna vez vuestro pensamiento?; ¿tenéis en Él algún placer oculto?; ¿constituye Él alguna parte, por ligera que sea, del tesoro de vuestro corazón? Me atrevo á deciros que no, y que os hace más impresión la hoja llevada por el viento en una noche de otoño, que la inmensidad de las divinas perfecciones». (1)

Lo sobrenatural es un hecho histórico. Hay en lo sobrenatural dos elementos, á los cuales se dá el nombre de Profecía y Sacramento. Uno de dichos elementos se dirige al entendimiento, es la Profecía; el otro, á la voluntad; es el Sacramento. Pues bien; al examinar el fondo de todos los cultos, encontramos esos dos elementos, y al buscar en el mundo un culto puramente natural, es decir, una religión filosófica sin elemento sobrenatural, no es posible encontrarla. Actualmente, la llamada ciencia de las religiones, ó sea la historia comparada de las religiones, viene escudriñando todos los pormenores de los diversos cultos que se conocen, y sus conclusiones dan como resultado, que hay un fondo común en todos ellos; esto supone la unidad de una religión primitiva, que es la religión dada por Dios al hombre, desde que fué criado; reuniendo lo que hay de verdadero en todos ellos tenemos el conjunto de las doctrinas del Cristianismo, que resulta de este examen siendo la Religión verda-

(1) R. P. Lacordaire: *Conferencias en Nuestra Señora de París.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dera. La historia, pues, lejos de acusar la ausencia de lo sobrenatural, acusa su presencia y lo acusa sobre todo en la Religión verdadera que es la católica, verdadera Iglesia de Jesucristo. Oígamos el hermoso testimonio de Lacordaire:

«Donde quiera que se adora á Dios es en virtud de una doctrina sobrenatural; donde quiera que se le desconoce es en nombre de la naturaleza y de la razón. Por extraño que sea este resultado, no es posible negarlo. Volved los ojos á donde queráis; entrad en el templo que gustéis, y hallaréis, aun en el umbral, la Profecía y el Sacramento..... y á cualquiera que desprecie estas dos cosas le veréis infaliblemente encorvado hacia la tierra, sin saber de Dios más que su nombre, y sin tener con Él otras relaciones que la ingratitud y el olvido.....

«Todos (los cultos) piden á sus prosélitos que se inclinen con el respeto y la obediencia de la fe ante un dogma sagrado, es decir, ante una doctrina que ha descendido de Dios por una revelación inspirada ó profética....

«¿Es en todos ellos (todos los cultos) el Sacramento el modo inviolable de las comunicaciones del hombre con Dios? Sí, en todos, señores; desde las selvas sagradas de la Escandinavia hasta las pagodas extrañas de la China; desde la piedra de los drúidas hasta el altar de la Grecia; desde los tiempos más modernos hasta las edades más remotas, por todas partes y siempre el culto es sacramental, como es profético el dogma. Sacrificios, aguas lustrales, expiaciones, iniciaciones, ritos sangrientos ó gozosos; he aquí lo que es el alma de todas las liturgias y la función de todos los sacerdocios». (1)

Véase también el brillante testimonio que nos ofrece el P. Félix:

«.....¿Quién se atreverá á negar, mirando á la humanidad en su fondo y en su superficie, que siempre y en todas partes ha creído en algo que está más alto que su naturaleza y más elevado que su razón? ¿Quién se atreverá á decir que por medio de su culto, de su religión, de sus símbolos, de sus doctrinas y de su lenguaje no ha afirmado más ó menos esplícitamente lo que á su manera denomina lo sobrenatural; ese no sé qué, superior á ella y que conoce que no procede de su genio, de su ciencia ni de su industria, sino de su alma vuelta á la parte del cielo, ó más bien del cielo abierto sobre su alma; luz que desciende sobre ella de su foco eterno y le envía, aún al través de las tinieblas acumuladas por el error, sus misteriosas claridades?.....

«Deificada en un principio, por su divina adopción, la humanidad dió luego una caída profunda; pero desde el fondo del valle adonde rodó, destrozada y dolorida, descubre aun, iluminadas por el sol primitivo, las altas cumbres de donde cayó. En la tristeza de su destierro sueña con su patria; postrada en tierra, se acuerda de su cielo; y ago-

(1) R. P. Lacordaire, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biada bajo el peso de la naturaleza, aspira algo que está más allá de ella; diciendo, como el Cristianismo y con el Cristianismo, en presencia del cielo y de la tierra: *Creo en lo sobrenatural*». (1)

LECCIÓN IV

El racionalismo y el misterio

El racionalismo que pretende saberlo todo sin otro criterio que las solas luces de la razón humana, se escandaliza cuando á sus oídos llega la palabra misterio. Los misterios de la Religión cristiana le asustan y le ponen como fuera de sí. En confirmación de tal aserto, véase lo que en uno de sus hermosos libros dice el sabio abate Arduin: «Esta palabra (misterio) ha venido á ser una especie de espantajo para nuestros adversarios. Sus libros están llenos de desprecios, de sarcasmos, de furores contra las verdades misteriosas. Si se les oye, parecerá que la ciencia positivista ha borrado toda incertidumbre, arrancado todos los velos y hecho lucir el resplandor de la evidencia, en todo cuanto han tocado sus manos». (2) El misterio, pues, es una palabra que, según el anticristianismo, debe desaparecer, y la religión que tal palabra acepta, que en tales cosas cree, debe mirarse como cosa añeja, indigna de los tiempos en que ahora vivimos.

(1) R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*
(2) Abbé Arduin, *La religion en face de la science.*

Ante estos juicios, debemos hacer ver que ni el misterio es cosa opuesta á la razón, ni justo desatarse en denuestos contra la Religión que admite el misterio. Y para proceder con claridad en asunto tan grave, conviene asentar debidamente la exacta noción del misterio.

El misterio no es cosa que envuelva contradicción, que se oponga á los principios de la razón y de la ciencia; no es el arrebato de una imaginación loca y calenturienta; no es el fanatismo ni la credulidad; por misterio debemos entender, y la palabra misma así lo indica, algo secreto, velado, escondido; y en tal concepto se dice, como escribe el ya citado abate Arduin: «los misterios del corazón humano, los misterios de la naturaleza, para indicar los ocultos resortes que mueven la voluntad del hombre ó las causas ignoradas que producen los fenómenos naturales». (1) Bien miradas las cosas, podemos decir que misterio es todo aquello de lo cual ignoramos su naturaleza ó esencia íntima, aunque conozcamos su existencia y aun sus notas características, mediante el estudio de sus manifestaciones. Así, por ejemplo, el alma humana es un misterio, porque si bien se nos hace presente por los hechos de conciencia, y sabemos, en virtud de sus actos y operaciones, que es inteligente y libre, ignoramos, sin embargo, cuál sea su esencia íntima, y al llegar ahí, ún muro de bronce nos detiene, y la investigación se para, y el

(1) Abbé Arduin, obra citada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biada bajo el peso de la naturaleza, aspira algo que está más allá de ella; diciendo, como el Cristianismo y con el Cristianismo, en presencia del cielo y de la tierra: *Creo en lo sobrenatural*». (1)

LECCIÓN IV

El racionalismo y el misterio

El racionalismo que pretende saberlo todo sin otro criterio que las solas luces de la razón humana, se escandaliza cuando á sus oídos llega la palabra misterio. Los misterios de la Religión cristiana le asustan y le ponen como fuera de sí. En confirmación de tal aserto, véase lo que en uno de sus hermosos libros dice el sabio abate Arduin: «Esta palabra (misterio) ha venido á ser una especie de espantajo para nuestros adversarios. Sus libros están llenos de desprecios, de sarcasmos, de furores contra las verdades misteriosas. Si se les oye, parecerá que la ciencia positivista ha borrado toda incertidumbre, arrancado todos los velos y hecho lucir el resplandor de la evidencia, en todo cuanto han tocado sus manos». (2) El misterio, pues, es una palabra que, según el anticristianismo, debe desaparecer, y la religión que tal palabra acepta, que en tales cosas cree, debe mirarse como cosa añeja, indigna de los tiempos en que ahora vivimos.

(1) R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*
(2) Abbé Arduin, *La religion en face de la science.*

Ante estos juicios, debemos hacer ver que ni el misterio es cosa opuesta á la razón, ni justo desatarse en denuestos contra la Religión que admite el misterio. Y para proceder con claridad en asunto tan grave, conviene asentar debidamente la exacta noción del misterio.

El misterio no es cosa que envuelva contradicción, que se oponga á los principios de la razón y de la ciencia; no es el arrebato de una imaginación loca y calenturienta; no es el fanatismo ni la credulidad; por misterio debemos entender, y la palabra misma así lo indica, algo secreto, velado, escondido; y en tal concepto se dice, como escribe el ya citado abate Arduin: «los misterios del corazón humano, los misterios de la naturaleza, para indicar los ocultos resortes que mueven la voluntad del hombre ó las causas ignoradas que producen los fenómenos naturales». (1) Bien miradas las cosas, podemos decir que misterio es todo aquello de lo cual ignoramos su naturaleza ó esencia íntima, aunque conozcamos su existencia y aun sus notas características, mediante el estudio de sus manifestaciones. Así, por ejemplo, el alma humana es un misterio, porque si bien se nos hace presente por los hechos de conciencia, y sabemos, en virtud de sus actos y operaciones, que es inteligente y libre, ignoramos, sin embargo, cuál sea su esencia íntima, y al llegar ahí, ún muro de bronce nos detiene, y la investigación se para, y el

(1) Abbé Arduin, obra citada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misterio se adelanta, para decirnos: de ahí no se pasa; lo que vive oculto é impenetrable es cosa misteriosa; el misterio es una realidad, pero el hombre no puede comprenderla.

Y esto, que en nada se opone á los principios de la sana razón, es un hecho universal, como vamos á ver.

En las ciencias filosóficas estúdianse desde un punto de vista altísimo y general Dios, el mundo y el hombre, ya en sí mismos, ya en sus naturales relaciones. ¿Qué sabemos acerca de Dios? Bien poco. ¿Qué acerca del mundo? Poco más ó menos lo mismo. ¿Qué, finalmente, acerca del hombre? Todos los días sufrimos graves yerros en este punto. Y cuando intentamos profundizar en el estudio del Ser infinito, y en los laberintos de la cosmología, y en las obscuridades de nuestro ser, llega un momento en que la inteligencia se cansa, la razón vacila, la luz del entendimiento y del discurso falta, y nos encontramos como en país extraño, vagando casi á la ventura, y por último, no desesperados, pero sí convencidos de nuestra limitación é impotencia, al llegar á ciertos límites infranqueables, confesamos que no se puede ir más allá, y que esas codiciadas realidades son verdadero misterio y terreno vedado á nuestra pequeñez y pobreza.

Un grano de arena nos detiene; ¿qué es un grano de arena? ¡Nadie lo sabe á fondo! Esto no es mera frase; oígamos á Tyndall, autoridad nada sospechosa en el asunto: «Los fenómenos de la materia y de la fuerza son de nuestro dominio,

pero nuestro dominio es limitado y rodeado está de misterios». (1)

¿Qué es una planta? Diariamente las vemos, las estudiamos, venimos observándolas, cuidamos de mejorarlas mediante las ventajas del cultivo, las clasificamos y ordenamos; todas tienen su nombre y su lugar en la botánica, es verdad; pero, ¿y su naturaleza íntima? ¿Y las leyes secretas de su vida y crecimiento y de su propagación? De eso, nada sabemos. ¿Qué es un animal? La ciencia responde: un ser dotado de vida y movimiento espontáneo. Cierto; mas aun cuando sabemos tantos pormenores en lo tocante á su constitución, á sus agrupaciones, á ciertas leyes que defienden la estabilidad de la especie y que presiden á su conservación y desarrollo, ¿quién vió y supo jamás la razón oculta de esas leyes y tocó la esencia de esa vida? ¿Qué es un espíritu? La filosofía dice: una substancia inmaterial, inteligente y libre. Pero la íntima naturaleza de tal substancia, ¿qué es? Nadie lo sabe. ¿Qué se deduce de aquí? No es cosa difícil decirlo: el misterio es nuestro patrimonio; por doquiera nos rodea, y es como la voz de Dios que nos enseña á conocer nuestra pequeñez y miseria y á pensar en las grandezas de quien todo lo sabe. En el conocido y hermoso libro, *Harmonía entre la ciencia y la fe,* del docto escritor D. Miguel Mir, se leen las siguientes atinadas observaciones:

---

(1) Tyndall, *La matière et la force. Conferences.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Lo más grande y lo más pequeño, Dios y el átomo, según observó Aristóteles, se esconden por mil maneras á la vista del espíritu más penetrante; y entre estos dos términos hay una infinidad de objetos que el hombre no llegará jamás á conocer. Aún en aquello mismo que alcanza hay siempre algo que su mirada no penetra ni su razón descubre, algo que se oculta á las indagaciones más profundas. Por esto no hay ramo alguno del saber humano que no tenga sus secretos impenetrables. La geometría, ciencia eminentemente demostrativa, al poner las bases de sus investigaciones, que son el punto y la cantidad continua, empieza por asentar *postulados*, esto es, proposiciones cuya verdad es indemostrable, no por razón de su inmediata evidencia, sino porque necesariamente la suponemos en la misma demostración; igual obscuridad reina en las demás partes de las matemáticas.

«La física se revuelve en un mar de hipótesis y teorías; las palabras *fuerza, éter, calórico, luz, magnetismo, electricidad, atracción,* y otras mil, si dan razón de los fenómenos sensibles, dejan en completa obscuridad la naturaleza íntima de las causas que los producen. La materia, la terrible materia como la apellida Huxley, se obstina en esconder el misterio de su composición. A pesar de sus descubrimientos admirables, la química no ha logrado levantar el velo que oculta la composición y esencia de los cuerpos: la *afinidad*, la *alatropia*, la fuerza *catalítica* y otros

agentes, son tan misteriosos como las *cualidades ocultas* de los antiguos alquimistas.

«Las energías motrices y el principio y comunicación del movimiento quedan inexplicables para la mecánica. La formación y estructura de los cristales, la generación de los seres orgánicos, la esencia de la vida, sus efectos, su reproducción, sus cambios y alteraciones y otros mil problemas que tratan de resolver las ciencias naturales, son cuestiones ante las cuales permanece muda la razón del hombre. Los límites que circunscriben nuestros conocimientos son aún más estrechos en el dominio de las ciencias filosóficas. Aquí surgen de todas partes dudas y tinieblas; casi todo anda en bandos y opiniones; á cada paso se levantan cuestiones insolubles y enigmas y misterios inexplicables..... La ciencia, en lugar de aclarar los misterios del universo, los hace á menudo; y si pretende acercarse á las regiones donde mora la divinidad, una nube obscurísima envuelve el entendimiento y oprime y despavorece el corazón. Así queda manifiesto que en las cuestiones sobre las fuerzas de la naturaleza, no menos que en la metafísica y la moral, hay puntos inaccesibles á la inteligencia humana».

Por medio de las matemáticas cabe demostrar que entre el saber humano y lo que resta por saber (que es la ciencia infinita), media un abismo insondable, hasta el punto de que el saber del hombre se confunde con la nada, y más allá del saber del hombre nos encontramos con ese «silen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cio infinito», de que habla Tyndall, es decir, damos en el misterio.

Por otra parte, en el orden de los sentimientos humanos, el misterio es una especie de necesidad del alma y del corazón. Chateaubriand escribe: «Sólo son hermosas, dulces y grandes en la vida las cosas misteriosas. Los sentimientos más maravillosos son aquellos que nos agitan un poco confusamente: el pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de misterios. Pudiera decirse que los corazones que se aman se entienden á medias palabras y que sólo están entreabiertos. La inocencia, que es una santa ignorancia, ¿no es el más inefable de los misterios? La niñez no es tan feliz sino porque nada sabe; y la vejez no es tan desgraciada sino porque lo sabe todo; en buen hora para ella, al terminar los misterios de la vida, empiezan los de la muerte». (1)

A las citas aducidas, juntemos lo que dice el sabio apologista científico abate Arduin en la obra citada más arriba: «podemos apoyarnos, á falta de un conocimiento explícito de los motivos de nuestra fe, en el inmenso número de las inteligencias superiores, de todas las épocas y en todos los ramos del saber, que supieron adorar los misterios de nuestra Religión; el mérito intelectual de tales hombres no es cosa por nadie ignorada. No eran por cierto almas ciegamente crédulas, ni tontos entre sus contemporáneos, Tertuliano,

(1) Chateaubriand, *El genio del Cristianismo.*

Constantino, San Agustín, San Jerónimo,... Santo Tomás de Aquino, Alberto Magno, Bacon, Newton, Pascal, Leibnitz, Bossuet, Ampere, Cauchy, Franklin y tantos otros.

«Y en nuestros días podría citar entre los que admiten los misterios cristianos, los más esclarecidos nombres de la literatura, de la ciencia y de las artes, desde Elías de Beaumont y Dumas, gloria de la geología y de la química modernas, hasta el R. P. Secchi, uno de los príncipes de la astronomía y de la física contemporáneas».

Por todo lo que antecede, se deja ver que el misterio es la gran realidad que por doquiera sale á nuestro encuentro; está en Dios, está en el hombre, está en el mundo, está en todo cuanto se sabe y se ejecuta.

Pero si el misterio está en todas partes y no podemos negarle, el misterio cristiano, ese cuerpo sublime de verdades y realidades ocultas es, en medio de su obscuridad propia, luz del cielo, guía segurísimo y clave admirable para las más intrincadas y graves cuestiones que se ofrecen á nuestro entendimiento. El misterio augusto de la Santísima Trinidad ilumina la difícil y sublime senda de la teología y de la filosofía cristiana. El del pecado original arroja torrentes de luz en el obscuro é ingrato campo de la antropología; los de la Encarnación y de la Redención son luz divina que alumbra los enigmas de la historia; el de la sagrada Eucaristía, además de prestar luz maravillosa á los problemas de la ontología, es

008087

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuente de santidad y nos enseña hasta donde llega el amor de nuestro Dios; el de la vida eterna nos otorga conocimiento seguro de nuestro destino final. Así, los misterios cristianos lo abarcan todo, porque hasta el mismo de la creación nos libra de los peligros del panteísmo y del ateísmo. El entendimiento, el corazón, la voluntad, el hombre entero, y por lo tanto la sociedad, la ciencia, el arte y la moral, tienen en los misterios cristianos base firmísima para sostenerse, luz divina y prodigiosa para iluminar sus caminos, y milagrosa fuerza para alcanzar la virtud en el tiempo y la vida perfecta y bienaventurada más allá de la tumba.

Este asunto profundo y hermoso del misterio cabe personificarlo en dos hombres, conocidos ambos en el campo de la ciencia, aunque por muy diverso modo. Es el uno, Ernesto Haeckel, naturalista prusiano, enemigo del misterio y materialista hasta el último límite; según él, «podemos saberlo todo.» (V. Arduin obra citada); el otro es el sabio Duhamel, insigne matemático, que representa á la ciencia modesta, humilde, prudente, reservada y creyente, que no se desvanece y pierde en los laberintos de la vanidad y de la soberbia, sino que se humilla ante la verdad y la confiesa con leal y encantadora franqueza.

«En cierta ocasión una gran señora asediaba con sus preguntas á un secretario de la Academia de Ciencias, nada menos que al ilustre matemático Duhamel, é impacientada por las respuestas

negativas con que éste contestaba á todas sus preguntas, ¿pues de qué sirve, entonces, le dijo, el ser un sabio, si no podéis satisfacer á ninguna de mis preguntas? El ser sabio, señora, replicó Duhamel, sirve para saber decir *no sé*». (1)

Merecen leerse las notables conferencias dadas por el P. Félix, acerca de *El misterio y la ciencia;* y el reciente hermoso libro del abate Gondal, *Le surnaturel;* véanse también las dos magistrales obras: *La prophetie de Daniel; Philosophie de l'histoire,* por el abate Domenech, y *Le problème du mal,* por el P. Bonniot.

LECCCIÓN V

El racionalismo y el milagro

Una biblioteca entera pudiera formarse con lo que anda escrito acerca de tan capital asunto. La Iglesia admite y sostiene la doctrina referente al milagro, como *sello divino* que es y testimonio poderoso de la intervención especial de Dios; es la garantía de lo sobrenatural; por eso el racionalismo, procediendo con instinto diabólico, puso firme empeño en negar la doctrina del milagro, ora combatiendo su posibilidad ó ya oponiendo el argumento ridículo de *la no comprobación,* ya, finalmente, atrincherado en el postrer baluarte, negando su realidad histórica. Mas todos

(1) Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuente de santidad y nos enseña hasta donde llega el amor de nuestro Dios; el de la vida eterna nos otorga conocimiento seguro de nuestro destino final. Así, los misterios cristianos lo abarcan todo, porque hasta el mismo de la creación nos libra de los peligros del panteísmo y del ateísmo. El entendimiento, el corazón, la voluntad, el hombre entero, y por lo tanto la sociedad, la ciencia, el arte y la moral, tienen en los misterios cristianos base firmísima para sostenerse, luz divina y prodigiosa para iluminar sus caminos, y milagrosa fuerza para alcanzar la virtud en el tiempo y la vida perfecta y bienaventurada más allá de la tumba.

Este asunto profundo y hermoso del misterio cabe personificarlo en dos hombres, conocidos ambos en el campo de la ciencia, aunque por muy diverso modo. Es el uno, Ernesto Haeckel, naturalista prusiano, enemigo del misterio y materialista hasta el último límite; según él, «podemos saberlo todo.» (V. Arduin obra citada); el otro es el sabio Duhamel, insigne matemático, que representa á la ciencia modesta, humilde, prudente, reservada y creyente, que no se desvanece y pierde en los laberintos de la vanidad y de la soberbia, sino que se humilla ante la verdad y la confiesa con leal y encantadora franqueza.

«En cierta ocasión una gran señora asediaba con sus preguntas á un secretario de la Academia de Ciencias, nada menos que al ilustre matemático Duhamel, é impacientada por las respuestas

negativas con que éste contestaba á todas sus preguntas, ¿pues de qué sirve, entonces, le dijo, el ser un sabio, si no podéis satisfacer á ninguna de mis preguntas? El ser sabio, señora, replicó Duhamel, sirve para saber decir *no sé*». (1)

Merecen leerse las notables conferencias dadas por el P. Félix, acerca de *El misterio y la ciencia;* y el reciente hermoso libro del abate Gondal, *Le surnaturel;* véanse también las dos magistrales obras: *La prophetie de Daniel; Philosophie de l'histoire,* por el abate Domenech, y *Le problème du mal,* por el P. Bonniot.

LECCCIÓN V

El racionalismo y el milagro

Una biblioteca entera pudiera formarse con lo que anda escrito acerca de tan capital asunto. La Iglesia admite y sostiene la doctrina referente al milagro, como *sello divino* que es y testimonio poderoso de la intervención especial de Dios; es la garantía de lo sobrenatural; por eso el racionalismo, procediendo con instinto diabólico, puso firme empeño en negar la doctrina del milagro, ora combatiendo su posibilidad ó ya oponiendo el argumento ridículo de *la no comprobación,* ya, finalmente, atrincherado en el postrer baluarte, negando su realidad histórica. Mas todos

(1) Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esos esfuerzos desesperados han resultado vanos, y la doctrina referente á la posibilidad, comprobación y verdad histórica del milagro salió, como no podía menos, triunfante.

Para proceder con firme base en este asunto y guardar el orden debido en la materia, debemos comenzar por establecer con claridad y precisión la noción de milagro; defender luego su posibilidad, pasar á lo referente á su comprobación, y por último tratar de su realidad histórica.

Entre las definiciones dadas acerca del milagro parécenos, que, al menos para el fin que aquí llevamos, ninguna más clara y segura que la que el P. Marín de Boylesve da en su hermosa obra: *Dieu et ses œuvres,* y que traducimos de este modo: «Milagro propiamente dicho es una obra sensible, superior á todas las fuerzas creadas y contraria al orden acostumbrado». El mismo escritor justifica la definición, y para evitar conflictos debe tenerse siempre á mano el breve, pero luminoso análisis que de aquella pone á continuación, diciendo:

«1.º *Sensible,* porque aquello que no cae bajo los sentidos no puede servir para demostrar á los hombres la intervención de un agente espiritual.

«2.º *Superior* á todas las fuerzas creadas; de otro modo la obra no probaría la intervención divina;

«3.º *Contraria* al orden acostumbrado, porque lo que tiene carácter ordinario deja de excitar

la atención y el asombro, y no muestra por parte de Dios una intervención especial», y, sintetizando, añade:

«En tres palabras, el MILAGRO es una *obra sensible, sobrenatural, extraordinaria.*

«Todo lo que es milagroso es sobrenatural; todo lo que es sobrenatural no es milagroso.

«La justificación de las almas por el bautismo ó por la penitencia, el cambio de la substancia del pan en el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, y en general los efectos de los sacramentos son sobrenaturales sin ser milagrosos.

«Sobrenaturales, porque sobrepujan las fuerzas de toda criatura;

«No milagrosos, porque se obran según un orden que, aunque sobrenatural, no deja de ser regular, en virtud de la determinación divina.

«Por otra parte, esos efectos, no cayendo bajo los sentidos, no pueden servir para confirmar las verdades ó los hechos del orden sobrenatural».

Sería curioso apuntar lo que el abate Gondal escribe en su libro *Le surnaturel,* haciendo historia de la definición del milagro; recorre las diversas épocas de la teología católica, estampando autorizados textos; mas figúrasenos que esto mejor que en un MANUAL DE APOLOGÉTICA tiene su lugar propio en la historia de los dogmas, y que debe cerrarse con el canon referente á la doctrina del milagro, dado por el Concilio Vaticano, y que puede verse, con un estudio admirable sobre el asunto en sus relaciones con la cien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, en la obra *La cosmogonie*, del sabio abate Arduin.

Vengamos, pues, á tratar de la posibilidad del milagro, en contraposición á la extraña y absurda doctrina del racionalismo, que la niega.

Si la negación racionalista se ofreciese á los que en el siglo xviii se burlaban de Cristo y de su doctrina, uno de sus maestros, J. J. Rousseau, con aquella originalidad de estilo que habría hecho de él un gran filósofo, si hubiese aceptado las luces de la fe habría contestado lo que á sí mismo respondió al interrogarse si Dios puede hacer milagros: «A quien tal cosa pusiese en duda, fuerza sería encerrarle como loco». «Si tal sentencia se aplicase á los racionalistas del día, dice con su hermoso y fácil ingenio el padre Félix, serían muchos los que debieran ir al manicomio». (1)

La negación de la posibilidad del milagro lleva consigo estas otras dos: 1.ª si Dios no puede hacer milagros, no es omnipotente. 2.ª Si Dios no es omnipotente, no es tal Dios, y damos, por lo tanto, en el ateísmo.

Admitida la existencia de Dios, surge naturalmente la idea de sus atributos, y uno de estos es la omnipotencia; si, pues, Dios todo lo puede, si todo lo que puede ser hecho cae bajo su infinito poder, claro es que el milagro está dentro del supuesto, porque su ejecución es cosa que puede

(1) R. P. Félix, *Conferencias, El progreso por medio del Cristianismo.*

ser hecha; si así no fuese, el milagro sería intrínsecamente imposible, es decir, absurdo; mas, ¿cuándo se tuvo por tal el acto del legislador que dictó la derogación de la ley por él establecida, ó cuando se miró como imposible el privilegio ó exención hechos por él, cuando bien le plugo, en favor de quién estimó conveniente hacerlo? En este punto, la justa noción de las cosas, el buen sentido y el parecer de toda la humanidad, aparecen de acuerdo; todos asienten al hecho, y el abate Cauly lo expresa diciendo:

«El buen sentido dice que eso (la negación de la posibilidad de que Dios pueda hacer milagros) no puede ser, y todos los pueblos han respondido: Sí, el milagro es posible. En efecto, todos han creído en eso. Han podido equivocarse y tomar como verdaderos milagros hechos que no lo eran; mas creyendo en falsos milagros admitían por lo menos su posibilidad». (1)

Cierto es que contra el milagro invoca Renan la ciencia (?) diciendo: «El milagro está fuera de la ciencia»; y se traen además como argumento las llamadas leyes del universo, presentándolas como *inmutables;* también se podría oponer la invariabilidad de la suma de las fuerzas cósmicas.

Todos estos alardes de ciencia que tanto ruido hacen, valen, en verdad, bien poco, y se vuelven contra los mismos que los hacen. Porque, despues de todo, ¿qué autoridad gozó nunca Renan como

(1) Abbé Cauly, *Religion et Catholicisme.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maestro en cosmología? Esa frase suya, que á nadie podría perdonársele como expresión rigurosa, porque envuelve gravísimo desatino, aun como mera frase no es en él perdonable; nunca se supo que en tales materias el nombre del exseminarista de San Sulpicio pudiera figurar entre los de cosmólogos como Copérnico, Laplace ó M. Faye. Si el milagro está fuera de la ciencia, ¿cómo es que sabios como el P. Carbonelle, Moigno, Secchi, Arduin y otros no repararon mucho ni poco en admitirlo? Ni tampoco es cierto que las leyes del universo sean inmutables; en las cosas tenemos la esencia metafísica á la cual no se toca ni en los milagros, ni en nada, porque eso es intangible; pero hay la esencia física, y su estabilidad (no inmutabilidad) sufre modificaciones, porque el hacerlas no destruye la realidad metafísica; y cuando obra Dios algún milagro, se dirige á la esencia física de las cosas, y la ley cósmica, estable, mas no inmutable, sufre modificación ó suspensión, y esto mismo ocurre, de alguna manera, en aquellas cosas á las cuales puede alcanzar el poder del hombre; pero el verdadero milagro, sin embargo, corresponde solo á Dios, porque al obrar de este modo procede, como se ha dicho muy bien, como Creador, y de esta manera se hace presente al juicio del hombre, para que así reconozca y vea la especial intervención de la Divinidad. Si las leyes cósmicas fuesen inmutables, el orden físico sería al propio tiempo orden metafísico; es decir, sería y no sería,

porque se identificaban órdenes tan diferentes. Luego, debemos tener por manifiestamente falso tal supuesto, y vacío de todo valor el argumento sobre él establecido. Y, en fin, la suma de las fuerzas cósmicas no implica desorden en el Universo, al introducir allí el milagro, porque Dios puede hacer la debida compensación en las energías ó aplicar según su beneplácito las existentes; y en cualquiera de ambos casos, no se vé que haya de surgir el más leve desorden, como lo saben todos los que conocen las ciencias exactas y la ciencia admirable de la mecánica. Y no solamente no resulta el milagro como elemento perturbador del orden universal, sino que aparece como realidad admirable que abrillanta la obra de Dios y corona el edificio. Así lo entendió el sabio escritor P. Juan Mir y Noguera, quien para hacerlo palpable copia el siguiente hermoso párrafo que se lee en el originalísimo libro del profundo pensador D. Antonio Comellas Cluet, *Demostración de que no pueden darse conflictos entre la Religión católica y la ciencia:*

«La producción del milagro es una continuación de la ley de la naturaleza, es la misma ley elevada á una región superior. Los diferentes órdenes de seres que componen la naturaleza están en mutuas relaciones, promoviendo unos el bien de otros en bellísima armonía. Las substancias inorgánicas suministran á los vegetales los alimentos necesarios para vivir, crecer y llegar á admirable lozanía. Á los animales y al hombre les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suministran su alimento el reino vegetal y el reino animal. Así, algunos seres de un orden inferior pierden su propia existencia, se transforman para el bien de seres superiores; un orden inferior sufre quebranto en algunos de sus individuos para promover el bien de un orden superior. Esta misma ley rige en el milagro respecto de la naturaleza. Cuando se obra el milagro, se impide la ley de la naturaleza, se invierte el orden natural, no por antojo, sino para promover un bien superior, para establecer y difundir el orden religioso y moral».

Al terminar esta parte del asunto, parécenos muy oportuno traer aquí algunas frases del sabio abate Arduin, que ofrece uno de los más acabados estudios acerca del milagro. Hélas aquí. «...Nada es más opuesto á la ciencia que el pretender encontrar la causa de un hecho allí donde no está. Y así sucede, repitámoslo, que la Religión puede iluminar, ayudar y defender á la ciencia. *De hecho,* hombres que creían sinceramente en los milagros son quienes han descubierto y formulado las *leyes* más fecundas de la astronomía, de la física, de la química y de las ciencias naturales: Newton, Kepler, Copérnico, Galileo, Le Verrier, Pascal, Mariotte, Fabre, Ampère, Bercélius, Haüy, Faraday, Dumas, Linneo, Jussieu, Cuvier, Brongniart, Agassir, Elías de Beaumont y tantos otros.

«Una comparación familiar resumirá estas conclusiones acerca de la posibilidad de los milagros. Todo el mundo ha podido ver las ingeniosas máquinas empleadas en la industria para obtener

hilos de seda, de algodón, de lana, etc.: algunos centenares de bobinas colocadas en séries paralelas reciben un movimiento común, de un motor cualquiera; giran todas á la vez con orden y regularidad, según las leyes de la mecánica; este movimiento general constituye el orden de la máquina. Si un hilo llega á romperse, la obrera que vigila el trabajo apoya el dedo sobre una palanca y al punto una bobina, una sola, cesa de girar; la obrera le echa mano, ata el hilo y la restituye al movimiento común. ¿Por ventura la detención momentánea de una bobina ha comprometido el orden ó la harmonía del sistema ó destruído el orden del mecanismo? Lejos de eso: constituye una de las perfecciones de la máquina el poder continuar su acción general durante la parada de uno de sus elementos, y esta detención posible forma parte del plan concebido por el mecánico; prueba su ciencia; está en el orden. ¿Acaso esta sustracción excepcional de una bobina á la influencia de la causa motriz impide admitir la permanencia del movimiento general ó de la estabilidad del mecanismo? ¿Por ventura no nos reiríamos en la cara del *sabio* que pretendiese no poderse formular la ley del movimiento general de la máquina, porque una bobina puede cesar de girar en un momento dado, á voluntad del obrero? Semejante sabio no sería ciertamente más ridículo que aquél que niega la posibilidad de los milagros». (1)

(1) Abbé Arduin: *La cosmogonie.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vengamos ahora á lo referente á la *comprobación* y *existencia histórica* del milagro.

Es cosa bien singular el procedimiento adoptado por el racionalismo para negar la comprobación del milagro. El milagro se opone á las leyes naturales, y por lo tanto, dice, no debemos creer en él, y sí quedarnos con las leyes de la naturaleza; así, pues, si un muerto resucita, no debemos dar crédito á los ojos que lo ven, ni á las manos que lo tocan, ni á los oídos que oyen su voz; porque es ley de la naturaleza que aquél que ha muerto no vuelva ya á la vida. De aquí resulta el absurdo asombroso de que, por no querer admitir el hecho milagroso, la derogación de una ley de la naturaleza en algún caso dado, se niegue el testimonio de los sentidos, y en tal extremo que se nos obligue á creer que innumerables personas, sin que pueda señalarse causa para ello, resulten de pronto viendo todas la misma cosa, oyendo todas la misma voz, tocando todas el mismo objeto; es decir que, por no admitir una dificultad explicable, se admiten numerosas dificultades inexplicables y se abre la puerta á un escepticismo ridículo y pernicioso. Así se venga la verdad de todos aquellos que hacen violencia al buen sentido para escapar á lo que la realidad y la sana razón imponen. Si el milagro es un hecho sensible, claro está que cae, como todos los hechos de tal género, bajo la jurisdicción de los sentidos; y el negarlos, es dar en una contradicción ó en la absurda negación del valor de

los sentidos, como testimonio para formar uno de los llamados criterios de verdad.

Pudiéramos pasar por alto el gastado y vulgar argumento de Rousseau contra los milagros, fundado en el desconocimiento relativo de la totalidad de las leyes de la naturaleza; y todo el mundo sabe que cien veces se ha dicho que basta, para poder apreciar si un hecho es natural ó milagroso, con tener un conocimiento negativo de la totalidad de dichas leyes, de suerte que si positivamente no podemos decir hasta donde llegan las fuerzas naturales, podemos decir hasta donde no llegan, y apreciar el hecho de manera que pueda clasificarse ya como hecho ordinario, ya como milagroso.

Además, se ha hecho ver que el argumento, aunque especioso, de puro delgado se quiebra, y probando demasiado resulta inútil, porque no prueba nada. Si se admitiese tal criterio, habría necesidad de dudar de la verdad de las relaciones científicamente establecidas entre los hechos ordinarios y sus causas; desde ese momento, caeríamos en un escepticismo científico tal, que nadie estaría seguro de que las relaciones, las causas y las leyes atribuídas á los hechos estudiados fuesen las que la ciencia les asigna, y resultaría lo que con sumo acierto nota el P. Félix; «que para conocer una sola ley habría necesidad de conocer antes el todo de esas mismas leyes de la naturaleza, lo cual es absurdo».

¿Y qué diremos de la imposibilidad histórica del milagro? El racionalismo, al combatirla, da

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la extraña y ridícula negación del criterio llamado de autoridad; si los hechos visibles que se ofrecen claramente á los sentidos, que han sido apreciados por numerosos testigos, no pueden admitirse como acontecimiento real, en ese caso forzoso es que se suprima de un golpe la historia, que los tribunales se resignen á no poder dictar jamás sentencia fundada, y por lo mismo justa, y además destruir el lazo necesario de todas las relaciones humanas que descansan en el criterio de autoridad ó referencia. ¿A dónde iríamos á dar con tan absurda consecuencia? ¡Sería imposible la vida moral y social, y el mundo se tornaría en vasto manicomio! Y que no diga Renan, (en uno, por lo menos, de los prefacios de su *Vida de Jesús*) que para estimar debidamente la verdad real del hecho milagroso habría necesidad de constituir una comisión ó jurado que entendiese en el asunto, fijando día, hora, lugar y circunstancias al taumaturgo, para asesorarse bien de lo acaecido y dar dictamen sobre el asunto. ¿No es esto, como dice, el ya citado P. Félix, «residenciar á Dios», trayéndole, por decirlo así, á la barra, y convirtiéndole en juguete del capricho de la voluntad humana? Aquí, á la locura se añade la irreverencia; y cuando se llega á tales casos el asunto está juzgado.

Finalmente, cuando al argumento legítimo que se apoya en el milagro como testimonio en favor de la verdad de una doctrina ó del hecho de la santidad de quien ha recibido el don de mi-

lagros, se oponen los falsos milagros obrados por virtud diabólica ó las apariencias de milagro, como acontece actualmente con el hipnotismo, cabe responder que el milagro verdadero ha de ser obra divina, y, ya se estudie lo que se refiere á la substancia del milagro, ya se atienda al modo, ya se tenga en cuenta el fin y los medios empleados, cabe distinguir perfectamente cuando en estas cosas se procede de buena fe. Y si es verdad que se dan falsos milagros, prueba es de que los hay verdaderos; que nadie forja imitaciones sin que antes preceda la cosa imitada. El racionalismo, que hizo esfuerzos asombrosos para desentenderse del milagro, no ha conseguido al fin otra cosa que dejar ver la pobreza de sus recursos, cuando pretende huir el cuerpo á la verdad cristiana que por todas partes le acosa. Si entre sus críticos cuenta hombres tan admirados como Renan y tan atrevidos como Strauss, en la Iglesia han surgido defensores que supieron defender sus verdades, y en este punto del milagro pueden verse los siguientes importantes trabajos que honran á sus autores. *Le miracle et ses contrefaçons,* por el P. Bonniot; *El milagro,* por el P. Juan Mir y Noguera; *Le surnaturel,* por el abate Gondal; *La religion en face de la science,* por el abate Arduin (Tomo I); *Conferencias en Nuestra Señora de París,* por los PP: Lacordaire y Félix; *La divinité de Jésus-Christ* (vol. I), por el abate Fremont; *Harmonía entre la ciencia y la fe,* por D. Miguel Mir; *Dieu et ses oeuvres,* por el P. Marin de Boylesve.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN VI

El racionalismo y la divinidad de Jesucristo

¡Qué tema tan hermoso, tan vasto, tan agradable á la mente y tan grato al corazón! En él se encuentran dos hechos que lo deciden todo: la negación racionalista que introduce una espantosa revolución destruyendo el Cristianismo, asentando el reinado del absurdo y convirtiendo en cosa laudable lo escandaloso y blasfemo, y la afirmación católica defendiendo la verdad y con ella los intereses de la razón, de la historia, de la moral y de la santidad. Si Cristo no es Dios, el mundo cristiano cayó en deplorable locura, y no se ven trazas de que se cure de ella; si Cristo es Dios, el mundo cristiano es razonable y procede con justicia y acierto prestándole adoración, y puede con pleno derecho acusar al racionalismo como impío perturbador del mundo religioso, del mundo moral, del mundo inteligente. Y no obstante, dadas esas consecuencias, el error camina pertinaz, vencido mas no convencido, en su absurda negación. Y aquí brilló maravillosamente la providencia de Dios, suscitando hermosísimos trabajos que defienden el dogma capital, la divinidad de Jesucristo. Este asunto puede estudiarse de dos maneras: ó bien ofreciendo en una síntesis el Cristo incomprensible del racionalismo y el

Cristo verdadero de la Iglesia católica, ó bien exponiendo los pormenores del asunto y dejando al lector que saque la consecuencia final de todo. El espacio que tenemos disponible nos impide ser minuciosos; vamos á tomar, pues, el siguiente partido: Expondremos, primero, el asunto, como síntesis, y luego, como prueba y confirmación, los puntos diversos que le sirven de base, dejando hablar á los que mejor han estudiado tan divino y trascendental asunto.

La síntesis.—No ha mucho tiempo, estudiando este asunto de la divinidad del Salvador, escribíamos lo siguiente que resume y sintetiza el estado de la cuestión:

«¡Hemos llegado al fin del siglo! La ciencia que tanto prometía resulta en fin de cuentas con las manos vacías! Toda su síntesis acerca de las tres grandes realidades de la filosofía, Dios, el hombre y el mundo, resuélvese en esta fórmula desconsoladora: «Dios es un *mito,* el hombre un *mico* y el mundo una fórmula de mecánica». Con este resultado, tenemos que el ateísmo materialista es la idea que informa á la ciencia moderna, á la ciencia de los Büchner y Haeckel; y como si esta bárbara demolición en donde perecen la idea de Dios, la del alma y la de la creación, fuese todavía poco para saciar el descomunal apetito de la soberbia humana, también esa misma negación vino á poner su mano sacrílega sobre la faz sagrada de Jesucristo, descargando sobre Él más impía bofetada que aquella de que nos habla el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN VI

El racionalismo y la divinidad de Jesucristo

¡Qué tema tan hermoso, tan vasto, tan agradable á la mente y tan grato al corazón! En él se encuentran dos hechos que lo deciden todo: la negación racionalista que introduce una espantosa revolución destruyendo el Cristianismo, asentando el reinado del absurdo y convirtiendo en cosa laudable lo escandaloso y blasfemo, y la afirmación católica defendiendo la verdad y con ella los intereses de la razón, de la historia, de la moral y de la santidad. Si Cristo no es Dios, el mundo cristiano cayó en deplorable locura, y no se ven trazas de que se cure de ella; si Cristo es Dios, el mundo cristiano es razonable y procede con justicia y acierto prestándole adoración, y puede con pleno derecho acusar al racionalismo como impío perturbador del mundo religioso, del mundo moral, del mundo inteligente. Y no obstante, dadas esas consecuencias, el error camina pertinaz, vencido mas no convencido, en su absurda negación. Y aquí brilló maravillosamente la providencia de Dios, suscitando hermosísimos trabajos que defienden el dogma capital, la divinidad de Jesucristo. Este asunto puede estudiarse de dos maneras: ó bien ofreciendo en una síntesis el Cristo incomprensible del racionalismo y el

Cristo verdadero de la Iglesia católica, ó bien exponiendo los pormenores del asunto y dejando al lector que saque la consecuencia final de todo. El espacio que tenemos disponible nos impide ser minuciosos; vamos á tomar, pues, el siguiente partido: Expondremos, primero, el asunto, como síntesis, y luego, como prueba y confirmación, los puntos diversos que le sirven de base, dejando hablar á los que mejor han estudiado tan divino y trascendental asunto.

La síntesis.—No ha mucho tiempo, estudiando este asunto de la divinidad del Salvador, escribíamos lo siguiente que resume y sintetiza el estado de la cuestión:

«¡Hemos llegado al fin del siglo! La ciencia que tanto prometía resulta en fin de cuentas con las manos vacías! Toda su síntesis acerca de las tres grandes realidades de la filosofía, Dios, el hombre y el mundo, resuélvese en esta fórmula desconsoladora: «Dios es un *mito,* el hombre un *mico* y el mundo una fórmula de mecánica». Con este resultado, tenemos que el ateísmo materialista es la idea que informa á la ciencia moderna, á la ciencia de los Büchner y Haeckel; y como si esta bárbara demolición en donde perecen la idea de Dios, la del alma y la de la creación, fuese todavía poco para saciar el descomunal apetito de la soberbia humana, también esa misma negación vino á poner su mano sacrílega sobre la faz sagrada de Jesucristo, descargando sobre Él más impía bofetada que aquella de que nos habla el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Evangelio al referirnos la dolorosa pasión del Salvador.

No hablemos de los necios delirios de Dupuis; nadie se acuerda ya de eso como no sea para ridiculizarlo; pero no podemos olvidar los esfuerzos titánicos del alemán Strauss, que llenó cuatro tomos de enfadosa erudición para querer probar lo imposible; ¡para hacernos creer que el Cristo de la Iglesia, el Cristo real y verdaderamente histórico, no era más que un mito! Cierto es que la obra de Strauss no había de atraerse muchos lectores, pues el mismo Lacordaire, hombre de calma y de paciente estudio, al hablar de ella á su auditorio de Nuestra Señora, les decía: «Por causa vuestra he tenido que devorar aquellos cuatro tomos de un tedio trascendental». Esta mole pesadísima no era de lo mejor para divulgar la mentira y el sofisma; así lo comprendió Renan, y tomando de allí cuanto le convino, dió al mundo, ansioso de malas doctrinas, la novela, que no historia, en donde se desfigura por entero la persona sagrada de Jesús, y se destroza con inaudito atrevimiento la narración evangélica; el libro de Strauss es una burla feroz á la historia; la novela de Renan es una traición hecha á la verdad cristiana; ¡hay en ese libro algo tan repugnante á la honradez literaria, que no se puede pensar en él sin sentirse indignado! Para coronar esa obra infame de negación anticristiana vienen los postreros ecos de la crítica racionalista entonando himnos de alabanza al gran

filósofo, al reformador, al hombre extraordinario, ¡cómo si todo esto no fuera malvada injuria hecha al que es Dios y hombre, y á cuya divinidad no es dado tocar sin incurrir en la incalificable culpa de lesa majestad divina! El Cristo que nos ofrecen es un sueño, un héroe de novela, un hierofante, un maestro ridículo, que no siendo más que un simple mortal, mero hombre, pretende hacerse pasar por Dios, engaña miserablemente al pueblo que le contempla, y alcanza, ¡oh poder extraño! que la flor y la nata de la humanidad se postre ante él durante diecinueve siglos, y que merced á su influencia el mundo cambie de aspecto, y una civilización nueva, como jamás se había conocido, brote al calor de esa estúpida idolatría del mundo entero apasionado por un farsante que murió clavado en cruz, como usurpador del título de Dios, como revoltoso y blasfemo!

Todo esto, claro está, es un verdadero caos, y no puede sostenerse ante la verdadera crítica; ¡y sin embargo, esto sostiene el racionalismo, y lo vende como la obra maestra del saber humano! ¡Ah, si el Cristo fuese así, ese Cristo merecería el más solemne desprecio!

¡Pero ese Cristo es monstruosamente absurdo! ¡El buen sentido lo rechaza, la historia lo desmiente, la verdadera ciencia lo condena, y la conciencia cristiana se subleva ante ese personaje extraño, imposible y ridículo!

¡Cuán distinto es el Cristo de la Iglesia, el verdadero Cristo, el Cristo real, el Cristo de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tradición y de la historia! ¡Es el hijo de Dios, encarnado en las entrañas purísimas de la Virgen madre; Aquél en quien el Padre tiene sus complacencias; el Salvador de los hombres, el nuevo Adán, humilde, manso, sincero, que perdona los pecados del mundo, que reparte el bien á manos llenas, que muere voluntariamente, víctima inocentísima, que con su sangre lava todas las culpas, con su luz abre nuevos horizontes á la verdad, con su amor diviniza á los mortales, renueva el mundo, crea la Iglesia, comunica su propia carne á los hombres para santificarlos, establece el hermoso reino de las almas, y abre las puertas del cielo, cerradas antes para la caída y triste humanidad! ¡Este es el Cristo real, el verdadero Cristo, el único que responde á las exigencias del buen sentido, y el único tipo ideal y verdaderamente histórico que se sostiene ante lo que la sana crítica pide! Este es el Cristo que vive en la Iglesia, el Cristo que inspiró á Velázquez, el que inspiró los trabajos maravillosos de la teología católica, el Cristo enseñado por San Pablo y confesado por Pedro, el que dió al mundo legiones de mártires y de Santos, el que encendió la mente de los poetas cristianos, y, en nuestros días, inspiró las admirables páginas de Luis Veuillot, Faber, Augusto Nicolas, Bougaud, Didon y tantos otros, y, en fin, los indestructibles libros del sabio abate Fremont, que redujo á polvo cuanto la incredulidad moderna escribió contra la divinidad de Jesucristo «que, como San Pablo dice, es y será

siempre, y vive, reina y manda». ¡Este es nuestro Cristo, el Cristo de la Iglesia, el Cristo Dios, el Cristo de la historia!

Si entramos ahora en las bases que nos han dado esa síntesis, fácil sería escribir un libro entero sobre el asunto; mas ni el espacio tan breve de que disponemos nos lo consiente, ni hay para que repetir cosas que tan bien han sabido decir escritores insignes; bástenos apuntar las bases sobre que descansa tan hermosa verdad, la verdad católica referente á la divinidad del Cristo, y estampar algunos maravillosos pensamientos referentes al caso.

Jesucristo, nótese bien, reune en su persona caracteres tales que hacen de Él un personaje único, tan especial, que si no es Dios no se sabe lo que es; no puede calificársele, y habría que renegar del buen sentido, de la enseñanza de la historia y de la sinceridad de la Providencia; esto último equivaldría á legitimar la blasfemia, cosa enteramente absurda y además impía.

Jesucristo, antes de haber hecho su aparición sobre la tierra, «se preexistió como Dios», dice Lacordaire; su vida es la de un Dios; muere también como Dios; como Dios se resucita, y como Dios anunció el porvenir; acertó á crearse un reino inmortal en las inteligencias, en los corazones, en las voluntades, en el mundo social y religioso, y, lo que no se vió nunca, se creó singulares odios que muestran en Él algo distinto del mero hombre, y que no se explica bien sino es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reconociendo que es el *primogénito de toda criatura* y Señor del universo. El racionalismo, al explicar la vida de Jesucristo, se encuentra con ese verdadero arrecife que le cierra el paso; y en tal aprieto acude á lo imposible; al Cristo mitológico, Cristo imposible, que no cabe en la historia y contrario al Cristo real, al Cristo verdaderamente histórico, ó compone fantástica leyenda, novela traicionera que se vale de los matices engañosos del panteísmo para darnos un Cristo soñado, mas no el Cristo real; ó bien se niega, sin pruebas, su divinidad, y se da en el absurdo de ofrecernos un héroe inexplicable, sabio de academia, filósofo de oficio, jefe de bandería religiosa; es decir, un Cristo absurdo.

No queda, pues, otro camino que el de la sinceridad; ese camino es la leal confesión de que Jesucristo es el Verbo hecho hombre, que apareció en el mundo, sufrió por los demás hombres y fundó su Iglesia para darnos á todos el fruto de la redención.

Testimonios de la Apologética.

«Hé aquí el carácter de Jesucristo tal como el Evangelio nos lo ha revelado: desde el punto de vista de la inteligencia, sublimidad contínua; desde el punto de vista del corazón, ternura casta é inefable; desde el punto de vista de la voluntad, certeza absoluta de sí mismo. Mas este carácter es incompatible con el vicio innoble que ni siquiera me atrevo á nombrar, tan lejos está ya de vuestra mente. Jesucristo era sincero, porque era un entendimiento sublime; era sincero, porque su corazón se abrió á los hombres como un santuario de ternura y de castidad; era sincero, porque tenía la absoluta certeza de sí mismo, porque tenía fe en su palabra, porque creía en sí. Jesucristo, como el Evangelio, que no es otra cosa que Él, Jesucristo era la sinceridad misma, y el encanto tan poderoso que se experimenta mirándole y oyéndole procede de la claridad íntima de su fisonomía, que le deja pasar todo entero al exterior tal como es.

«¡Bien! me diréis, Jesucristo era sincero, ¿y qué?; ¡otros muchos lo han sido! Un momento, señores, no lo meditáis. Jesucristo era sincero, creía lo que decía; mas decía que era Dios; se lo dijo á sus discípulos y á sus amigos, se lo dijo al pueblo, se lo dijo á la magistratura suprema de su país; fué condenado y murió por tal afirmación: luego creía que era Dios. Mas no podía creerlo si no lo fuese, porque es imposible equivocarse tocante á un hecho de conciencia tal como el de la propia personalidad, á menos de estar loco; pero Jesucristo no era loco, y era sincero; luego era Dios. Aquí, por una excepción que afecta á la naturaleza misma del asunto, la cuestión de sinceridad se confunde con la cuestión de la realidad. Y no es descubrimiento mío, vana investigación de mi entendimiento. Hace mucho tiempo, señores, que el Evangelio, estableciendo en el entendimiento de quienes lo leen atentamente la sinceridad de su héroe, les persuade su divinidad sin más argumento. En tanto que la Iglesia católica, hija y esposa de Jesu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristo, demuestra la divinidad de su Fundador por la divinidad de su propio carácter, el Evangelio, obrando de otra manera, prueba á los hijos de la Iglesia la divinidad de Aquel que la fundó. Y esta impresión es común á edades bien diferentes, á las tres edades del hombre; hasta tal punto es natural y se halla fundada sobre la verdad». (1)

Sobre el mismo asunto se explica el P. Félix, diciendo: «..... La divinidad de Jesucristo tenía aun que vencer otros obstáculos y salvar otras barreras para llegar á reinar. ¿Me preguntáis qué barreras son esas? Pues son la barrera de las ideas, la barrera de las costumbres, la barrera de las instituciones, la barrera de las nacionalidades y la barrera de las religiones.

«Barrera de las ideas. ¿Quién no conoce los abismos que abre entre los pueblos la diferencia de doctrina y el antagonismo entre las ideas? ¿Qué obstáculo, pues, no encontraba en el borde de ese abismo el Dogma incomparable de la divinidad de Cristo? Á pesar de eso ha salvado ese abismo, y las filosofías del Norte como las filosofías del Mediodía, y la idea oriental como la idea occidental, se han encontrado arrodilladas ante Jesucristo Dios, unidas en la misma fe y en la misma adoración.

«Barrera de las costumbres y de las pasiones humanas. ¡Oh! las hay por el mundo tan contradictorias y tan antipáticas al Dogma supremo del Cristianismo, que aún después de realizado el

(1) Lacordaire, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*

hecho se preguntan algunos todavía, aunque sin poder darse respuesta en lo humano, cómo han cedido tantas resistencias al Dogma vencedor, cómo se han desvanecido ante su atracción tantas repulsiones, cómo han podido fundirse tantos odios en un mismo amor; y, en fin, cómo es posible que tantos elementos como conspiran á favor de las pasiones humanas hayan dejado pasar sin detenerlo el Dogma de la soberanía del Verbo y de la divinidad de Jesucristo, cuando venía á hacerles una guerra tan cruda y á causarles tan humillantes derrotas.

«Barrera de las instituciones. Bien sabéis lo que muchas veces cuesta á los genios más atrevidos y poderosos romper la dura corteza que forman en la superficie de los pueblos las instituciones seculares; y por cuantas leyes, prohibiciones y prescripciones tienen que pasar los dogmas nuevos para llegar á prevalecer. Pues bien: la divinidad de Jesucristo ha roto esa corteza, ha pasado á través del tejido de las instituciones humanas y de las constituciones sociales; y no han sido bastantes á detenerla todas las preocupaciones de las recelosas tiranías y de las legalidades envidiosas.

«Barrera de las nacionalidades. Formidable es esta barrera que á veces detiene las ideas más legítimas y las dominaciones más santas. Cuando una idea penetra en el corazón de un pueblo, cuando tiene á su favor el imperio de las simpatías, entonces marcha, corre, se precipita, y muy luego reina como soberana. Pero cuando la idea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causa extrañeza, cuando no se ha infiltrado en la fe ni en la sangre del pueblo, entonces la nacionalidad, es decir, el sentimiento nacional, la rechaza, como rechaza un pueblo oprimido el despotismo que le impone el extranjero. ¿Y cómo es que la creencia en la divinidad de Jesucristo ha entrado triunfante en el corazón de tantas nacionalidades distintas y las más veces rivales?

«Pero entre el reino de Jesucristo Dios y las naciones de que trataba de enseñorearse había una barrera más profunda que todas esas, y era la barrera de las religiones: existía el obstáculo siempre vivo de los cultos, de los sacerdocios y de los símbolos que no se resignaban á morir; existía, sobre todo, como elemento de oposición á ese reino del Dogma libertador, la complicidad unánime de todas las religiones serviles, que bajo el escudo de la protección real, consular ó imperial, buscaban abrigo contra todo nuevo dogma: existía, en fin, la conjuración de todos los dioses contra Cristo Dios, porque proclamar Dios á Jesucristo significaba el derrumbamiento de todos sus templos y la ruina de todos sus altares. ¿Y quién no comprende toda la profundidad del obstáculo con que tropezaba aquí la divinidad de Cristo para conquistar la dilatación y la universalidad de su reino? Pues bien, señores; la divinidad de Cristo ha pasado á través de todos esos templos derrumbados, de todos esos altares hechos pedazos, de todos esos símbolos pulverizados; y todos los dioses que han caído por tierra al oir su

nombre le han formado con sus escombros el camino para su marcha triunfal.

«Así es, señores, como el Dogma de la divinidad de Cristo se ha lanzado á través de todos los obstáculos y por encima de todas esas fronteras de la naturaleza, de las ideas, de las costumbres, de las instituciones, de las nacionalidades y de las religiones, tomando vuelo en el apostolado cristiano, avanzando hacia todos los puntos del globo, y haciendo resonar en todos los ámbitos del mundo las palabras que anunciaban el mayor misterio de Dios y el hecho más grandioso de la humanidad: *Verbum caro factum est et habitavit in nobis*. (1) (El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos brillar su gloria, la gloria del mismo hijo de Dios).

«Adórenle, pues, todas las naciones; caigan de rodillas ante él todos los pueblos. Y todos los pueblos lo han adorado, y á todas las naciones prosternadas en tierra ante el trono de su divinidad las oígo exclamar, no por la voz de un hombre, sino por la de millones de hombres: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo. He ahí el hecho por excelencia, que dice en su pública claridad: Mirad y veréis que el reino de Dios es tan grande como el espacio». (2)

Véase lo que el doctísimo abate Fremont escribe:

---

(1) San Juan I.

(2) P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París*; traducción castellana de D. J. M. Antequera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Es efectivamente una cuestión de filosofía, mucho más que una cuestión de exégesis, la que se agita entre la Iglesia y los adversarios del Dogma de la divinidad del Cristo. Un solo punto les es común. La crítica bíblica independiente y la Iglesia católica se hallan de acuerdo, generalmente, sobre el contenido objetivo y gramatical de los textos, pero difieren en todo lo demás en la interpretación que de ello dan. Mas la interpretación no es diferente sino porque lo son los principios de ella, y estos principios no son ellos mismos diferentes sino porque no proceden de un mismo sistema filosófico. La Iglesia cree en el milagro, porque cree en un Dios distinto del universo, infinito, libre, bueno y omnipotente. Y el libre pensamiento no cree en él, porque tiene acerca de Dios otra idea y no admite algunos de sus atributos constitutivos. Por esta razón, Ernesto Renan se engaña ó engaña á sus lectores cuando dice: «En esta gran lucha empeñada entre mi razón y mis creencias, evitaba cuidadosamente el hacer ni un solo razonamiento de filosofía abstracta. El método de las ciencias físicas y naturales, que en Issy se había impuesto á mi entendimiento como una ley absoluta, hacía que desconfiase yo de todo sistema.....; mis razones fueron todas del orden filosófico y crítico: en manera alguna fueron del orden metafísico, político, moral». (1)

«M. Renan no podría darnos un chasco. Hemos

(1) E. Renan, *Souvenirs d' enfance et de ieunesse.*

estudiado en Issy, como él; hemos aprendido las ciencias físicas y naturales y creemos que «su método es absoluto». Mas ¿en dónde *las ciencias físicas y naturales* han demostrado que Dios no podía intervenir y que no había intervenido en el curso normal de las leyes de la naturaleza?; ¿en dónde *las ciencias físicas y naturales* han demostrado que Moisés no vió jamás á Jehová en la zarza ardiendo, que San Pablo no hubo jamás oído á Jesucristo en el camino de Damasco, y que los quinientos testigos de la Resurrección eran todos alucinados, cuyo testimonio aceptado sin pruebas era no obstante capaz de mover á millones de mártires á derramar su sangre y á millones de doctores á emplear su genio en favor de un mito sin consistencia? Echemos á un lado toda mala inteligencia. Ernesto Renan no interpreta, en sentido legendario, las narraciones milagrosas del Pentateuco y del Evangelio sino porque no cree en lo sobrenatural. Su filosofía panteísta, tomada de Spinosa y de Goethe, es quien hace de él un exegeta incrédulo. *Las ciencias físicas* nada tienen ahí que ver y sus estudios en Issy no tienen parte alguna en eso. Esos mismos estudios han producido en mí un resultado enteramente distinto. Luego no son ellos, sino la interpretación arbitraria y pseudo científica que se les da, quien solamente es causa de eso. Mas, esa interpretación procede de la filosofía, de la metafísica: Luego Renan no se da cuenta de lo que dice ó engaña á aquellos á quienes se dirige. El eminente prela-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, que combatió victoriosamente algunos de sus más temerarios asertos, ha escrito acertadamente: (1) «En realidad, la crítica bíblica de nuestros días procede de la filosofía mucho más que de la historia. La exégesis actual es corolario lógico, consecuencia de un sistema filosófico. Es hija de las teorías idealistas ó materialistas del siglo XIX. Corresponde al estado de las inteligencias desde Hegel hasta Schopenhauer». (2)

Véanse sobre este asunto, además de los autores aquí citados, los trabajos de Augusto Nicolás, Caminero, Monseñor Freppel y Monseñor Bougaud; como obra de tésis ó expositiva, el libro admirable de Luis Veuillot, *Vida de Jesucristo;* y como obra maciza, la que lleva igual título, del P. Didon.

LECCIÓN VII

El racionalismo y el Dogma de la Santísima Trinidad

Entramos ya en las relaciones ó harmonías del dogma cristiano con la razón humana, ó, por decir mejor, con la razón. La razón no es cosa inventada por el hombre, ni cosa que el hombre pueda darse á sí mismo ni á los demás; la razón es un don de Dios, una facultad del alma humana, una luz esplendorosa que nos ilumina y nos distingue del

(1) Monseñor Meignan arzobispo de Tours, *David roi, psalmiste, prophète.*

(2) Abbé Fremont: *La divinité de Jésus-Christ et la libre pensée*, tomo 2.º

puro animal; por eso, con tanta exactitud, el hombre es llamado animal racional. Pero si la razón es luz natural que viene de Dios, la fe es don sobrenatural que procede del mismo foco; son dos rayos desprendidos del mismo luminar, aunque distintos por su condición; natural el uno, sobrenatural el otro, pero formando perfecta consonancia, pues de otro modo necesario fuera poner contradicción en su origen, que es Dios, y esto es manifiestamente absurdo.

Ahora bien; esta ley general de conformidad ó harmonía brilla esplendorosa en todos los dogmas, al estudiarlos en sus relaciones con la obra de Dios, y al aplicarles la ley de comparación mediante el ejercicio legítimo de la razón; y lo veremos comenzando por el primero, que es el de la Santísima Trinidad, ó sea el misterio de la vida íntima de Dios, de esa vida inefable que se encuentra en la hermosa ley de la unidad en la variedad ó multiplicidad, ley singular que aparece en todo y en todas partes, dando así testimonio de su imprescindible necesidad.

El Dogma de la Santísima Trinidad se constituye en la afirmación ó confesión de un Dios único, en tres distintas personas: Dios Padre; Dios Hijo; Dios Espíritu Santo. Cada una de estas personas es Dios; pero no suman tres dioses; porque si bien la una no es la otra, todas son Dios, mas no un Dios distinto cada una de ellas. Unidad de la substancia divina; triplicidad de relaciones en Dios; y como tales relaciones son perfectísi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, que combatió victoriosamente algunos de sus más temerarios asertos, ha escrito acertadamente: (1) «En realidad, la crítica bíblica de nuestros días procede de la filosofía mucho más que de la historia. La exégesis actual es corolario lógico, consecuencia de un sistema filosófico. Es hija de las teorías idealistas ó materialistas del siglo XIX. Corresponde al estado de las inteligencias desde Hegel hasta Schopenhauer». (2)

Véanse sobre este asunto, además de los autores aquí citados, los trabajos de Augusto Nicolás, Caminero, Monseñor Freppel y Monseñor Bougaud; como obra de tésis ó expositiva, el libro admirable de Luis Veuillot, *Vida de Jesucristo;* y como obra maciza, la que lleva igual título, del P. Didon.

LECCIÓN VII

El racionalismo y el Dogma de la Santísima Trinidad

Entramos ya en las relaciones ó harmonías del dogma cristiano con la razón humana, ó, por decir mejor, con la razón. La razón no es cosa inventada por el hombre, ni cosa que el hombre pueda darse á sí mismo ni á los demás; la razón es un don de Dios, una facultad del alma humana, una luz esplendorosa que nos ilumina y nos distingue del

(1) Monseñor Meignan arzobispo de Tours, *David roi, psalmiste, prophète.*

(2) Abbé Fremont: *La divinité de Jésus-Christ et la libre pensée*, tomo 2.º

puro animal; por eso, con tanta exactitud, el hombre es llamado animal racional. Pero si la razón es luz natural que viene de Dios, la fe es don sobrenatural que procede del mismo foco; son dos rayos desprendidos del mismo luminar, aunque distintos por su condición; natural el uno, sobrenatural el otro, pero formando perfecta consonancia, pues de otro modo necesario fuera poner contradicción en su origen, que es Dios, y esto es manifiestamente absurdo.

Ahora bien; esta ley general de conformidad ó harmonía brilla esplendorosa en todos los dogmas, al estudiarlos en sus relaciones con la obra de Dios, y al aplicarles la ley de comparación mediante el ejercicio legítimo de la razón; y lo veremos comenzando por el primero, que es el de la Santísima Trinidad, ó sea el misterio de la vida íntima de Dios, de esa vida inefable que se encuentra en la hermosa ley de la unidad en la variedad ó multiplicidad, ley singular que aparece en todo y en todas partes, dando así testimonio de su imprescindible necesidad.

El Dogma de la Santísima Trinidad se constituye en la afirmación ó confesión de un Dios único, en tres distintas personas: Dios Padre; Dios Hijo; Dios Espíritu Santo. Cada una de estas personas es Dios; pero no suman tres dioses; porque si bien la una no es la otra, todas son Dios, mas no un Dios distinto cada una de ellas. Unidad de la substancia divina; triplicidad de relaciones en Dios; y como tales relaciones son perfectísi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas, porque son divinas, cada una de ellas es persona; Persona divina, especial como persona, pero las tres, un sólo y único Dios. Así expuesto el dogma, tenemos: unidad de substancia; triplicidad de relaciones. Aquí, con esta distinción necesaria, tenemos cuanto se requiere para contestar los reparos que el racionalismo hace á tan sublime Dogma, valiéndose, ora del principio de contradicción, ora echando mano del principio de identidad.

Citemos su mismo argumento, comenzando por el que se funda en el principio de contradicción: «Uno no puede ser tres; tres no pueden ser uno. Tan absurdo es esto como si se dijese: 1+1+1=1». Si la doctrina católica enseñase que un Dios son tres dioses; ó que tres personas son una persona, la observación sería justísima; pero no es así; el Dogma de la Santísima Trinidad no es una burla de la aritmética, ni un insulto hecho á los principios de la sana razón. Se afirma la unidad de Dios, mas no la unidad y triplicidad á un tiempo de la divina substancia; se enseña la triplicidad y distinción de las personas, mas no su unidad á un tiempo con su triplicidad, ni su distinción á un tiempo con su identidad. La unidad y triplicidad que se pone en Dios no es bajo el mismo respecto, sino bajo respecto distinto; con esto no hay lugar á contradicción, y las exigencias legítimas de la razón nada pueden aquí reclamar.

Viniendo á la objeción fundada en el principio de identidad, véase como el racionalismo se explica, abusando de dicho principio: «Las cosas idénticas á otra (á una tercera) son idénticas entre sí». Ahora bien: «si el padre es Dios, si el hijo es Dios, si el Espíritu Santo es Dios, en una palabra, si estas tres personas son idénticas á la Divinidad, son idénticas entre sí, y las personas, por lo tanto, no son distintas, y no hay Trinidad». A este argumento, así expuesto por el abate Cauly en su obra *Religion et catholicisme*, responde él mismo, diciendo: «Este razonamiento cae ante una distinción muy sencilla: las cosas idénticas á una tercera son idénticas entre sí, es verdad, si su identidad es absoluta y bajo el mismo respecto; pero si son idénticas bajo otro respecto, no se sigue que sean idénticas entre sí. Así pues, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son idénticos á la Divinidad desde el punto de vista de la naturaleza divina, es cierto; mas desde el punto de vista de la personalidad, no, puesto que tienen cada cual algo que los distingue. Así es que el Padre engendra y no es engendrado; el Hijo es engendrado por el Padre, y de Él, como del Padre, procede el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es engendrado, sino que procede á la vez del Padre y del Hijo, y no engendra á nadie. Se dan pues entre las tres personas divinas caracteres distintos de personalidad y no la identidad absoluta».

Pero, entremos en el asunto mismo y observemos las hermosas relaciones de harmonía que guarda con la vida de los seres creados, y las analogías que por donde quiera se observan entre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el ser finito y la vida íntima del ser infinito, que tal es el misterio de la unidad en la Trinidad.

El misterio de que aquí tratamos es el de la vida de Dios; ahora bien; ¿qué es la vida, y como se manifiesta su acción en los seres que nos rodean? La vida, en un sentido lato, es el ser; existir, es vivir; pero en riguroso sentido, la vida es un movimiento que procede de lo íntimo del ser y que produce algo, puesto que siendo el movimiento una acción, y siendo propio de la acción el ser fecunda, la vida es, por lo tanto, un movimiento fecundo; «vivir es obrar», dijo admirablemente el ilustre P. Lacordaire al estudiar este mismo asunto.

La fecundidad es pues la característica de la vida; el vegetal se mueve desarrollándose, y su movimiento expansivo produce el fruto, en cuyas entrañas se guarda la semilla, productora de otro ejemplar semejante. El animal, merced á la cualidad misteriosa de reproducirse por la generación, es fecundo y engendra su semejante; el hombre ha recibido el don admirable de la paternidad; el alma, actuando sus potencias intelectuales, produce su verbo y nos ofrece el espectáculo misterioso de sus ideas; todo, desde los últimos rangos de la vida hasta el más encumbrado de los vivientes, nos ofrece el maravilloso cuadro de la fecundidad; ahora bien; si esto, que es una perfección, ocurre en los seres creados, en estas míseras realidades vivientes, ¿habría de faltar en Dios, que, siendo infinito, posee, por eminente modo, cuanto hay de perfección en las criaturas, y lo posee en grado infinito? La criatura viviente es fecunda en la medida de su ser; luego Dios es fecundo en la medida del suyo; y siendo infinito, debe ser, por lo tanto, infinitamente fecundo; la expresión de la fecundidad es la paternidad; luego Dios es Padre, y como infinito y eterno, engendra un Hijo infinito y eterno; este Hijo es Dios, pero no resultan dos dioses, porque el infinito es único; no sufre repetición; el Padre y el Hijo son Dios; son distintos, porque el uno engendra, y el otro es engendrado; son uno por la substancia; son dos por las relaciones; y como estas relaciones son en Dios mismo, resultan perfectísimas; adquieren la nota de la individualidad racionalmente consciente, y por esto son personas; el Padre ama al Hijo; el Hijo ama al Padre; este amor que va del uno al otro es eterno é infinito; es Dios; pero es relación divina; es por lo tanto Persona divina; es el Espíritu Santo; y aquí se cierra eternamente el círculo perfectísimo de las relaciones divinas; no se da ni una menos ni una más; es imposible; por eso en Dios no cabe poner más de tres personas; ellas constituyen, en la distinción real que entre sí guardan y en la unidad substancial común á todas, el misterio inefable de la vida íntima de Dios; el misterio augusto de la Santísima Trinidad. ¿Qué tiene que oponer á esto la razón más exigente? Nada; absolutamente nada.

En cuanto á las analogías del misterio de la vida íntima de Dios con los seres creados, es cosa manifiestamente clara.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No hay manera de formarse idea de un cuerpo sean las que fueren sus dimensiones, sin encerrarlo en la triple superficie de los sólidos: largo, ancho y profundidad. Todo ser, si es vivo, reune en sí estas tres cosas: la existencia, el desarrollo y la fecundidad. El alma humana posee tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad; distintas entre sí, pero en la unidad del espíritu ó sujeto. En las ciencias tenemos: principios, relaciones y consecuencias; en el orden ontológico, se encuentran en la unidad del ser la verdad, la bondad y la belleza; en el orden lógico, el silogismo que siendo uno encierra tres proposiciones: mayor, menor y conclusión; y también, tres términos: mayor, medio y menor. En el orden moral tenemos tres entidades constitutivas del mismo: la ley, el conocimiento y la libertad. En las ciencias físicas, el calor, la luz y la electricidad; en mecánica tres condiciones: fuerza, punto de apoyo y dirección. En fisiología tres funciones: respiración, circulación y digestión; tres centros vitales: los pulmones, el corazón y el cerebro. En el lenguaje tres tiempos: presente, pasado y futuro; en la palabra, el verbo interior, la forma articulada y la relación entre el uno y la otra. Y en las ciencias naturales tres reinos: vegetal, animal y humano; el reino mineral sirve de base á los tres; y si se le contase podríamos asentar esta otra división: mineral, vegetal y animal, pero dejando á salvo, claro está, la racionalidad humana.

Para terminar, y teniendo en cuenta que la historia nos muestra por todas partes y en todos tiempos la filosofía de la Trinidad, como se ve en las doctrinas de la India, de la China, de la Persia, de Grecia y en los sistemas modernos de Hegel, Cousin y Lamennais, cabe notar, con el abate Cauly, que no obstante los reparos del racionalismo, toda la filosofía antigua y moderna se ve cercada por la realidad de la doctrina de la unidad en la Trinidad; y el mismo autor dice:

«De todas estas teorías tanto antiguas como modernas sobre la Trinidad, concluyamos que este dogma tiene su raíz en una revelación primitiva que se transmitió, más ó menos alterada, en los diferentes pueblos; que el espíritu humano vanamente tentaría comprender ó explicar este misterio; y que, finalmente, lo más fácil, como lo más razonable, está en admitir acerca de la Trinidad la enseñanza católica más bien que los delirios de los filósofos».

Merecen consultarse, sobre este asunto, los siguientes trabajos: Lacordaire, *Conferencias en Nuestra Señora de París;* P. Félix, *Conferencias sobre El progreso por medio del Cristianismo;* Padre Gratry, *La Philosophie du Credo;* P. Monsabré, *Exposición del Dogma católico;* abate Cauly, *Apologetique chretiènne.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN VIII

El racionalismo y el Dogma de la creación

Si alguna cosa es manifiestamente filosófica y accesible á la razón humana, es el Dogma de un Dios creador de todas las cosas. La Iglesia católica, en su hermoso y sublime símbolo, pone en el comienzo aquellas luminosas palabras: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.* Se comienza por creer en la existencia del Ser infinito; sin Él, nada existiría, porque siendo relativo y contingente este universo que llamamos mundo, necesario era que dependiese de un ser absoluto y necesario que le sirviese de causa; de otro modo ó el mundo sería Dios, lo cual es incompatible con la idea del ser perfectísimo é inmutable, ó existiría sin Dios, lo cual es absurdo, porque lo imperfecto necesitó venir de la nada al ser, ó bien, finalmente, tendríamos un mundo eterno con Dios; pero un mundo eterno habría alcanzado su estado límite, según las teorías de la termodinámica, y esto está lejos aún de suceder; por otra parte, si la creación era necesaria, no podemos escapar á la doctrina panteísta, y, en rigor, tendríamos un mundo-Dios, ó un Dios-mundo; ambas cosas se contradicen, porque no es dado predicar, identificándolos, la misma cosa

de seres tan diversos por su esencia, como son el ser finito é imperfecto de las criaturas, y la realidad infinita y perfectísima, que es Dios.

El error opuesto al Dogma de la creación, da en uno de estos extremos: El mundo sin Dios; ateísmo materialista ó concepción materialista y atea del universo. El mundo increado ó sea el universo independiente; el mundo-Dios, teoría panteística del mundo.

El primer error es muy viejo; los antiguos defensores de la doctrina de los átomos, que sin saber por qué se reunen y forman este gran concierto de la creación, es tan ridícula, que, como diría Balmes, encierra un imposible de sentido común, y además cojea contra la indispensable razón de causalidad. El ateísmo cosmológico de estos tiempos reviste un carácter marcadamente científico, y así lo dejamos, por el momento, para estudiarlo oportunamente en la segunda parte de este libro, al tratar las cuestiones de orden científico. La doctrina de un mundo increado ó del universo independiente da en el ateísmo ó en el panteísmo; el mundo sin Dios es un contrasentido, y, como veremos á su tiempo, tiene contra sí las conclusiones de la ciencia experimental; el mundo-Dios, ó sea la doctrina panteística, formó el error capital de la filosofía trascendentalista en estos tiempos y sedujo poderosas inteligencias. Es el error que merece ser detenidamente estudiado, y vamos á ocuparnos en relatar, brevemente, su historia y en hacer su crítica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Comencemos por definir, para que de este modo se eviten malas inteligencias y no tengamos que andar con aclaraciones que interrumpan el camino. Por panteísmo entendemos aquella doctrina (todo-Dios) que por diversos medios, ó bajo formas distintas, enseña la identidad del ser, el *esse commune;* substancia única en la cual vienen todos los seres á identificarse; por manera que las diferencias que en ellos observamos no son más que meras apariencias, modos, fenómenos; pero todo ello dependiente, y á manera de simple manifestación, del ser único, eterno, infinito, del Dios-todo ó del todo-Dios; que en definitiva es igual.

Ocurre que para buscar esa substancia universal y única, los partidarios de tal sistema se desvanecen y pierden, ora en las profundidades y laberintos del propio pensamiento, y nos dan un sistema ó doctrina puramente subgetiva ó idealista; ó bien, fijándose exclusivamente en lo que es objeto de los sentidos, la materia, el mundo físico, van á dar á un panteísmo materialista que es verdadero ateismo, como lo es también el anterior; que no por ser más delgado, sutil y noble, deja de ser falso el error de los trascendentalistas ó panteístas idealistas, verdaderos soñadores que en fuerza de abstracciones caen en la nada, y á esa nada apellídanla Dios; pero ese Dios, nótese bien, es, en ocasiones, el hombre mismo, es el espíritu, el pensamiento, la idea en sí ó el absoluto, no un absoluto vivo y real, sino aquel absoluto quimérico, que es el resultado de los sueños del idealismo panteísta de Schelling.

Pero el error panteísta no es ninguna novedad; ni á los alemanes, ni á los franceses, ni menos en España, es dado echarlas de inventores; cierto es que esa doctrina se muestra, en cuanto á la forma, vigorosa en el trascendentalismo racionalista moderno; pero en su fondo no es nueva; es tan antigua como la filosofía, y así vemos, al penetrar en la historia del saber humano, como tal error aparece entre los orientales. Allí está Brahma, llamado el ser verdadero, vivo, feliz, sin segundo; y al lado de este panteísmo, en donde Brahma, ese ser único, se identifica con el mundo, y que nos ofrece una doctrina idealista, se halla también el panteísmo enseñado por Kapila, verdadero panteísmo materialista, pues que para su autor Dios no es más que el conjunto de los seres materiales; pero, además, en el Bagavad-Gita, libro indio, se habla de Dios como de un principio que guarda en germen todo lo creado, y de donde salen todas las cosas, por natural desarrollo; y aquí tenemos el panteísmo emanatista.

Salgamos de ese cielo grandioso del Oriente y vengamos á esa tierra del arte y de la filosofía, cuna de tantos hombres ilustres, pero madre al par de tantos errores: Grecia. Aquí, desde los primeros días de su filosofía, sálenos al paso el panteísmo, enseñado por aquellos maestros de la escuela eleática, cuya doctrina afirma la existencia de una substancia única, infinita, eterna é in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mutable, y que nos da como fenómenos puramente aparentes el mundo de los cuerpos y de las cosas visibles.

Más tarde, siete siglos más tarde, reaparece el panteísmo enseñado en la escuela de Alejandría; y luego, en la Edad Media, Escoto-Erigena lo enseña por los años de 886, y continúa mostrándose en ocasiones diversas hasta el siglo XVII, teniendo ardiente defensor en aquel desgraciado apóstata Jordano Bruno, que es condenado como hereje en 1600.

Aquí nos encontramos ya con el spinosismo, ¡extraña doctrina que afirma la existencia de una substancia única, dotada de extensión é inteligencia (!!), doctrina panteísta y contradictoria, verdadero absurdo teológico, burla de las ciencias filosóficas y mentís desvergonzado á la evidencia de la verdad!

De tan miserable base arranca en cierto modo el panteísmo de nuestros tiempos; y esa doctrina desatentada fascinó á los hombres estudiosos y pretendió invadirlo todo, habiendo sido tenida como flor y nata del saber filosófico, cuando no es en rigor otra cosa que un abuso de las leyes del pensamiento, ilusión de algunos soñadores que trastornaron muchas cabezas con daño manifiesto de los intereses de la verdad, de la ciencia y de la religión. No es de este lugar entrar en pormenores acerca del asunto; nadie ignora los sueños ridículos de Fichte, los delirios de Schelling, las pretensiones de Hegel y las candideces del

harmonismo de Krause, celebrado con locura poco menos que fanática en España, cuando los suyos apenas le conocían, tanta es la ínfima calidad del sistema y tan humilde puesto correspondía á su autor entre los modernos pensadores germanos. Del panteísmo francés no cabe hacer mérito; ninguna persona formal en asuntos filosóficos irá en busca de doctrinas á la escuela, si así podemos llamarla, de M. Cousin, ni al casi spinosismo de los sansimonianos. Y tratándose de materia puramente filosófica, nadie pensará en tomar por lo serio el misterioso y velado panteísmo literario de los Michelet, Jorge Sand, Víctor Hugo y otros.

El fondo común de todas las doctrinas panteístas es la afirmación de *una substancia única*. Tal afirmación equivale á decir que solamente existe un ser único, del cual son manifestaciones todos los séres que componen el universo; seres impropiamente dichos, que más bien deben tenerse como accidentes ó expresiones de la única substancia real.

Vengamos, pues, á la crítica de tan extraño sistema, y volvamos contra él la doctrina de las manifestaciones, haciendo ver cómo ella misma nos obliga á dar, como cosa real, la multiplicidad de seres ó substancias, y á ver cómo no es posible admitir la unidad absoluta ó exclusiva de un solo ser.

Oígamos á la filosofía que nos dirá lo que debe en realidad entenderse por manifestación. Mani-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

festarse es producir algo; es obrar; es el ser que se revela, y habla, y se ofrece al entendimiento por ese medio. Ahora bien; es principio inconcuso de buena filosofía que el ser obra y se manifiesta según su naturaleza; es decir, produce algo en consonancia con su constitutivo metafísico, ó sea, con su esencia; luego, la manifestación nos dará á conocer la naturaleza del ser manifestado; la obra dará testimonio de la vida y substancia del agente. Un poema grandioso, sublime, magnífico, que admira á los siglos y desafía la inclemencia de las edades, acusa infaliblemente la existencia de un genio, de un gran poeta; llámese Homero ó Virgilio, Dante ó el Tasso; un trabajo literario flojo, desmayado, incorrecto, pobre de pensamiento, extravagante por la forma, mezquino en todo, acusará, ¿quién lo duda? uno de tantos desgraciados cultivadores de las letras, que como ciertas aves jamás lograrán levantar el vuelo, y si hoy merecen el desprecio de la generación á quien molestan con su empedernido empeño literario, mañana caerán barridos en el mar insondable del olvido, y solamente hallarán una página en la historia que poco más ó menos dirá: en tal tiempo, en tal nación, á causa de la manía de los hombres y del desconcierto en las ideas, brotaban enjambres de poetas y literatos, verdadera peste de la poesía y de las letras, y de cuyos nombres nadie se acuerda, porque no le tenían. Así es la historia y así son las cosas. Decíamos, pues, que toda manifestación es una revelación del ser; ahora bien; ¿dánse en el mundo diversas manifestaciones? Sí. ¿La diversidad de tales manifestaciones es esencial? Nadie lo duda; luego se dan seres diversos, diversas substancias, y por lo tanto es falsa, enteramente falsa, la doctrina que enseña la existencia de una substancia única y que niega su pluralidad; y nótese que aquí dejamos destruída la base, el punto de partida del panteísmo; y si la base es falsa, todo el edificio se desploma, y el gran castillo de naipes del panteísmo vacila, se estremece y se derrumba. Semejante desenlace es natural; la verdad no necesita más que aclararse, y el error cae al punto herido por el rayo que la luz de las cosas fulmina implacable contra él.

Mas no solamente daña la doctrina panteísta á los intereses de la verdad filosófica; es además destructora de los intereses legítimos de la ciencia. La verdad engendra naturalmente la luz y el bien; por el contrario, el error es padre de las tinieblas y del mal. El panteísmo, burlándose del sentido común, enseña la identidad del ser y del no ser; del yo y del no yo, de la verdad y del error, de Dios y de los seres finitos, del bien y del mal; ¿qué puede quedar en pie después de tales delirios? ¿La razón? Pero la razón desaparece si afirmamos la identidad universal negando la oposición de los contrarios. ¿El orden real ú ontológico? Si no hay más que una substancia única, la realidad de los seres no es otra cosa que pura fantasmagoría, y nada queda en definitiva más que el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esse commune, el infinito extraño de la doctrina panteísta, infinito singular, que nace y muere, que siente y no siente, que es al propio tiempo consciente é inconsciente, ignorante y sabio, bueno y malo, eterno y temporal, absoluto y relativo; que es todo y al ir á cogerle se desvanece entre las manos, como esos globos de jabón que reflejando los colores del arco iris y ocupando el espacio desaparecen al soplo malicioso y débil de un muchacho. ¡Y con esta nada y sobre esta nada, quiere dársenos la filosofía, la moral, y fundar y explicar la ciencia! ¡La ciencia de Dios y la ciencia del mundo; la ciencia del hombre y la de sus deberes y derechos! Menguada metafísica la que no distingue entre el orden real y el ideal ó subjetivo; entre lo finito y lo infinito, entre lo absoluto y lo relativo, entre lo necesario y lo contingente, entre la causa y el efecto, entre el tiempo y la eternidad. Menguada lógica esa que todo lo identifica dando muerte á la razón, destruyendo la base del raciocinio y convirtiendo en idéntica realidad la verdad y el error. ¡Menguada moral esa que no admite esencial diferencia entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la santidad y el pecado, entre el deber y el derecho, entre la recompensa y el castigo, entre la infamia y el honor! Y con la ruína de ese orden metafísico, lógico y moral, sépase bien, se han borrado para siempre los fundamentos de toda verdad y de todo bien.

Se nos habla de la verdad ¡Cómo! Si aquí todo es aparente y relativo, no es dado admitir esa

verdad; todo ello es pura ilusión, resultado de un punto de vista; por lo demás, todo es idéntico, y si se ha de proceder con acierto, debemos darnos al más corrosivo escepticismo. No se nos hable de juicios y comparaciones, porque si la oposición es tan solo mera ilusión y únicamente apariencia, nada queda en pie ante la razón, incluso la razón misma. Ni se nos hable de moral, de bien, de mal, de obediencia, de autoridad, del derecho, del deber, de la religión, ni de la justicia; porque ó no es dado entender de lo que se trata, ó se intenta matar nuestra libertad engañándonos con teorías que descansan sobre un sueño.

En cuanto á la ciencia, fácil es demostrar que desaparece por entero al soplo del panteísmo. Toda ciencia estudia el ser que constituye su objeto, ya le mire en sí mismo, ya le considere en sus diversas relaciones. Hay, hablando en general, una ciencia primera y altísima, que estudia á Dios, al mundo y al hombre. Pero si Dios, el mundo y el hombre son idénticos, ¿qué género de estudio haremos entre cosas que no se oponen ó distinguen realmente? Y si á la vez son error y verdad, ser y nada, finitos é infinitos, ¿no cabe aquí dudar de ellos y afirmar que, puesto que lo son todo, deben ser forzosamente nada, á causa de la contradicción que ponemos en su propio ser?

Descendamos un poco. Si en las ciencias físico-químicas descartamos la diversidad substancial del ser, ¿qué habrá de quedarnos en pie al hacer las clasificaciones? Si en las ciencias naturales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo se identifica, ¿cómo estableceremos los reinos, los géneros, las especies y todas las demás categorías? Si en el orden matemático identificamos el número con la nada, ¿será posible el orden de la cantidad? Si en el orden social no existe autoridad ni obediencia, si no hay justicia, porque no hay deber ni hay derecho, ¿qué gobierno habremos de introducir en las cosas humanas?

¡Cómo se vengan, en todo esto, la verdad y la fuerza de las cosas, ultrajadas por la mano demoledora del panteísmo! ¡La consecuencia final de tan sangrienta burla es el nihilismo! ¡Y esto no es pura teoría ni amenaza de predicador, ni aun siquiera visión de profeta que avisa! Es la voz elocuente de la historia, de esta historia que va tejiéndose á nuestra vista, y harto sabido es que tan funesto resultado no solamente corre y habla en los libros de los filósofos, sino que encarnado y vivo se agita en el mundo y nos amenaza, sin que nadie ignore sus criminales tentativas.

Y ahora cabe preguntar: ¿Qué se hace en el mundo para contrarrestar los desastres que en pos de sí lleva tan perniciosa teoría? ¿Quién ha levantado bandera contra las invasiones del panteísmo? ¿Quién? la apologética cristiana; y con autoridad indiscutible la misma Iglesia de Cristo, la Iglesia católica que al condenar las doctrinas panteístas vino á salvar los intereses de la verdad, de la ciencia, del bien y del orden social.

Resumiendo: el panteísmo, error pernicioso y trascendental, es la muerte de los intereses legítimos de la verdad, de la ciencia, y al confundirlo todo, identificándolo bajo la unidad de la substancia única, lo destruye todo y lleva por ende al universal escepticismo y al ateísmo, cuando al tratar de Dios se nos da en su lugar una palabra; menos aún; porque se nos da un fantasma.

Para consulta en esta lección, véanse los siguientes hermosos trabajos: *Conferencias en Nuestra Señora de París,* por los P. P. Félix, Lacordaire y Monsabré. El bien escrito libro, *Dios y el cosmos,* de D. Miguel Amer; el tomo I de *La religion en face de la science,* del sabio abate Arduin; *La creación,* por el P. Juan Mir. La primera y tercera parte de *El Cristianismo y los tiempos presentes,* de Monseñor Bougaud, y el gran tratado de *Cosmología,* del docto catedrático Sr. Hernández Fajarnés.

LECCIÓN IX

El racionalismo y el Dogma del pecado original

Difícilmente podría darse en estos tiempos asunto de mayor importancia que el presente, cuando se trata de estudiar al hombre como ser moral y social. Hay una doctrina pesimista que todo lo ve negro y triste; hay otra doctrina optimista que todo lo encuentra fácil y llano; hay una doctrina razonable que vive entre esos dos puntos extremos, que pone las cosas en su lugar y nos ofrece una solución definida, que deja tranquilo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo se identifica, ¿cómo estableceremos los reinos, los géneros, las especies y todas las demás categorías? Si en el orden matemático identificamos el número con la nada, ¿será posible el orden de la cantidad? Si en el orden social no existe autoridad ni obediencia, si no hay justicia, porque no hay deber ni hay derecho, ¿qué gobierno habremos de introducir en las cosas humanas?

¡Cómo se vengan, en todo esto, la verdad y la fuerza de las cosas, ultrajadas por la mano demoledora del panteísmo! ¡La consecuencia final de tan sangrienta burla es el nihilismo! ¡Y esto no es pura teoría ni amenaza de predicador, ni aun siquiera visión de profeta que avisa! Es la voz elocuente de la historia, de esta historia que va tejiéndose á nuestra vista, y harto sabido es que tan funesto resultado no solamente corre y habla en los libros de los filósofos, sino que encarnado y vivo se agita en el mundo y nos amenaza, sin que nadie ignore sus criminales tentativas.

Y ahora cabe preguntar: ¿Qué se hace en el mundo para contrarrestar los desastres que en pos de sí lleva tan perniciosa teoría? ¿Quién ha levantado bandera contra las invasiones del panteísmo? ¿Quién? la apologética cristiana; y con autoridad indiscutible la misma Iglesia de Cristo, la Iglesia católica que al condenar las doctrinas panteístas vino á salvar los intereses de la verdad, de la ciencia, del bien y del orden social.

Resumiendo: el panteísmo, error pernicioso y trascendental, es la muerte de los intereses legítimos de la verdad, de la ciencia, y al confundirlo todo, identificándolo bajo la unidad de la substancia única, lo destruye todo y lleva por ende al universal escepticismo y al ateísmo, cuando al tratar de Dios se nos da en su lugar una palabra; menos aún; porque se nos da un fantasma.

Para consulta en esta lección, véanse los siguientes hermosos trabajos: *Conferencias en Nuestra Señora de París,* por los P. P. Félix, Lacordaire y Monsabré. El bien escrito libro, *Dios y el cosmos,* de D. Miguel Amer; el tomo I de *La religion en face de la science,* del sabio abate Arduin; *La creación,* por el P. Juan Mir. La primera y tercera parte de *El Cristianismo y los tiempos presentes,* de Monseñor Bougaud, y el gran tratado de *Cosmología,* del docto catedrático Sr. Hernández Fajarnés.

LECCIÓN IX

El racionalismo y el Dogma del pecado original

Difícilmente podría darse en estos tiempos asunto de mayor importancia que el presente, cuando se trata de estudiar al hombre como ser moral y social. Hay una doctrina pesimista que todo lo ve negro y triste; hay otra doctrina optimista que todo lo encuentra fácil y llano; hay una doctrina razonable que vive entre esos dos puntos extremos, que pone las cosas en su lugar y nos ofrece una solución definida, que deja tranquilo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el ánimo y resuelve el singular enigma de la naturaleza humana, tal como en la historia se nos presenta; mezcla de bien y de mal; con tendencias generosas y movimientos egoístas; naturaleza caída, enferma, inclinada al mal y endeble para la vida levantada de la virtud. El Dogma del pecado original es un faro que ilumina los caminos humanos y explica las extrañas contradicciones que se observan en el hombre tal como al presente lo encontramos. El racionalismo que eleva teóricamente al hombre hasta considerarle como un Dios, no puede sufrir la enseñanza católica en este punto; y para legitimar sus pretensiones echa mano de subterfugios que nada explican, y combate el Dogma luminoso de la caída original. Veamos lo que opone, respondamos á sus reparos, y hagamos ver cuán razonable y luminosa es la doctrina católica que nos habla de la gran caída de la humanidad, en la persona de nuestro primer padre Adán, «en quien todos pecamos».

Es conocida la frase de un racionalista que, para combatir el pecado original, decía «que bastaba con exponer esa doctrina para refutarla»; en esto hay más ingenio retórico que lógica de buena ley; y los católicos podríamos decir otro tanto de los argumentos racionalistas, pero con mejor derecho, puesto que la razón y el buen sentido están de nuestra parte. De todos modos, el racionalismo se opone á la doctrina enseñada por la Iglesia, y tiene en ello tal interés, que el padre Weiss, en su obra maestra, *Humanitet und Humanismus,* que podríamos traducir, dado su contenido, *Humanidad y naturalismo,* escribe lo siguiente:

«La negación de este Dogma (el pecado original) forma pues el tercer principio y el principio más importante del humanismo (naturalismo). Ante todo en torno de este punto es en donde se libra la batalla en pro ó en contra del espíritu moderno. Por lo cual cabe decir que el humanismo no es ni más ni menos que lo opuesto á la doctrina de la caída de la humanidad. Buen número de sus representantes son más ó menos partidarios de la deificación del hombre y de la expulsión de Dios de la vida terrestre, pero de tal suerte están unánimes en negar el pecado original, que no es dado tener por partidario de la doctrina de la humanidad á quien todavía creyese en aquella doctrina». En apoyo de su tésis aduce los testimonios que ofrecen Rousseau, Goethe, Shelley y Stirner, y copia los famosos versos de Rau en su *Natur, Welt und Leben,* en los cuales, como el mismo P. Weiss dice: «No dudan en pavonearse ante Dios, y en tributarse incienso como si fueran santos». Pero, lo que más mortifica al racionalismo es la doctrina de la transmisión de la culpa original; oígamos al P. Félix, que en una de sus *Conferencias en Nuestra Señora de París* trata hermosamente este asunto:

«Concebimos la caída personal de Adán: lo que nos subleva es que esa caída haya ido á parar de rechazo sobre la humanidad. Comprendemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su falta y también su castigo: lo que nos desconcierta es la responsabilidad impuesta á su raza; es el pecado original, no de Adán, sino de la posteridad de Adán. Y ved aquí lo que no podemos admitir sin abdicar nuestra razón.

«¿Cómo es posible que unos seres que no existían pudiesen ser cómplices en una falta cometida antes de que ellos naciesen? ¿Qué significa una culpabilidad retrospectiva, que es anterior á la existencia y que el culpable no ha podido ni sospechar siquiera?»

Á todas las dificultades que se oponen á la transmisión de la caída, responde el mismo padre Félix con una frase clara y sencilla que luego desarrolla, diciendo: «.....Una misma respuesta destruye todas las dificultades: esas dificultades no atacan al verdadero pecado original, sino que suponen, cual más, cual menos, un dogma imaginario».

Y en efecto; el racionalismo confunde lastimosamente el pecado de Adán y el pecado que mancha á la humanidad descendiente de Adán; en el primero, la culpa es original y personal; en la segunda, es meramente original; con esta distinción basta para que la razón más exigente se tranquilice; pero el racionalismo no ve ó no quiere ver tal distinción, y eso es lo que le mueve á combatir un Dogma tan razonable y tan luminoso; Dogma de todo punto necesario para conocer el estado actual del hombre, y sobre ese conocimiento levantar todo el edificio de la virtud moral

y de la vida social. Teniendo pues en cuenta la distinción aducida, ¿cómo podría el racionalismo invocar la razón y la justicia para decir que, según la doctrina del pecado original, son pecadores, es decir, culpables con culpa personalmente cometida, aquéllos que aún no existían? No se necesita ser racionalista para negar eso; también lo negamos los católicos y lo niega todo aquél que tenga sentido moral; y por ese camino, confundiéndolo todo y lanzando acusaciones así forjadas, fácil es combatir doctrinas y dejar mal parados todos los dogmas.

El abate Cauly trata este asunto con sobriedad y exactitud, y al efecto sienta la cuestión diciendo:

«Para formarse idea exacta del misterio del pecado original y ver si se halla en oposición con la razón, es necesario tener en cuenta estas tres cosas: 1.º, el punto de partida de la caída ó *estado del hombre antes del pecado;* 2.º, la *caída* misma y sus *consecuencias;* 3.º, el rechazo de esta caída ó la *propagación del pecado original* en la posteridad de Adán». (1)

1.er punto: ¿En qué estado fué puesto Adán al venir á la existencia? Aquí tenemos dos puntos de vista distintos; la posibilidad y el hecho histórico. Dios pudo, hipotéticamente hablando, crear al hombre en un estado semejante, no decimos idéntico, al que al presente tiene, es decir, sin los dones

(1) Abbé Cauly, *Religion et catholicisme.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobrenaturales otorgados al padre de la humanidad; ese estado puramente natural en nada obstaba á la bondad y justicia divinas, ni á lo que la naturaleza humana exije; pero Dios, usando de su poder, de su bondad y de su sabiduría, pudo también haber creado al hombre adornado de la gracia sobrenatural y con todos aquellos privilegios que le hacían inmune á las calamidades y trabajos de la vida, y aún hacer que, después de probada su fidelidad, pasase á disfrutar la eterna y sobrenatural bienaventuranza del cielo. Mas, dejando á un lado la cuestión de posibilidad, vengamos á la del hecho histórico. Dios, ¿crió al hombre en estado sobrenatural? Sabemos por la fe que Dios constituyó al hombre en ese feliz estado; «Dios, escribe el abate Cauly en su ya citada obra, elevó la naturaleza humana á un grado superior; le comunicó su propia vida, la *gracia santificante*, con los privilegios que su amor añadió, es decir, la justicia y la santidad original, con el don de inmortalidad sobre la tierra y el derecho á la posesión de Dios en el cielo; después, para complemento, elevó igualmente la naturaleza humana haciendo al cuerpo exento de toda dolencia y de todo sufrimiento, y perfeccionando en el alma la inteligencia, la voluntad, el amor, de suerte que el hombre entero era tan feliz como santo». Aquí no se ve repugnancia alguna por parte de Dios, que es la bondad infinita, ni por la del hombre que podía recibir todos esos dones; la razón nada puede objetar en justicia.

Pero ese estado tan feliz pendía de una condición: la fidelidad á la voluntad divina; el pecado, horrenda rebelión de la criatura contra el Criador, podía destruir tan hermoso estado; y, en efecto, así sucedió; sobrevino el pecado; Adán cayó en la incomprensible desgracia de la culpa, porque su malicia es tal, que el entendimiento humano no alcanza á medirla; y el hombre, cabeza y fuente de toda la humanidad, tornóse desde aquel punto en hijo de ira, perdió sus dones sobrenaturales, y aun en su vida natural quedó tristemente herido; su inteligencia, su razón, su voluntad, sus pasiones, todo su ser quedó lastimado; así se explica este misterio de la vida moral en donde luchan buenas inclinaciones y malos instintos; el afán del bien y la tendencia al desorden; el hombre es un ser desquiciado; no podía salir con tales tendencias de manos de Dios; la invasión de la culpa, el pecado original, explica este doloroso enigma, y al admitir este Dogma, encendemos antorcha luminosa que derrama su luz sobre los senos profundos del misterio de la vida moral del hombre.

En cuanto á la transmisión de la culpa original, basta tener un poco de buen sentido para comprender cuán razonable es la doctrina católica. El abate antes citado, y en la misma obra, aduce una observación que merece ser traída á este lugar y vamos á traducirla; dice así:

«¿La transmisión de la indigencia paterna á los hijos es absurda? No, porque entra en el orden general de los seres el engendrar algo semejante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á sí mismo y transmitir las degradaciones como los privilegios de la paternidad. ¿Es de admirar que un funcionario degradado no transmita á su posteridad su dignidad perdida? ¿No vemos diariamente hijos que heredan de sus padres los vicios de la naturaleza y de la sangre? ¿No nos muestra la historia pecados originales de naciones, de razas, de familias? Si la mancomunidad que une á los hijos con sus padres en el orden físico es innegable, ¿por qué no habríamos de aceptar la misma mancomunidad en el orden moral?» (1)

Si el racionalismo se asombra de la doctrina de la transmisión del pecado original, cabe retorcer el argumento, y con perfecta razón, diciendo que lo extraño sería que el pecado original no hubiese pasado á la posteridad de Adán. Es una ley admitida por las ciencias experimentales la que se llama por los fisiólogos, «la herencia»; en virtud de esta ley, el padre transmite al hijo sus cualidades: la estatura, el color, los lineamentos, las pasiones, las disposiciones intelectuales y sus inclinaciones; y el atavismo ó salto atrás viene á consolidar y confirmar esa misma ley. Ahora bien; Adán, padre de la humanidad, ¿cómo no había de transmitir á los hombres una naturaleza semejante á la suya, dado el estado de naturaleza caída en que fué nuestro padre? Los efectos de la primera culpa estaban en la fuente

(1) P. Félix, *5.ª Conf. de 1863;* Mons. Bougaud, *Le Christianisme et les temps presents.* t. III.

de nuestra vida; ¿cómo el río que partiese de tal fuente no había de traer sus aguas manchadas, si lo estaba el manantial? Dañada la raíz, ¿cómo había de ser lozano el fruto?; lastimada la causa, ¿cómo saldría ileso el efecto? Adán es cabeza, es padre del género humano; el padre no podía dar otra cosa que lo que en sí guardaba; los hijos debían llevar la triste herencia legada por su padre; otra cosa hubiera sido verdadera anomalía; el pecado de Adán es herencia de su prole; la humanidad no podía, sin milagro, verse sustraída á las leyes ordinarias de la vida; la razón, la doctrina científico-fisiológica, tendrían que admirarse de que la humanidad hija de Adán no fuese semejante á su padre; la transmisión de la mancha original es el hecho biológico más razonable. Combatirlo es ponerse fuera de la ciencia y reñir con la sana razón.

Y cuando admitimos este Dogma, los enigmas que ofrece la naturaleza humana resultan iluminados por esplendente luz; así, Pascal decía: «El nudo de nuestra triste condición tiene sus enredos y repliegues en el abismo del pecado original; de manera que el hombre es menos inteligible sin este misterio, que este misterio lo es al hombre». *(Pensamientos).* Y el P. Monsabré dice en sus conferencias de 1877: «Á la luz divina del Dogma contemplo y me explico el opresor y terrible misterio de nuestros infortunios y de nuestros crímenes».

Y esta doctrina tan razonable aparece de acuerdo con las tradiciones universales; no hay

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblo en el mundo que no nos hable de la caída primitiva; *La edad de oro* de los griegos y romanos, el reinado feliz de *Jima* entre los persas, el *Meron* de los indios, el jardín en donde brota la vida sin término, de los chinos; lo mismo acontece entre los germanos y mejicanos, y hasta el relato mosaico, con su árbol de vida ó muerte y la traidora serpiente, aparecen en las tradiciones de todos los pueblos; el *Ahriman* de los persas, el *Tifon* de los egipcios, el *Tchi-cou* de los chinos, el *Hijo de Loke* de los escandinavos, el *Pyton* de los griegos; y luego, como dice el abate Cauly que estudia muy detenidamente este punto, «aparece el acto prevaricador, la culpable desobediencia. Bajo formas diversas, esta tradición es la misma por donde quiera. Á causa de fatal desorden, la raza humana cae en desgracia de Dios; por esto pena en la *edad de hierro*».

Véanse sobre el asunto de la presente lección los siguientes trabajos: *Conferencias* del padre Lacordaire; *Conferencias* del P. Félix; *El Cristianismo y los tiempos presentes* por Monseñor Bougaud; *Religion et Catholicisme* por el abate Cauly; *Apologie Fondamentale* por Monseñor Wedingen; *Humanited und Humanismus* por el P. Weiss.

LECCIÓN X

El racionalismo y el Dogma de la Encarnación

Hemos llegado al Dogma capital entre los dogmas del Cristianismo, Dogma central de la

verdadera religión, Dogma síntesis que lo comprende todo; en él se enlazan las sublimidades de la teología, los grandes misterios de la psicología, el plan maravilloso y trascendental del pensamiento divino; *foco de la ciencia,* como dijo el ilustre P. Félix; Dogma hermoso que cautiva con su belleza el ánimo de quien lo estudia, y que supo inspirar tantos y tan hermosos trabajos, y que sufrió, de parte de la incredulidad, rudos aunque necios ataques, pues que solamente inventando especies que la doctrina católica no admite fué posible lanzar acusaciones contra tan grandioso Dogma, ridiculizándolo para substraerse así á las razonables enseñanzas de la fe.

Veamos las objeciones aducidas; examinemos el Dogma á la luz de la verdad, y después de pulverizar los ataques contra él dirigidos, entremos á ver su hermosura intelectual y moral.

Después de haber estudiado el asunto, y en vista de la hermosura de algunos de los trabajos dedicados al estudio del Dogma de la Encarnación, pudiéramos limitarnos á copiar algunos párrafos escogidos, y con esto sólo tendríamos bastante para llenar, y á maravilla, toda esta lección; optaremos por emplear un término medio; sobre nuestras humildes observaciones descollarán felices pensamientos escogidos en aquellos autores clásicos que tenemos á mano, con lo cual resultarán dos cosas: realzado el punto de vista intelectual y enriquecida la fase estética del asunto.

La objeción racionalista.—Hay una manera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy cómoda de presentar la doctrina católica en oposición al buen sentido y como una burla hecha á la sana razón; consiste en desfigurar la doctrina, y claro está que atribuyéndonos disparates hemos de aparecer forzosamente en antagonismo con la verdad. Aquí se ve una de dos cosas; ó el racionalismo procede bien informado, y en ese caso falta á la verdad y á la justicia, ó no sabe lo que combate, y en tal caso merece el más solemne desprecio y que se le mande á estudiar. Pues bien; comencemos por oirle, y aquí viene su objeción contra el misterio del Verbo hecho hombre.

«Es imposible y contradictorio que la esencia perfecta é infinita de Dios venga á circunscribirse en la esencia finita é imperfecta ó á aniquilarse en la humanidad. Fundir dos personalidades, Dios y el hombre, en una sola persona, es afirmar una contradicción, un contrasentido absoluto». Según lo expuesto, el Dogma de la Encarnación sería: la absorción de la divinidad en la humanidad, ó la fusión de dos personas en una; la persona divina y la persona humana fundidas ó sumadas en una sola persona. Como se vé, la objeción contiene tantas heregías como afirmaciones. Si Dios desaparece absorbido en la humanidad, la naturaleza divina de Cristo, que es la síntesis, no existe; si se unen en una sola persona, la divina persona del Verbo y *una persona humana*, como pretende el racionalismo, en Cristo resultan dos personas; esto es herético y contrario á la doctrina católica, según la cual en Jesucristo no hay más que

una sola persona divina, pues en Él la humanidad tiene solamente razón de naturaleza. La objeción, pues, cae rotundamente, puesto que ningún católico tiene la doctrina que sueña en este punto el racionalismo. Nosotros decimos: Jesucristo es Dios y hombre; es Dios porque en Él encontramos al Verbo divino, unido personalmente á la *naturaleza humana;* es hombre porque esta naturaleza humana es real y perfecta, tomada por el Verbo en las entrañas de la virgen María, y unida á Él hipostáticamente; con lo cual resultan operaciones divinas y operaciones humanas; pero los actos pertenecen á la persona divina, porque en ella descansa y subsiste por ella la naturaleza humana. Dos naturalezas perfectamente distintas; una sola persona, que es la del Verbo divino. El racionalismo debiera comenzar por exponer fielmente la doctrina católica, y luego fundar si podía la objeción, probando la imposibilidad metafísica de la unión personal de las dos naturalezas de Jesucristo. ¿Lo hace? No; para eso necesitaría conocer á fondo los dos extremos y ver el antagonismo radical que los hiciese imposibles de asociarse en una hipóstasis. Todo cuanto dijese no pasaría de afirmación gratuíta ó de mera negación; pero afirmar sin pruebas ó negar porque sí, nada tiene de formal, ni es filosófico, ni merece siquiera que se le dispense atención. Oígamos, ahora, alguna de las respuestas dadas por los apologistas, referentes al presente caso. En sus *Conferencias en Nuestra Señora de París,* el R. P. Félix dice:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¿Pretende por ventura el Dogma de la Encarnación, como algunos se han atrevido á decirlo, circunscribir la esencia infinita á una esencia finita? Ó bien, conforme á otra interpretación en que no es menos asombroso el prodigio de la ignorancia, ¿afirma el Dogma que la Divinidad se anonada en la humanidad ó que la humanidad viene por sí misma á perderse y á desvanecerse en la Divinidad? ¿Enseñamos nosotros que el misterio de la Encarnación es la confusión de las naturalezas divina y humana; ó bien, conservando la distinción entre las dos naturalezas, pretendemos que hay dos personas en una? Todo eso, lo concedemos, es absurdo, muy absurdo. Todo eso lo enseñó y defendió la heregía, sí; pero todo eso fué condenado por la ortodoxia y reprobado por la Iglesia». Y después de exponer claramente la noción del misterio, como resulta del hermoso símbolo atanasiano, que tan bien expresa la fe de la Iglesia en este punto, continúa: «¿Y en dónde véis por él que la Divinidad esté absorbida en la humanidad ó que la humanidad se añada á la Divinidad para constituir dos personas en una misma personalidad? ¿Dónde descubrís la dualidad de las personas? ¿Qué tiene de intrínsecamente imposible el que una misma persona rija el imperio de dos naturalezas, cuando vosotros mismos, en la unidad de vuestra persona humana, regís los dos dominios de la substancia material y de la substancia inmaterial del cuerpo y del alma?..... El que asimila la materia y el espíritu,

á pesar de que su distancia en el orden natural no puede salvarse para hacer con su unión una sola persona, ¿cómo no había de poder elevar á ambos hasta Él y unirlos sin confundirlos y sin confundirse con ellos en la unidad de su persona divina? Si os parece una cosa tan sencilla el misterio de vuestra personalidad, ¿por qué habíais de hallar tan absurdo el misterio de la Encarnación?»

El abate Cauly, en su ya mencionada obra, escribe:

«Considerada en su nôción más general la Encarnación, ha dicho un elocuente apologista de nuestra época, es la asunción de un ser inferior por otro superior. El espíritu, por ejemplo, se abate sobre el cuerpo, se apodera de él, le despoja de su individualidad, se lo apropia, lo hace suyo, y de ambos reunidos forma un ser nuevo: el hombre». (1) He ahí claro, en efecto, lo que ocurre cuando el alma viene á posesionarse del ser todavía imperfecto que será un hombre. Pero así como el alma se hace dueña del cuerpo y lo eleva hasta sí, ¿podría Dios apoderarse del hombre y unirlo á sí en unidad personal? ¿Y por qué no? ¿No se da realmente mayor abismo entre nuestra alma y nuestro cuerpo, entre el espíritu y la materia, que entre Dios y el alma humana, ambos espíritus? Son del mismo orden, son semejantes si no son iguales. De igual manera, por lo tanto, que el espíritu se abate sobre la materia y la une

(1) Mons. Bougaud, *Le Christianisme et les temps presents*, t. III. p. 351.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á sí personalmente, así Dios se apodera de la naturaleza humana y la une á sí: eran dos naturalezas, no había más que una sola persona, y la más noble sobreponiéndose á la menos digna, tendremos la persona del Verbo encarnado».

Oigamos, finalmente, á monseñor Besson, que en una de sus *Conferencias,* al tratar de la Encarnación, dice:

«Antes de preguntarme de qué manera Dios se hizo hombre, explicadme pues de qué modo el pensamiento se hace palabra. Explicadme cómo este pensamiento, concepto enteramente espiritual, se transmite al espíritu por medio de la lengua, por medio del sonido, mediante la oscilación del aire, por medio del oído, cosas materiales y sensibles. Explicadme cómo este pensamiento sería oído por toda la tierra si mi voz pudiese recorrerla. Explicadme cómo los ochocientos millones de hombres que habitan este mundo recibirían, si pudieran oir, mi pensamiento entero, sin alteración ni división. ¿Por qué blasfemar contra el misterio del Verbo de Dios, siendo así que admitís, sin comprenderlo mejor, el misterio del verbo del hombre? ¡Oh! dejadme más bien subir de la contemplación de los misterios del hombre, á la contemplación más alta de los misterios de Dios».....

La inteligencia y el arte en el Dogma de la Encarnación.—Este Dogma es un faro que derrama luz divina acerca de la personalidad humana y de la personalidad divina; se establecen clara y perfectamente las nociones de naturaleza, de

unión hipostática, y se ven delineados los derechos de la personalidad, las funciones de la naturaleza, y al propio tiempo, ¡qué garantía inmensa resulta de ahí para afirmar sobre bases inconmovibles la importancia y grandeza de la naturaleza humana, tan mal parada hoy con los ataques atrevidos, injustos, perniciosísimos y degradantes que se la dirigen mediante las descabelladas doctrinas de la antropología materialista! ¿Cómo es posible que el Verbo de Dios se hubiese encarnado y unídose con unión estrecha y personal á la naturaleza humana, siendo el hombre una bestia, como los darwinistas pretenden, ó una mera asociación de materia organizada, una simple máquina, según enseña el naturalista prusiano Ernesto Haeckel? Pero, admitida la verdad católica, ¡qué gloria tan alta y tan pura resulta de ahí para la humanidad! ¡Qué fuente de luz para la ciencia, y qué raudales de belleza é inspiración para el arte! Y luego la historia ve en Jesucristo la razón altísima del plan divino, la gran clave que todo lo explica, el punto de enlace de todas las cosas, el astro central, el sol más importante en ese mundo del espíritu y de la materia, pues que en el Verbo está la síntesis de cuanto existe. Es Dios y está el infinito; es hombre y está la reunión de los dos mundos; el espiritual y el material resumidos admirablemente en el organismo humano.

Oigamos lo que dice el P. Félix, resumiendo las bellezas intelectuales y morales del Dogma de la Encarnación:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Con el Verbo encarnado tendréis la ciencia de Dios: con Él tendréis la ciencia del mundo, tendréis la ciencia del hombre, y sobre todo tendréis la ciencia de la historia que se condensa, se resume y se ilumina en Él..... Si me preguntáis de donde han venido al seno de nuestra pobre y degradada humanidad esas obras maestras de santidad, de abnegación, de sacrificio y de heroismo, que os refiere en todas sus páginas el gran libro de la vida de nuestros santos, ¡ah! yo os responderé con una sola palabra: de la imitación del Verbo hecho carne. Sí: todas esas virtudes, todas esas santidades, todas esas abnegaciones y todos esos heroismos han germinado bajo las miradas del Verbo encarnado y se han dilatado con la irradiación de su amor». (1) Véase la siguiente hermosísima página del P. Gratry: «Dios quiso levantar la creación hasta sí mismo. Le dijo: Sube ahora hasta mí. Sube hasta Dios. En este momento supremo, cuya hora se había fijado por Él en el tiempo,—como había fijado, en el espacio y en el tiempo, la hora y el lugar de la venida del primer hombre,—en aquel momento, Dios toma en sus manos la creación entera, es decir, el hombre, y en el hombre todo el resto; y así como había unido primeramente el mineral inerte á la fuerza vegetativa, después esta naturaleza viva, pero inmóvil é insensible á los servidores animados del hombre, más tarde esta

(1) R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*

naturaleza animada, pero muda, esclava, ciega, al hombre inteligente y libre, así Dios, en virtud de una maravilla sobrenatural, toma al hombre y lo une á sí mismo para cerrar el círculo, dice Santo Tomás de Aquino, y volver á sí lo que de Él traía su origen. Dios toma nuestra naturaleza finita y la une al infinito, no obstante el abismo de las dos naturalezas. Un ser nuevo, visible sobre la tierra, tiene, en la unidad de su persona, dos naturalezas entre las cuales media lo infinito: la divina y la humana; y este ser llámase Dios con nosotros, el hombre-Dios. Y su persona es Dios, como el hombre es hombre». (1)

Para terminar, debemos traer aquí algunos de los hermosos pensamientos del P. Faber acerca del presente asunto:

«La presencia del Verbo eterno hecho hombre residiendo en el seno de su propia creación, tomando parte y lugar en ella, fué el más grande beneficio que Dios pudo conceder al mundo, porque el lazo hipostático era el más estrecho que podía unirnos á Él. El sol brillaba, pues, sobre el Verbo eterno; la luna alumbraba la cima del monte donde oraba; el viento agitaba su cabellera, y sus pies oprimían el suelo. El silencio recogía sus palabras como si las hubiese envuelto un encanto mágico, y caían sobre los corazones conmovidos de los hombres como saludable rocío. Al terminar el día su carrera, y cuando el sueño

(1) P. Gratry, *La philosophie du Credo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejercía su bienhechor influjo sobre la fatigada naturaleza, atrevíase también á extender su mano sobre los pesados párpados del Verbo encarnado, y dormíase el Verbo. Hallábanse sometidos á Él los elementos, ó Él se sometía á ellos, según su voluntad. Era para el mundo como una visión, una armonía, un sonido, un objeto, un perfume, tales como el mundo nunca los vió; era por sí solo una multitud infinita de creaciones; ¿qué digo? infinitamente superior á todas las creaciones posibles. Si la mirada del Padre Eterno había reposado con complacencia sobre el mundo virgen todavía y apenas salido de sus manos creadoras, si se había dignado encontrarlo bello y bueno, y bendecirlo, ¡cuánto más hermoso, más perfecto, más lleno de bendiciones debe haber encontrado el espectáculo que le ofrecía un ser omnipotente y eterno como Él mismo, revestido de una naturaleza creada, que realizaba cada hora del día multitud de actos de infinito valor, rebosando inefables encantos, y que respiraba cuanto hay de más divino en la gracia! Desde el primer momento de la Encarnación no es ya el mundo lo que era antes, y la única causa de este cambio es la presencia del Verbo hecho carne». (1)

Sobre la presente cuestión, merecen leerse los siguientes trabajos: P. Félix, *Conferencias,* Padre Lacordaire, *Conferencias;* P. Monsabré, *Conferencias;* P. Gratry, *La philosophie du*

(1) *Espíritu*, del P. Faber, traducción de D. José Torá.

Credo; abate Cauly, *Religion et catholicisme;* Augusto Nicolas, *Jesucristo;* P. Faber, *Belén.*

LECCIÓN XI

El racionalismo y los Dogmas de la Redención y de la Gracia

Dos partes abarca, según se ve por el enunciado, la presente lección. La Redención del género humano, hecha por Nuestro Señor Jesucristo, y la Gracia ó aplicación de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo al alma del hombre. Por la Redención, Nuestro Señor Jesucristo rescata y levanta del pecado á la humanidad caída. Por la Gracia, el hombre se incorpora á Dios, y Dios vive en el hombre, hermoseando su alma, haciéndole hijo adoptivo suyo y preparándolo para la vida eterna. Y si se trata de la Gracia llamada actual, Dios viene, mediante ella, en socorro del hombre, ilustrando su mente y derramando en su voluntad los santos deseos del bien.

Por la Redención, pues, el hombre alcanza libertad, reconciliación, y vuelve así al estado de amistad del alma con Dios, estado de amor y vida sobrenatural, que el dón divino de la Gracia le otorga. La Redención es real, esto es, efectiva, no de mera imputación. Libre, en cuanto que el divino Redentor no procedió movido por necesidad, sino voluntariamente. Superabundante, á saber: todos los padecimientos del Salvador no se requerían para el hecho de la Redención; con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejercía su bienhechor influjo sobre la fatigada naturaleza, atrevíase también á extender su mano sobre los pesados párpados del Verbo encarnado, y dormíase el Verbo. Hallábanse sometidos á Él los elementos, ó Él se sometía á ellos, según su voluntad. Era para el mundo como una visión, una armonía, un sonido, un objeto, un perfume, tales como el mundo nunca los vió; era por sí solo una multitud infinita de creaciones; ¿qué digo? infinitamente superior á todas las creaciones posibles. Si la mirada del Padre Eterno había reposado con complacencia sobre el mundo virgen todavía y apenas salido de sus manos creadoras, si se había dignado encontrarlo bello y bueno, y bendecirlo, ¡cuánto más hermoso, más perfecto, más lleno de bendiciones debe haber encontrado el espectáculo que le ofrecía un ser omnipotente y eterno como Él mismo, revestido de una naturaleza creada, que realizaba cada hora del día multitud de actos de infinito valor, rebosando inefables encantos, y que respiraba cuanto hay de más divino en la gracia! Desde el primer momento de la Encarnación no es ya el mundo lo que era antes, y la única causa de este cambio es la presencia del Verbo hecho carne». (1)

Sobre la presente cuestión, merecen leerse los siguientes trabajos: P. Félix, *Conferencias,* Padre Lacordaire, *Conferencias;* P. Monsabré, *Conferencias;* P. Gratry, *La philosophie du*

(1) *Espíritu*, del P. Faber, traducción de D. José Torá.

Credo; abate Cauly, *Religion et catholicisme;* Augusto Nicolas, *Jesucristo;* P. Faber, *Belén.*

LECCIÓN XI

El racionalismo y los Dogmas de la Redención y de la Gracia

Dos partes abarca, según se ve por el enunciado, la presente lección. La Redención del género humano, hecha por Nuestro Señor Jesucristo, y la Gracia ó aplicación de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo al alma del hombre. Por la Redención, Nuestro Señor Jesucristo rescata y levanta del pecado á la humanidad caída. Por la Gracia, el hombre se incorpora á Dios, y Dios vive en el hombre, hermoseando su alma, haciéndole hijo adoptivo suyo y preparándolo para la vida eterna. Y si se trata de la Gracia llamada actual, Dios viene, mediante ella, en socorro del hombre, ilustrando su mente y derramando en su voluntad los santos deseos del bien.

Por la Redención, pues, el hombre alcanza libertad, reconciliación, y vuelve así al estado de amistad del alma con Dios, estado de amor y vida sobrenatural, que el dón divino de la Gracia le otorga. La Redención es real, esto es, efectiva, no de mera imputación. Libre, en cuanto que el divino Redentor no procedió movido por necesidad, sino voluntariamente. Superabundante, á saber: todos los padecimientos del Salvador no se requerían para el hecho de la Redención; con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solo un suspiro, una lágrima, un acto cualquiera suyo, tenía bastante para salvarnos. Finalmente, la Redención no se hizo para algunos, sino para todos los hombres; por todos murió Cristo, y así su obra se dice ó llama universal.

Veamos ahora lo que el racionalismo aduce contra el hermoso Dogma de la Redención.

El abate Cauly apunta varios reparos hechos por el racionalismo, y he aquí su traducción:

PRIMERA OBJECIÓN

«Si es imposible que Dios se encarne, todavía es más imposible que un Dios sufra y muera. La razón humana es absolutamente contraria á tal Dogma y rechaza la Redención».

El mismo abate Cauly responde, y á continuación exponemos el contenido substancial de su respuesta:

A nadie se le ocurre que Dios, como tal, pueda padecer ni morir. Pero Dios tenía un medio ó condición para redimirnos: unirse á la naturaleza humana, y, mediante la unión hipostática ó personal, sufrir en su naturaleza humana; pero como la persona que de tal unión resulta es divina, esta persona, cuyas son las acciones, comunica á la naturaleza humana del Verbo sus méritos, que son infinitos, y así tenemos que «de esta suerte Jesucristo sufría y moría, no como Dios, sino como hombre, y al propio tiempo la naturaleza divina comunicaba á sus padecimientos y á su muerte un

valor divino. De igual manera nuestra alma, sirviéndose del cuerpo, hace que los actos de éste sean humanos, participando de la naturaleza corporal y de la dignidad del alma, y tales actos son los actos de nuestra personalidad. Ahora bien, la razón, que se ve obligada á admitir tales actos del orden humano, no tiene motivos para rechazar este hecho análogo del orden divino: la Redención de la humanidad por los sufrimientos y la muerte de un Dios-hombre».

SEGUNDA OBJECIÓN

«Si Jesucristo, muriendo, rescató á todos los hombres, nuestra salvación está asegurada: desde entonces nuestras obras son inútiles».

El abate Cauly responde á ese reparo haciendo observar, con justa razón, que si bien es verdad que la satisfacción dada por el divino Salvador á todo se extiende y de nada carece, también es cierto que los frutos de esa obra divina necesitan aplicarse, y aquí entra la obra de la Iglesia que, por medio de los Sacramentos ó fuentes de la Gracia, nos otorga los bienes de la Redención, y nosotros vivificamos nuestras buenas obras asociándolas ó uniéndolas á los méritos de Jesucristo, y unidos á Él preparamos la gran obra de nuestra salvación.

TERCERA OBJECIÓN

«Si la muerte de Jesucristo es una reparación completa, ¿cómo es que, por otra parte, llevamos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todavía las consecuencias del pecado, las miserias del alma y del cuerpo, la inclinación al mal, del propio modo que los sufrimientos y la muerte?»

Véase lo que el citado autor contesta á este último reparo:

«Cierto es que la Redención, restaurándonos en la Gracia, nos dió el derecho de esperar la salvación y nos proporciona los medios; por otra parte nos deja sujetos á las consecuencias del pecado, á la ignorancia, á la inclinación al mal, á las enfermedades y á la muerte. ¿Habría en eso contradicción alguna? Seguramente no. ¿Cuántas veces no sucede, en el orden natural, que se cure una enfermedad y que sin embargo quede algún rastro de ella?....

«Así en la Redención, el mal ha sido reparado, bien que nos queden algunas consecuencias.....

«Añadamos finalmente que, merced á la Redención, esas mismas consecuencias del pecado tórnanse, en los designios de la Providencia, ocasión para nosotros para expiar nuestras culpas, aumentar nuestros méritos y nuestra recompensa, un medio, por consiguiente, de disfrutar más abundantemente de los frutos de nuestra Redención».

Contestados los reparos del racionalismo contra ese Dogma, veamos lo que opone contra el Dogma de la Gracia.

Si el Cristianismo es, como lo es en verdad, la Religión de lo sobrenatural, y si el racionalismo tiene guerra declarada á todo lo que está sobre la naturaleza, desde luego cabe pensar cuanta sea

su oposición al Dogma de la Gracia. El abate Cauly hace observar lo siguiente: «..... Para el racionalismo más mitigado, la Gracia es una ilusión; y á juicio del racionalismo más ardiente y más odioso, es un peligro para el hombre y para todo el orden social».

Véase ahora expuesto en su fondo lo que á tales cosas ó reparos contesta el citado autor:

El racionalismo resulta inconsecuente, negándose á dar entrada al elemento invisible en el orden moral y espiritual, hallándose propicio á dársela si se trata del orden natural y sensible. Así, por ejemplo, admite la existencia de la electricidad difundida en el mundo corpóreo. Y en eso procede ciertamente con sano juicio. Y ahora se pregunta: «si en el mundo espiritual y moral ocurren efectos maravillosos que no se explican, como no sea por una fuerza latente y no obstante real, ¿por qué no se la habrá de admitir de igual manera?» Si se admiten tantas fuerzas invisibles en el mundo físico, tales como la cohesión, la atracción ó gravitación, el calor y la luz, ¿qué razón hay, pues, para negar «esa luz y esa fuerza sobrenatural que se llama la Gracia?»

Más adelante, comentando unas palabras de Fraysinous, en donde el sabio conferencista muestra la firmeza de juicio del pueblo cristiano en aquellas cuestiones que hacen vacilar á los filósofos, dice: «Eso es obra de la Gracia, decimos nosotros: ó bien, que el racionalista nos explique esta maravilla y nos diga por qué inspiración secreta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la razón humana se elevó de pronto á la noción de la virtud y del deber, tales como el Cristianismo los predica y los manda».

Y al estudiar los efectos de la Gracia en la voluntad, dice lo siguiente:

«Un hecho todavía más sorprendente que la iluminación de las inteligencias es la fuerza sobreañadida á la voluntad humana. ¿No es cosa averiguada que esta voluntad humana era naturalmente incapaz de ejecutar todo el bien á que aspira y de evitar todo el mal que reprueba? «El hecho de la impotencia de la razón y de la voluntad, en teoría y en la práctica, es cierto y evidente», dice Bossuet. Mas he aquí que de pronto el hombre triunfó de sus vicios y se elevó á las más sublimes virtudes..... Compárense los santos del Cristianismo con los grandes hombres de Plutarco, y que se nos explique esa transformación que sufrió la naturaleza humana..... Verdaderamente, para negar la existencia de la Gracia y su necesidad, necesario es estar ciego. El racionalismo no quiere reflexionar, ni comparar, ni ver y renuncia á su razón para escapar á la fe y negar la Gracia».

¿Y no podría acusarse á Dios de parcial, es decir, de injusto, en la distribución de sus gracias? La observación cae por su propio peso, desde el momento en que se tiene en cuenta que la fe enseña que Dios proporciona á todos aquellas gracias que se requieren para la salvación. Si después de esto añade con largueza gracias mayores, ¿cómo se le podrá tachar de injusto? Si sus dones son

gratuitos, ¿cómo podrá invocarse contra Él la justicia? En el orden natural ocurre una cosa semejante: la fortuna, el talento, la duración de la vida, están distribuídas en diferentes proporciones ó porciones; si cada cual recibe lo necesario, no puede quejarse de que otros lleven más; el hacerlo sería verdadera injusticia y lamentarse sin verdadero motivo.

Finalmente; las dificultades que pueden ocurrir acerca de la misteriosa conciliación de la libertad humana con la Providencia divina, caen por su base, puesto que se pretende juzgar de un asunto, en parte desconocido, como si totalmente se conocieran todos sus factores y relaciones. Bien decía Bossuet que no deben abandonarse dos verdades igualmente ciertas porque no se conozca el lazo que las une. Y en este caso así sucede: El hecho de la Providencia tenémosle á la vista; el hecho de la libertad humana es un hecho de conciencia psicológica, y presente se halla en nuestro interior: si ambos hechos son ciertos, ¿cómo hemos de negarlos? Si por las dificultades que ofrezca su conciliación hemos de negar lo que á la vista tenemos, el proceder es contrario á la lógica y á la prudencia. Todas las objeciones que respecto á la gracia, la libertad y la Providencia se oponen, son vanas y pueden llamarse impertinentes, pues ó carecen de fundamento por ignorancia del asunto, ó son caprichosas acusaciones de ánimo descontento ú hostil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN XII

El racionalismo y el Dogma Eucarístico

Es el Dogma de la sagrada Eucaristía uno de los puntos más delicadamente hermosos de la Doctrina Católica y uno de los más tiernos misterios de la Iglesia. No ya en figura, ni como recuerdo, ni como símbolo; sino en realidad, vivo, glorioso, pero sacramentado, está allí nuestro Señor Jesucristo, todo entero en cada una de las partes de la Hostia consagrada y del vino consagrado. Verdadera continuación del misterio de la Encarnación del Verbo, dulce recuerdo de su pasión y muerte; y además sacrificio divino, verdadero, real, aunque incruento, y continuación santísima del sacrificio del Calvario.

«Lo que el sol es en el mundo, dice el abate Cauly, lo que el corazón es en el hombre, la Eucaristía lo es en la Iglesia de Jesucristo; es el centro del culto católico, punto céntrico á donde convergen nuestras adoraciones, nuestros homenajes y todas las ceremonias religiosas de la santa Iglesia. La Eucaristía encierra también el principio vital del Cristianismo; pues ella es quien infunde en las almas la vida cristiana y sobrenatural».

Ahora bien; este misterio sublime, ¿tiene algo que temer de los reparos de la razón? No ciertamente, porque la razón, la sana razón, nada puede seriamente oponerle. No obstante, la razón

sacada de quicio, es decir, el racionalismo, la incredulidad, se valen de la noción de *substancia,* de la *de cuerpo* y de la de *espacio,* para buscar oposiciones ó incompatibilidades entre la razón y el Dogma ó misterio de la sagrada Eucaristía.

PRIMERA OBJECIÓN

«¿Cómo la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo reemplaza la substancia del pan y del vino, dejando, sin embargo, subsistir sus accidentes, como la figura, el color y el sabor?»

La respuesta á semejante reparo se apoya en un concepto equivocado de la substancia. Según Leibnitz, «la esencia de una cosa está en cierta potencia ó facultad primitiva distinta de sus dimensiones, de sus cualidades, de tal suerte que concebimos la esencia despojada de sus modos». Teniendo esto en cuenta y pensando que Dios lo puede todo, claro está que en su mano está separar de la esencia los accidentes, y aplicando esto á la sagrada Eucaristía, Dios puede hacer que los accidentes del pan y del vino subsistan ó queden como meras especies, especies sacramentales, sin la substancia que les correspondía, y bajo tales especies se halle real y verdaderamente Nuestro Señor Jesucristo en el estado sacramental.

El abate Cauly dice: «En el cuerpo humano la substancia permanece con accidentes que cambian: en la Eucaristía los accidentes permanecen, la substancia se cambia. Misterio por misterio, la razón que se rinde al primero se ve obligada á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confesar la posibilidad del segundo; y es tan razonable creer en el poder de Dios como en el de la naturaleza». Y más adelante, añade: «.....Si transformamos nosotros nuestro alimento en nuestra substancia, ¿por qué la palabra omnipotente de Dios no tendría la virtud de cambiar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, como el Salvador, en los días de su vida mortal, cambiaba efectivamente y de manera natural y real el pan y el vino en su propia substancia?»

SEGUNDA OBJECIÓN

El abate citado la expone como sigue:

«La incredulidad declara inconcebible que un cuerpo humano, real y verdadero, se encierre bajo la apariencia de una partícula de pan ó de una gota de vino: esto es incompatible con la noción que tenemos de los *cuerpos*».

La objeción procede de la imaginación; la costumbre de ver los cuerpos limitados por alguna figura, nos hace olvidar lo que la inteligencia propiamente dicha exige para la noción de cuerpo. El estado natural de los cuerpos, dice el abate Cauly, ciertamente es ese; «no obstante, los cuerpos reducidos á su más simple expresión y cuando escapan á nuestros sentidos, como la gota de agua, la burbuja de aire, la chispa, no por eso dejan de ser cuerpos, lo cual prueba que no consisten en la cantidad ó la extensión, sino en una fuerza que vive en la materia y puede separarse mediante un milagro». Ahora bien; Jesucristo hallándose

en la Eucaristía no está en tal ó cual tamaño, sino en estado espiritual, y para decirlo mejor, en estado sacramental. Oígamos á San Agustín al tratar este asunto y hacer comparación con lo que ocurre á la palabra humana: «Si os sirviese, dice, un alimento material, cada uno de vosotros no podría recibirlo por entero; necesario sería dividirlo, y tendríais tanto menos cuanto mayor fuese el número de los convidados. No sucede lo mismo tratándose de la palabra..... Cada cual la recibe por entero. Si el número de oyentes aumenta, ninguna división se obra sin embargo»..... A esto añade el abate citado: «Ahora bien, si tal es la palabra humana encarnada en un sonido, ¿por qué el Verbo de Dios, encarnado en una carne espiritual, no podría comunicarse por entero bajo la apariencia del pan y del vino á toda alma que le recibe? Este segundo misterio no es mayor ni más imposible que el primero».

TERCERA OBJECIÓN

Fúndase este reparo en la imposibilidad de que el cuerpo y la sangre de Jesucristo puedan hallarse, á la vez, en todas partes. Oígamos sus palabras. «Este Dogma repugna á la noción del espacio, en el cual ocupa cada cuerpo un lugar distinto, y en el cual no puede el mismo cuerpo ocupar dos lugares diferentes».....

La objeción flaquea por su base; estriba en el falso supuesto de que el cuerpo de Jesucristo está

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sujeto á las leyes ordinarias de los cuerpos con relación al espacio; pero no es así puesto que el cuerpo del Salvador está en la Eucaristía como cuerpo espiritual y simple; quedando tan solo las especies sacramentales que lo contienen, con las tres dimensiones y con todos sus accidentes propios, color, olor, etc.

Considerada la Eucaristía con relación á las aspiraciones más íntimas del hombre, responde maravillosamente á ellas. Oigamos al abate Cauly, sobre este punto. «La Eucaristía llena la necesidad que el hombre tiene de Dios, y realiza de manera cierta é incomparable el sueño (anhelo) de todas las religiones, que consiste en unirse á la divinidad. Lo que pretendía el paganismo al comer la carne de las víctimas ofrecidas sobre el altar, era incorporarse de alguna manera la substancia de Dios. La Eucaristía nos permite cumplir en realidad esta unión misteriosa y personal. Ahora bien, si nuestro corazón encuentra en esa unión su satisfacción íntima y profunda, encuentra además allí su provecho».

Por otra parte, nótese que, mediante la sagrada Eucaristía, la presencia del Salvador en su Iglesia es constante, y el sacrificio del Calvario se perpetúa. Las gracias que fluirán del augusto Sacramento serán incalculables; el alma encontrará en él vida, paz, alegría celestial, consuelo, la dulzura anticipada del cielo, porque allí está verdaderamente Dios, amado, conocido por la fe, sentido por el amor y vivo en el alma.

Por el contrario, sin la sagrada Eucaristía, el culto se torna frío, triste y sólo el templo, vacío el corazón, el alma como desterrada y el ánimo encogido. Para terminar este asunto, véanse las frases tan hermosas que del P. Faber á continuación ponemos:

«El Santísimo Sacramento es Dios; la devoción al Santísimo Sacramento es simplemente el culto divino. Considerémosle bajo el punto de vista que mejor nos plazca; esclarezcamos con la lumbre del amor y de la ciencia ora uno, ora otro de sus aspectos, y el resultado será siempre el mismo, y siempre el mismo hecho, tan inagotable como dulce, la presencia real. En las manos del sacerdote, bajo el cristal del viril, en la lengua del comulgante, en la nuestra, por decirlo así, según nos plazca, encuéntranse las manos y los pies, los ojos y la boca, la sangre que circula y el corazón vivo de Aquél cuyas llagas sondeó Tomás y quiso tocar Magdalena..... en una palabra, del Verbo eterno, incomprensible, omnipotente, que está en todas partes y con todo fijo allí».....

LECCIÓN XIII

El racionalismo y el Dogma de la resurrección

La misión del hombre sobre la tierra consiste en el conocimiento de Dios y en amarle, observando su divina ley. Por la fe, conoce las verdades reveladas, propuestas á su creencia por la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

autoridad de la Iglesia. El entendimiento, así ilustrado por la fe, suministra como legítima consecuencia lo necesario para formar la conciencia, y tenemos la vida moral; la gracia de Dios ayuda al hombre en esta obra de santificación; la vida sobrenatural comiénzase aquí, en el destierro, para consumarse en la patria, el cielo, y allí ver á Dios cara á cara y poseerle por toda la eternidad.

Mas así en la obra del amor á Dios ó sea en la propia santificación, como en la triste labor de la culpa ó sea en la resistencia á los divinos mandatos, el hombre entero es quien ejecuta el bien y quien obra el mal. Y así, las consecuencias de ese bien y las consecuencias de ese mal, debe también sufrirlas el hombre entero; es decir, el hombre vivo, que no de otra suerte es verdadero hombre. Y como las consecuencias del bien y las del mal pertenecen á un orden eterno, forzoso será que el hombre sufra eternamente ó goce por toda la eternidad de tales consecuencias; y si por la muerte quedan separados los elementos que constituyen el hombre, claro está que para que el bien ó el mal se apliquen al hombre entero, al verdadero hombre, necesario será que después de haber sufrido la muerte llegue la hora de la resurrección, para que la sanción divina alcance al hombre tal como es, á saber, un ser vivo, compuesto de alma y cuerpo, substancialmente unidos; tal es lo que pide el buen sentido, y tal es, en el fondo, el Dogma de la resurrección de la carne.

Debe notarse que esta doctrina no es exclusiva del Cristianismo; hállase en las religiones antiguas, en el judaísmo y de especial manera en la Religión cristiana. Así entre los persas, en el *Zend-Avesta,* preguntando cómo se hará la resurrección, se contesta diciendo por boca de Ormuz: «Yo soy creador de todos los seres; es cierto que vuestros ojos verán que todo revive por la resurrección. Los cadáveres recobrarán sus nervios y sus venas, y cuando los muertos hayan vuelto á reanimarse, eso durará siempre».

En la filosofía antigua también se enseña la misma doctrina: Platón, en el Fedon, dice: «Los hombres resucitarán de la muerte». Conocidas son, de todos, las palabras del idumeo Job: «Sé que mi Redentor vive, que en el día postrero saldré de la tierra, y que veré en mi carne á mi Salvador y mi Dios». (Libro de Job, XIX, 25.)

En el Nuevo Testamento habla el divino Salvador acerca del asunto y dice: «En verdad, en verdad os digo, llegará la hora en que todos los que se hallan en la tumba oirán la voz del hijo de Dios; los que han obrado bien irán á la resurrección de la vida, y los que han obrado mal á la resurrección del juicio». (S. Juan, V, 29.)

Conocido ya el asunto, vengamos á los reparos ó dificultades que se oponen al Dogma de la resurrección de los cuerpos.

Oígamos al abate Cauly que lo inserta en su obra *Religion et catholicisme,* y lo responde luego:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Después de la muerte, el cuerpo se corrompe y se dispersa. Los átomos que le componían se separan; el aire, la tierra se apoderan de sus elementos.....; ó bien el cadáver ha sido quemado ó devorado y habrá pasado á otros seres; ¿cómo encontrar nuevamente sus elementos constitutivos?»

Expongamos ahora la respuesta:

Si Dios creó de la nada el cuerpo, ¿se verá más apurádo para resucitarle? Con una palabra bastó para crear; bástale á Dios una palabra para devolver la vida. Y añade el autor citado: «La misma ciencia enseña que nada perece en la creación, que ningún átomo se aniquila. Dios omnipotente, naturalista incomparable, sabrá debidamente encontrar de nuevo nuestros elementos dispersos y reconstituirnos en estado de vida».

Conviene advertir que la substancia del Dogma consiste en que los cuerpos resuciten substancial é idénticamente los mismos que en esta vida existían. Ahora bien: ¿en qué consiste esa identidad? ¿Será en las partes materiales ó moléculas que los componen? Pero, dada la incesante renovación de tales moléculas, no podemos afirmar que en eso consista; y aquí se ofrece la doctrina de la filosofía y de la ciencia, diciendo: no á la identidad molecular hemos de atribuir el principio de identidad de los cuerpos, sino á «la fuerza que vive en medio de la materia y que la gobierna». (1)

---

(1) Véase Flourens, *De la vie et de l' intelligence*, y á Henry Martin y Cuvier que tratan del propio asunto.

Para terminar esta respuesta, añádase el siguiente párrafo del citado abate Cauly, que es digno de copiarse:

«Luego para transformar, en esta teoría, un cuerpo material en un cuerpo espiritual, glorioso y resucitado ¿qué se requiere? ¿Es necesario que este cuerpo recobre todos sus átomos? No; basta que la fuerza de la identidad personal, extinguida por la muerte, recobre su actividad nueva y asimile, como lo hace actualmente, elementos materiales que marcará con su sello. Véase como la ciencia se concierta con la fe y la venga de las blasfemias y de las burlas de la ignorancia ó de la impiedad, que pretenden no ver sino imposibilidades en nuestras Sagradas Escrituras».

Ahora, no como demostración, sino como razón de analogía, véase lo que ocurre en el mundo de la naturaleza. Aquí encontramos el anuncio, el símbolo y la persuasión del asunto. Ya Tertuliano consignaba las leyes de la vida al decir que para conservarse las cosas perecen y reviven pagando tributo á la muerte. La semilla, el grano depositado en la tierra se descompone, muere, pero resurge luego en la planta que yergue su tallo, para ofrecernos también su fruto. En el huevo hállase el embrión; la oruga va creciendo y llega el momento en que rompe su cubierta; la oruga duérmese, tórnase crisálida, teje su sepultura, y después de misterioso sueño aparece brillante mariposa. Así nuestro cuerpo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

según la expresión del apóstol S. Pablo, siémbrase en corrupción y se levantará incorruptible; siémbrase en la ignominia y la debilidad y resucitará en la gloria y en la fuerza; y este cuerpo resucitará revestido de inmortalidad.

Si ese misterio de la resurrección natural es un hecho que la razón humana ve, pero que no se lo explica, no hay para qué revolverse contra ese mismo hecho, cuando sucede en el orden sobrenatural.

El abate Cauly cierra este tratado ofreciendo á la consideración del lector las «ventajas é influencia del Dogma de la resurrección de los cuerpos». Y al efecto indica tres puntos: luz que de ahí resulta; excitación á la santidad; origen de consuelo y de esperanza. Veamos esos tres puntos:

1.º *Luz.*—Ese Dogma es luminosa enseñanza para esclarecer el problema biológico-moral ó carácter de la vida humana en este mundo. Desde el momento en que admitimos ó creemos que algún día hemos de resucitar, claro está que la presente vida es como un tránsito ó viaje temporal y medio para lograr otra vida, vida sin fin, vida eterna. Y la muerte, con todos sus horrores, cobra distinto aspecto; es el paso á otra vida, es el tránsito á un mundo que no acaba, y si hemos sabido aprovechar el tiempo, ese mundo adonde nos lleva la muerte y en donde resucitados permaneceremos eternamente, será una bienaventuranza gloriosa

2.º *Excitación á la santidad.*—Si este cuerpo que ahora vive está destinado á otra vida superior, purísima, llena de gloria y de santidad, es manifiesto que debemos tratarle como templo de Dios, como instrumento de virtud y de justicia; y cuanto mayor sea el servicio que aquí hubiese prestado á la causa de Dios, que es la causa y la vida del bien, tanto mayor será su gloria y crecida su recompensa. Este pensamiento es poderoso estímulo para huír de la culpa, buscar la justicia, unirse á la verdad y llevar á cabo las obras heroicas de la virtud que forman el edificio sublime de la santidad.

3.º *Origen de consuelo y de esperanza.*—Cuando el término de la presente vida se acerca, el moribundo se consuela, fortalécese con la esperanza de la otra vida en donde le esperan la paz y el descanso, no solamente para su alma, sino para su cuerpo que después del sueño del sepulcro recobrará la vida, se unirá para siempre con su alma, y ambos gloriosos, radiantes de luz y de inmortalidad, irán á disfrutar el premio de la fe, de la justicia, del amor, en una palabra, el premio inefable de la vida eterna.

LECCIÓN XIV

El racionalismo y el Dogma de la vida futura

La vida presente es vida de prueba; y si bien es verdad que aquí se comienza la vida sobrenatural mediante la unión con Dios, por la Gracia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

según la expresión del apóstol S. Pablo, siémbrase en corrupción y se levantará incorruptible; siémbrase en la ignominia y la debilidad y resucitará en la gloria y en la fuerza; y este cuerpo resucitará revestido de inmortalidad.

Si ese misterio de la resurrección natural es un hecho que la razón humana ve, pero que no se lo explica, no hay para qué revolverse contra ese mismo hecho, cuando sucede en el orden sobrenatural.

El abate Cauly cierra este tratado ofreciendo á la consideración del lector las «ventajas é influencia del Dogma de la resurrección de los cuerpos». Y al efecto indica tres puntos: luz que de ahí resulta; excitación á la santidad; origen de consuelo y de esperanza. Veamos esos tres puntos:

1.º *Luz.*—Ese Dogma es luminosa enseñanza para esclarecer el problema biológico-moral ó carácter de la vida humana en este mundo. Desde el momento en que admitimos ó creemos que algún día hemos de resucitar, claro está que la presente vida es como un tránsito ó viaje temporal y medio para lograr otra vida, vida sin fin, vida eterna. Y la muerte, con todos sus horrores, cobra distinto aspecto; es el paso á otra vida, es el tránsito á un mundo que no acaba, y si hemos sabido aprovechar el tiempo, ese mundo adonde nos lleva la muerte y en donde resucitados permaneceremos eternamente, será una bienaventuranza gloriosa

2.º *Excitación á la santidad.*—Si este cuerpo que ahora vive está destinado á otra vida superior, purísima, llena de gloria y de santidad, es manifiesto que debemos tratarle como templo de Dios, como instrumento de virtud y de justicia; y cuanto mayor sea el servicio que aquí hubiese prestado á la causa de Dios, que es la causa y la vida del bien, tanto mayor será su gloria y crecida su recompensa. Este pensamiento es poderoso estímulo para huír de la culpa, buscar la justicia, unirse á la verdad y llevar á cabo las obras heroicas de la virtud que forman el edificio sublime de la santidad.

3.º *Origen de consuelo y de esperanza.*—Cuando el término de la presente vida se acerca, el moribundo se consuela, fortalécese con la esperanza de la otra vida en donde le esperan la paz y el descanso, no solamente para su alma, sino para su cuerpo que después del sueño del sepulcro recobrará la vida, se unirá para siempre con su alma, y ambos gloriosos, radiantes de luz y de inmortalidad, irán á disfrutar el premio de la fe, de la justicia, del amor, en una palabra, el premio inefable de la vida eterna.

LECCIÓN XIV

El racionalismo y el Dogma de la vida futura

La vida presente es vida de prueba; y si bien es verdad que aquí se comienza la vida sobrenatural mediante la unión con Dios, por la Gracia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y hasta la unión íntima de la criatura con su Salvador mediante la sagrada Eucaristía, no obstante, el complemento ó consumación de esa vida no se hace aquí en el destierro, sino allá en la patria. Mas nótese que esa predestinación está en manos del hombre perderla, y así lo hace, por el pecado; y siendo el hombre ser moral y por ende sus acciones de inmensa trascendencia, resulta que él mismo se prepara el fin; es decir, la etapa definitiva de su suerte. Si obra bien es acreedor á la recompensa; si obra mal es deudor á la justicia divina; y como quiera que el bien y el mal ocupan un lugar en el orden moral, que es eterno, requiérese una vida eterna para dar eterno premio ó eterno castigo al hombre, según sus acciones hayan hecho de él un justo ó un réprobo.

Tres puntos abarca este asunto: 1.º La exposición de la doctrina católica respecto de la vida futura. 2.º Si la razón humana puede oponer algún reparo verdadero á esa doctrina. 3.º Ventajas que resultan de la creencia de la vida futura.

Si el alma humana estuviese como la de la bestia destinada á dar vida á un organismo, pero dentro de los límites de período determinado, es decir, temporal y sin relaciones con la verdad, el bien y la justicia, llegado el momento de la muerte, todo se habría terminado; mas el alma humana, que por ser espiritual es inmaterial, inteligente y libre, no puede pagar tributo á la muerte, porque no puede descomponerse y

perecer; y en virtud de sus actos libres adquirió carta de ciudadanía en el mundo moral que es eterno y permanecerá mientras Dios exista; es decir, siempre.

Por otra parte, las aspiraciones del alma son á gozar de la inmortalidad, á vivir de la verdad, á poseer el bien, á disfrutar de lo bello, y no comprende que á esta vida superior se le opongan las barreras del tiempo; es decir, un término en la duración.

El orden de la justicia pide que á los actos de virtud se siga un premio correspondiente y correspondiente castigo á los actos del culpable: en esta vida no encontramos esa sanción perfecta; y esto hace necesario una vida ulterior ó futura, en donde se dé cumplimiento al orden de la justicia.

El Dogma de la vida futura, si no ha de ser una vaguedad que nada preciso enseñe, debe buscarse, perfectamente precisado, en la doctrina católica. Y en efecto, registrando las enseñanzas evangélicas, vemos lo siguiente:

1.º Que el divino Salvador la afirma, en presencia de los saduceos que no la admitían. (San Marc., XII, 24-27).

2.º El día del juicio universal, verdadero día de las justicias, aparecerán los hombres colocados, unos, los buenos, á la derecha; otros, los malos, á la izquierda; éstos serán enviados al fuego, *in ignem;* aquéllos á la gloria, á la vida, *in vitam.* (S. Matth., XXV, 34, 46.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3.° Esa vida sin fin, si es bienaventurada, consiste en la visión de Dios cara á cara, en su posesión y en el goce de todos los demás bienes.

4.° La vida sin fin, si es desventurada, consiste en la eterna condenación ó sea en la privación eterna de Dios y en el sufrimiento de todos los tormentos imaginables, sin mezcla de bien alguno.

5.° Esa vida, ya sea dichosa en el cielo, ya sea desventurada en el infierno, es permanente, perdurable, tan perdurable como Dios, *vitam aeternam, ignem aeternum.* (S. Matth., XX, 46).

La razón y el Dogma.—No estará de más, antes de refutar los reparos que á la doctrina católica se hacen respecto del asunto que venimos estudiando, decir algo de ciertas doctrinas referentes á la vida futura. Es verdaderamente digno de atención el hecho singular de que aquellos que viven fuera de la verdad del Cristianismo dan en teorías extrañas, locas y ridículas, cuando no en la impotencia dolorosa de la duda.

Así entre los antiguos, desde Aristóteles hasta Marco Aurelio, la duda ocupa su ánimo, y no saben qué decir sobre la vida de ultratumba; por lo general, antiguos y modernos dan en la disparatada doctrina de la metempsícosis, transformación ó transmigración extraña que arrebata la persistencia del ser espiritual, destruyendo así la permanencia del ser moral.

Cierto que los modernos dan á esa doctrina forma ó apariencia científica; mas esto no cambia el fondo de la doctrina; poco importa afirmar la unidad ó familia universal de los mundos, círculo singular que comienza y se cierra por el sol, padre del alma, que va sucesivamente á través del aire, del agua, de la planta, del animal, y llega al hombre. De aquí vuelve á su procedencia, sin perjuicio de haber andado errante por otros astros. Y si se piden las pruebas de todo esto, no se dan; todo se supone. ¡Extraña ciencia que vive de quimeras y no sabe demostrar! Á lo dicho añádase la práctica supersticiosa, y en ocasiones seguramente demoníaca, del espiritismo, cosa ya vulgar y que no tardará en caer por completo en entero descrédito. Dice el abate Cauly al tratar este asunto: «La superchería, la mentira, el recurso al espíritu de las tinieblas, la substitución de un culto impío al culto cristiano, la negación del vicio y de la virtud, y como consecuencia la inmoralidad, como conclusión la locura y el crimen: he ahí á donde va á parar, fuera de la Revelación, el esfuerzo de la ciencia ante la vida futura».

Veamos ahora lo que dice la razón ante las enseñanzas cristianas, comenzando por la vida eterna ó bienaventuranza, y siguiendo luego á la doctrina referente al infierno eterno.

Comenzando por el primer punto, oígamos como se expresa el citado abate Cauly:

«1.° Dios ama las almas justas á quienes recompensa en la otra vida; las ama y es amado por ellas. Pues este amor mutuo de Dios y de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

almas, ¿por qué habría de interrumpirse? ¿Por qué Dios rompería «esta especie de amistad y aun de semejanza?» (Séneca). ¿Por qué hacer cesar la relación de afecto que le es muy agradable, al propio tiempo que es útil á las almas justas? La bondad de Dios por una parte, las legítimas aspiraciones de las almas justas por otra, ¿no piden, en vez de rechazarla, la eternidad de ese amor y del gozo del cual es fuente?

«2.º La tendencia á la inmortalidad es un sentimiento que Dios puso en el alma humana; como lo es el horror á la nada; Dios habría procedido cruelmente si ese sentimiento ó tendencia á vivir siempre careciese de objeto. Pero á esa eterna duración debe añadirse la plenitud del ejercicio de las facultades del alma. Debe juntarse un bienestar completo y así una bienaventuranza eterna».

Vengamos á ver cual es la posición de la razón humana ante el infierno eterno.

La fe y la razón enseñan en este punto la misma cosa. Dos penas correspondientes á la naturaleza del ser condenado: pena de daño y pena de sentido. Pesar infinito por la pérdida de Dios, remordimiento espantoso en la conciencia por la culpa cometida, tristeza incomparable por la pérdida del cielo, la esclavitud al pecado que persiste eternamente en el alma del pecador condenado. Pena de sentido que consigo lleva la espantosa duración de un fuego eterno que abrasa sin consumir, todos los tormentos imaginables en correspondencia con la naturaleza y gravedad

de la culpa, que aun siendo mortal puede ser más ó menos grave, dentro siempre de su gravedad propia ó pecado propiamente mortal.

Todo esto, como se ve, no solamente no es opuesto á la sana razón, sino muy conforme con ella. El hombre, criatura de Dios, debe fidelidad plena á su Criador, y además gratitud á su Redentor; ese Dios es su origen, su sostén y su fin; la ley moral es el camino que le lleva á Dios y lazo que á Él le une; despreciados ese Dios, Criador y Redentor y fin, y esa ley por Él impuesta, ¿qué debe y puede esperar el hombre culpable que nada quiere con ese Dios, que para nada se cuida de su ley, que desprecia su fin y se aparta de su camino? El peso infinito de la justicia eterna que aplica el castigo merecido al culpable y responde, como á esa justicia cumple, á los desdenes de un alma criminal que se aferra en su pecado y vuelve la espalda á la misericordia. Estas enseñanzas de la fe y de la razón se dan la mano, y merece notarse lo que acerca del infierno se registra en la historia religiosa de los pueblos y en su literatura y en su filosofía.

Y no se diga, como pretenden los enemigos del Dogma del infierno, que todo eso pugna con la justicia de Dios y con su bondad. Para ellos hay desproporción entre la falta y su castigo eterno. Además aplican aquí la idea de expiación como medio de escapar á la eternidad de las penas.

Y, sin embargo, basta un poco de buen sentido para comprender que si la pena es eterna, no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

excede á la entidad de la falta, puesto que la culpa grave envuelve ofensa de lesa majestad divina; es decir, malicia inmensa y trascendencia infinita; y la persistencia de ese estado en el alma del condenado pide persistencia de duración en la pena, que por no poder ser infinita en riguroso sentido tiene que serlo, pudiendo, en la duración.

El argumento que se pudiera oponer, fundado en la bondad divina, es poco filosófico; la bondad es una cualidad moral del ser; la justicia, también lo es; no se contradicen, sino que coexisten; y en Dios son atributos, y por lo tanto son el mismo Dios; si Dios obra bien, como ser justo, castigando con el infierno eterno, forzosamente debe obrar lo mismo, como ser bueno; al pecador le castigan juntamente la justicia y la bondad divinas; es decir, le castiga el Dios único, verdadero, justo y bueno.

El Dogma de la vida futura ofrece grandes ventajas al hombre. Le anima en la práctica del bien, alentándole con la esperanza de la bienaventuranza eterna. Le retrae y contiene si se trata de dar rienda suelta á sus apetitos, y el pensamiento del infierno le obliga á huír del pecado, y por eso mismo es garantía del orden moral y del orden social. En las amarguras y contratiempos de la vida presente es grandísimo lenitivo y suave esperanza la idea de otra vida mejor, feliz, plena y sin dolores ni tristezas.

LECCIÓN XV

El racionalismo y la Iglesia católica

Por lo que dejamos expuesto en las anteriores lecciones hemos visto que el racionalismo, que combate el orden sobrenatural, el milagro y el misterio y que hace reparos concretos ó de pormenor contra los Dogmas, resulta vencido en buena lid; ahora toca poner fin á esta fase de la polémica contemporánea con un asunto sintético de gran importancia; es el estudio de la Iglesia católica, tomada en su conjunto y puesta frente á frente del racionalismo. Trátase, pues, de considerar ese gran hecho histórico y moral que se llama la Iglesia, y ver qué puede oponer á eso el racionalismo y qué valor tiene esa oposición.

La Iglesia católica, considerada como hecho histórico, es el gran reinado de Jesucristo en las almas, formando ese cuerpo místico, esa sociedad ó cuerpo moral, visible, perpetuo y vivo que se llama Iglesia cristiana ó Cristianismo, y que por antonomasia recibe el nombre de católica, pues que tiene por extensión ó marco el universo entero. Como cuerpo moral es una entidad maravillosa, divina, santa y guardadora de la verdad, formando con sus miembros un organismo admirable, perfectamente enlazado, desde el infante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más tierno, santificado por las aguas del Bautismo, hasta el Sumo Pontífice, vicario de Cristo, que es cabeza invisible, base y alma de esa sociedad que de Él toma su nombre. Sociedad que profesa un Dogma inalterable; una moral santísima, un culto purísimo, que guarda en su seno las riquezas de la Redención que se nos comunican por el admirable organismo de los Sacramentos, y que vive en comunicación amorosa con los que fueron y gozan ya de la bienaventuranza ó que están llamados á eso después de su purificación. Sociedad en fin, que al poner su mira en los bienes de la eternidad favorece todos los bienes legítimos del orden temporal.

Pues bien; contra esta sociedad, contra la Iglesia de Cristo, Iglesia católica, apostólica, romana, viene luchando el racionalismo, y su argumento capital es poner muy alto, tan alto como Dios, á la razón humana, que se considera autónoma, y pidiendo por lo tanto la supresión de la autoridad de la Iglesia. Pero suprimir la autoridad en la Iglesia es tocar á su vida misma, es destruir su misión, echar por tierra su fin; en una palabra, es suprimir la Iglesia misma.

Ese empeño es un verdadero atentado, y para comprender bien el daño, la injusticia y la falta de razón que hay en todo eso, veamos lo que es la Iglesia estudiada en sus grandes líneas.

El ilustre P. Félix dedica entre sus numerosas conferencias una que comprende los tres siguientes puntos, verdadera síntesis del caso:

«Primero; la Iglesia es un cuerpo organizado; hagámonos cargo de las dimensiones y la harmonía con que está constituído.

«Segundo; la Iglesia es un cuerpo vivo; consideremosle en la atmósfera en que vive y el espacio en que se mueve.

«Y tercero; la Iglesia es un cuerpo activo; veamos la influencia que ejerce y la actividad que despliega».

Desarrollemos esos tres puntos:

1.º *La Iglesia es un cuerpo organizado.*— Antes hemos dicho ya que en la Iglesia católica se da un organismo ó cuerpo moral que va desde el último de los fieles hasta el romano Pontífice; pero nótese que en este cuerpo hay una jerarquía eclesiástica que comienza en el sacerdote ó presbítero, sube luego al obispo y se termina en el obispo de los obispos, el romano Pontífice, cabeza y corazón de la Iglesia.

Ese vasto conjunto de las almas, conjunto harmónico, inmenso, admirable, animado de la vida de Jesucristo y de la Gracia sobrenatural que el Espíritu Santo difunde en los corazones, ofrece singular contraste con todas las demás sociedades religiosas, y sobresale maravillosamente sobre ellas, como el sol en pleno día. «Así, dice el padre Félix, cuando después de haber atravesado esas regiones desoladas en donde el error religioso ha construído tantas casuchas desproporcionadas y sembrado tantas ruínas, me encuentro frente á frente de esa gigantesca fábrica religiosa que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llama la Iglesia católica romana, me paro, dominado por la admiración, ante la obra maestra que tengo á la vista; y en el religioso sobrecogimiento que se apodera de mí, siento la necesidad de abrazarla en toda su latitud, de medir toda su altura, de contemplar toda la majestad real y toda la harmoniosa belleza de su conjunto».

La Iglesia, nótese bien, lo llena todo, á todo alcanza, todo le pertenece de derecho, en ese mundo divino de la Religión. Si se la considera en sus antecedentes históricos, va subiendo desde el último de los romanos Pontífices hasta el Príncipe de los Apóstoles y desde allí hasta Jesucristo, su divino Fundador, que luego se eleva por sus ascendientes hasta Adán, padre del género humano, y desde Adán hasta el mismo Dios, autor de todo y eslabón primero é infinito de esa maravillosa cadena que en Dios comienza y en Dios se termina.

Si atendemos al número, ahí están tantos millones de católicos, generaciones cristianas que forman el río sagrado de la familia escogida de Dios á través de todos los siglos y de todos los espacios.

Y si pensamos en su perpetuídad, signo indestructible de su fuerza, tiene delante de sí todos los siglos que habrán de correr hasta el último día del mundo, y más allá del tiempo está esa mansión purísima, reino de luz, de amor, de paz, de bienandanza sin fin; la vida del cielo, consumación divina de la vida religiosa, reino eterno

de Dios y de sus escogidos, día sin ocaso y sociedad venturosa que se llama la Iglesia triunfante.

2.º *La Iglesia es un cuerpo vivo.*—La vida es el ser obrando; el movimiento de dentro afuera, que parte naturalmente del ser vivo sin que necesite motor que le anime, porque él es principio de su propio movimiento. Pero la vida es además energía, fuerza, resistencia, oposición á la muerte.

Pues bien; ¿en dónde hallamos una sociedad que pueda compararse en esto con la Iglesia?

Su vida intelectual es inmensa; la ciencia de Dios, el Dogma revelado; ese cuerpo admirable de verdades que enseñan todo lo que al hombre conviene saber, como tal hombre; Dios, el mundo, el ser humano, Jesucristo, la Redención, la santificación, el destino final, todo, en una palabra. Y esas verdades no están á merced del viento de las opiniones ni sufren la caída del error; están reveladas por Dios y custodiadas por la Iglesia que cuenta con la asistencia del Espíritu Santo. ¿No es fenómeno singular que jamás los enemigos de la Iglesia hayan podido sorprender un solo Dogma en contradicción con las exigencias de la verdad?

Su vida moral es vida divina. Virtudes de todo género, preceptos purísimos, gracias sin cuento, santidades heroicas, y en el centro de esa vida moral la santidad misma en la persona sagrada de Jesucristo, su Fundador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por otra parte, es notable su poder de resistencia. Ni el error, ni el odio, ni las pasiones, ni la persecución, ni nada de cuanto puede atentar á la vida de una sociedad, han logrado hincar el diente en la Iglesia. Su historia es la historia de una guerra implacable, y todavía no se ha registrado el hecho de una sola derrota. En la Iglesia persiste, hoy como el primer día, la verdad dogmática, la moral sin transacciones cobardes, la gracia santificadora, potente, rica, maravillosa, como siempre; con esa juventud eterna que parte del mismo Dios.

3.º *La Iglesia es un cuerpo activo.*—Aquí se necesitaría un libro entero para dar cuenta de su prodigiosa influencia en todos los órdenes.

La Iglesia católica encierra en su amoroso seno una vida inmensa, poderosa, divina, eficacísima; es la vida de Jesucristo que vive en la humanidad elevándolo todo por una transfiguración prodigiosa.

La vida, como es sabido, cabe estudiarla en el individuo, en la familia y en el orden social. Esa vida abarca distintas fases que pueden resumirse en los tres siguientes puntos: la inteligencia, la moral y el orden material.

En el orden de la inteligencia la Iglesia ofrece al hombre, á la familia y á la sociedad, con el cuerpo admirable de su doctrina revelada, una influencia prodigiosa en todos los órdenes del entendimiento, pues con sus luces indefectibles marca el derrotero que se debe seguir, indicando

los escollos que se deben evitar, los errores que pueden ocurrir, las opiniones atrevidas y los pareceres prudentes. Con esto, el entendimiento lleva en su mano la luz que ilumina sus caminos y la brújula que le señala el norte verdadero. De esta suerte, todos los conocimientos humanos ganan muchísimo, y se tiene aquí un factor poderoso para el progreso intelectual.

La moral es la condición de la vida; sin este orden el advenimiento de las concupiscencias todas es cosa inevitable; las pasiones desbordadas echarían presto á tierra todo lo bueno, todo lo justo, todo lo santo, todo lo que se requiere para la estabilidad de la vida. La Iglesia sosteniendo y alentando la causa divina de la moral en el mundo, es una fuerza civilizadora incomparable é insustituíble; su enseñanza segura, su legítima intransigencia con el mal, su poder de mantener vivos el amor á la virtud y el respeto á la justicia, son garantía poderosa para mantener siempre á flote los sagrados intereses de la conciencia en el individuo, en la familia y en el mundo social.

Por último; siendo la Iglesia amante de todo bien y de todo interés legítimo, al trabajar por el bien de todos apoya el orden material en su legítimo desarrollo, y de esta suerte influye en el bienestar de todos, ya favoreciendo los intereses legítimos de la industria y del comercio, ya también los de la agricultura y las vías de comunicación, ya la paz pública y la seguridad personal, condiciones de toda bien entendida civilización.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así pues, la Iglesia que derrama en el mundo tantos bienes, que es la institución más grande que han contemplado los siglos, que vela por los intereses eternos y temporales del hombre, tiene legítimo derecho para exigir admiración y respeto de todos, y el racionalismo no puede, en justicia, levantarse contra ella.

PARTE SEGUNDA

FASE SEGUNDA

EL LLAMADO ESPECIALISMO CIENTÍFICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así pues, la Iglesia que derrama en el mundo tantos bienes, que es la institución más grande que han contemplado los siglos, que vela por los intereses eternos y temporales del hombre, tiene legítimo derecho para exigir admiración y respeto de todos, y el racionalismo no puede, en justicia, levantarse contra ella.

PARTE SEGUNDA

FASE SEGUNDA

EL LLAMADO ESPECIALISMO CIENTÍFICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN XVI

Relaciones entre la ciencia y la fe.—Exposición general del asunto y bases para fundar el acuerdo entre ambas.

Después de haber tratado la cuestión filosófica y defendido el Dogma católico de los reparos que el racionalismo opone, vamos á entrar en el examen de la cuestión científica, haciendo ver que ni desde el punto de vista general, ni desde el punto de vista de los pormenores, puede la verdadera ciencia objetar nada contra las enseñanzas de la fe.

Y comenzando por lo que hay de general ó intrínseco en el asunto, vamos á ver cómo es muy puesto en razón que la ciencia y la fe no se opongan, y cómo deben establecerse las bases de esa harmonía.

Para proceder debidamente conviene fijar bien los términos del asunto, y esto nos dará motivo para comprender mejor que no es posible la contradicción entre la fe y la ciencia.

Y comenzando por la fe, decimos que por fe católica se entiende, «creer lo que no vimos, porque Dios lo ha revelado, y la Santa madre Iglesia así nos lo enseña». (1)

---

(1) P. Astete, *Catecismo*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta definición de la fe, tan clara y tan sencilla, lo abarca todo y fácilmente se comprende. La fe no es visión intuítiva ó evidencia de las verdades reveladas; es creencia, es asentimiento humilde y profundo, inquebrantable y sagrado, que el hombre presta á la veracidad infinita de Dios, y obediencia ó aquiescencia á las enseñanzas de la Iglesia, que nos indica cuales son esas verdades por Dios reveladas, y que forman el tesoro divino de la fe. Creyendo á Dios hacemos acto de justísima obediencia y de altísima razón; Dios es maestro divino; tiene por lo tanto el derecho manifiesto de imponernos su enseñanza, verdad que brota de su misma Verdad infinita, y está garantizada por su infinita Santidad; creer á Dios es creer la Verdad infinita. Creer á la Iglesia es admitir su enseñanza, como regla indefectible de la fe, puesto que con autoridad legítima, que de Cristo Dios recibió, ejerce su ministerio docente, garantizado por la asistencia del Espíritu Santo. Así, pues, Dios no puede engañarse ni engañarnos; y la Iglesia no se engañará ni enseñará cosa falsa á sus hijos; por lo tanto, el acto de sumisión, el acto de confianza, el acto de fe, en una palabra, es acto profundamente racional y acto moralmente debido. El hombre que cree puede tener seguridad absoluta en lo que cree; luego, está en la verdad.

La ciencia, si es digna de ese nombre, también es verdad; pero verdad conocida naturalmente; visión intelectual ó conocimiento del ser ó de la

cosa, pero con seguridad, *cognitio certa,* y en sus causas; *per causas*. El entendimiento, que habiendo aplicado su actividad á las cosas que puede alcanzar, posee la idea de tales cosas, estudia sus relaciones, investiga y consigna sus leyes, establece el punto de partida ó sean los principios, muestra la ilación lógica de las consecuencias, reduce á unidad superior ó sistematizada ese conjunto de verdades alcanzadas por la razón, por la experiencia ó por aquellos medios apropiados á lograr el conocimiento de las cosas según su naturaleza, y forma ese cuerpo admirable llamado ciencia, que si efectivamente está constituída como el buen sentido y la razón sana enseñan es verdad, también lo es dentro de la esfera natural ó de la potencia humana, dirigida como es justo; y entonces, el hombre, dentro de ese dominio especial, está también en la verdad. Mas, si en uno y otro caso, el hombre que cree está en lo cierto, y el que discurre y sabe científicamente está en lo cierto, forzoso será que el objeto de la fe, la Verdad revelada, y el objeto de la ciencia, la verdad adquirida por el ordinario conocimiento, convengan perfectamente entre sí, y no solamente no se opongan, sino que deben harmonizarse; ambas, en último término y en su origen, deben ser como rayos de un mismo sol, y ese sol es Dios, fuente de la Revelación y fuente de la ciencia.

No obstante, se ve que á pesar de esta necesaria conformidad ó harmonía, se han levantado cuestiones numerosas, y que, aparentemente, re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sultan oposiciones ó «conflictos» entre la fe y la ciencia. ¿Cómo se explica este hecho, y qué se requiere para obviarlo?

Vamos á responder:

Si dada la naturaleza de la fe y la naturaleza de la ciencia, es forzoso que entre ellas no se den verdaderos conflictos, claro está que ni en la fe ni en la ciencia deben buscarse las razones que den cuenta de tan extraña y soñada oposición. La causa ó causas del asunto, debe ser por lo tanto extrínseca ó ajena á esas dos luces del entendimiento; y así, forzoso será penetrar en el fondo misterioso del corazón humano para explicarse debidamente lo que aquí ocurre. El docto escritor D. Miguel Mir, en su hermoso libro *Harmonía entre la ciencia y la fe,* dedica un capítulo entero al asunto. Allí se verá que el autor dice: «El origen de los conflictos entre la ciencia y la Revelación está, no en la naturaleza de las verdades científicas ó reveladas, sino en otra causa extraña á ellas. Todo error es voluntario y tiene su origen en las pasiones del corazón, causas generales de los errores y de los conflictos entre la ciencia y la fe. El orgullo, el exclusivismo científico y la ignorancia influyen más particularmente en crear estos conflictos. Además tiende á promoverlos la mala interpretación que pueden dar algunos á las enseñanzas de la fe».

Un gran pensador ha dicho esta hermosa y profunda sentencia: «La verdad entra por el corazón»; eso mismo podría completarse diciendo:

La verdad entra y se escapa por el corazón. Es cosa bien sabida hasta dónde llega el poder de la voluntad en los actos intelectuales; y si es cierto que nadie es tan sordo como aquél que no quiere oír, ¿no sobran motivos para decir que no hay entendimiento más ciego que el de quien no quiere entender? Recordemos lo que Fichte decía á este propósito: «Nuestro sistema de filosofía, ordinariamente no es más que la historia de nuestro corazón». Y Leibnitz: «Si la geometría se opusiese á nuestras pasiones é intereses personales tanto como la moral, no la pondríamos en duda ni la violaríamos menos que á ésta, á pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes, las cuales no hallaríamos gran inconveniente en tenerlas por sueños y paralogismos». Las pasiones nublan la razón, el corazón apasionado lleva consigo un poder avasallador, y la voluntad, aguijoneada por la pasión, obra de tal suerte sobre el entendimiento, que á su sabor le maneja y domina. Pudiera decirse que el corazón es el gran abismo de donde salen las grandes ideas, pero también lo es de donde salen los dañados pensamientos; el corazón nos salva ó nos pierde; si el corazón es recto, los pensamientos lo serán también; de un corazón interesado en huír de la verdad saldrán todos los errores imaginables.

A eso, añádase el poder inmenso que la soberbia tiene para levantar en el alma del hombre infinita barrera al mundo de la verdad. El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

orgullo es dominador, altivo, absoluto; no sabe condescender, no entiende de sacrificios ni reconoce derechos; y el entendimiento orgulloso es una luz que más bien abrasa que alumbra; es un vértigo, cierta locura dominadora para quien no se dan otros derechos ni más razones que el egoista reinado del propio yo, de la opinión caprichosa del alma soberbia que se erige en oráculo del saber y se hace superior al mismo Dios; en tales condiciones, ¿cómo no habrán de surgir errores, obstáculos, reparos y cuanto es posible pensar, para desfigurar la verdad y aún negarla atrevidamente, si al propio orgullo así le viene en talante?

Por último; así como en el orden fisiológico hay las idiosincrasias, que destruyen la harmonía en las energías orgánicas, así en el orden intelectual hay ciertas idiosincrasias, que perturban las disposiciones harmónicas de la mente. El artista que sólo da lugar ó espacio á los asuntos de su arte, ó el sabio que se encierra obstinadamente en sus frías fórmulas científicas, se tornan inhábiles para juzgar de los trabajos ajenos á su arte ó á su ciencia, y si por ventura entrasen en discusión, difícilmente lograrían entenderse. Así, los que ponen todo su afán en los estudios de experimentación física, muy difícilmente alcanzan la fuerza de razón que asiste á los que se ocupan en estudios psicológicos y metafísicos; ese desequilibrio en el ejercicio de las facultades acaba por inutilizarlas, y de ahí los desatinos en

que dan los sabios que todo lo ponen en el estudio de la materia, cuando pretenden discurrir sobre asuntos de carácter filosófico.

Todo lo dicho, que no es poco, se acrece si se tiene en cuenta la estupenda ignorancia que de las cosas de la Religión tienen algunos que la combaten, achacándole lo que no enseña, suponiendo lo que no existe, ó desfigurando lo que constituye su verdad bien entendida. Y es cosa singular que tratándose de asuntos religiosos, todos se creen maestros, aunque sin haberse molestado mucho en el estudio de esa ciencia vastísima, difícil, profunda y misteriosa, que sobrepuja, en verdad, cuanto el hombre puede alcanzar; si en estas cosas una prudente reserva, una modestia intelectual tan necesaria mediasen, como es justo, no se oirían seguramente tantos despropósitos ni tantas impiedades.

Ahora bien; si en buena razón no cabe establecer disonancias entre la fe y la ciencia, ¿cuál debe ser en este caso la conducta que todos deben observar? No es difícil responder á esto; procedan todos con mesura; el sabio respete la competencia del teólogo, y el teólogo respete las legítimas enseñanzas del sabio; cada cual exponga con modestia sus pareceres y desconfíe de sí mismo; no se den como reveladas doctrinas que no lo son; no se ofrezcan como doctrina inconcusa de la ciencia opiniones que pueden resultar fallidas; una cosa es la verdad de fe, verdad revelada, indefectible enseñanza, y otra la doctrina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del teólogo, que como doctor ó sabio particular puede equivocarse en sus juicios; una cosa es la enseñanza de la ciencia, propiamente dicha, y otra los pareceres de éste ó del otro sabio, que pueden resultar equivocados; mucha prudencia, mucha modestia, mucho amor á la verdad, y entonces habrá seguras bases para un acuerdo.

LECCIÓN XVII

La fe y la geología.—1.º La cuestión puramente cosmogónica.—2.º La obra de los seis días.—3.º El diluvio universal.

Después de haber establecido filosóficamente que entre las enseñanzas de la fe y las de la ciencia no es dado encontrar verdadera oposición ó conflictos, ahora vamos á entrar en los pormenores, y veremos eso mismo confirmado. Y como quiera que el punto de partida en estos asuntos debe ser el hecho de la creación *ex nihilo*, ó sea la cuestión llamada cosmogónica, por aquí debemos comenzar, estableciendo que entre las enseñanzas de la fe que nos dice que «el mundo, ó sea el universo, fué creado por Dios de la nada», y lo que puede enseñar la ciencia más meticulosa sobre ese punto, no cabe oponer la más leve contradicción.

Para proceder con claridad expongamos, antes de nada, el hecho bíblico, ó sea la bellísima página en donde se da cuenta de ese primer y capital acontecimiento. D. Miguel Mir, en su notable libro *Harmonía entre la ciencia y la fe*, traza al efecto la hermosa y clara exposición que sigue:

«*En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y la tierra estaba confusa y vacía; y las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.* Con estas palabras se abre la historia del mundo, que es la historia de las maravillas de Dios y de la efusión de su amor infinito sobre todas las criaturas. La soberana majestad de Dios, después de haber estado por toda la eternidad sola, gozándose en sí misma y en la contemplación de sus perfecciones con una felicidad y bienaventuranza infinitas, queriendo comunicar á otros seres algún rayo ó semejanza de su virtud, determinó crear este mundo que vemos, llamándole del no ser al ser con el poder de su palabra viva, eficacísima é incontrastable. De esta palabra brotó en el principio de los tiempos cuanto hay en el cielo y en la tierra, no como desarrollo, desenvolvimiento ó emanación de la divina substancia, sino verdaderamente de la nada, sin ninguna materia precedente, y por la libre voluntad del Ser divino. Cuándo salió de los labios de Dios esta palabra, y en qué instante surgieron de la nada los mundos, no es posible averiguarlo. No hay paralaje, dice elegantemente un autor, que nos permita calcular ó tantear la distancia de tiempo que media entre el momento actual y el del acto creador; pero los fenómenos que presenta el universo son de tal naturaleza, que declaran con toda evidencia que han debido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de tener un principio, confirmando admirablemente la enseñanza de la fe, *por la cual,* dice San Pablo, (Hebr., XI, 3), *entendemos haber sido compuestos los siglos por la palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve de lo que no se veía*». Y más adelante, escribe este breve y substancioso párrafo, que debe tenerse muy en cuenta:

«Tal es la idea que da la Biblia acerca de la creación del universo, creación que, ora la consideremos instantánea y total, ora sucesiva y parcial en cada punto de tiempo, contesta á maravilla con lo que han discurrido sobre el particular astrónomos y matemáticos insignes, y con lo que acerca del estado primitivo de la materia enseñan las varias partes de la ciencia moderna, en especial la más bella y reciente de todas, la teoría dinámica del calor».

Como quiera que el argumento que se toma de la termodinámica es de tanto valor por su carácter científico, y sin olvidar que la metafísica ofrece también su poderoso argumento, fundado en la necesidad de un ser independiente autor ó creador, propiamente dicho, del universo, realidad contingente, vamos á copiar la exposición hecha por el mismo D. Miguel Mir, en su ya citado libro, tocante á las enseñanzas de la referida termodinámica:

«Si la materia fuese eterna, determinada por sí misma á existir, y, por consiguiente, á moverse, cualquier fenómeno, el que se realiza actualmente, por ejemplo, distando un tiempo infinito

del origen del movimiento, debería haber alcanzado ya el resultado último de la fórmula general en que estuviese contenido; y así se habrían realizado todos y cada uno de los movimientos de esta serie inmensurable; y como cualquier época que se considere conduciría á las mismas consecuencias, es forzoso concluir que haría ya mucho tiempo, más bien una eternidad, que el mundo habría llegado á este estado *límite,* en que, disgregados todos los elementos, habría cesado toda su energía visible y transformádose en vibratoria y molecular; en una palabra, si el mundo fuese eterno, hoy estaría muerto; luego el estado actual del universo nos muestra que ha tenido principio, que hubo un momento, alejadísimo, sí, de nosotros, pero en sí perfectamente determinado, en el cual se ejecutó el primer movimiento, el primer impulso, la primera vibración; y como este primer movimiento no lo puede el universo recibir de sí mismo, pues nadie da lo que no tiene, hay que atribuirlo á una causa extrínseca, independiente y superior al mundo material, y que comunicando á la materia su actividad, fué preparando los fenómenos que se ofrecen á nuestro estudio; luego cada movimiento que vemos, cada fenómeno que observamos, cada molécula que vibra y se agita, y con su agitación despierta nuestra curiosidad, nos indica y señala como con el dedo aquella esencia soberana, toda luz, toda actividad, toda movimiento y vida, que, sacando de la nada á la materia de que se compone el universo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le comunicó el soberano impulso que la sacó de su inercia, y que hoy circula por ella y la remueve y agita como en inmenso oleaje; luego las bellezas de la creación, con la ley que las rige y preside, nos prueban con evidencia irresistible que antes que ellas surgiesen de la nada existía ya un ser espiritual, substancia dotada de entendimiento y voluntad, que sacó á la luz las cosas visibles, y las adornó y embelleció con maravillosos resplandores, que dispuso y concertó esta fábrica admirable, y que, así como la mano del hombre arranca del arpa notas melodiosas, así su mano invisible, tocando á la materia, hizo brotar de ella las misteriosas harmonías de la luz, del calórico, del movimiento, y todas las magnificencias que excitan nuestra curiosidad y admiración».

La obra de los seis días.—Queda dicho que la ciencia con sus enseñanzas acaba de confirmar uno de los Dogmas capitales de la fe; el Dogma de la creación del mundo hecha por Dios; de suerte que en este punto la cosmogonía y la fe enseñan la misma cosa; después de esto no queda ya refugio á la negación atea, y así de igual acuerdo son la doctrina metafísica, la doctrina científico-cosmogónica y la Verdad revelada. Mas ahora, vengamos al estudio general de la obra de los seis días, y veamos si es dado á la ciencia oponer nada serio contra el Exameron. Los trabajos que á este asunto han dedicado los apologistas, darían labor más que mediana, si hubiésemos de dar cuenta de todos ellos; entre las obras que han

tratado este punto, hay una reciente, *Les origines,* del doctísimo profesor, J. Guibert, S. J., libro que junta al orden y excelente método una gran claridad y mucha sobriedad en la exposición; nada mejor, en el caso presente, que tomar de allí algunos párrafos que tratan esta cuestión. Veámoslos:

1.º «No es dado poner en duda la formación lenta y progresiva del universo por la acción natural de las fuerzas físicas. Si las primeras fases son hipotéticas, porque se substraen á la observación, por lo menos las fases geológicas, con la dilatada duración que suponen, son ciertas.

2.º «Para los creyentes, la cosmogonía bíblica es un documento integralmente inspirado que seguramente no nos enseña el error. Mas la cuestión está en saber lo que esta cosmogonía nos enseña expresamente.

3.º «Nos enseña ciertamente el hecho de la creación, el Dogma de un Dios uno y personal, y por lo tanto los deberes religiosos del hombre con respecto á su Creador.....

4.º «En lo tocante á la naturaleza del cuadro, es decir de la narración que sirve de envoltura á esa enseñanza, tres opiniones dividen actualmente á los católicos:

a) «Para los *concordistas* es un cuadro propiamente histórico en el cual los días significan, en el orden mismo en que se suceden, las fases diversas por las cuales ha pasado la tierra hasta nuestros días.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

b) «Para los *idealistas* es un cuadro puramente artificial en el cual el autor sagrado expuso las obras de Dios más sobresalientes, adoptando seis cuadros para representar los seis días de la semana.

c) «Para los *críticos* es un cuadro tomado por el autor, inspirado en las tradiciones populares y en la ciencia cosmogónica del tiempo en que escribía, adaptado y depurado de suerte que enseñase la verdad religiosa y el reposo sabático.

«No nos sorprendamos de que la exégesis ortodoxa revista diversas formas accesorias al mismo tiempo: esta variedad de opiniones existió siempre. En tanto que la Iglesia no se decida, los sistemas tienen el valor de las razones de sus autores. En todo caso, cada cual de ellos es perfectamente afirmativo cuando se trata de revindicar el origen divino del texto y su infalibilidad».

Sintetizando lo que acerca del asunto enseñan la ciencia y la Biblia, dice el mismo autor:

«Según el documento científico, Dios creó el mundo haciendo obrar, durante un número incalculable de siglos, las fuerzas naturales. Según el documento bíblico, parece que Dios creó el mundo en seis días y que dispuso todas sus partes mediante una intervención inmediata de su omnipotencia.

«Entre estas dos soluciones dáse oposición aparente».

Ahora bien; si se han de estudiar debidamente las cosas, forzoso es proceder con la debida formalidad, y tener presentes los siguientes principios que el mismo autor trae á la memoria:

1.º «No cabe darse contradicción real entre la Biblia y la Revelación. 2.º Deben preferirse las conclusiones científicas ciertas á una exégesis dudosa. 3.º La Biblia y la ciencia no se proponen igual objeto y no emplean los mismos procedimientos. 4.º El primer capítulo del Génesis contiene enseñanzas religiosas ciertas. 5.º La interpretación del texto sagrado debe tener en cuenta, no solamente la significación material de las palabras, sino también el género á que el escrito corresponde, el pueblo á quien iba dirigido, las circunstancias de lugar y tiempo en que fué hecho, el objeto que se propone el autor. Esta regla es elemental tratándose de crítica textual».

Para terminar este punto, véase el resumen admirable que hace á este propósito, en su doctísima obra *La Creación, la Redención y la Iglesia,* el sabio obispo de Oviedo, Iltmo. Sr. Martínez Vigil:

«El punto de partida de todo el ornato del universo es una nebulosa *(terra erat inanis et vacua, seu invisibilis et incomposita)*, que animada del doble movimiento de rotación y de traslación *(spiritus Dei ferebatur, incubabat seu confovebat super aquas)*, sobre el caos, se concentró en diferentes núcleos, cuya energía vibratoria se aumenta á expensas de la energía visible, transformando el movimiento en calor y el calor en luz *(fiat lux, et facta est lux)*. Estos núcleos se condensan más y más hasta convertirse en es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

feroides, uno de los cuales es la tierra, luminosa como el sol en su juventud, y que se aparta más de éste en la edad madura, enfriándose y haciéndose opaca *(fiat firmamentum, seu extensio in medio aquarum et dividat aquas ab aquis)*; endurecióse su corteza y se delineó su contorno, reuniéndose las aguas en las partes bajas y quedando á la vista la parte seca *(et apareat arida, vocavit aridam terram)*, etc. La parte seca, vivificada por la luz difusa que llegaba hasta ella al través de una atmósfera aún muy densa, se cubrió de vegetales inferiores *(germinet terra herbam virentem)* que purificaron la atmósfera, dejando visible el disco ya condensado del sol y de otros astros *(fiant luminaria in firmamento seu extensione coeli)*, y prepararon la tierra para la habitación de sus primeros animales, representados especialmente por los reptiles acuáticos, terrestres y alados *(producant aquae reptile... et volatile super terram)*, mientras que marcándose más los climas por la mayor concentración del sol, por el desarrollo de las plantas y árboles más perfectos y por la elevación de montañas, llega el momento de la aparición de los grandes mamíferos *(producat terra jumenta et reptilia et bestias)*; y, finalmente, la del hombre, el más joven de los seres formados por Dios y el único que comprende y admira tantas maravillas *(faciamus hominem)*.

«Es decir, que la teoría moderna de la formación de este mundo material sigue las grandes

líneas trazadas por Moisés ha ya cerca de cuatro mil años.

«No hay conflictos entre la ciencia y la fe, ni entre las hipótesis racionales y las cosas que sólo accidentalmente pertenecen á la fe, ni en lo que atañe al origen del mundo, ni en lo que se refiere á su formación, distinción y ornato.

«Resumiendo cuanto se ha expuesto hasta aquí, llegamos á las siguientes conclusiones de la ciencia, de la filosofía y del Dogma respecto al origen del universo:

«*La ciencia:* nada sabe del origen de la materia; sus medios de investigación no tocan el problema: *ignoramus, ignorabimus*.

«*La filosofía:* demuestra la necesidad de una primera causa distinta é independiente de la materia.

«*La fe:* afirma la creación como obra de Dios omnipotente.

«Las demás cuestiones son libres».

El Diluvio universal.—Para poder fijar debidamente lo que la fe y la ciencia pueden sobre este punto ofrecernos, debemos comenzar asentando con precisión las enseñanzas que la fe presenta en este punto; el abate Cauly fija los conceptos diciendo:

«Las únicas verdades dogmáticas ó de fe que resultan de esta narración de Moisés (sobre el Diluvio) son: 1.º que el Diluvio de que habla fué *real* y que fué un castigo de Dios; y 2.º que este Diluvio envolvió en una destrucción común á todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el género humano, á excepción de Noé, su mujer, sus tres hijos y sus mujeres; y, en consecuencia, que la tierra se repobló por este patriarca y sus descendientes». (1)

No hay para qué insistir mucho en lo referente á la existencia ó hecho histórico del Diluvio; como tradición está encarnada en la historia de todos los pueblos, comenzando por el pueblo hebreo, y siguiendo por los caldeos, griegos, indios y chinos, hasta los americanos. A esas tradiciones júntanse las enseñanzas de los geólogos; Mr. Cuvier, después de haber estudiado el asunto, afirma lo siguiente: «Creo pues, con MM. Deluc y Delomieu, que si hay algo demostrado en geología es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolución, la fecha de la cual no puede subir mucho de cinco á seis mil años». Pueden también unirse aquí las afirmaciones dadas por M. Boné, M. Louis Figuier, que está terminante, y Paff, que entre otras cosas dice: «La verdad de la narración bíblica está suficientemente protegida contra los ataques de la ciencia (mejor sería decir de los sabios), desde el momento en que nada se encuentra en este relato que se halle en oposición con los hechos científicamente demostrados, ó que pueda ser demostrado como imposible por la geología».

En cuanto á la universalidad del Diluvio, es decir, á la universalidad rigurosa ó total y á la

(1) Abate Cauly: *Religion et catholicisme,* parte segunda.

universalidad parcial ó relativa, limitada á cierta porción de la tierra, andan divididos los pareceres. A este propósito, dice el citado abate Cauly:

«Ambas opiniones están permitidas y cada cual tiene sus defensores, bien que la primera, que opta por la universalidad absoluta, sea *teológicamente* más probable». Los partidarios de ambas tienen sus argumentos, y la Iglesia, por ahora, nada resolvió tocante al asunto.

El referido abate Cauly se hace cargo de las objeciones hechas contra el Arca ya por lo que se refiere á su construcción, ya por lo que toca á sus dimensiones; esas objeciones, dado el momento en que nos hallamos, no merecen respuesta; nótese que la tuvieron y victoriosa, y así nada cabe argüir actualmente sobre ese punto. Ni cabe tampoco preguntar cómo habría suficiente cantidad de agua para envolver la tierra entera, pues las aguas de los mares, las de los ríos y la masa inmensa que se halla flotando en estado gaseoso en el espacio habrán podido muy bien bastar para que el hecho ocurriese, aun en el sentido de la universalidad total.

LECCIÓN XVIII

La fe y la astronomía.—La astronomía y la narración mosaica.—La filosofía y la narración astronómico-mosaica.

La astronomía, ciencia que se ocupa en el estudio de los astros considerando su naturaleza y las leyes porque se rigen, alcanzó extraordina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el género humano, á excepción de Noé, su mujer, sus tres hijos y sus mujeres; y, en consecuencia, que la tierra se repobló por este patriarca y sus descendientes». (1)

No hay para qué insistir mucho en lo referente á la existencia ó hecho histórico del Diluvio; como tradición está encarnada en la historia de todos los pueblos, comenzando por el pueblo hebreo, y siguiendo por los caldeos, griegos, indios y chinos, hasta los americanos. A esas tradiciones júntanse las enseñanzas de los geólogos; Mr. Cuvier, después de haber estudiado el asunto, afirma lo siguiente: «Creo pues, con MM. Deluc y Delomieu, que si hay algo demostrado en geología es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolución, la fecha de la cual no puede subir mucho de cinco á seis mil años». Pueden también unirse aquí las afirmaciones dadas por M. Boné, M. Louis Figuier, que está terminante, y Paff, que entre otras cosas dice: «La verdad de la narración bíblica está suficientemente protegida contra los ataques de la ciencia (mejor sería decir de los sabios), desde el momento en que nada se encuentra en este relato que se halle en oposición con los hechos científicamente demostrados, ó que pueda ser demostrado como imposible por la geología».

En cuanto á la universalidad del Diluvio, es decir, á la universalidad rigurosa ó total y á la

(1) Abate Cauly: *Religion et catholicisme,* parte segunda.

universalidad parcial ó relativa, limitada á cierta porción de la tierra, andan divididos los pareceres. A este propósito, dice el citado abate Cauly:

«Ambas opiniones están permitidas y cada cual tiene sus defensores, bien que la primera, que opta por la universalidad absoluta, sea *teológicamente* más probable». Los partidarios de ambas tienen sus argumentos, y la Iglesia, por ahora, nada resolvió tocante al asunto.

El referido abate Cauly se hace cargo de las objeciones hechas contra el Arca ya por lo que se refiere á su construcción, ya por lo que toca á sus dimensiones; esas objeciones, dado el momento en que nos hallamos, no merecen respuesta; nótese que la tuvieron y victoriosa, y así nada cabe argüir actualmente sobre ese punto. Ni cabe tampoco preguntar cómo habría suficiente cantidad de agua para envolver la tierra entera, pues las aguas de los mares, las de los ríos y la masa inmensa que se halla flotando en estado gaseoso en el espacio habrán podido muy bien bastar para que el hecho ocurriese, aun en el sentido de la universalidad total.

LECCIÓN XVIII

La fe y la astronomía.—La astronomía y la narración mosaica.—La filosofía y la narración astronómico-mosaica.

La astronomía, ciencia que se ocupa en el estudio de los astros considerando su naturaleza y las leyes porque se rigen, alcanzó extraordina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rios progresos, pero todavía dista de ser una ciencia completa ó acabada. Pero, así y todo, necesario es ver si entre sus enseñanzas y las de la Biblia, ó mejor aun, y las de la religión, se dan conflictos, ó si, por el contrario, nada puede objetar en este punto el entendimiento más exigente.

Comencemos por exponer el relato bíblico para proceder así con verdadera claridad.

Moisés escribe: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra»; y en el capítulo 1.º del Génesis, encuéntranse las siguientes palabras: «Dijo Dios: Que haya luminares en la extensión de los cielos, para hacer división entre el día y la noche, para que sirvan de señales para indicar los tiempos y las estaciones y los días y los años. Que esos luminares estén en la extensión de los cielos para iluminar la tierra: y así sucedió. Dios hizo dos grandes luminares, de los cuales uno mayor para presidir el día, y el otro menor para presidir la noche, é hizo las estrellas. Y Dios vió que eso era bueno. Y fué tarde y mañana del cuarto día, es decir, añade el abate Cauly, fué el término de la cuarta época».

Las objeciones hechas respecto del presente asunto tienen unas, carácter científico, otras, carácter filosófico. Vamos á exponerlas y contestarlas comenzando por las de carácter científico:

1.º «Actualmente se halla demostrado que el sol y la mayor parte de los astros son millares ó millones de veces más grandes que la tierra: siendo esto así, ¿cómo puede Moisés presentarlos

como creados teniendo en cuenta la tierra y únicamente para su servicio?»

A esto cabe responder, en primer término, que el plan de Moisés no es darnos lecciones de astronomía, y por lo tanto estudiar la importancia de los astros en un sentido científico; sino que lo que se propuso fué dar enseñanzas de carácter religioso, y en este caso debe notarse que si la tierra no es el centro del mundo astronómico, como astro, es centro importantísimo desde el punto de vista de la Revelación.

Y si los sabios hubiesen de tratar de las relaciones del mundo astronómico con los hombres, hablarían como lo hace Moisés y como dicta aquí el buen sentido: teniendo como norma las apariencias.

Finalmente; la masa sola de un astro no basta para sacar de ahí un argumento en favor de la superioridad de su importancia. Hay una superioridad moral, que Dios pudo muy bien haber dado á la tierra, y esto podía entrar perfectamente en los altos designios de Dios.

2.º «¿Puede la tierra haber sido antes que el sol, siendo así que la ciencia demuestra que el sol es el centro de la órbita de nuestro planeta, el regulador de su marcha, el principio de su fecundidad, y, según todas las probabilidades científicas, su foco generador?»

Conocida es la teoría de la nebulosa primitiva, madre de los mundos que de allí arrancaron; y la tierra, siguiendo esa ley de la división ó separa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción de materia cósmica, pudo resultar desprendida del sol. De aquí nada resulta contra las enseñanzas de la Religión; todo se concilia y explica.

«Sin ir contra la Biblia, dice el abate Cauly, y aun interpretando con todo vigor el versículo genesíaco: *In principio Deus creavit coelum et terram,* decimos: El sol ha podido existir antes de la tierra; únicamente, la tierra estaba entonces informe y desnuda, y el sol, la luna y los astros en su período de formación. Inmensos vapores ocultaban el mundo de los astros á nuestro planeta. Y el cuarto día genesíaco (ó la cuarta época) señala el momento en que los dos grandes luminares, el sol y la luna, y también las estrellas, comenzaban á brillar para nuestro globo. La frase de Moisés, *fiant luminaria,* y estas otras palabras, *fecit Deus luminaria et stellas,* indican, no la época en que esos astros salieron de la nada, sino aquélla en que aparecieron». (1)

3.º «¿Pero cómo Dios habría pasado cinco días en organizar nuestro mundo, cuando una sola palabra le bastó para crear en un sólo día todos los mundos del espacio sideral?»

Dado el propósito de Moisés, que era contar ó referir la historia de nuestro globo y no de toda la obra de la creación, da cuenta de cómo Dios preparó la cuna del género humano. Y así, al hablar de los astros, no entra en pormenores, sino

(1) Abate Cauly, obra citada.

que se limita á decirnos el hecho de su aparición en el día cuarto. Y quienes gusten echar mano de la opinión que pide numerosos siglos para la elaboración de la obra divina, pueden servirse de ella sin que se dé inconveniente.

4.º «La existencia de la luz, la sucesión del día y de la noche, la vegetación anterior al cuarto día: he ahí tres hechos que deben atribuirse al sol y que son no obstante mencionados por Moisés antes de la aparición de ese astro. Su explicación es pues inadmisible». (1)

El abate Cauly responde á esto con los tres siguientes párrafos que merecen el honor de la reproducción:

1.º «Antes de echar en cara á Moisés el mencionar la aparición de la luz en el primer día y la creación del sol en el cuarto, sería necesario saber con seguridad qué cosa es la luz. Ahora bien; sobre este punto se dan dos teorías: la una de la *emanación,* que define la luz como una materia sutil que se desprende de un cuerpo brillante. Pero únicamente el sol desprende luz; según M. de Humboldt, la aurora boreal probaría que la tierra tiene la propiedad de emitir una luz que le es propia. El calórico, la electricidad, producen luz; luego ésta puede existir sin el sol. La otra teoría de las *ondulaciones,* en la actualidad más generalmente adoptada, dice que la luz es un fluído

(1) Las objeciones apuntadas véanse en la citada obra del abate Cauly.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esparcido en el éter y puesto en vibración por una causa exterior. Es evidente que en esta hipótesis Moisés podía perfectamente indicar la luz antes del sol.

2.º «En cuanto á la alternativa del día y de la noche, no tiene, en el relato Mosaico, más que un valor metafórico; y puesto que es dado hacer del día genesíaco un período indefinido y no una duración de un día solar de veinticuatro horas, la objeción carece de valor.

3.º «Finalmente, en lo concerniente á la vegetación del día tercero, ¿qué se requería pues para producirla? Luz y calor, dicen: mas esa tierra incandescente y poco después enfriada, que los plutonistas nos representan bajo la influencia de un fuego central inextinguible, ¿no tenía bastante calórico para producir plantas? Y por otra parte, si el sol, como es dado admitir, fué creado antes de nuestro planeta, ¿no podía enviarle ya luz y calor suficientes aún antes de mostrarle sus rayos como los experimentamos nosotros bajo un cielo nublado que nos oculta el astro del día? Luego, sin hacer violencia al relato de Moisés, concíbese que Dios, sobre las escenas confusas del caos primitivo, haya dicho primeramente: *fiat lux;* que en seguida la atmósfera de nuestro globo haya adquirido poco á poco más transparencia, y que finalmente en el día cuarto, habiéndose purificado el aire y disipado las nubes, haya aparecido el sol en todo su brillo, del propio modo que la luna y las estrellas. Así todo se explica no solamente sin dificultad, sino en el orden más natural».

La filosofía y el relato de Moisés.—Comenzando por la teoría, puramente hipotética, de la pluralidad de mundos habitados, cosa bastante vieja, pues ya Lucrecio habló de ese asunto y otro tanto hicieron no pocos autores que pudiéramos citar, y que entre los modernos cuenta á Juan Reynaud, Flammarion y Luis Figuier, diremos que la hipótesis en sí es inofensiva á la Religión; pero como hasta de la verdad cabe abusar, la ciencia descreída se apoderó de eso para formular una acusación filosófica contra la narración astronómica de Moisés. Veámoslo: (1).

1.º «Astronómicamente hablando, la tierra tiene grandes desventajas y no fué constituída como podía serlo el mejor de los mundos. Luego no se puede admitir que sea una causa final digna del Creador, y Moisés no dice con acierto que Dios vió que su obra era buena».

Es asunto curioso el ver las enmiendas que á la obra de Dios harían algunos sabios, como sucedió con M. Augusto Comte, Flammarion, Arago y Laplace; quién encuentra defectuoso el eje de la tierra; quién ve inútiles los resplandores de la luna; quién encuentra defectos de proporción en el número de satélites dados á los planetas; quién ve que la luna puede hallarse mejor en punto á relaciones favorables para la tierra, estable-

(1) Véanse dichos reparos en la citada obra del abate Cauly.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciendo las cosas de manera distinta de como lo están; pero si tales enmiendas se aplicasen, resultarían luego no pequeños inconvenientes; los hombres morirían abrasados ó helados, y los campos no florecerían. La distribución de los bienes entre los cuerpos astronómicos resultaría sin equidad; se pedirían arreglos innecesarios en el mundo astronómico y daríamos en un completo trastorno en el conjunto planetario que nos pertenece. Sin conocer á fondo la obra de la creación es verdadera pedantería científica oponerle reparos, y sobre todo si se tiene en cuenta la maravillosa y ordenada marcha del universo.

2.º «Los habitantes de la tierra no son sino una débil minoría, con relación á la humanidad universal derramada entre los innumerables globos del firmamento; luego Dios no hizo el firmamento para solo el placer de los habitantes de la tierra».

Aquí, se da por supuesta la pluralidad de mundos habitados. Pero si así ocurriese, necesario es tener en cuenta la diversidad de los medios ó condiciones biológicas de los astros, y así esos habitantes necesitarían condiciones de vida ú organismo adecuado al medio en que hubiesen de habitar. Y debe notarse que la Revelación no enseña que todo haya sido hecho en consideración al planeta que habitamos, sino en atención á los *elegidos*, lo cual es bien distinto. Aparte de que, si se tiene en cuenta el sublime misterio de la Redención del hombre, nada tendría de particular

que Dios hubiese hecho todo por atención al género humano, al cual pertenece Nuestro Señor Jesucristo.

3.º «Siendo la tierra una de las obras más pequeñas de Dios, ¿por qué Dios la habría escogido como lugar de su Revelación y de su Encarnación?»

El abate Cauly responde en su citada obra, diciendo:

«Contestaremos aún que es un error el medir el valor real de nuestro globo por su extensión geográfica; que si Dios quiso dar preferencia á la humanidad terrestre, libre era de hacerlo, y no tenemos porque escandalizarnos de su amor».

LECCIÓN XIX

La fe y la biología.—Origen de la vida.—La generación espontánea

La cuestión biológica es de suma trascendencia; su estudio es largo, complicado, y requiere el examen de los trabajos hechos, que forman curioso proceso histórico; y la gran extensión del asunto, unida á la dificultad de fundirlo en una síntesis, nos impide, dado lo elemental de esta obra, entrar en larga exposición; así pues vamos á limitarnos á ofrecer la resultante y á trasladar aquí aquellos datos ó testimonios que nos den á conocer el estado de la cuestión hasta el presente, resuelta en favor de las enseñanzas de la Religión y de la sana filosofía, y que lo será todavía con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mayor claridad, si cabe, á medida que los estudios biológicos vayan adelantando.

Origen de la vida.—Este asunto es cosa que daría poco que hacer si la docilidad intelectual se prestase á ello; si para la existencia del universo material fué necesario admitir la acción de un ser Creador, ¿cuánto más no se hace necesario eso mismo, tratándose de esa maravillosa realidad que llamamos vida?

El ilustre obispo de Oviedo, señor Martínez Vigil, en su hermosa obra *La Creación, la Redención y la Iglesia,* ofrece la siguiente conclusión, después de haber examinado debidamente el asunto:

«*Enseña la fe:* que la vida en su origen primero fué debida á un acto directo ó indirecto del Creador.

«*Enseña la ciencia:* que la vida es relativamente reciente en el mundo; pero ignora de qué manera principió.

«*Enseña la Biblia:* que hubo cierta graduación ascendente en la sucesiva aparición de los diferentes tipos vivos.

«La ciencia confirma y amplifica esas indicaciones generales y descubre además en los vivientes un principio superior al de la fuerza mecánica.

«Conflicto, ninguno».

No puede darse más precisión, ni nada más terminante.

Dios creó la materia, organizó los mundos, y con esa misma palabra creadora estableció el

mundo de la vida, desde el vegetal más humilde hasta el ser más complicado de los vivientes; desde la más ínfima realidad viva hasta la más alta substancia espiritual. Dios es la vida suma, y dió vida á los seres que de tal beneficio disfrutan. Si se pregunta el cómo de este gran hecho, responderemos que es un misterio: la fe nada ordena en este asunto, y la ciencia no sabe cómo se inició.

Veamos ahora cómo se explica el doctísimo P. Guibert, en su hermoso libro *Les origines.* (1)

Al tratar del origen de la vida escribe: «1.º la vida comenzó sobre la tierra; 2.º no pudo comenzar por generación espontánea; 3.º comenzó por un acto divino de creación.

«Hubo un tiempo en que la corteza terrestre entera se hallaba en el estado de fusión ígnea bajo la enorme presión de 300 atmósferas: en efecto, el subsuelo de todos los países del mundo hállase formado por rocas idénticas, la estructura de las cuales atestigua el antiguo estado de fusión á una temperatura más elevada sin duda que las lavas ardientes de nuestros volcanes. Pues bien, sobre esa tierra inflamada, en esta atmósfera que era una hornaza, no era posible vida alguna, ningún germen habría podido resistir. No es dado imaginar una adaptación que hubiera permitido á los organismos primitivos vivir en un medio tan cálido; porque la adaptación tiene límites. Más allá

(1) París, 1898, 2.ª edición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de 600°, el agua se disocia de sus elementos, las moléculas de los cuerpos organizados no podrían mantenerse unidas; ¿cómo se concebiría un ser viviente cuyos elementos no podrían mantenerse reunidos?

«Además, si admitimos que la tierra haya salido, por vía de evolución física, de una nebulosa solar, según la hipótesis de Laplace y de Faye, ¿la vida no era incompatible con ese primer estado de dispersión de los átomos?

«Ciertos autores han pretendido que la tierra habría podido hallarse sembrada de gérmenes por el polvo abandonado en el espacio sobre la trayectoría de los cometas y estrellas desfilantes. Admitamos, como es probable, que la tierra recoja, en su camino á través del espacio, polvo cósmico sobrado ténue para impresionar nuestros sentidos; admitamos aún, lo cual es muy poco probable, que gérmenes vivos se hallen entre ese polvo como se encuentran en el polvo de nuestra atmósfera: ¿qué se debería concluir de eso? No habríamos hecho más que alejar la cuestión. ¿De qué manera comenzó la vida en los astros que nos han enriquecido con sus semillas?; pues esos astros han sufrido las mismas fases que la tierra misma.

«Luego sea sobre la tierra ó en alguna estrella desconocida, es cierto que la vida comenzó».

Ahora, dado el hecho de haber tenido principio la vida, síguese este otro punto:

¿De qué manera hizo su aparición la vida?

Y desde luego cabe responder: no fué por generación espontánea.

Vamos á verlo.

A la altura en que se encuentran los actuales estudios biológicos, huelga entrar en pormenores tocante á la noble y victoriosa labor del ilustre Pasteur; sabido es que sus experimentos han sido acogidos como concluyentes, y las pretensiones de sus contradictores han rodado por tierra; la ciencia formal, la ciencia sincera, no admite la doctrina de la generación espontánea; y el soñado *organismo sin órganos,* el famoso *batybio,* dió solemne mentís á la aparición espontánea de la vida, en tal manera que los que batieron palmas al principio han sufrido la más cruel decepción.

Pero esto no impide que hagamos mérito de lo que el P. Guibert escribe sobre el asunto que aquí se trata, y vamos á trasladar si no todo, algo de lo que en su citado libro, *Les Origines,* encontramos:

«Haeckel presenta francamente la siguiente alternativa: «Evolución natural ó creación sobrenatural, necesario es elegir entre estas dos posibilidades..... Desechado el monismo, no queda más que la hipótesis irracional de un milagro, de una creación sobrenatural». Lo cual quiere decir: La vida ha comenzado por generación espontánea ó por creación divina; mas esta segunda hipótesis repugna, como irracional y anticientífica; luego la vida ha comenzado por generación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

espontánea. Haeckel tiene por anticientífico todo sistema en que la naturaleza, átomos y movimiento, no se explica enteramente por sí misma y por sí sola, ya se trate de la creación primitiva, ya se trate del orden y de la organización. Tal *postulatum*, puramente gratuito, supone resueltos todos los problemas que la filosofía trata precisamente de resolver.

«Así el razonamiento, Haeckel refiere de qué manera ocurrió el hecho de la formación espontánea del primer protoplasma. «Los cuerpos vivos *han debido* formarse químicamente á expensas de los compuestos inorgánicos: así *ha debido* aparecer esa substancia tan compleja, conteniendo á la vez carbono y ázoe, que hemos llamado protoplasma, y que es el lugar material constante de todas las actividades vitales..... Las primeras móneras nacieron por generación espontánea, en el comienzo del período laurenciano; procedieron de compuestos inorgánicos, simples combinaciones de carbono, de ácido carbónico, de hidrógeno y de ázoe». (1) Hechos tan vagos y razones tan poco sólidas prueban bastante claramente que Haeckel admite la generación espontánea, porque es una necesidad filosófica para pasarse sin Dios.

«Para nosotros, las proposiciones siguientes parecen inatacables: Las leyes de la naturaleza son constantes en el tiempo como en el espacio.

(1) Citado en Vigouroux, *Les Livres saints*, t. III, tercera ed., p. 179.

Pues bien, actualmente, es ley cierta que la vida no se produce espontáneamente. Luego, en el comienzo, la vida no se produjo en la materia por la sola influencia de las fuerzas físicas.

«La constancia de las leyes naturales á través de los siglos es el fundamento de toda inducción científica. Si las fuerzas pueden cambiar de naturaleza es imposible subir á la ciencia de los hechos pasados por el conocimiento de los hechos presentes. Siendo fatales las leyes físicas, lo que ocurre actualmente ha debido suceder antes de ahora. Sin duda, según la justa observación de M. de Lapparent, dánse diferencias de *intensidad* en la acción de las fuerzas; pero no se da diferencia de *naturaleza*. Este principio es la base indispensable de toda ciencia y particularmente de la geología.

«Producir la vida espontáneamente ó no producirla, ¿es mera diferencia de grado en la acción de una fuerza? Si la materia mineral pudo crear la vida por sí misma antes de ahora y que ahora no sea capaz de eso, ¿no ha cambiado de naturaleza? No cabe objetar que las condiciones físicas no se realizan actualmente: elementos atómicos, humedad, calor, electricidad, todo se halla en actividad; si la materia no produce la vida, ha cambiado pues de naturaleza».

No basta que los partidarios de la generación espontánea, al verse así cogidos, se empeñen en sostenerla como hecho actual; precisamente, la doctrina que goza de autoridad científica, según

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hemos dicho antes, les es contraria, y la experiencia, hasta el presente, es un mentís contra la teoría arbitraria y tenaz de la generación espontánea.

LECCIÓN XX

La paleontología y la fe.—Expóngase la cuestión, y sus relaciones con la narración mosaica.

Dice el abate Cauly en su ya citada obra:

«Después de haber hablado del origen de la vida es útil seguir su historia en los seres organizados, y poner esta ciencia nueva de los fósiles en paralelo con la narración de Moisés, que se hizo historiador de la aparición sucesiva de los diferentes seres sobre la superficie del globo».

Y viniendo al relato bíblico, dice así: «La tierra produjo hierba verde que contenía simiente según su especie y árboles frutales que encerraban su semilla. Fué la obra del día tercero. Después, el día quinto, Dios creó los grandes peces y todos los animales que tienen vida y movimiento en las aguas, y creó también todas las aves. Y el día sexto, Dios hizo las bestias salvajes de la tierra, los animales terrestres y todos los reptiles. Y finalmente el hombre, que hizo á su imagen».

No hay para qué detenerse mucho en exponer las doctrinas, ya bien conocidas, de la ciencia de los fósiles, y bastará recordar algunas ideas ó especies para tener á mano las diversas épocas ó

capas geológicas, como datos que entran en la presente cuestión.

En el estudio de los terrenos ó capas geológicas, nótese el orden siguiente:

1.º Terreno llamado primitivo ó que podemos llamar básico.

2.º Terreno primario ó de transición, que se subdivide en cámbrico, silúrico y devoniano.

3.º Terreno secundario, que consta de cuatro secciones superpuestas: pérmico, triásico, jurásico y cretáceo.

4.º Terreno terciario, que contiene las siguientes subdivisiones: ioceno, mioceno y plioceno.

5.º Los terrenos cuaternarios, que son depósitos de más reciente formación.

Comparando ahora los datos que suministra la paleontología y lo que Moisés refiere, véase cómo se explica el autor poco ha citado:

«Y primeramente, en cuanto al *orden de la creación,* Moisés se adelantó á los sabios en punto á fijar el orden cronológico en que aparecieron los seres organizados. Según el historiador sagrado, los vegetales llegan á la existencia antes que los animales, y esto es conforme con la verdad. Las plantas son el alimento de los animales; razonablemente, debían ellas precederles». Ahora bien; Marcelo de Serres, Dumas y Ampere, vienen en apoyo del relato mosaico, pues que colocan el mundo vegetal, según resulta de los estudios hechos, antes del mundo animal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hemos dicho antes, les es contraria, y la experiencia, hasta el presente, es un mentís contra la teoría arbitraria y tenaz de la generación espontánea.

LECCIÓN XX

La paleontología y la fe.—Expóngase la cuestión, y sus relaciones con la narración mosaica.

Dice el abate Cauly en su ya citada obra:

«Después de haber hablado del origen de la vida es útil seguir su historia en los seres organizados, y poner esta ciencia nueva de los fósiles en paralelo con la narración de Moisés, que se hizo historiador de la aparición sucesiva de los diferentes seres sobre la superficie del globo».

Y viniendo al relato bíblico, dice así: «La tierra produjo hierba verde que contenía simiente según su especie y árboles frutales que encerraban su semilla. Fué la obra del día tercero. Después, el día quinto, Dios creó los grandes peces y todos los animales que tienen vida y movimiento en las aguas, y creó también todas las aves. Y el día sexto, Dios hizo las bestias salvajes de la tierra, los animales terrestres y todos los reptiles. Y finalmente el hombre, que hizo á su imagen».

No hay para qué detenerse mucho en exponer las doctrinas, ya bien conocidas, de la ciencia de los fósiles, y bastará recordar algunas ideas ó especies para tener á mano las diversas épocas ó

capas geológicas, como datos que entran en la presente cuestión.

En el estudio de los terrenos ó capas geológicas, nótese el orden siguiente:

1.º Terreno llamado primitivo ó que podemos llamar básico.

2.º Terreno primario ó de transición, que se subdivide en cámbrico, silúrico y devoniano.

3.º Terreno secundario, que consta de cuatro secciones superpuestas: pérmico, triásico, jurásico y cretáceo.

4.º Terreno terciario, que contiene las siguientes subdivisiones: ioceno, mioceno y plioceno.

5.º Los terrenos cuaternarios, que son depósitos de más reciente formación.

Comparando ahora los datos que suministra la paleontología y lo que Moisés refiere, véase cómo se explica el autor poco ha citado:

«Y primeramente, en cuanto al *orden de la creación,* Moisés se adelantó á los sabios en punto á fijar el orden cronológico en que aparecieron los seres organizados. Según el historiador sagrado, los vegetales llegan á la existencia antes que los animales, y esto es conforme con la verdad. Las plantas son el alimento de los animales; razonablemente, debían ellas precederles». Ahora bien; Marcelo de Serres, Dumas y Ampere, vienen en apoyo del relato mosaico, pues que colocan el mundo vegetal, según resulta de los estudios hechos, antes del mundo animal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mismo abate Cauly dice:

«Otra coincidencia harmónica entre la naturaleza y la Biblia se observa en el orden de perfección progresiva atribuída á los seres organizados del orden animal. Así los más antiguos vestigios de los seres vivos que se encuentran en los terrenos primarios son moluscos y crustáceos acéfalos. Pues bien; hay que notar que estos seres aparecen en el fondo de los mares. Moisés no menciona su creación; pero es tan evidente como natural que hayan preexistido á los demás animales. Vénse privados del órgano de la vista; podían existir antes de la aparición de la luz, y aparecieron sin duda en la época en que el espíritu de Dios, como dice Moisés, se agitaba sobre las aguas y las fecundaba. Pero en el día tercero únicamente aparecen los animales marinos más completos, los crustáceos superiores, dotados del órgano de la vista, y los primeros peces vertebrados.

«El quinto y el sexto día genesíacos señalan la aparición de los grandes peces, de las aves, de los animales terrestres y finalmente del hombre. Ahora bien; hemos visto que los restos fósiles de estos reinos superiores no aparecen sino en los terrenos de una época ulterior, es decir, en los sedimentos secundarios y terciarios, y siempre en una progresión ascendente acercándose al relato de Moisés. ¿No es cosa admirable que un israelita, que vivió hace más de tres mil años, haya establecido un orden de creación que encuentra

en nuestros días su justificación científica más completa?»

Vengamos ya á establecer la conciliación del relato mosaico y la paleontología, cronológicamente hablando. El abate Cauly nota, y debe tenerse muy en cuenta, que los datos suministrados por los hechos paleontológicos permiten considerar las revoluciones biológicas antes, después ó simultáneamente con la semana del Génesis. La opinión de los que atribuyen la existencia de los fósiles después de la creación del hombre, no daña ciertamente á la fe, pero carece de fuerza, científicamente hablando. Si se quieren poner los períodos paleontológicos antes, no se da en ello inconveniente, dice el escritor citado y añade: «Según esta opinión, sostenida por Chalmers, Buckland, Kurtz, Andrés Wagner, Schuber, etcétera, entre el primer acto creador y el primer día hexamérico, es decir, entre la creación del cielo y de la tierra y la aparición de la luz, habrían transcurrido innumerables siglos; la tierra habría tenido sus seres organizados, y esta primera creación, de la cual se hallarían los restos en nuestros fósiles, habría dejado lugar á otra creación, la que refiere Moisés».

En cuanto á la teoría llamada concordista, pone los fenómenos paleontológicos (los fósiles) en la semana de la creación, y en este caso no se trata de días astronómicos, sino de seis períodos ó épocas. En esos períodos, que pueden tener gran latitud, habrían ocurrido los fenómenos geo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lógicos científicamente consignados. No hay que tocar para nada al relato mosaico y entonces todo se harmoniza. Y si en ocasiones ocurren algunas dificultades á causa de ciertas inversiones que se hallan en las capas geológicas y en sus fósiles, consiste ó se explica eso por las revoluciones ó trastornos ocurridos en el globo.

Al estudiar el paralelismo que según los doctores escolásticos hay en la obra de la creación, *opus distinctionis* y *opus ornatus*, como si dijéramos, comienzo y complemento de una obra que reunida forma un todo, pregúntase el docto escritor D. Miguel Mir, si tal correspondencia de fenómenos es «puramente extrínseca y casual ó rítmica, ó más bien íntima, esencial y necesaria», y responde: «El modo de hablar de los antiguos escolásticos, como de algunos naturalistas modernos, parece indicar la primera suposición, esto es, dos órdenes de fenómenos completamente separados unos de otros, que se realizan sucesivamente y están representados por los seis días de la Creación; mas tal vez el relato bíblico no se oponga á considerarlos de distinta manera, esto es, como cuadros diferentes de unos mismos órdenes de fenómenos. Según esta opinión, que ya en el siglo pasado sonó en las escuelas católicas, y que hoy se abre otra vez camino, fortificada con los argumentos que le prestan los adelantos, así bíblicos y exegéticos, como científicos y geológicos, la cosmogonía real podría reducirse á tres operaciones capitales, con dos extremos de principio y

fin bastante fijos, determinados y sensibles en cada uno de ellos; pero de modo que ni la primera operación se completara antes de empezar la segunda, ni la segunda antes de empezar la tercera, sino que habiendo verdadera sucesión en los principios de todas (lo cual constituye los tres primeros cuadros), la continuación de ellos fuese simultánea, viniendo finalmente á distinguirse de nuevo en su término, lo cual constituye los tres cuadros restantes. De esta manera, el día cuarto vendría á ser complemento del primero, el quinto del segundo, y el sexto del tercero. Con esto es claro que los tres últimos son paralelos á los primeros, bien para responder á la serie real de sus principios, bien por el hecho de haberse terminado en este orden las tres capitales ó las seis parciales operaciones.

«Esta opinión, que hermenéuticamente considerada parece admisible, tiene la ventaja de resolver la mayor dificultad que contiene el relato bíblico de la creación, y que consiste en que, según el sentido aparente de la Biblia, los peces no aparecen en la escena del mundo hasta el día quinto, después de las plantas por consiguiente, las cuales ya se muestran en toda su lozanía el día tercero; orden que está en abierta contradicción con los datos geológicos que ponen la existencia de los animales marinos, no ya en el terreno pérmico correspondiente al quinto día, sino también en el carbonífero, en el devónico, en el silúrico y aún tal vez en el cámbrico y laurentino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No ignoramos las soluciones y salidas que se dan á esta dificultad; pero respetando la ciencia y la sinceridad de sus autores, nos parece que no acaban de satisfacer á todos los reparos, los cuales tienen completa solución en el sistema que hemos propuesto. En efecto, siendo el día quinto complemento del segundo, y comprendiendo ambos la misma clase ú orden de fenómenos, no es extraño que terminara en éste lo que empezó en aquél, y que la creación ó aparición de los peces empezara realmente en el día segundo, como lo demuestra la geología, aún cuando no lo diga expresamente la Sagrada Escritura. Con esto resultaría lo que sucede muchas veces en el texto sagrado, es á saber: que un hecho científico, claro, explica un lugar de la Escritura obscuro, ó mejor, mal entendido ó interpretado». (1)

LECCIÓN XXI

La antropología y la fe.—Origen del hombre.—Constitución ó naturaleza del hombre.—Unidad de la especie humana.

El asunto que bajo el título de la antropología y la fe vamos á estudiar, es labor no solamente difícil sino copiosísima. Los libros dedicados á esta clase de estudios son muchísimos, y sería labor interminable la que sobre este punto pudiéramos ofrecer. Lo estrecho de los límites de un

(1) Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe.*

compendio nos obliga á dar el resumen del asunto, y antes, como precedente necesario, expondremos, tomándolas de la obra magistral del P. Guibert, ya citada, las conclusiones referentes á la importante cuestión del origen de las especies:

«1.° Rechazamos el monismo que unifica todos los seres, que enseña el tránsito espontáneo de la materia á la vida, de la vida sensible y animal á la vida espiritual del hombre.

«2.° No creemos que la formación de las especies vivas sea efecto de la casualidad, es decir, de fuerzas mecánicas ciegas; creemos que cada reino, animal y vegetal, realiza un plan preconcebido y ordenado por Dios.

«3.° ¿De qué manera Dios ejecutó su plan? No creemos que haya sobre esta cuestión otras respuestas que hipótesis: la hipótesis evolucionista moderada y espiritualista es muy sensata, el creacionismo igualmente.

«4.° ¿Hacia qué sistema los hechos de la naturaleza y las analogías sacadas, sea de las leyes naturales, sea de los procedimientos ordinarios de Dios, nos llevarían preferentemente? Parécenos más glorioso para Dios y más conforme con sus acostumbrados procedimientos que haya creado las especies vivas por evolución; es decir, como causa primera, más bien que por medio de creaciones sucesivas; es decir, como causa inmediata de cada especie.

«5.° Si Dios creó las especies por evolución, ¿las hizo partir de un tipo primitivo único ó de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

varios? En el estado actual de la ciencia, parécenos más probable que puso en la naturaleza, al crear la vida, varias formas primitivas simples. Esta conclusión ofrece muchas menos garantías que las precedentes».

Entrando ahora en el asunto referente al origen del hombre, vamos á señalar las conclusiones que el sabio obispo de Oviedo, en su ya citada obra, nos ofrece como resultado de la investigación hecha sobre este punto:

«El origen del hombre es un hecho que está fuera del alcance de la ciencia. La ciencia sólo testifica que no es efecto de ninguna transformación. Luego el hombre apareció merced á un acto libre del Creador, que se dignó hacerlo á su imagen y semejanza.

«*Enseñanzas de la fe.*—Dios formó mediata ó inmediatamente el cuerpo del primer hombre; le infundió una alma espiritual é inmortal, que es forma substancial del cuerpo humano; esta alma es creada por Dios; todos los hombres descienden de un solo tronco.

«*Enseñanzas de la ciencia.*—Nada sabe del origen del primer hombre, pero puede demostrar y demuestra la naturaleza espiritual del alma humana y la unidad específica del hombre.

«*Enseñanzas del transformismo.*—Es una hipótesis que aún no ha hecho su noviciado para ser calificada de científica; salvando las enseñanzas de la fe referentes al alma racional, contra las cuales no presenta argumentos, no puede

ser calificado de irreligioso, y menos de materialista.

«No hay pretexto para conflictos entre la fe y la ciencia».

Véase ahora cómo se explica Monseñor Bougaud en su hermosa obra, *Religión é irreligión*. Para ver claros los dislates de la generación espontánea, aplicada á la aparición del hombre, escribe: «Cierto día, en la pendiente de un ribazo, maravillosamente expuesto á los rayos del sol, bajo un rayo más poderoso de luz y calor, desarrollándose las fuerzas generatrices de la naturaleza, brotará un hombre. Este hombre habrá nacido en edad madura, poseyendo su estatura, su fuerza, su inteligencia, sus facultades todas. Porque suponed que hubiese nacido niño, como todos nacemos, ciego, sordo, necesitando brazos que le sostengan, pecho que le alimente, aún cuando hubiesen nacido mil á la vez, con la misma edad, con debilidad igual, ¿no habrían muerto de hambre, ó de frío, ó comidos por las bestias? Habrá pues nacido de edad viril, sin padre, sin madre, de edad de treinta años, bajo la influencia de un rayo de sol sobre la tierra; y como quiera que la naturaleza conociese que ella no tardaría en enfriarse, que no podría durante largo tiempo seguir desempeñando aquel glorioso oficio, al propio tiempo que producía espontáneamente un hombre, engendraba también espontáneamente una mujer; los destinaba mutuamente, desde el punto de vista físico, intelectual y moral; les infundía mutua

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inclinación, para que su amor la permitiese suprimir la obra harto afortunada de la generación espontánea. Y, efectivamente, desde el día en que un hombre y una mujer se han visto y amado, la generación espontánea se acabó.....

«Cierto día, el hombre apareció sobre la tierra. ¿Qué día fué ese? La ciencia lo ignora. Pero lo que sabe, lo que debe confesar, so pena de mentirse á sí misma, lo que manifiesta, además, muy alto, es que hubo un día, y varias series de días, en que el hombre no existía, en los cuales el hombre no podía existir, en los cuales el hombre habría sido calcinado, devorado por el fuego; y otro día, comparativamente muy próximo, en el cual, después de algunos siglos, habiéndose enfriado el suelo, apareció el hombre. Y lo que también debe aquélla confesar so pena de hacer traición es que, por grandes que fuesen las maravillas que habían precedido, nada se ve que hubiese preparado al mundo para ésta. Entre la roca y el hombre, entre la planta y el hombre, entre la bestia y el hombre media un abismo. He aquí un ser nuevo, radical, absolutamente distinto de cuanto le precede, y, más que todo lo otro, inexplicable, como no sea mediante nueva y más vigorosa intervención del poder creador. ¿Quién fué madre de este ser tan grande? ¿Quién fué su nodriza? ¿Quién le enseñó á caminar, hablar, tenerse en pie, mirar al cielo, encontrar sobrado pequeña la tierra, amar la verdad, la justicia, el honor, hasta sacrificarles la vida; á confesar á Dios y decirle: ¡Padre, Padre!? ¿Quién le enseñó todo eso? ¡No hay que dudarlo; fué Dios!»

Naturaleza ó constitución del hombre.—Vengamos ya á tratar del hombre considerado en sí mismo, en su naturaleza, y asignémosle el verdadero lugar que le corresponde en el conjunto de los seres.

¿Qué es el hombre? La filosofía le apellida animal racional; no falta quien le asigna el dictado de animal religioso; la doctrina católica nos le ofrece como un ser compuesto de cuerpo y alma, formado ó hecho por Dios á su imagen y semejanza. El materialismo quiere ver en él como la última etapa del reino animal, y aún se pretende que el hombre es un agregado de células, es decir, un mecanismo y nada más. La verdad, aquí como en todo, encuéntrase en la doctrina de la Iglesia, que nos ampara siempre contra los desvaríos del error, llámese filosofía ó llámese ciencia. El hombre encierra en su ser un organismo material que sirve maravillosamente á secundar lo que su principio espiritual, el alma, le pide, para que en esta síntesis admirable y misteriosa sea el hombre vivo, total, quien ejerza sus operaciones y ejecute sus actos. El cuerpo es como la materia prima; el alma es la forma substancial del cuerpo; la resultante de esa unión íntima y que constituye el compuesto humano en un ser uno, total, es el hombre.

La ciencia moderna pretendió ó soñó un antecesor ó centro común de donde arrancasen el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mono y el hombre; diósele el nombre de pitecoide, antropopiteco, pitecántropo; así, el hombre y el mono resultan, como se vé, parientes próximos, y como hijos de un mismo padre (1); mas lo triste del caso es que ese antecesor común no se ha encontrado en parte alguna. Ni basta acudir, para asemejarnos al animal, al inútil expediente de la inteligencia de las bestias. Este recurso es tan pobre, que más bien se torna, por lo ridículo, contra los mismos que á él acuden.

Pero vengamos á tratar el asunto en serio, y véanse las diferencias capitalísimas que abren insondable abismo entre el hombre y la bestia.

Acaba de publicarse un hermoso libro, *Dieu et l'Homme,* por Leon Désers, párroco de San Vicente de Paul, en París, y de allí vamos á tomar, traduciéndolas, las siguientes decisivas observaciones:

«1.º El animal se halla fijado en la forma de su instinto; no puede transformarlo, tiene lo que un fisiólogo contemporáneo, M. Ch. Richet, llama *la fijeza psíquica,* la inercia del instinto. No puede adquirir el instinto de otro animal. La abeja no procederá nunca como la hormiga, ni la hormiga como la araña. La naturaleza de los animales podrá elevarse á todo, decía Bossuet, desde que pueda salir de la línea recta. Mas no puede salir de la línea recta, del surco en donde se halla encerrado su instinto. ¿Sucede lo mismo con la naturaleza del hombre? ¿No es manifiesto que el hombre es capaz de hacer lo que hace otro hombre? más ó menos bien, convengo en ello, pero no se da imposibilidad en la naturaleza; los africanos, los asiáticos construyen casas, tallan piedras, esculpen estatuas, escriben libros como los europeos.

(1) Son dos ramas que vienen de un tronco común; al tratar este asunto, dícese que el hombre y el mono son *primos!!*

«2.º Otra diferencia es la incapacidad en que se encuentra el animal de subir, por el razonamiento, á ideas generales, á ideas religiosas, á principios morales, á deseos de progreso. Todas estas ideas son el fondo común de la humanidad: son incomunicables al animal. Si verdaderamente el animal es capaz de todo eso, decía M. Rabier, á él tócale hacer la prueba. ¡Dígalo pues! porque, en ese caso, ¿qué hay que le impida decirlo? Que lo diga con sus palabras y que lo diga también con sus actos y con sus progresos. ¿Hay necesidad de insistir sobre este punto?

«3.º Una tercera diferencia, que detendrá siempre á los transformistas, es el lenguaje.

«El animal podrá imitar al hombre; jamás podrá hablar como él. No es que ciertos animales no tengan, en su constitución física, lo necesario para pronunciar palabras, el papagayo puede pronunciar todas las palabras que se quiera enseñarle (1), y hay ciertas razas de monos que tienen

(1) «No se da una sola letra que un papagayo no esté en condiciones para pronunciarla. Por consiguiente, el hecho de que el papagayo carece de lenguaje debe explicarse por una diferencia entre las facultades *mentales* y no entre las facultades *físicas* de la bestia y del hombre». (Max. Muller, *La Ciencia del lenguaje*, p. 416. Cf. p. 422).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la laringe absolutamente hecha como la nuestra: no falta pues nada á su estructura para poder hablar. Así las cosas, dirigimos á los partidarios de la descendencia simia del hombre el siguiente dilema: O esos monos tienen la facultad de hablar ó no. Si la tienen, ¿por qué no se sirven de ella? Si no la tienen, ¿cómo pues la adquirió el hombre?

«En esta cuestión, los evolucionistas no podrán darnos sino respuestas sin fundamento serio, y Max Muller, la autoridad del cual es tan grande en todo lo que al lenguaje se refiere, no recela en desafiarles á que expliquen el lenguaje del hombre, si el hombre no es más que un mono perfeccionado».

El mismo autor, Mr. Désers, cierra su estudio acerca de la naturaleza del hombre, con las siguientes conclusiones:

«1.° Que se dan entre el hombre y el animal diferencias radicales que no pueden explicarse por la simple transformación del animal en hombre.

«2.° Que la materia, el organismo, el cerebro no pueden explicar por sí solos el pensamiento humano.

«3.° Que, por consiguiente, la existencia del alma creada á imagen de Dios, inteligente y amante, se nos impone».

Unidad de la especie humana.—Este asunto dió muchísimo que estudiar; es labor vastísima, pero, dado el estado actual de los estudios antropológicos, no deja temor alguno en el entendi-

miento de quienes con sinceridad estudian este punto. La ciencia tiende actualmente á la doctrina del monogenismo ó de la unidad de la especie humana; y así llegará el momento en que la fe y la ciencia resultarán claramente unidas, como no puede menos, en este particular, puesto que ambas son verdad.

Los libros sagrados nos enseñan que el género humano procede de Adán, y esto mismo piden los Dogmas del pecado original y de la Redención.

Los poligenistas han tratado de buscar reparos á la doctrina monogenista; pero es lo cierto que ni la ausencia de nuevas razas, ni las dificultades de la población de América, ni lo referente á la multiplicación de la humanidad, ni la diversidad de las lenguas, han podido ofrecer dificultad alguna insuperable. Adviértase, pues, que dado el desarrollo de la familia humana sobre la tierra, ocurre con esto lo que con los individuos; cuando se adquiere cierto grado de vida, cesan las transformaciones accidentales que ocurren en su transcurso. En cuanto á la dificultad de poblar la América, un antropólogo notable, M. de Quatrefages, contestó victoriosamente á eso; demostró que ya se atienda al análisis etnológico, ya se estudie el asunto á la luz de la geografía, la América y la Polinesia pudieron y debieron haber sido pobladas por colonias que partieron del Asia en diferentes épocas. Respecto de la prodigiosa multiplicación de la humanidad, dice lo siguiente el abate Cauly en su obra tantas veces citada: «Un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cálculo muy sencillo deshace esa objeción. Suponiendo que cada pareja humana hubiese engendrado, por término medio, seis hijos desde los veinticinco á los cincuenta años, el número de los hombres habría podido ser de ochocientos millones, cuatrocientos cincuenta años después del diluvio. Es un crecimiento que ninguna población, es verdad, alcanza actualmente, pero muy posible entonces; y, aunque fuera necesario reducirlo, hay lo muy bastante para formar grandes pueblos». Respecto de la diversidad de lenguas, el estado actual de los estudios de este género ofrece deficiencias, pero de aquí surge la imposibilidad de sacar argumento decisivo contra la Religión; ya veremos este punto en su lugar al estudiar la cuestión etnológica; y nótese lo que el mismo Renan, testigo de mayor excepción en estas cosas, escribe:

«No. De la división de las lenguas en familias no se debe concluir nada en lo referente á la división primitiva de la especie humana..... la filología nada enseña tocante á eso». (1)

La prueba de la unidad de la especie humana tiene, en cambio, en favor suyo, lo que ofrecen los siguientes puntos estudiados: la identidad física, intelectual y moral; es decir, que ya se comparen los caracteres físicos, intelectuales y morales del hombre, en sus diversas razas, tenemos

(1) E. Renan: *Des services rendus aux sciences historiques par la philologie.*

como resultante que hay unidad específica, y resulta que el hombre es siempre, substancialmente, el mismo en todas partes, y aquí se dan la mano, en perfecto acuerdo, la antropología científica y la antropología religiosa ó bíblica.

LECCIÓN XXII

Continuación del asunto anterior.—Antigüedad de la especie humana

Siguiendo la comenzada labor antropológica, tócanos ya venir á un asunto que ofrece vastísimo campo á la curiosidad científica, que reune innumerables datos, pero que en el momento presente está resuelto en favor de la Religión; advirtiendo que aquí no se trata precisamente de saber lo que la Iglesia enseña como asunto de fe; trátase tan solo de ver si la ciencia tiene algún verdadero reparo que hacer á las enseñanzas de la Religión.

Pues bien, para dejar despejado el terreno, debemos comenzar manifestando que no habiendo, por ahora, una verdadera cronología bíblica, no es posible que la ciencia se halle en condiciones de acusar á la fe, respecto de lo que atañe á la antigüedad de la especie humana.

Debe notarse, sin embargo, que el empeño de otorgar al hombre una antigüedad crecidísima puede servir de medio para establecer luego

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cálculo muy sencillo deshace esa objeción. Suponiendo que cada pareja humana hubiese engendrado, por término medio, seis hijos desde los veinticinco á los cincuenta años, el número de los hombres habría podido ser de ochocientos millones, cuatrocientos cincuenta años después del diluvio. Es un crecimiento que ninguna población, es verdad, alcanza actualmente, pero muy posible entonces; y, aunque fuera necesario reducirlo, hay lo muy bastante para formar grandes pueblos». Respecto de la diversidad de lenguas, el estado actual de los estudios de este género ofrece deficiencias, pero de aquí surge la imposibilidad de sacar argumento decisivo contra la Religión; ya veremos este punto en su lugar al estudiar la cuestión etnológica; y nótese lo que el mismo Renan, testigo de mayor excepción en estas cosas, escribe:

«No. De la división de las lenguas en familias no se debe concluir nada en lo referente á la división primitiva de la especie humana..... la filología nada enseña tocante á eso». (1)

La prueba de la unidad de la especie humana tiene, en cambio, en favor suyo, lo que ofrecen los siguientes puntos estudiados: la identidad física, intelectual y moral; es decir, que ya se comparen los caracteres físicos, intelectuales y morales del hombre, en sus diversas razas, tenemos

(1) E. Renan: *Des services rendus aux sciences historiques par la philologie.*

como resultante que hay unidad específica, y resulta que el hombre es siempre, substancialmente, el mismo en todas partes, y aquí se dan la mano, en perfecto acuerdo, la antropología científica y la antropología religiosa ó bíblica.

LECCIÓN XXII

Continuación del asunto anterior.—Antigüedad de la especie humana

Siguiendo la comenzada labor antropológica, tócanos ya venir á un asunto que ofrece vastísimo campo á la curiosidad científica, que reune innumerables datos, pero que en el momento presente está resuelto en favor de la Religión; advirtiendo que aquí no se trata precisamente de saber lo que la Iglesia enseña como asunto de fe; trátase tan solo de ver si la ciencia tiene algún verdadero reparo que hacer á las enseñanzas de la Religión.

Pues bien, para dejar despejado el terreno, debemos comenzar manifestando que no habiendo, por ahora, una verdadera cronología bíblica, no es posible que la ciencia se halle en condiciones de acusar á la fe, respecto de lo que atañe á la antigüedad de la especie humana.

Debe notarse, sin embargo, que el empeño de otorgar al hombre una antigüedad crecidísima puede servir de medio para establecer luego

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellas conclusiones que á los sabios sin fe les convenga, y por esto es importante prevenirse para no caer en algún lazo.

Para demostrar la enorme antigüedad del género humano, se trató de buscar la prueba examinando el aspecto terrestre, mediante la observación del levantamiento y descenso del suelo, la acción de las corrientes de agua y la marcha de los ventisqueros.

Al estudiar los accidentes geológicos, calculábase el tiempo que se requería para que ocurriesen; y al encontrar en algunos yacimientos restos humanos ó instrumentos de la industria humana (aunque no siempre los silex tallados procedan de labor humana), asignábase á todo eso también una fecha.

Vengamos á la crítica del asunto.

Basta para esto con trasladar aquí las observaciones que nos ofrece Leon Désers:

«¿Pero quién no ve que las bases de esos cálculos son frágiles? Un accidente puede levantar ó hundir rápidamente el suelo: en una sola noche, en 1538, toda la costa de Pouzzolo, cerca de Nápoles, se levantó más de 3 metros. Del propio modo, la acción más ó menos violenta de una corriente de agua puede obrar, en algunos años, lo que en otros casos exigiría siglos. Así, el más considerable de los ríos de Sicilia, el Simeto, que corre al pie del Etna, abrióse en dos siglos un cauce de más de 64 metros de profundidad, á través de las rocas más resistentes.

«El famoso geólogo inglés Lyell era muy partidario de una gran antigüedad en lo referente á la aparición del hombre sobre la tierra; una serie de sus cálculos apoyábase en el tiempo que había necesitado el Niágara para empujar la esplanada en donde se ven sus caídas. Según él, habíanse requerido 40.000 años para ahondar una abertura de 12 kilómetros, pero otros han calculado, las cifras de los cuales parecen formales, y unos, en vez de 40.000, ofrecen 10.000 y aún 7.000. Con estas divergencias, ¿cómo formular una inducción precisa?» (1)

Si se trata de los ventisqueros, tenemos que M. de Mortillet ha trabajado ahí sacando la siguiente conclusión: que el hombre cuenta una existencia de cerca de 240.000 años.

Nótese que parte de una suposición algo aventurada. Supone que en los tiempos prehistóricos pasaba todo como actualmente sucede. Sienta como base que los actuales ventisqueros poseen una velocidad media al año de 62 metros y 66 centímetros, lo cual es discutible, teniendo en cuenta que M. de Lapparent, autoridad en la materia, fundándose en la velocidad del mar helado, presenta un término medio anual de 100 metros próximamente. Añádase á lo dicho lo que ocurre en la Groenlandia; allí los ventisqueros alcanzan mayor proporción que en los Alpes; su progresión es de 15 á 30 metros, en ocasiones, cada día,

(1) Leon Désers, *Dieu et l'homme.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al paso que la marcha de los ventisqueros en los Alpes solamente alcanza á unos cuantos centímetros. Cabe pues admitir que en la época cuaternaria los ventisqueros poseían una fuerza considerablemente mayor que en la actualidad, y que su marcha tenía rapidez tal, que de ella solamente nos ofrecen lejana idea los ventisqueros actuales.

Ahora digamos algo de las turberas.

M. Désers, en su ya citado libro, escribe lo siguiente:

«Fórmase la turba, como sabéis, por la descomposición de las materias vegetales. Pretendíase que se necesitaban millares de años para su formación, y entonces los huesos allí encontrados debían remontarse á lejana antigüedad. Los hechos desgraciadamente se burlan de los calculadores, pues en el siglo XVII fué destruída una floresta por una tormenta en Escocia, por la parte de Inverness; formóse una turbera, y cincuenta años después los habitantes de los puntos vecinos extraían de allí la turba».

¿Qué decir ahora del argumento sacado del estudio de los dolmenes, de los menhires, que se encuentran por donde quiera, y sobre todo en Bretaña? El autor antes citado presenta esta objeción y la contesta diciendo:

«¿Qué prueban esos extraños monumentos? ¿Llevan consigo una fecha? No, no llevan ninguna; la construcción de los dolmenes y de los menhires es un misterio que los historiadores no han penetrado todavía. De hecho, esos bloques

enormes parecen referirse á las costumbres de un pueblo procedente de Africa y que habría recorrido una parte de Europa.

«Trazando una línea ideal que siguiese el curso del Ródano y llegase al Este hasta las fronteras de Rusia, tendríamos al Norte y al Oeste de esta línea el territorio recorrido por esos *mound-builders*. ¿Quiénes eran? ¿Cuál era su lengua? La historia enmudece respecto de este punto; lo que sabemos es que por imitación construíanse todavía dolmenes en Francia, en Inglaterra en el VIII y en el IX siglos de nuestra era, entre los escandinavos más tarde todavía. Es imposible encontrar ahí una fecha siquiera aproximativa».

Ahora debemos ocuparnos en el estudio de esos instrumentos de silex, que se ven en los museos.

¿Qué argumento sacaremos de tales piedras? ¿Existen las edades llamadas edad de piedra y edad del hierro? ¿Hacen retrasar la fecha de la edad del género humano?

Véase en breves palabras lo que responde el mismo autor M. Désers:

«Las indicaciones de los silex pasan de obscuras, pues en un mismo país servíanse á la vez de instrumentos de hierro y de piedra. En la Biblia, cuando vemos el hierro, la plata, el oro empleados por todas partes, vemos también cuchillos de piedra empleados en ciertas ceremonias.

«Para evitar el entrar en mayores detalles, bastará recordar que dos sabios de gran autoridad, el inglés Tyndall y el alemán Wirchow, han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

declarado con toda franqueza y después de minuciosas investigaciones, que es con frecuencia difícil tener seguridad de que los silex no han sido tallados por el agua ó por la arena, de tal suerte que la base misma del cálculo nos falta.

«Véase sobre que bases científicas se han querido establecer los cálculos destinados á fijar la edad de la especie humana; son bien frágiles y no pueden llevar á conclusiones ciertas».

Ahora debemos entrar en otro género de consideraciones; trataremos brevemente la cuestión cronológica y volveremos á ella más por extenso al tratar de la etnología.

Cuando se habla de los antiguos pueblos, suéñanse cronologías fabulosas, y sólo su enunciado produce naturalmente cierta impresión extraña; siéntese como la sublevación del sentido íntimo.

Comenzando por los chinos, que otorgan á su cronología la enorme cifra de 3.270,000 años antes de Jesucristo, resulta, bien mirado el asunto, que todo ello es pura fantasía si se tiene en cuenta que el autor de sus anales vivió en el siglo v ó vi antes de Jesucristo.

Beroso otorga á la nación caldea una antigüedad de 466.000 años; él vivió en el siglo iii, antes de la era cristiana, y resulta que los trabajos hechos recientemente no conceden de antigüedad á ese país más de cinco ó seis mil años.

Los indos cuentan por millones su fecha; trabajo muy sencillo que consiste en la caprichosa adición de ceros, pero que en rigor queda reducido á 10 siglos escasamente antes de Cristo, antes de la era cristiana, y esto resulta del estudio de sus monumentos.

Los egipcios no pueden aducir, con seguridad, más de 5,000 años antes de Jesucristo.

Para tener un resumen de este asunto, vamos á ofrecer, traduciéndolas, las conclusiones que el P. Guibert presenta al final del asunto, en su docta y reciente obra *Les origines:*

1.º «Sabemos por los exegetas más autorizados que la Biblia no nos impone cronología alguna. La libertad que de ahí resulta parécenos muy importante; pues, de una parte, el deseo de encontrar la Biblia equivocada no había carecido de influencia sobre la mente de los que daban al hombre una antigüedad fabulosa; y por otra parte, la preocupación de conservar una interpretación antigua obligaba sin duda á los católicos á recibir, á pesar de ciertos datos científicos, cifras muy bajas.

2.º «Los monumentos recientemente descubiertos en el Egipto y en la Caldea nos hacen ver que una civilización ya adelantada reinaba en esos países 4.000 ó 5.000 años antes de la era cristiana. Sin ilustrarnos acerca de los comienzos de la humanidad, nos invitan á referir mucho más allá los orígenes humanos.

3.º «Las primeras trazas humanas suben á los comienzos de la era cuaternaria. Los pretendidos vestigios del hombre terciario están desprovistos de probabilidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

4.º «Desde la aparición del hombre, el tiempo transcurrido divídese en dos partes: la época actual que el común sentir, por otra parte bien fundado, no extiende más allá de 7.000 á 9.000 años; la época cuaternaria de la cual nos es imposible, por lo menos al presente, apreciar su duración. La crítica que hemos hecho de ciertos cálculos muestra que se hace muy necesario guardarnos de aceptar resultados no demostrados.

5.º «Dándose que la veracidad de la Biblia no se halla comprometida en la cuestión, no tenemos razón alguna para desconfiar *á priori* de las cifras que una ciencia formal pudiera proponernos tocante á la antigüedad del hombre. En el estado presente de la ciencia, no nos cabe el derecho de afirmar que un número muy cercano pueda nunca oponérsenos».

LECCIÓN XXIII

La fe y la antropología (continuación).—La fisiología y la fe.—La anatomía cerebral y el alma humana.—Crítica del materialismo antropológico.

Vamos á entrar ahora en una de las más importantes cuestiones que se han agitado en la época actual; la cuestión del materialismo antropológico. El asunto es trascendentalísimo, como que se trata de saber si el hombre es pura y simplemente un organismo ó si, por el contrario, es dueño de un alma espiritual, distinta esencialmente del cuerpo, forma substancial del mismo,

principio de su actividad, causa de su vida y sujeto del pensamiento y de la voluntad, asiento de las facultades psíquicas, en una palabra.

Antes de ahora hemos dicho que el hombre fué formado por Dios á su imagen y semejanza; así, pues, la Religión, de acuerdo con la sana filosofía y con la ciencia verdadera, nos dice que en el hombre se da un alma espiritual asociada al organismo, y que se sirve de ese mismo organismo para las diversas funciones de nuestro ser.

La doctrina que tal cosa sustenta llámase *animismo,* en oposición á la doctrina materialista que se apellida *organicismo;* según esta última doctrina «es el alma el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal». Así, tendríamos lo siguiente: El pensamiento resultaría una secreción del cerebro; la inteligencia, la memoria y la voluntad, serían un modo de la actividad cerebral; la virtud un resultado del estado cerebral, y, en suma, el alma y el cerebro, una misma cosa. Esta doctrina abyecta, falsa y perniciosa, lleva al ateísmo práctico y destruye todo el orden moral; la sociedad humana resultaría un verdadero rebaño de bestias, y su moral y su derecho serían la estúpida fuerza.

Es necesario pues examinar este asunto comenzando por el estudio de:

La anatomía cerebral y el alma humana.—Sentemos las bases para este asunto. El alma humana ó el yo humano se distingue esencialmente del cuerpo, si atendemos á ciertos caracte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res que le son propios y que no posee la materia; esos caracteres son: la indivisibilidad, la invariabilidad, la libertad y el estado de enfermedad.

Al hablar del alma humana nótese que no debemos aquí juzgarla aisladamente ó separada del organismo; esto es propio de la psicología; aquí, el asunto tiene carácter fisiológico y debemos por lo tanto contar con las relaciones íntimas y hasta misteriosas del espíritu humano con el cuerpo á quien substancialmente se halla unido; debemos, en una palabra, estudiar al hombre vivo.

1.º El yo humano es una realidad indivisible: Para convencerse de esta verdad basta con ser sincero y ver lo que interiormente sentimos respecto de esa unidad del yo. Nadie, al referirse á sí propio, se refiere á dos ni á muchos; sino que se refiere á la unidad personal, viva, patente, indestructible, digámoslo así, que se siente á sí misma, no como múltiple, sino como una; y siempre que hablamos, decimos: yo; pero jamás decimos: varios. Esta unidad hállase en oposición con lo que pudiera ser pura materia; porque entonces daríamos en la multiplicidad, y el yo resultaría tan divisible y en número igual á las partes materiales que en nosotros pudieran contarse.

«Todos los que han hecho algún estudio, dice el abate Cauly, de lo que constituye el aparato encefálico, saben la complejidad de elementos que lo componen. Evidentemente mi alma hállase unida al funcionamiento de este mecanismo, pero

no es producto suyo; pues la causa es múltiple, el efecto es uno; la causa es materia, el efecto es inmaterial. ¿Qué más uno que esta alma? ¿Qué más sutil y simple que mi pensamiento?»

2.º La estabilidad ó invariabilidad del yo humano pugna enteramente con lo inestable del organismo: Los fisiólogos enseñan que en el torrente del organismo humano se dan dos funciones constantes: la integración y la desintegración: organismo que se renueva y organismo que desaparece; y esto no es labor muy lenta; por el contrario, es rapidísima; así, al cabo de unos siete ú ocho años, el organismo entero resulta renovado en ese río de la desintegración, y de él no resta en nosotros un sólo átomo de los que había. El cerebro, nótese bien, no está exceptuado; por lo tanto hay en el hombre, cada siete ú ocho años, cerebro nuevo ó reconstruído; pero el yo, el individuo, el sujeto, no ha sufrido la acción renovadora; sigue siendo el mismo y persiste. Si el yo fuese material, si no se distinguiese del organismo, ¿cómo podría reconocerse á sí propio y afirmarse, si ya no existía; y cómo tendríamos la unidad de memoria, faltando la unidad del yo y su persistencia?

3.º La libertad: Es un hecho que nadie puede negar esa facultad de elegir que todo hombre tiene; siéntese libre el hombre y libremente procede en sus acciones; elige, compara, resuelve y se decide, sintiéndose dueño de su voluntad; así sucedió siempre, y el género humano en masa lo creyó y sigue creyéndolo, y juzga las acciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humanas como resultado de un acto libre de la voluntad; si así no fuese, el sentido íntimo nos engañaría, y la humanidad habría aceptado un sueño, como la más viva realidad de la vida. El materialismo niega la libertad; pero negar no es demostrar, y los mismos que la niegan, en los casos innumerables de su vida moral, desmienten prácticamente lo que arbitrariamente niegan. El hombre procede, digámoslo así, instintivamente con libertad; es que se siente libre, como se siente vivo; y si otra cosa pretendiese hacer, no lo lograría, aún á costa del mayor empeño; la libertad moral andaría siempre en medio como la luz en donde quiera que haya espacio.

«¿Cómo explicar, dice el autor poco ha citado, estos hechos si el cuerpo y el alma son una misma cosa? Mi estómago siente necesidad, me niego á satisfacerla; mi cerebro se halla cansado, yo le privo de sueño; mi instinto es vivir, puedo matarme. ¿Una sola y misma substancia podría, á la vez, sobre el mismo objeto, tener dos voluntades contrarias? Y finalmente, ¿cómo puedo sentir el remordimiento si el principio de este noble é invencible sentimiento es el mismo que me obligó á cometer el mal que deploro? No hay pues sino un alma distinta del organismo que pueda explicar la libertad y la moralidad».

4.º Para terminar esta parte del asunto, veamos lo que nos enseña el estudio de las enfermedades que tienen el doble carácter de orgánicas y psíquicas:

No es el hombre puro espíritu ni organismo sin alma, es la resultante de la unión íntima de ambas substancias, que mútuamente influyen una sobre otra, en la unidad del compuesto ó síntesis humana llamada hombre. Esto supuesto, claro está que el organismo ha de sentir la influencia del alma y sufrir con ella, como el alma siente la influencia del organismo y sufre sus males. El cerebro, instrumento de quien el alma se sirve, forzosamente debe influir en sus funciones; y entonces, ¿á qué asombrarse de que las perturbaciones cerebrales obren á su manera sobre el alma? Pero al mismo tiempo se observa también el hecho de su distinción, por el hecho de su relativa pero real independencia; y así se ve, dice el abate Cauly, que si bien el cerebro es instrumento, es distinto del alma. Y luego añade lo que sigue para dar la prueba: «En efecto, si el alma fuera sencillamente una función del sistema cerebral como quieren los materialistas, seguiríase que siempre que hay perturbación intelectual se daría lesión cerebral; y recíprocamente, cuando hubiese lesión del cerebro, daríase trastorno en el alma. Mas estos dos hechos hállanse desmentidos por la observación de los médicos alienistas; y la mejor prueba de que el alma no es el cerebro vivo está en que puede hallarse enferma en tanto que el cerebro se encuentra bien, y por el contrario el cerebro puede hallarse interesado sin que el alma se halle enferma. He ahí lo que Sthal, Heinroth, Ideler, Leuret,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

médicos especialistas, han comprobado en la autopsia».

Examen del llamado organicismo.—Cuatro son los puntos que aquí deben examinarse: 1.º El volumen cerebral; 2.º El peso del cerebro; 3.º Su forma; 4.º Su composición química.

El punto de partida ó base de la doctrina organicista es el siguiente: «Si falta el cerebro, no se da pensamiento». Aplicando luego el discurso, razona de esta manera: Siendo el alma una función del cerebro, la inteligencia estará en proporción con el volumen, el peso, la forma y la composición química de aquél. Atendiendo que esa relación preside á la ley del desarrollo intelectual, tendremos que el cerebro no tan solo es instrumento del alma, sino que es su factor, es decir, el alma misma.

Entremos á examinar cada uno de los puntos indicados y terminaremos luego sacando las conclusiones que deben tenerse como verdaderas.

1.º El volumen cerebral: Considerada la relación de instinto y volumen cerebral en los animales, desde luego se ve que hay proporción entre ambos; el instinto está en proporción con el volumen ó desarrollo del cerebro; pero nótese que esa gradación no es absoluta; por ejemplo: el perro es más inteligente, es decir, posee mayor instinto, que el buey y el carnero; y no obstante tiene menos cerebro que el primero y no tiene más que el segundo. Si al formar la proporción se atiende á la masa del cuerpo, tampoco resulta que la inteligencia guarde proporción; si así fuese, el caballo resultaría menos inteligente que el conejo. Y fijándonos en ejemplos humanos, tenemos lo siguiente: Cicerón, Rafael y Napoleón I, tenían pequeña la cabeza.

2.º Tampoco se prueba nada en favor del organicismo si se atiende al peso: Los ejemplos aquí harán ver lo que hay en el asunto. Si algunos cerebros de hombres notables arrojaban mucho peso, también se vió lo contrario, ocurrido con el cerebro de Voltaire, de Dupuytreu y de Napoleón. Rodolfo Wagner, después de haber estudiado el peso de cerca de mil cerebros humanos, afirma «que la experiencia á nada conduce». Gratiolet atiende más que al volumen y al peso á la energía vital, á la potencia intrínseca del cerebro; y M. Lélut se decide más bien por la calidad que por la cantidad de materia cerebral.

3.º La forma: No solamente no es índice de la inteligencia, sino que esto tiene contra sí la experiencia. Se prueba esto si se atiende que el hombre y el mono tienen el cerebro semejante, y sin embargo, ¿quién se atrevería á sostener que la inteligencia de ambos sea igual? Ni vale tampoco el argumento basado en el mayor número de circunvoluciones é infractuosidades; pues ya Galeno daba á Erasístrato la siguiente prueba: el cerebro de los burros abunda en circunvoluciones; y podemos añadir que el cerebro del perro y del caballo no las tienen, y que el del elefante lleva en esto ventaja al cerebro humano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

4.º La composición química: En los tiempos que corremos hizo fortuna la doctrina de que el cerebro mejor dispuesto sería aquel que poseyese en grado conveniente la cantidad de fósforo. Ni mucho para no ser loco, ni poco para no ser idiota, sino cierta conveniente cantidad para lograr superioridad intelectual. M. Janet opone á lo dicho lo que ocurre con el cerebro de los peces: todo el mundo sabe que no les sobra inteligencia; sin embargo, su cerebro encierra mucho fósforo; la composición química podrá acaso influir en el órgano del pensamiento; mas no debe confundirse el instrumento de que el alma se sirve, con el alma misma.

Para terminar, véanse los siguientes conceptos del abate Cauly, en su antes citado libro:

«En suma, la refutación del materialismo hállase toda entera en este resumen del pensamiento de Gall: «Cuando digo que el ejercicio de nuestras facultades morales é intelectuales depende de las condiciones materiales, no entiendo que nuestras facultades sean un producto de la organización; sería confundir las condiciones con las causas eficaces». Pues bien, toda la teoría del organicismo descansa sobre esta confusión».

LECCIÓN XXIV

La fe y la etnología.—1.º La cronología de los antiguos pueblos.—2.º La lingüística.—3.º El orientalismo

Llegamos al final de la segunda fase de nuestros trabajos, y vamos á cerrarla estudiando las

relaciones de la fe con la etnología ó ciencia de los pueblos. Y antes de entrar en los pormenores debemos contestar á esta pregunta:

¿Cuál es el objeto de la etnología y qué asuntos deben resolverse en la presente lección? La etnología tiene por objeto el estudio de los pueblos, la historia del hombre sobre la tierra, desde el punto de vista de sus leyes y costumbres, sus obras y el conjunto de su proceso histórico. Mas al estudiarla en sus relaciones con la Religión, aparecen tres asuntos, enteramente diversos, que constituyen otras tantas ciencias, y son: la cronología, la filología y el orientalismo. La cronología que estudia la antigüedad de los pueblos, que examina el tiempo de su nacimiento y de su civilización; la filología que se ocupa en el estudio de los pueblos desde el punto de vista de las lenguas; el orientalismo que investiga las costumbres de los pueblos, sus escritos y monumentos. Pues bien; ni la cronología, ni la filología, ni el orientalismo, tienen razón alguna capaz de ser tenida en cuenta contra las enseñanzas de la fe.

1.º *La cronología.*—Para que de su estudio pudiera sacarse alguna conclusión desfavorable para la fe, sería necesario que la Biblia nos ofreciese una cronología precisa, clara, perfectamente definida; y por otra parte habría necesidad de probar que los antiguos pueblos, la India, la China y el Egipto, fuesen tan antiguos como pretenden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

4.º La composición química: En los tiempos que corremos hizo fortuna la doctrina de que el cerebro mejor dispuesto sería aquel que poseyese en grado conveniente la cantidad de fósforo. Ni mucho para no ser loco, ni poco para no ser idiota, sino cierta conveniente cantidad para lograr superioridad intelectual. M. Janet opone á lo dicho lo que ocurre con el cerebro de los peces: todo el mundo sabe que no les sobra inteligencia; sin embargo, su cerebro encierra mucho fósforo; la composición química podrá acaso influir en el órgano del pensamiento; mas no debe confundirse el instrumento de que el alma se sirve, con el alma misma.

Para terminar, véanse los siguientes conceptos del abate Cauly, en su antes citado libro:

«En suma, la refutación del materialismo hállase toda entera en este resumen del pensamiento de Gall: «Cuando digo que el ejercicio de nuestras facultades morales é intelectuales depende de las condiciones materiales, no entiendo que nuestras facultades sean un producto de la organización; sería confundir las condiciones con las causas eficaces». Pues bien, toda la teoría del organicismo descansa sobre esta confusión».

LECCIÓN XXIV

La fe y la etnología.—1.º La cronología de los antiguos pueblos.—2.º La lingüística.—3.º El orientalismo

Llegamos al final de la segunda fase de nuestros trabajos, y vamos á cerrarla estudiando las

relaciones de la fe con la etnología ó ciencia de los pueblos. Y antes de entrar en los pormenores debemos contestar á esta pregunta:

¿Cuál es el objeto de la etnología y qué asuntos deben resolverse en la presente lección? La etnología tiene por objeto el estudio de los pueblos, la historia del hombre sobre la tierra, desde el punto de vista de sus leyes y costumbres, sus obras y el conjunto de su proceso histórico. Mas al estudiarla en sus relaciones con la Religión, aparecen tres asuntos, enteramente diversos, que constituyen otras tantas ciencias, y son: la cronología, la filología y el orientalismo. La cronología que estudia la antigüedad de los pueblos, que examina el tiempo de su nacimiento y de su civilización; la filología que se ocupa en el estudio de los pueblos desde el punto de vista de las lenguas; el orientalismo que investiga las costumbres de los pueblos, sus escritos y monumentos. Pues bien; ni la cronología, ni la filología, ni el orientalismo, tienen razón alguna capaz de ser tenida en cuenta contra las enseñanzas de la fe.

1.º *La cronología.*—Para que de su estudio pudiera sacarse alguna conclusión desfavorable para la fe, sería necesario que la Biblia nos ofreciese una cronología precisa, clara, perfectamente definida; y por otra parte habría necesidad de probar que los antiguos pueblos, la India, la China y el Egipto, fuesen tan antiguos como pretenden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En cuanto á la cronología bíblica se ha dicho que no había tal cronología; alguien, quizá con más exactitud, afirmó que más bien debiera decirse que nos es desconocida. El abate Cauly, en uno de sus hermosos libros, dice que la Biblia no tiene cronología propiamente dicha, y que la fe nada preciso enseña acerca de la verdadera edad de la humanidad. Y añade: «las fechas indicadas por ciertos historiadores, según la Biblia, no son más que el resultado de cálculos hechos por los hombres en vista de los datos generales de Moisés». Consigna las tres cronologías bíblicas; una, la de la Vulgata y el texto hebreo; otra, la del texto samaritano, y finalmente, la de los Setenta; y tendremos que la primera pone cuatro mil años entre la aparición del hombre y la venida del Salvador; cerca de cinco mil la segunda, y la tercera unos seis mil aproximadamente. El docto apologista termina diciendo: «La Iglesia no ha definido nada acerca de estas cuestiones».

Este asunto de la cronología bíblica es el punto de partida en esta primera cuestión, y uno de los autores que lo ha estudiado seriamente es el abate Thomas en su admirable obra, *Les temps primitifs et les origines religieuses d'après la Bible et la science*. Véase la conclusión que acerca del asunto ofrece el docto escritor francés: «Las incertidumbres de la cronología bíblica en lo tocante á la historia primitiva dejan suficiente espacio libre para que la ciencia pueda moverse fácilmente sin temor á chocar con barreras, detrás de las

cuales los hechos averiguados no hallarían manera de encuadrarse». Pero no admite, sin embargo, que puedan concederse los centenares de millares de años que piden algunos antropologistas. Y en cuanto al texto mosaico dice: «Tal como llegó hasta nosotros no fija, es verdad, de indubitable manera la fecha de la primera aparición del género humano sobre la tierra; permite, por lo menos á título de hipótesis, remontar esa fecha hasta una época más lejana de lo que ordinariamente se cree. Esto basta para lo que exige la verdadera ciencia, la cual no debe confundirse con las atrevidas suposiciones del espíritu de sistema».

Ventilado este antecedente necesario, dato además de rigurosa necesidad en la cuestión, veamos que valor tiene la soñada antigüedad de los pueblos antes mencionados.

En este punto no se deben confundir los datos seguros, que tienen valor histórico y por lo tanto valor estimable, y los datos ofrecidos por la fantasía, que no otra cosa es lo que pasa cuando se pretende buscar cifras de efecto, registrando los sueños de edades fabulosas.

En su trabajo titulado: *The antiquity of man historically considered* (Londón, 1884) dice Rawlinson: «Si puede afirmarse con seguridad que el hombre ha vivido en sociedad y con alguna forma de gobierno por espacio de cuatro mil quinientos años, no es seguro ni exacto mantener su existencia por mayor número de años, á lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos en las condiciones que hacen posible la historia». (1)

D. Miguel Mir confirma poderosamente lo dicho con un cálculo según el cual: «Siendo el aumento anual de la población de 1 por 200 tenemos, según la teoría conocida y exactísima de las progresiones, que el número de años que ha sido necesario transcurrir para llegar á la población actual, resulta de unos cuatro mil y ciento. Por consiguiente, teniendo en cuenta los obstáculos que han podido impedir el crecimiento en la población, como son pestes, inundaciones, guerras, etc., no está fuera de los términos de una conjetura razonable el fijar en unos cinco ó seis mil años la fecha de la existencia del género humano en la tierra». (2)

El doctor alemán F. Enrique Reusch, en su clásica obra, *Bibel und Nature,* dice: «En lo tocante á las investigaciones históricas, todos los sabios sensatos están acordes en decir que los períodos fabulosos de la historia de muchos de los pueblos antiguos, de los indios, de los chinos, de los babilonios, etc., solamente descansan en exageraciones arbitrarias, y nada tienen que se acerque al carácter auténtico de las de la Biblia». (3)

Como no basta afirmar y consignar ciertas conclusiones por autorizadas que sean, forzoso

(1) Esta cita está tomada del hermoso libro de D. Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe.*

(2) Miguel Mir, obra citada.

(3) De la traducción francesa, autorizada por el autor, y hecha por el abate X. Hertel. París 1867.

es aducir algunas pruebas, y aquí vienen curiosos pormenores.

a) Cronología india.—Que el estudio de esta parte del Oriente es nuevo, á nadie se oculta; y sus riquezas literarias é históricas débense á los ingleses, y merced á los trabajos de William Jones, Colebrooke y H. Wilson, la incredulidad se despachó á su gusto, explotando contra la fe, la astronomía, la historia y la literatura. Bailly estima que unos 3.500 años antes de Jesucristo ya eran los indios nación civilizada; y cree que mucho antes poseían algunas tablas astronómicas. Pero los sabios Delambre y Laplace, Klaproth, Lassen y Weber, afirman que ese saber astronómico de los indios se funda en experimentos posteriores al gran Macedonio. Según Bentley, el *Surga Siddanta,* libro científico al cual atribuyeron los Brahamanes una antigüedad de millones de años, no pasa de unos siete ú ochocientos años, y «el punto de partida de las observaciones astronómicas que contiene no es anterior al siglo segundo antes de J. C.» (1) El mismo Bentley ha probado que la leyenda de *Krishna,* que se miraba como fuente de donde se había tomado la historia de Jesucristo, no va más allá del siglo séptimo de la era cristiana.

Si la astronomía de los indios ofrece, como se ve, tales errores cronológicos, su historia no merece tampoco mayor fe. Véase lo que con tal mo-

1) Abate Thomas, *Les temps primitifs,* tomo I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tivo escribe el abate Cauly: «Admíranse de que la Biblia atribuya hasta 900 años de vida á ciertos patriarcas; los indios otorgan á sus primeros reyes una longevidad de doce docenas de siglos. El más formal de sus analistas, que escribió hacia 1.200 la crónica de *Kachemir,* hace vivir trescientos años á un rey anterior á él tan sólo algunos siglos. ¿Qué confianza hemos de otorgar á su cronología? Klaproth acierta apenas en fijar sus comienzos en el siglo XII; y, por otra parte, Lassen pone entre 2.000 y 1.500 años antes de J. C. el origen de los gobiernos de las orillas del Ganges; es entrar en el orden bíblico, que pone á veinte siglos antes de J. C. la fundación de los más antiguos imperios». (1)

Que en materia cronológica han delirado los indios al tratar de establecer el cómputo de sus orígenes, se ve por los siguientes datos que el abate Thomas consigna en su obra ya citada: «Las cuatro edades en las cuales los indios..... distribuyen la duración del mundo, comprenden: la primera, Satya Youga, mil setecientos veintiocho mil años; la segunda, Treta Youga, mil doscientos noventa y seis mil; la tercera, Drepara Youga, ochocientos sesenta y cuatro mil; la cuarta, Kâli Youga, que dura todavía y es la única que ofrece carácter histórico, cuatro mil ochocientos treinta y ocho años. Reunidas estas edades, no forman más que la tercera parte de un día de

(1) Abate Cauly: *Apologetique Chretiènne.*

Brahma; pues bien; un año de Brahma equivale á 31,^{2}053,640,^{1}000,000 de años de los nuestros. Se ha tratado de reducir las tres primeras edades á proporciones menos inverosímiles; dejemos en lo que vale ese monstruoso amontonamiento de siglos, en el cual los mismos cálculos astronómicos nada tienen que ver».

Vengamos al examen de la antigüedad, igualmente exagerada, de la literatura sagrada de la India. Los *Vedas,* que se tenían por más antiguos que el Pentateuco, resultan, según Colebrooke y otros críticos dignos de respeto, posteriores en dos siglos á los libros de Moisés. *Las leyes de Manú* son menos antiguas que los *Vedas,* citados en ellas, y no pasan del siglo X ó XI antes de J. C. *El Ehour-Veidan* se creyó anterior á la expedición de Alejandro, y según Sir Alejandro Johnson, que lo halló en Pondicherí, resulta que es obra de un jesuita, Roberto de Nobilibus, sobrino del Cardenal Belarmino, que lo escribió en el año de 1621, con objeto de convertir á los indios.

b) Cronología china.—Si hubiésemos de aceptar los datos que los sabios de ese extraño país nos ofrecen, resultaría que sus instituciones alcanzan á 3.276,000 años, antes de J. C. Confucio es el más antiguo historiador de la China; los anales de su patria *(Chou-Kings)* comprenden, desde la era del emperador Yao hasta su tiempo, 2.557 años. Ahora bien; Klaproth y Lassen no conceden valor histórico á las crónicas de la China, anteriores al siglo VIII antes de la era cristiana. Abel de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Remusat extiende el período hasta el 2637 antes de J. C.; «pero, dice el abate Cauly en su citada obra, aparte de que esta opinión no chocaría con la Biblia y la cronología de los Setenta, es forzoso reconocer que los trabajos de los más modernos sinólogos no ofrecen la misma conclusión tan favorable á los chinos. En resumen: el Celeste Imperio comienza á tener historia cuando ya la literatura hebraica declinaba». Y termina con estas palabras del Cardenal Wisseman: «En materia de ciencia histórica, los japoneses no son más que copistas de los chinos».

El abate Thomas consigna las apreciaciones del P. Martín, del P. Gaubil, de M. Hervey Saint Denis y de J. B. Biot; no se ve que ninguno de ellos vaya más lejos que el P. Gaubil en asignar el comienzo de la Historia China (3468 antes de J. C.), y dice: «M. Legge, traductor del *Chou-Kings,* conforme con el P. Gaubil, pone igualmente el reino de Yao en el siglo XXIV antes de J. C., confesando que más allá sólo hay tinieblas, no obstante las pretensiones contrarias de los analistas chinos. Sin embargo, advierte M. Segismundo de Fries, *(Abris der Geschichts China's.....)* estas fechas, para épocas tan lejanas, no pueden considerarse más que como juicios aproximados; es preciso venir al año 775 antes de J. C. si se quiere hallar un primer punto fijo para un estudio cronológico comparado».

El mismo autor Thomas examina la cuestión referente á la cronología caldea. Y del examen

que hace registrando la historia, los monumentos, las inscripciones cuneiformes, deduce que todas las cifras cronológicas que resultan nada ofrecen que se oponga á la cronología de los Setenta. Y en cuanto á la dificultad que pudiera surgir de la inscripción hallada en el cilindro de Nabónides, encontrada en Abbou-Abba, por M. Hormuzd Rassam, y que se guarda en el Museo Británico, el mayor inconveniente que produciría, fuera tener que retrasar algunos siglos la fecha del Diluvio, lo cual no importa nada para dejar á salvo la autoridad de la Biblia; pero á esto se añaden algunas consideraciones críticas sobre el valor de los documentos históricos babilónicos, que quitan alguna fuerza á la dificultad, y obligan á no fiarse ciegamente de tales testimonios históricos.

c) Cronología egipcia.—Es el Egipto, como dice el abate Cauly, «la patria de los más antiguos monumentos; sus piedras de granito, sus ladrillos fabricados con el barro del Nilo, el papiro sobre el cual se hicieron los primeros ensayos de pintura y de escritura, su clima favorable á la conservación de los objetos, su cielo despejado para las observaciones siderales, por último, la tendencia de sus naturales á perpetuar los recuerdos, todo nos explica la riqueza arqueológica del Egipto, mas nada sin embargo justifica la antigüedad quimérica que se le atribuye ni el partido que de ahí quisiera sacarse contra la fe». (1)

---

(1) Abate Cauly, *Apologetique chretiènne.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El abate Thomas ofrece curiosos datos acerca de la cronología del Egipto y afirma lo siguiente: «De todos los pueblos de la antigüedad profana, aquél cuyas pretensiones cronológicas parecen mejor fundadas, es ciertamente el pueblo egipcio. La resolución de los geroglíficos, las investigaciones practicadas en las ruínas de los templos y de las necrópolis, los objetos de arte puestos á la vista, han hecho revivir un pasado que se creía para siempre sepultado en las arenas, y levantado una punta del velo que ocultaba las creencias, las instituciones, la literatura y las artes de ese pueblo misterioso. Parece hallarse fuera de duda que tres mil años antes de nuestra era, el Egipto había alcanzado alto nivel de civilización material; vivía bajo un gobierno regular; la agricultura, la estatuaria, la arquitectura se hallaban florecientes. ¿Debemos remontarnos más? Pediremos la respuesta á los documentos históricos».

El distinguido escritor francés va registrando el asunto en los fragmentos que sirvieron á Maneton para conservar la lista de las treinta dinastías que reinaron en Egipto; en los papiros, monumentos é inscripciones geroglíficas grabadas en los muros de los templos y en los monumentos fúnebres. De su examen deduce que esos monumentos no bastan para hacer luz en el asunto; y aduce la autoridad de Bunsen, quien viene á convenir en el mismo parecer. Faltan datos cronológicos precisos, hay confusión en los nombres de los personajes, y cabe pensar que pudo haber

simultaneidad en algunas dinastías. Los documentos históricos de Maneton son insuficientes por incompletos. Además, hay colisión entre los datos por él suministrados y lo que revelan los monumentos; los mismos datos que se toman de Maneton resultan desacordes entre sí. La formación, pues, de una cronología segura ó bien fundada resulta labor imposible; y esto mismo afirma el gran egiptólogo M. de Mariette.

Lepsio y Bunsen atribuyen á los primeros datos que pueden considerarse como históricos en lo referente al Egipto, próximamente cuatro mil años de existencia antes de J. C.; pero otros sabios de no menor autoridad, Wilkisson, Stuart-Poole, Champolion, Sacy, Rosellini y H. Martin, rebajan dicho período á la mitad.

Así pues, de las cronologías admisibles resulta, según el resumen que apunta el abate Cauly, lo siguiente: «Según los cálculos probables, la historia del Egipto parece comenzar en 2700 antes de J. C.; la de la China, hacia el 2600; la de los asirios, hacia 1300; la historia de la Grecia, con el sitio de Troya, hacia el año 1250; la de la Fenicia, hacia el 1230; la de los cartagineses, hacia el 880; la de los medas, hacia el 700, y la historia positiva de la India, hacia el año 350. Se ve pues que la cronología de los antiguos pueblos no puede invocarse como testimonio opuesto á la Revelación». (1)

---

(1) Abate Cauly, *Apologetique chretiènne.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La filología.—El asunto filológico es manifiestamente intrincado, y pide para tratarlo bien condiciones de especialista; después de lo que hemos registrado en esta materia, vamos á ofrecer aquí la resultante. De todo ello sacamos en consecuencia que los datos que la lingüística ofrece andan encontrados para llegar á un acuerdo y formar con verdadero sistema, con orden perfecto, la historia verdadera, completa, de las lenguas, y ofrecernos perfecto el organismo filológico. Y en cuanto á la tarea de los apologistas, vemos tratada la cuestión con riqueza de datos pero con escaso método, y esta deficiencia será tal vez originada del relativo atraso ó de la relativa pobreza de la filología, aunque no es decir con esto que se haya trabajado poco ni que sea poco apreciable la difícil y dura labor de los filólogos, dignos de gratitud y admiración por sus penosas investigaciones. Pero el asunto estudiado es tan poco estable, faltan tantos eslabones en esa rota cadena, y hay luego en la historia algún abismo infranqueable que nos cierra el paso, y es forzoso pasar del terreno de los hechos al de las posibilidades, para poder establecer un punto fijo como punto de partida primitivo.

Pero, como quiera que anden estos estudios, la resultante es ésta: que del examen filológico, por mucho que se apuren los argumentos, quedan en pie las enseñanzas de la Religión acerca del origen del lenguaje, acerca de la lengua primitiva, y lo mismo en lo tocante á la confusión de las lenguas. Pueden verse, acerca del asunto, los trabajos del ilustre cardenal Wisseman, los del padre Caussette, los del P. Mendive, los del abate Cauly, las indicaciones del P. Mir y de D. Miguel Mir, los notables capítulos que al asunto dedica el sabio abate Thomas en su obra *Les temps primitifs.....*, el hermoso capítulo que el ilustre cardenal González ofrece en su gran obra, *La Biblia y la ciencia,* el admirable libro del Sr. García Ayuso, *El estudio de la filología en su relación con el sanscrito,* y el soberbio estudio del joven sacerdote gallego Sr. Amor Ruibal, que se publicó no ha mucho y merece seria atención.

El orientalismo.—Este vastísimo tema ofrece campo nada fácil de recorrer á los eruditos. Este asunto que puede considerarse formando cuerpo él solo, ó bien como parte de la ciencia de las religiones, vamos á estudiarlo en su conjunto. El racionalismo pretende igualar todas las religiones, y para conseguirlo registra todos los pormenores que la historia comparada ofrece en ese punto, para deducir, con mala lógica, que todas se identifican, que todas son humanas, que no existe el elemento sobrenatural, y que puesto que en algunos cultos hay algo que riñe con la justicia moral, eso debe predicarse de toda Religión, y es necesario suprimirla como cosa vitanda.

Opónese al Cristianismo su semejanza con los cultos orientales. De ahí las pretensiones de que la Biblia y la Religión de Jesucristo no son sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un plagio, y según otros que el Cristianismo es mera fusión del oriente con el occidente.

Pues bien; es indudable que esas semejanzas existen; lo raro sería que no se diesen. Todo ello prueba que en el mundo pagano han quedado flotando, entre los errores introducidos por el hombre, restos de la verdad revelada por Dios. Y cuando se examina detenidamente el asunto, entonces brilla con resplandor más visible la verdad cristiana, y en ella se ve claramente la mano de Dios conservando la verdad religiosa á través del tiempo y del espacio.

Entremos en algunos pormenores.

Debe notarse que la Biblia es anterior á los legisladores y á los cultos de Oriente, y de allí han tomado, en materia de dogmas, de moral, de liturgia y de primitivas tradiciones, pero alterándolo con ciertos errores, y envolviéndolo, como dice el abate Cauly, «nebulosas fantasías».

En cuanto á la ridícula especie de que Cristo hubiese ido al Oriente antes de los treinta años para tomar de allí las doctrinas encerradas en su Evangelio, se contesta con saber que su vida nos es conocida; y ese viaje sólo existe en las imaginaciones soñadoras del racionalismo, dado á inventar todo lo que le conviene; fácil, pero muy expuesto expediente para fabricar historia y vendérsela como verdad á los crédulos, que tienen á menos el ser creyentes. Ni se concibe tampoco que Jesús leyese en los originales los libros de los indios, de los persas, ni de los chinos, dice el Abate

antes citado, y añade: «Menos aún que los hubiese estudiado en su lengua, puesto que no existían traducciones. Por otra parte, si las doctrinas cristianas hubiesen sido una copia ó un plagio y no una novedad, ¿por qué el Cristianismo habría de ser perseguido?»

Quien conozca el paralelo que cabe hacer entre los *Vedas* y los libros sagrados del Cristianismo se guardará muy bien, si es sincero, de afirmar que nuestros libros sean copia de los de los indios, y otro tanto cabe decir al comparar nuestras ceremonias religiosas con las ceremonias, templos y jerarquía religiosa de los Lamas del Tibet; precisamente la historia crítica de este punto enseña que todo es al contrario.

No faltó quien diese en la extraña especie de presentar el *Zend-Avesta* de los persas como un modelo doctrinal del cual tomó el Cristianismo sus enseñanzas. Mas, ¿á qué se ve reducida tal aseveración? A la más vergonzosa derrota. Las semejanzas entre el Cristianismo y las doctrinas de los persas se explican perfectamente, mas en sentido opuesto, es decir, que todas esas doctrinas iguales ó semejantes proceden de la enseñanza de las doctrinas bíblicas; no hay más que tener en cuenta estas observaciones que apunta el abate Cauly: «Recordemos que ese libro (el *Zend-Avesta)* es una compilación de los escritos de diversos autores, entre los cuales el principal es Zoroastro; mas los fragmentos son más ó menos antiguos. Pues bien, según los eruditos modernos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Zoroastro vivió en el siglo v ó vi antes de nuestra era; por lo tanto los libros de Moisés existían hacía mucho tiempo; los de David, de Salomón y de los Profetas, lo mismo. Luego la Biblia no debe nada á Zoroastro y á su *Zend-Avesta;* es materialmente imposible que nuestros libros sagrados hubiesen tomado nada de ellos». (1) El mismo razonamiento hace en lo tocante á la inmortalidad del alma, cosa fácil de comprobar; y en cuanto á Jesucristo, dice el ilustrado escritor francés que, prescindiendo de su carácter divino, podía servirse de la Biblia y no tenía necesidad de pedir á la Persia su doctrina. Finalmente; basta con tener algún buen sentido para comprender que el Cristianismo no procede de las doctrinas de los griegos ni de la escuela neoplatónica de Alejandría. Si Jesucristo podía, con ventaja, tomar la doctrina de Moisés, ¿á qué buscarla entre los griegos? En buena crítica, resulta que Jesucristo, humanamente hablando, conocía tan sólo el judaismo; por lo tanto, nada pudo tomar para sí de las doctrinas de las filosofías antiguas.

(1) Abbé Cauly, *Apologetique Chrètienne.*

PARTE TERCERA

FASE TERCERA

CRITICISMO HISTÓRICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN XXV

Exposición general de la cuestión llamada ciencia de las religiones

No ha muchos años, el P. Fontaine llamaba la atención en uno de sus libros, *(La Chaire.....)* al estudiar la apologética moderna, diciendo: «mirad del lado de la Sorbona»; referíase al movimiento anticristiano que había de producirse en el asunto titulado: *Ciencia de las religiones*. Estos estudios, en manos del racionalismo, llevan la pérfida intención de desacreditar toda Religión para poder sacudirla como verdadera lepra, como calamidad vitanda que daña al género humano. El medio empleado consiste en investigar cuidadosamente todos los cultos y establecer entre ellos la comparación, sacando como consecuencia, aunque falsa, que si en todos hay algo común y en algunos algo malo, falso ó pernicioso, esto debe predicarse de todos y á todos considerarles, por lo tanto, malos.

El empeño es diabólico y pide que los defensores de la verdad hagan ver lo que hay de falso en esa malvada tarea. Entre otros trabajos que pudieran citarse como labor de mano maestra en este asunto, merecen recordarse los del P. Caussette, de Monseñor Laouenan, del abate Broglie

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y del P. Juan Mir y Noguera que ha publicado, poco ha, un libro copiosísimo acerca del asunto.

Él mismo nos dirá, con su inmensa erudición y con su dominio sobre esta materia, lo trascendental del caso y lo que es necesario conocer en lo tocante al estado de estos estudios, que bien pueden llamarse novísimos y que constituyen la tercera fase de las tres grandes porciones en que hemos dividido estos humildes apuntes de Apologética:

«Campo vastísimo, dice el sabio jesuita español, presenta el estudio de las religiones. Señalar las creencias de un pueblo contenidas en tradiciones venerandas, determinar el origen, progreso, alteración de cada culto, delinear el genio distintivo de una raza en orden á la exposición de su moral relacionada con el Dogma, profundizar lo contenido en las mitologías y leyendas, dar razón de la diversidad de monumentos, altares, sacrificios, ritos, ceremonias, preceptos, ¿puede haber asunto más amplio ni más dificultoso? Crece la dificultad si el que se interna en la vida de una gente ha de investigar el origen de sus creencias y por qué caminos tan insólitos vinieron ellas á pervertirse trocando el ser de la misma nación. Ardua tarea, de no poco momento, es también el comparar pueblo con pueblo, la metafísica nebulosa del bramán con el dualismo práctico del mago persa, la mitología bullanguera del griego con la rústica gravedad del romano, el monoteísmo de los chinos con el politeísmo de los caldeos, la filantropía budhista con la caridad cristiana, el dios nacional de los asirios con el Jehová de los hebreos. No es de menor importancia el investigar la respuesta dada por los diversos cultos á las graves cuestiones sobre la existencia y unidad de Dios, independencia y adoración de la divinidad, diferencia entre el bien y el mal, inmortalidad del alma, premios y castigos de la otra vida, relación del hombre con las potestades invisibles, conceptos de la virtud y santidad, aspiración á lo divino; y aquí entra el misterioso origen de esa noble aspiración; cómo despertó en cada pueblo, si nació de temor ó de amor, de ignorancia ó de astucia, de necesidad ó de política; qué parte le tocó en ella á la filosofía; por qué vino á descaecer en un pueblo y en otro perseveró hasta adulterarse; cómo en la ruda barbarie no se eclipsó del todo, aunque se eclipsase el sol de brillante policía».

El estudio de las religiones alcanza al presente una actividad prodigiosa; pero nótese que el racionalismo, guiado por instinto satánico, viene trabajando ahí, hasta el punto de no dejar piedra sin remover. Oigamos al mismo P. Juan Mir cómo traza rápidamente la historia de ese movimiento de investigación, en el cual también los católicos han tenido y tienen que trabajar para defender el alcázar amenazado de la verdad.

«...Hace veinte años, ¡con qué ardor explotan (los librepensadores) la mina de los descubrimientos! En 1878 fúndanse las conferencias llamadas *Hibbert lectures,* con el intento de dar á conocer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al público inglés las religiones antiguas; en Holanda, por el mismo tiempo, cerrada la cátedra de teología, ábrese la de religiones regentada por Tiele, incansable explorador; en 1880 nombran á Reville para explicar en el *Colegio de Francia,* en París, la misma materia; Suiza no tarda en confiar al catedrático Stroehlin el cargo de inaugurar en la Universidad de Ginebra un curso de *Historia religiosa;* el año 84 la Universidad de Bruselas imita el ejemplo del gobierno francés, el cual, á los dos años, añade en la *Escuela de estudios superiores,* á las cuatro secciones, la de *Ciencias religiosas;* en el propio año 86, el gobierno italiano instituye en Roma cátedra de *Historia de las religiones;* el año siguiente, 1887, Hungría y Grecia abren sus aulas á la misma asignatura, que en Alemania contaba ya por centenares los alumnos; los escoceses, en 1888, no ven la hora de acudir al reclamo; Austria no había de quedar atrás en el iniciado religioso fervor. La nación española, libre del común contagio, proseguía su tradicional derrotero».

Después de tratar la cuestión del método, que es rigurosamente histórico, pasa el docto escritor á ocuparse en la cuestión de imparcialidad, y se expresa diciendo:

«...No hay librepensador que no la demande. Ellos presuponen iguales todas las religiones, y con igual deferencia ó indiferencia las tratan, y á veces con igual desdén. ¿Son lógicos? No; porque suponen lo que deben demostrar, toman por principio lo que sería corolario al fin de la discusión. Algo más pide la prudencia. Asunto de altísima trascendencia es la religión, el más interesante por la gravedad especulativa y práctica que encierra, con respecto al fin del hombre. No por mera curiosidad ni con prevención, sino con profunda y sincera afición se ha de tratar la materia. El deseo de ilustrar ha de presidir á la obra, y la ilustración la necesitamos todos; el creyente para corroborar sus creencias, el fluctuante para desvanecer dudas, el incrédulo para ponderar el mérito de la verdad».

Véase ahora como se explica en este mismo asunto el abate de Broglie, en su obra magistral, *Problèmes et conclusions de l'histoire des religions:*

«Es por medio de estos dos principios, ó más bien de estas dos formas del mismo principio, la igual autoridad de todas las religiones y la ausencia de toda intervención real de una divinidad libre, cómo la escuela naturalista pretende dar cuenta de todos los hechos de la historia religiosa. Es necesario, quiérase ó no, que la historia se halle de acuerdo con tales dogmas; no se supone un solo instante que los hechos puedan contradecir á estos principios *á priori,* fundados, dicen, sobre la ciencia moderna. Esta pretensión es tanto más extraña cuando se trata de la historia de las religiones, cuanto que las ideas que á todo trance deben descartarse, la de sobrenatural, de milagro, de revelación divina, son ideas universal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente extendidas entre los pueblos religiosos, que son unas veces la consecuencia, otras el principio y el fundamento de las creencias, hasta tal punto que cabe preguntarse si no son precisamente esas ideas lo que constituye la esencia de la Religión y lo que debe servir para definirla.

«La escuela naturalista moderna..... rechaza lo sobrenatural, pero quisiera conservar la idea de religión. Quisiera que la historia de las religiones no se considerase como compuesta solamente de fábulas y narraciones infantiles. Sería efectivamente difícil justificar, en esta hipótesis, la inmensa importancia dada en nuestros días á este estudio y las numerosas cátedras creadas para desarrollarlo. He aquí pues como M. Juan Reville, director de la *Revue de l'histoire des religions,* intenta combatir la idea de que lo sobrenatural es esencial á la religión. Contestando á un adversario de toda religión (M. Véron), que había definido la religión *la creencia en lo sobrenatural,* exclama: ¡He ahí clara la oposición enteramente eclesiástica del orden sobrenatural de la gracia y del orden natural del mundo caído! No obstante la reciente adhesión de uno de nuestros críticos más notables (M. J. Reville hace aquí sin duda alusión á M. Schérer), esta definición no se justifica de modo alguno. No podría aplicarse ni á la religión de los estoicos y de los neoplatónicos que hacían entrar en el orden natural lo que se considera actualmente como sobrenatural, ni al Cristianismo unitario moderno que

rechaza lo sobrenatural. El salvaje, cuando invoca á su gris-gris, ¿cree en lo sobrenatural? Preocúpase tan poco de ello que M. Véron, fiel á su definición, se ve obligado á reconocer que el fetichismo no es propiamente hablando una religión.

«La enumeración que M. Juan Réville da de las religiones que no corresponden á la definición de M. Véron es, paréceme, la mejor prueba de que esta definición es exacta, y por lo menos que se da íntima unión entre la idea de religión y la de sobrenatural. ¿Qué son en efecto las pretendidas religiones de los estoicos y de los neoplatónicos sino sistemas científicos de filosofía religiosa ingertos en el paganismo?

«¿Qué es el Cristianismo unitario sino una filosofía que sacudió todos los Dogmas cristianos no conservando, como dijo M. Renan, sino el perfume que queda después que el licor se derramó y se rompió el vaso?»

Son dignos de la copia los siguientes conceptos del P. Fontaine, en su citada obra: «.....Nuestros eruditos no se ven atollados para dar cuenta de los hechos dogmáticos; piden su explicación al medio en el cual esos hechos se han producido; interrogan á las costumbres, á los usos, á las opiniones, á las filosofías, á las lenguas, á todos los documentos escritos, y sobre todo á las tradiciones populares, á las leyendas. Estas juegan un papel principal en su sistema; en ellas es á donde van á coger nuestros eruditos el hecho dogmático; siguen su desarrollo á través de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siglos, os muestran de qué manera creció, se amplificó, apropiándose todos los elementos que con él tenían alguna analogía. Este génesis fué largo y laborioso; numerosas generaciones trabajaron en él; un día, finalmente, el dogma se completó. Por una feliz coincidencia, todo favorecía su promulgación; los espíritus, empujados por una especie de instinto, fueron á su encuentro; mil influencias esparcidas en la atmósfera intelectual determinaron su explosión. Un hombre verdaderamente inspirado, un enviado del cielo, encontró su fórmula integral, y los pueblos lo aclamaron. Ese hombre fué sucesivamente Brahma, Zoroastro, Confucio, Sakia-Mouni, Mahoma y Jesucristo. El tesoro de las tradiciones sagradas habíase enriquecido; la evolución religiosa había dado un paso; la humanidad había adquirido conciencia de una parte de sí misma; las verdades inmanentes que lleva en su seno habíanse desenvuelto y brillaban con luz más viva. Así se explican todos los hechos religiosos que se han producido en el mundo, porque la naturaleza es siempre semejante á sí misma, y las leyes á las cuales obedece son por do quiera idénticas. La germinación dogmática de la cual fué teatro la Palestina, diecinueve siglos ha, habíase manifestado muchas veces, y mucho tiempo antes, en diversos puntos del mundo oriental. No debe buscarse únicamente en el mosaismo y en las fases diversas que atravesó la preparación y como el prefacio del Cristianismo; esa preparación es

mucho mayor, este prefacio es más solemne; compónese de todos los brotes religiosos precedentes. Todos deben tenerse por verdaderos, aunque en diverso grado, según se encuentren escalonados á lo largo de los siglos. El Cristianismo es el último término de esta evolución, y en eso consiste su grande é inapreciable ventaja, la verdadera causa de su superioridad.

«De esta suerte la crítica histórica sostiene la cadena de las tradiciones sagradas de la humanidad. Además estas tradiciones sagradas tienen, en el seno mismo de París, sus intérpretes muy autorizados; estos doctores forman una especie de concilio permanente encargado de explicarlas y propagarlas».

Todo lo expuesto deja ver que el estudio comparado de las religiones es labor importantísima y erizada de dificultades. Y ahora vamos á entrar ya en su examen.

En la lección inmediata expondremos el punto de vista general, algo así como la síntesis, y luego entraremos en los pormenores.

LECCIÓN XXVI

Estudio comparativo entre el Cristianismo y las demás religiones bajo su aspecto general

En el asunto que ahora tratamos debemos notar el siguiente hecho: al comparar el Cristianismo con las demás religiones, encontramos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puntos de semejanza y puntos de trascendental diferencia; así, se ve que todo lo que hay de sano en las religiones no cristianas, esto mismo se halla en el Cristianismo; y en éste no aparecen los errores y supersticiones morales que se notan en otros cultos; además, al hacer el estudio comparativo de las religiones, resulta una superioridad inmensa en favor del Cristianismo; de ahí la llamada *trascendencia* del Cristianismo.

Al estudiar el abate de Broglie la cuestión de la semejanza de las religiones, escribe lo siguiente que debe tenerse muy en cuenta y que sirve para deponer en favor de la verdad cristiana: «La semejanza y especie de parentesco que existe entre las religiones paganas y el Cristianismo, puede perfectamente tener un doble fundamento. Puede resultar á la vez de la identidad esencial de la revelación primitiva, de la cual el paganismo es alteración, y de la identidad de los instintos religiosos á los cuales las diversas religiones deben necesariamente adaptarse. La religión es un lazo entre Dios y la humanidad. Dios es quien primero se acercó al hombre por medio de la revelación primitiva, quien celebró mediante la revelación cristiana una nueva alianza con él. Mas el hombre, por su parte, después de haber perdido la verdadera noción de Dios, debió crear, así con el recuerdo de sus creencias pasadas como con los instintos de su corazón, doctrinas y cultos imperfectos y mezclados de errores, hasta el día en que la luz divina vino nuevamente á ilustrarle. La

revelación primitiva y la revelación cristiana, únicas religiones divinas por su origen y dirigidas á todos los hombres, son al mismo tiempo, si así osamos decirlo, las más humanas de las religiones, las que se hallan mejor adaptadas á los instintos nobles del corazón humano; deben contener en sí todo cuanto el hombre pudo adivinar, inventar y crear de bueno, bello y verdadero. Al propio tiempo que son religiones sobrehumanas, la religión primitiva y el Cristianismo son religiones sobrenaturalmente humanas; es decir, que contienen con una universalidad, una perfección, una harmonía y una eficacia que traspasan las fuerzas de la naturaleza, todos los sentimientos religiosos naturales y verdaderos que se hallan dispersos en los cultos erróneos.

«Así, las semejanzas, lejos de ser una objeción, conviértense en una prueba. Hacen ver que no es dado declarar al Cristianismo engañador sin decoronar la naturaleza humana, sin substraerle el objeto real por ella perseguido por do quiera y siempre, sin condenarla á perpetua ilusión ó á un desencanto que la degradaría. Muestran que la divinidad del Cristianismo es la única conciliación posible entre la ciencia y la historia que condenan al paganismo y las aspiraciones constantes del corazón humano, á quien es necesaria una religión cualquiera y que no podría pasarse sin ella. Podemos pues entrar confiadamente en el estudio de las notas auténticas que prueban que la revelación cristiana es divina y verídica».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mismo autor, al examinar ó tratar de la harmonía de las semejanzas entre el Cristianismo y las demás religiones, después de un trabajo minucioso de labor comparativa, termina con el siguiente párrafo:

«En una palabra, en la Religión católica, todos los elementos comunes entre el Cristianismo y los demás cultos hállanse cada cual en su lugar, limitándose y moderándose mutuamente, contenidos en los límites de la lógica y de una razón sumisa, mas no destruída, y siempre de acuerdo con un ideal moral, sublime y elevado. Esta harmoniosa organización de elementos por todas partes dispersos, encontrándose en una sola religión, prueba que es sobrehumana. Requiérese una causa sobrenatural para crear tal maravilla». (1)

Véase ahora la delicada y hermosa página que Mons. Bougaud escribe en su admirable obra, *El Cristianismo y los tiempos presentes*.

«...El alma habla lo mismo en el Evangelio que en los *Vedas*, igualmente en la Biblia que en el *Zend-Avesta*. El alma á quien oís rogar, llorar, gemir, esperar, amar y lanzarse hasta Dios en los libros de Budha, es la misma alma humana á quien oís en la Biblia. ¿En dónde habéis descubierto, decidme, que en la Biblia no se vea otra cosa que Dios, ni más que *revelación é inspiración sobrenaturales?* También se encuentra allí el alma; y por eso decís con razón que en todos

(1) Abbé Broglie, *Problèmes.....*

esos libros *el lenguaje difiere tan poco en muchísimas cosas*. Únicamente que en la Biblia se encuentra además Dios, y por lo tanto hay allí de menos el error. Y por eso aquel lenguaje, *apenas diferente en muchísimas cosas,* aparece radical y absolutamente distinto en tantas otras.

«No es, lo repito, que Dios se halle tan ausente como vosotros suponéis de los libros sagrados de los pueblos. ¿En dónde habéis aprendido también que no hay en dichos libros más que conciencia y razón naturales? Esto es otro error capital. Semejante á nave destrozada por la tempestad, cuyos fragmentos se encuentran en la orilla, pero dispersos, incompletos, enmohecidos, oxidados, sepultados en el suelo; así sucede con la palabra de Dios en esos libros. Está en ellos, pero incompleta, alterada, en fragmentos, sin orden, sin trabazón, sin harmonía, desconocida, como no sea á los ojos de la fe que la reconoce y señala con respeto. Y he aquí por qué, aun conteniendo esos restos adorables, solamente inteligibles á los ojos de la fe, la colección de esos libros sagrados es tan solamente la *Biblia de la humanidad,* y la otra, intacta y virgen, es la *Biblia de Dios*».

En el asunto que venimos estudiando, tenemos que de la semejanza del Cristianismo con las demás religiones nada se saca contra el primero, sino que además resulta en favor suyo que en él se halla todo lo bueno de las demás, sin nada de lo falso ó malo que en ellas aparece; prueba palmaria de su verdad, de su pureza, de su divi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nidad. Mas ahora es necesario hacer resaltar las diferencias, para que mejor se vea y comprenda esa superioridad del Cristianismo.

Vamos á seguir en este camino al R. P. Caussette, que trata el asunto en la 1.ª parte de su profunda obra *El buen sentido de la fe:* (1)

«El milagro físico, dice, en el Cristianismo, descansa, como filón de oro, sobre un lecho histórico que le sostiene y lo garantiza. El milagro físico en el budhismo es una visión ó una pesadilla, sin apoyo alguno en los hechos. El primero se sienta en un orden de acontecimientos aceptado como verdadero por los pueblos experimentados del Occidente; el segundo jamás ha sido otra cosa que un entretenimiento de naciones que se han estacionado en preocupaciones estúpidas, y que según se ha dicho están destinadas á perecer, no de vejez, sino de una infancia prolongada.

«Lo sobrenatural de la Biblia y del Evangelio refleja la belleza ideal de su autor; el de los *Vedas* y de los *Puranas* no es más que una colección de imbecilidades grandiosas: el primero excita el llanto; el segundo solo mueve á risa: el primero ha elevado y redimido de la esclavitud á los pueblos occidentales; el segundo derrama sobre el extremo Oriente la obesidad de la anestesia: el primero civiliza á los hombres; el segundo los hace irremediablemente impropios para la civilización: el primero es un deísmo grande y puro;

(1) Traducción española del Sr. Vidal de Valenciano.

el segundo una mitología menos ingeniosa y más repulsiva que las de Grecia y Escandinavia.

«.....El islamismo es un hecho evidentemente humano, realizado por medios humanos, que ha tenido la violencia por instrumento, la pasión y la ignorancia por cómplices. Mejor que una religión constituye una conquista; su propagación en vez de probarlo lo estigmatiza, porque la sangre solo tiene la virtud del testimonio cuando se derrama por amor. Su demostración escrita no existe ni puede existir»...

Examinando luego la trascendental prueba tomada de la profecía, escribe el mismo autor:

«Abramos ahora los anales del paganismo indio y tibetino: ¿encontraremos en ellos un sistema de predicciones y de hechos vaticinados, que sea sombra siquiera de semejante testimonio? ¿Quiénes son los Isaías y los Daniel de esa ley misteriosa? El brahmanismo y el budhismo, que vienen á ser el Antiguo y el Nuevo Testamento de esa religión, no tienen una historia formal. Algunas verdades perdidas en el seno de inmensas tinieblas, como piedras miliarias desparramadas en la inmensidad de vasto desierto, he ahí lo que son sus anales; y en lugar de nuestras profecías colocadas frente á frente y en espectativa de los acontecimientos y de la bella harmonía que ofrece la confrontación de las unas con las otras, ¿qué es lo que vemos en la cronología de los indos? Sombras y más sombras envolviendo un pasado de antigüedad problemática, y un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abolengo de pergaminos redactados á gusto del consumidor».

Si se trata de comparar libros con libros, véase lo que el mismo autor consigna:

«¿.....Existe un Evangelio de Sakiamouni, capaz de rivalizar con el de Jesús? ¿Qué puede oponer el lamaísmo á los libros de los *Proverbios*, de la *Sabiduría*, de *Job*, de los *Salmos* y de las *Epístolas de S. Pablo?* Una literatura pomposa y exuberante como la vegetación de la India, eso sí; pero al propio tiempo una amalgama incoherente, de la cual de tarde en tarde brota algún destello de luz, y la única obra del espíritu humano que es imposible leer sin ceder al cansancio».

Para terminar este paralelo general veamos lo que resulta, miradas las cosas desde el punto de vista del milagro considerado en el orden moral.

El mismo autor de quien venimos ahora escribiendo las citas aducidas, se expresa de este modo al estudiar la vida contemplativa del budhismo:

«En qué han convertido la contemplación? En una especie de anonadamiento. Del mismo modo que el Dios respecto del cual meditamos constituye un acto puro en su esencia y un amor inmolado en la cruz, cuando, terminada nuestra plegaria, nos sumergimos de nuevo en la vida real, corremos al sacrificio práctico, haciéndonos tanto más útiles á la tierra cuanto mayor es el afecto que el cielo nos inspira. El budhista, por el contrario, adorando al ser indeterminado, eternamente inmóvil, ha de considerar el colmo de la perfección lo único que ésta puede ser bajo el imperio de esa divinidad inerte, es decir, la inercia. Cuando el alma enfermiza de los indios ha llegado á extraviarse en este océano inanimado de la existencia, más bien que vive, vegeta suspendida en idiótico balanceo sobre la humanidad. Nuestra santidad constituye para nosotros la acción fundada por la oración; para ellos la esterilidad de la imaginación entregada á los ensueños de la fantasía: la nuestra es el trabajo constante; la suya el sueño catalépsico: aquélla un exceso de vida; ésta una muerte anticipada. El que quiera ser un samnita perfecto, dicen sus textos inspirados, ha de proceder como el hombre á quien se hubiesen cortado sus cuatro miembros. No cabe dudar que de ese quietismo visionario podrán salir legiones de bonzos y de solitarios alucinados, petrificaciones vivientes de su ley; pero de seguro no resultará jamás un S. Vicente de Paul».

Resumiendo: Si de las semejanzas del Cristianismo con los demás cultos resulta que en él se encuentra todo lo verdadero y bueno que hay en ellos, sin nada de sus errores y supersticiones; si al establecer las diferencias encontramos el admirable contraste de la hermosura moral del Cristianismo en oposición á las bajezas, ridiculeces é inmoralidades de los demás cultos, resulta en favor del Cristianismo una superioridad tal, que deja ver su verdad y, como se dice, su trascendencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LECCIÓN XXVII

Los diversos fundadores de religión.—Jesucristo y los demás llamados fundadores de religión (Superioridad divina de Jesucristo.)

Al tratar de asunto tan personal, y que subleva la conciencia cristiana, pues no parece sino que el divino Salvador viene á la barra para sufrir un paralelo ó juicio comparativo con los demás fundadores de religión (aunque por otra parte paralelo glorioso, porque hace resaltar mejor la celestial y verdaderamente divina superioridad de Jesús), convendría repetir aquí ó recordar lo que dejamos dicho al tratar de la Divinidad de Jesucristo. Pero de todas suertes, aún con lo que aquí apuntemos, bastará para lograr nuestro objeto. Jesucristo es la figura sin par en la historia, y lo es de tal suerte, que no cabe explicarla si no admitimos lo que le presta su verdadero carácter: la Divinidad.

Al estudiar este asunto pueden verse las profundas páginas que el P. Caussette dedica á esta cuestión; y antes de entrar de lleno en el estudio ó análisis comparativo, vamos á traducir un párrafo que el abate de Broglie, en su ya citada obra, ofrece como preparación al asunto:

«El rasgo particular de la vida de Jesucristo, tal como se halla referida en el Evangelio, es la unión de la perfección de lo ideal con la plena realidad histórica. Por regla general, en todos los

hombres, estos dos elementos andan separados. La imaginación, la poesía, la admiración idealizan los seres, pero corrigiendo sus defectos reales y añadiéndoles virtudes que no tuvieron. Desde que se pasa de la ficción á la historia, reaparecen las imperfecciones de la naturaleza humana. Podemos aplicar esta regla á todos los personajes de la historia, sin temor á verla desmentida. Mas puesto que se trata del fundador de una religión, nos limitaremos á aplicarla á los cuatro fundadores de cultos, la historia de los cuales hemos estudiado: Zoroastro, Budha, Confucio y Mahoma».

Este mismo estudio vamos, pues, á emprender aquí, comenzando por:

Zoroastro.—Es cosa demostrada que, al tratar de tal personaje, la historia no puede ofrecer verdaderas garantías de tal. El dominio que le corresponde es el de la leyenda; claro está que esto no basta para establecer un paralelo formal; ¿cómo hablar de sus virtudes y cualidades, si eso anda envuelto en las nubes de la mitología? ¿Cabe aceptar lo que de él nos refieren sus seguidores? ¿Sabemos, ciertamente, si existió en realidad?

Vengamos pues á Budha que ofrece más garantías históricas. En cuanto á su época ó á su tiempo, hay fundamento casi cierto; y su personalidad es conocida de una manera general. Mas este conocimiento no basta si se ha de apreciar rigurosa ó escrupulosamente su valer moral. Nótese que la autenticidad de los discursos de Sakia-Muni y de los relatos de su vida es muy du-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dosa. En los libros destinados á exaltar su valer moral, también cabe notar á veces el sello de sus defectos. La famosa escena de los quinientos visitantes, que de tal suerte hubieron de tentar la paciencia de Budha con su ruído, deja ver que distaba mucho de la serenidad de ánimo que pide la alteza de un personaje como él; y á tal punto que sus íntimos discípulos se escandalizaron. Lo que hay es que, al tratar de hacer historia, tórnase labor imposible el separar al Budha real del dogmático y legendario; así no es dado fundar el juicio en favor de Sakia-Muni como personaje perfecto.

En cuanto á Confucio, personaje mejor conocido, tampoco es dado pensar en otorgarle el difícil dictado de perfecto. En su vida no encontramos el heroísmo; es un ser honrado y prudente, que no carece de ambición política, y que no sobresale del nivel de la porción media de los hombres honrados de todas partes.

Finalmente; Mahoma, personaje perfectamente histórico, no ofrece nada de particular en cuanto á su grandeza moral; ¿quién se atrevería á presentarle como tipo ideal?

Ahora bien; ¿entre esos personajes y Jesucristo, fundador de la Iglesia, podrá establecerse parangón alguno? ¡La cosa resultaría risible si no fuera irreverente! ¡Qué distancia, qué abismo, qué seres tan distintos! En Jesucristo, todo es divino, perfecto, admirable, asombroso; pero al mismo tiempo todo es humano, nuestro, de nues-

tra naturaleza, real, viva, sensible; pero naturaleza perfecta, sin igual, obra del mismo Dios, hijo de Adán pero sin pecado; naturaleza realmente humana, formada, por el Espíritu Santo, de la sangre de la Virgen María, y personalmente unida al mismo Dios, que la tomó en la persona divina del Verbo. ¡Qué maravillas han brotado de la pluma de los escritores y qué creaciones de la mano delicada de los artistas! Vamos á traducir, si no todo, algo de lo que el abate Broglie consigna en su libro, *Problèmes.....*, al terminar su estudio comparativo entre Jesucristo y los ya citados fundadores de religión:

«Es, pues, una ley general que sobre la tierra los hombres reales y vivos son más ó menos imperfectos, y que el ideal absoluto, cuando existe en una biografía, es producto de la imaginación de la posteridad. Si ahora leemos el Evangelio, vemos una grande, única y sublime excepción á esta triste ley. Jesucristo muéstrasenos como la absoluta perfección sin tacha alguna, y al propio tiempo vive en este mundo, sabemos en donde nació y en donde murió; oímos la voz misma de los testigos oculares de su vida, del Apóstol que descansó sobre su pecho. Que la vida de Jesús tal como se halla referida en el Evangelio sea una vida ideal y sobrehumana, es lo que huelga probar. Es inútil á los ojos de las almas sencillas y de buena fe, á quienes la lectura del Evangelio arrebata de admiración y hace entrar en aquel estupor que, al decir del texto sagrado, apoderá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

base de aquellos que se acercaban al divino Maestro y escuchaban las palabras que brotaban de sus labios. Es igualmente inútil á los ojos de los contradictores que, siguiendo el ejemplo de los fariseos, hallarán siempre materia que criticar en la perfección misma. Ya se le contemple en la obscuridad de su vida de Nazaret, ya se le vea recorriendo los pueblos y burgos de la Judea, siempre rodeado de la multitud y soportando su grosería y su indiscreción, ya se oigan los coloquios tan profundos y tan conmovedores con Nicodemus ó con la Samaritana, ya se oiga brotar de sus labios el sermón de las bienaventuranzas, por todas partes hállase una sencillez unida á una profundidad que no tienen igual. No es lo sublime, es más que lo sublime; éntrase, al leer el Evangelio, en esa región tranquila que está sobre los nublados y las tempestades; hállase uno sumergido en la verdad perfecta, en la paz sin nubes, en la bondad sin límites. ¡Qué rasgo de carácter esta breve frase del Evangelista: no hizo milagros en este burgo á causa de la incredulidad de los habitantes; no obstante curó algunos enfermos! ¡Qué rasgo también aquellas lágrimas de Jesús en el momento en que iba á resucitar á Lázaro! ¡Qué profundidad en sus respuestas tales como la en que dijo que se diese al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, confundiendo á sus adversarios al propio tiempo que sentaba el principio de las sociedades modernas! ¡Qué conocimiento del corazón humano, qué prudencia

sobrenatural en el juicio de la mujer adúltera! Y en su pasión, ¡á qué altura se levanta Jesús! ¡Con qué indiferencia por la vida habla á Pilatos del poder que le fué dado sobre el Hijo del hombre! ¡Cómo se mantiene á igual distancia de la debilidad que se somete al poder y del espíritu de sublevación! ¡Qué dulzura con los débiles, qué energía hablando á los hipócritas y á los poderosos de la tierra!.....

«El Cristo del Evangelio es pues el ideal, la perfección viva sobre la tierra. Ahora, ¿este ideal es una invención? ¿Es el producto de la acción de la imaginación humana sobre una realidad inferior y grosera? ¿Formóse á la manera de las demás biografías más ó menos ideales, tales como la de Budha ó la leyenda moderna de Napoleón? La simple lectura imparcial de los Evangelios basta para responder á esta pregunta, independientemente de todo estudio crítico. Las obras legendarias tienen efectivamente sus caracteres propios que fácilmente se dejan conocer. Mas el Cristo del Evangelio es tan manifiestamente humano, vivo y real, que es evidentemente perfecto. No se da un instante en que no toque á la tierra, en que no se le vea viviendo en medio de los hombres perfectamente reales y de ninguna manera idealizados. Si la relación de la vida de Jesucristo fuese una creación legendaria, habríase necesitado para dar á esta obra de imaginación un carácter tan grande de verosimilitud, una conformidad tan perfecta en los pormenores con las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circunstancias de tiempo y de lugar y las costumbres de la época, un arte maravilloso, una habilidad inimitable que sería absurdo atribuir á los autores de los Evangelios».

Ahora, véanse los siguientes conceptos que monseñor Bougaud consigna al tratar de Jesucristo en su gran obra, *El Cristianismo y los tiempos presentes:*

«Es inútil añadir al terminar esta primera investigación, que estos divinos esplendores de la fisonomía de Jesucristo, esta belleza de la inteligencia, la de la bondad y del amor, la de la fuerza y del ánimo, se hallan en Él en perfecto equilibrio. No se encuentra ni una laguna, ni un desfallecimiento, ni una falta, como no se ve ni un exceso ni un esfuerzo. Cada facultad alcanza su más alto grado de intensidad; mas es imposible señalar una que eclipse á las demás. Se hallan harmoniosamente reunidas. Además, todo en Él y en su vida es grandeza tranquila, dulce sencillez, sublime paz.

«La humanidad ha producido de vez en cuando seres extraordinarios; ninguno que pueda compararse con éste. Todo lo posee, y todo en una medida única. En Él el pensamiento, la palabra, la poesía, la elocuencia, el amor y la influencia práctica y la inmensidad de los resultados, todos los dones y todas las fuerzas se hallan reunidos, y con tal perfección, que el alma que ha meditado en la vida de Jesucristo es incapaz de concebir nada más grande.

«Y ahí está el sentido de esta frase: Hijo del hombre, que se encuentra en todas las páginas del Evangelio. Jesucristo no es tan solo *un* hijo del hombre como todos los descendientes de Adán: es el Hijo del hombre en sentido absoluto; el hombre ideal, hermoso, puro, completo; la flor más preciosa, el fruto más suave que jamás ha producido la tierra, ó por mejor decir, la única flor, absolutamente hermosa y perfecta, que ha brotado de las raíces del tronco de la humanidad.....

«He aquí en donde nos hallamos. Hay en todos los observadores, aun los más distraídos, aun los más enemigos, una veneración involuntaria, una admiración creciente por la pureza inmaculada, por la perfección moral, por la belleza de ese carácter sin segundo. Parece que se siente cada vez más y que se conviene en que es el más santo entre los santos en la historia de nuestra raza, el más grande y el mejor que ha pisado esta tierra. Se le encuentra hasta tan grande, tan bueno, y, después de pasados dieciocho siglos, tan vivo, que los mejores se preguntan involuntariamente si es hombre, y sus enemigos mismos sienten á pesar suyo que la cuestión se presenta á su entendimiento. Ahora bien; que la cuestión se presente, que la duda nazca por sí misma, que se requiera un esfuerzo para alejar una cuestión que no se ofrece acerca de ningún hombre, ¿no es ya una presunción y como una primera prueba de su Divinidad?»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Resumiendo el asunto en dos palabras tenemos: que al comparar á Jesucristo con los demás fundadores de religión, encontramos que media un abismo; ese abismo no puede colmarse con otra cosa si no es con lo infinito; es preciso que reconozcamos, pues, que en Jesucristo se encuentra la Divinidad; de otra suerte, la persona del Salvador no se explica satisfactoriamente.

LECCIÓN XXVIII

El Cristianismo considerado en sus Libros.

Después de haber estudiado al divino Fundador del Cristianismo y visto la superioridad infinita que se deja fácilmente notar en Él comparándole con los demás fundadores de religión, sacando del estudio de su personalidad asombrosa que si no es Dios no podemos caracterizarle, no hay para qué insistir mucho en cosa tan clara, y ahora vamos á estudiar los Libros sagrados del Cristianismo, y veremos que tales Libros sobresalen como las montañas elevadas sobre el humilde llano, y que poseen una superioridad inmensa sobre los demás libros llamados sagrados de las otras religiones.

El ilustre P. Lacordaire dedica á este asunto elocuentes páginas en sus *Conferencias;* de allí vamos á traducir algunas prefiriendo, en este asunto, la autoridad de quienes la tienen á nuestro propio juicio, que carece de ella:

«Pero si todas las Escrituras sagradas no son divinas, si una sola debe serlo, ¿por qué signos

la conoceremos? Por los signos que ya hemos dado, por el signo tradicional y constituyente, y además por el profético.

«¿Qué libro sagrado tiene en igual grado que la Biblia de los cristianos el carácter tradicional? Ciertamente el *Coran,* el *Zend-Avesta,* los *Vedas,* los *Kings,* son un conjunto de tradiciones, pero de tradiciones sin trabazón histórica, en donde nada se sostiene mediante la sucesión de las cosas y la relación manifiesta con todos los puntos de la duración. La Biblia, desde su primer versículo hasta el último, desde el *Fiat lux* hasta el Apocalipsis, es un encadenamiento magnífico, un progreso lento y continuo en donde cada ola empuja á la que le precede y lleva á la que le sigue. Los siglos, los acontecimientos, las doctrinas entrelázanse allí del centro á la circunferencia, y en su tejido sin costura no dejan vacío ni confusión. La antigüedad y la realidad derraman allí igual perfume; es un libro que diariamente se forma, que crece naturalmente como un cedro, que fué testigo de cuanto dice, y que jamás dice nada sino es viéndolo todo y con la voz de la eternidad. Es imposible, aun á un niño, el confundir la Biblia con otro libro tenido por sagrado, y la distancia es tan visible, que casi es blasfemo el pronunciar su nombre al lado de esos nombres que quisieran imitar el suyo.

«Su superioridad es todavía más clara, si cabe, desde el punto de vista constituyente. ¿Quién se atreverá á comparar ninguna sociedad constituí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da por un libro sagrado con la sociedad cristiana? Mirad primeramente á la China: ¿qué hizo? ¿Por cuáles obras se reveló al mundo? ¿En dónde se hallan las huellas de sus armas?; ¿en dónde el surco de sus naves?; ¿en dónde su propaganda doctrinal? ¿Habéis encontrado alguna vez al chino en los grandes caminos de la humanidad? Pueblo muerto en un orgullo sin actividad, encerróse en sí mismo y no ha sentido una sola vez durante tres mil años una sacudida eléctrica del amor y del genio. Acercaos, mirad á la India: todos los conquistadores y todos los comerciantes han pasado por allí; dió oro, perlas, diamantes y marfil á quien los quiso; todavía alimenta con sus muelles riquezas la ambición del pueblo británico; pero ¿conocéis de ella otra cosa, como no sea su voluptuosidad igual á su servidumbre? Restan los pueblos á quienes Mahoma había entregado la cimitarra y el islamismo, y seguramente hicieron de uno y otro ilustre empleo. Sin embargo ¿en dónde se hallan? Después de haber invadido la Europa por sus dos extremos y vencido á nuestras cruzadas, á medida que la guerra se hizo sabia hemos visto descender su gloria, y no cubriendo el éxito de las armas las miserias de su civilización, asistimos no á su decadencia, sino á su agonía. Miraos ahora á vosotros mismos, señores, vosotros los hijos de la Biblia, miraos: nada sois por vuestro territorio; la Europa es un puñado de tierra ante el Africa y el Asia y, no obstante, vuestros colores y vuestras banderas es lo que

veo en todos los mares, en las islas y los puertos del mundo entero; os halláis presentes de un polo al otro por medio de vuestros navegantes, vuestros comerciantes, vuestros soldados, vuestros misioneros, vuestros cónsules; vosotros sois quienes dáis la paz ó la guerra á las naciones, quienes leváis en los pliegues de vuestro estrecho vestido los destinos del género humano. Bajad á la plaza pública, levantad vuestra voz: oígo á los antiguos y nuevos continentes estremecerse y decirse: ¿Quién se movió? Quien se movió sois vosotros; sois vosotros, hijos de la Biblia. Esa palabra que llega tan lejos es la vuestra; tiene hermanos y hermanas en todas las capitales; reune en torno suyo todas las pasiones y todos los sacrificios. Si de los bancos de una chalupa aventurada salta á cualquiera orilla lejana un hombre que habla vuestra lengua y que tenga vuestra fisonomía, al punto nótase que el gran poder humano apareció allí. En el brillo de su mirada, en la manera de sentar la planta, la tierra reconoce al cristiano, y su salvaje habitante inclínase y exclama: He aquí los hijos del sol, aquellos que nuestras tradiciones nos prometían y que nosotros esperábamos.

«¡Qué actividad!, ¡qué imperio!, ¡qué gloria! Y todo eso sois vosotros; y á vosotros, la Biblia es quien os ha formado. Si pues la constitución de los pueblos está en razón de la verdad contenida en sus libros sagrados, y si los pueblos cristianos aventajan á todos los demás, como los ángeles sobrepujan á todas las naturalezas creadas, sí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guese que el más alto grado de verdad encuéntrase en los libros cristianos.

«Sin embargo, á esos signos brillantes de la divinidad de nuestras Escrituras, quiso Dios añadir otro que no puede ser imitado ni aun de lejos. Como historia, como ciencia, como arte, como legislación, como filosofía, como potencia tradicional y constituyente, la Biblia posee sin duda una eminente perfección que jamás tuvo libro alguno; no obstante, todas estas cosas son humanas por decirlo así, en cuanto que no exceden á las facultades del hombre sino en grado y no por su esencia. Necesitaba pues la Biblia otro carácter, y Dios le otorgó uno que solo ella posee: es el carácter profético. Sólo Dios ve lo futuro; sólo Él penetra con una mirada la profundidad infinita de las causas, y en ellas descubre los efectos que de allí saldrán, hasta los más apartados límites de la duración. En cuanto á nosotros, no conocemos siquiera el día de mañana; no somos sino una causa; esta causa somos nosotros, y nos es imposible prever sus más cercanos efectos. Si pues hubiese una palabra fijada por la escritura, la cual hubiese referido por adelantado, no solamente el destino de los imperios, sino el destino del género humano, que desde el principio hubiese previsto la marcha de los siglos, esta palabra y esta escritura serían necesariamente divinas. Mas la Biblia ¿qué otra cosa es sino una profecía que se cumple á nuestra vista? Y como una profecía tiene dos términos, el pasado y el

porvenir, ved con que cuidado la Providencia separó el uno del otro, para que no se les pudiera acusar de connivencia. Dios escogió un pueblo para que fuese depositario de la historia del mundo, es decir, de la noción de Dios, de la creación del mundo por Dios, de la caída del hombre y de la esperanza que se le dió de una redención; porque, Señores, he ahí la verdadera historia del mundo; lo demás no es sino un juego. Hace de ese pueblo un monumento vivo que cree y que repite sin cesar esa historia, que se la incorpora, que vive de ella, que de ella saca toda su gloria, y que espera con una paciencia, de la cual somos todavía testigos, el cumplimiento de la redención prometida á sus padres. Diréis á los judíos que no han esperado eso; os responderán con su esperanza presente que veinte siglos no han turbado. Os mostrarán sus escrituras traducidas en griego, y esparcidas por el mundo aun antes de Jesucristo. Es un hecho material, superior á todas la críticas. He ahí en cuanto al pasado. En cuanto al porvenir, esto es, al cumplimiento de lo que estaba escrito y esperado tan largo tiempo antes, la Iglesia católica está ahí para enseñaros que un gran perdón se verificó por medio de un gran sacrificio. ¡El pueblo judío y la Iglesia!; ¡quién atacará esos dos monumentos que se sostienen tanto mejor uno á otro, en cuanto son irreconciliables enemigos! Ambos son los elementos del carácter profético de la Escritura: uno es su término pasado, el otro su término futuro, y para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no se les pueda acusar de haberse entendido para engañar al universo, se rechazan mútuamente para permanecer dos hasta el fin, hasta el día en que, hallándose cercana toda consumación, el pasado y el porvenir se abracen para mostrar á las últimas generaciones el último cumplimiento de las profecías que, en el pueblo antiguo como en el pueblo nuevo, han anunciado ese ósculo de paz».

Ahora, para cerrar este asunto, véanse los conceptos que vamos á traducir de la notable obra del P. Chavin, *La science de la religion:*

«Los cuatro *Evangelios,* los *Hechos,* las *Epístolas* de S. Pablo, S. Pedro, Santiago, S. Judas y S. Juan, atribúyense á los discípulos de Jesús, á hombres procedentes, casi todos, de la Judea ó de la Galilea, y contemporáneos de los acontecimientos ocurridos bajo el reinado de los tres Herodes y la administración de los gobernadores romanos tales como Pilatos. Pues todo lo que se halla contenido en esos libros y en esas epístolas conviene perfectamente al tiempo, á la nación, á los personajes de quienes se trata; hállase allí todo conforme con los usos, con las costumbres, con las instituciones, con el estado social y político de los judíos, de los galileos y de los demás pueblos á los cuales alude la narración. Fácil es convencerse de ello comparando los pormenores históricos del *Nuevo Testamento* con los que refieren los autores contemporáneos.

«Es lo que demuestra perentoriamente M. Wallon, en el capítulo I de la 2.ª parte de su libro,

Croyance à l' Evangile. Considerando sucesivamente los principales hechos de la historia de Herodes el Grande, de Herodes Antipas, de Herodes Agrippa, referidos por los Evangelistas, hace ver, por el testimonio del historiador Josefo, judío de nación y autor contemporáneo, la exactitud de la narración evangélica. La historia de la Pasión de Cristo en particular, escrita por S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan, encierra pormenores muy circunstanciados acerca de los lugares, los usos, las legislaciones, las relaciones entre las autoridades religiosas y civiles, que indican manifiestamente que los autores son testigos bien informados, testigos que refieren lo que han visto y oído ellos mismos.

«Hay además en los Evangelios un tono de candor, de ingenuídad, de sencillez que inspira confianza. «Nadie, hasta ahora, nota muy acertadamente Duvoisin, obispo de Nantes, descubrió nada en los libros del *Nuevo Testamento* que no convenga perfectamente con la historia, con las costumbres, con los usos de los tiempos apostólicos; nada que no recuerde las ideas, los sentimientos, la persona de los primeros discípulos de Jesucristo: *litterae sonantes vocem et repraesentantes faciem uniuscujusque,* como dice enérgicamente Tertuliano. La sencillez de las narraciones, los pormenores en las circunstancias, la indicación de gran número de lugares y de personas conocidas, la conmovedora ingenuidad de los escritores, el poco arte, pudiera decir, el desorden

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que reina en la composición, todo muestra claramente memorias contemporáneas, cartas redactadas deprisa y sin pretensión como sin desconfianza». (1) De esta suerte los apóstoles hacen conocer su humilde clase, su estado de pobreza y de ignorancia, sus defectos, y durante la pasión de su Maestro, la negación de unos, la traición de otros, el abandono de todos. Ciertamente no es ese el procedimiento y el lenguaje de los falsificadores».

El mismo autor P. Chavin termina su labor referente á los signos intrínsecos de la autenticidad y veracidad del Nuevo Testamento, diciendo:

«Estas pruebas intrínsecas son irresistibles. Hállanse confirmadas por las pruebas ó signos extrínsecos, es decir, por el testimonio de los escritores contemporáneos ó que recibieron sus noticias de la tradición apostólica».

LECCIÓN XXIX

El Cristianismo estudiado en sus hechos primitivos

Después de haber estudiado la cuestión referente á los libros del Cristianismo, debemos tratar de esta otra, á saber:

Sus hechos primitivos.—Aquí necesitamos dividir las cuestiones para proceder con orden y claridad. Trátase de un asunto muy debatido con

(1) Duvoisin, *Demonstration evangelique.*

el racionalismo, y afecta profundamente á la discusión de los orígenes del Cristianismo. Procuraremos abreviar lo posible tan extensa discusión, y daremos aquí cabida á los trabajos de aquellos apologistas que han estudiado el asunto despacio y que en él tienen innegable autoridad.

En esta cuestión podemos establecer los tres siguientes puntos: 1.º La persona de Jesucristo como realidad histórica. 2.º Los hechos milagrosos del Cristo. 3.º Las profecías del Cristo y demás hechos primitivos del Cristianismo.

Punto 1.º—La persona de Jesucristo como realidad histórica.—Es necesario haber perdido la más elemental noción de la historia, ó bien estar dominado y ciego por la pasión de la incredulidad, para atreverse á dudar de la realidad histórica del Salvador y para empeñarse en desfigurar su vida, violentando el buen sentido humano é histórico.

Poco nos detendremos en lo referente al alegorismo desatentado de Dupuis, con justicia hoy olvidado, según el cual Jesucristo no es más que un ser fabuloso, un ser alegórico; el sol y sus apóstoles una personificación de los doce signos del Zodiaco..... No faltó quien, haciendo aplicación de tal procedimiento, hiciese ver que Napoleón no era personaje histórico sino una verdadera fábula; así se venga el buen sentido de las locuras de sabios sin fe, que pasan por todo con tal de no creer lo que debieran. Dejemos, pues, tales delirios y entremos en el examen de la doctrina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que reina en la composición, todo muestra claramente memorias contemporáneas, cartas redactadas deprisa y sin pretensión como sin desconfianza». (1) De esta suerte los apóstoles hacen conocer su humilde clase, su estado de pobreza y de ignorancia, sus defectos, y durante la pasión de su Maestro, la negación de unos, la traición de otros, el abandono de todos. Ciertamente no es ese el procedimiento y el lenguaje de los falsificadores».

El mismo autor P. Chavin termina su labor referente á los signos intrínsecos de la autenticidad y veracidad del Nuevo Testamento, diciendo:

«Estas pruebas intrínsecas son irresistibles. Hállanse confirmadas por las pruebas ó signos extrínsecos, es decir, por el testimonio de los escritores contemporáneos ó que recibieron sus noticias de la tradición apostólica».

LECCIÓN XXIX

El Cristianismo estudiado en sus hechos primitivos

Después de haber estudiado la cuestión referente á los libros del Cristianismo, debemos tratar de esta otra, á saber:

Sus hechos primitivos.—Aquí necesitamos dividir las cuestiones para proceder con orden y claridad. Trátase de un asunto muy debatido con

(1) Duvoisin, *Demonstration evangelique.*

el racionalismo, y afecta profundamente á la discusión de los orígenes del Cristianismo. Procuraremos abreviar lo posible tan extensa discusión, y daremos aquí cabida á los trabajos de aquellos apologistas que han estudiado el asunto despacio y que en él tienen innegable autoridad.

En esta cuestión podemos establecer los tres siguientes puntos: 1.º La persona de Jesucristo como realidad histórica. 2.º Los hechos milagrosos del Cristo. 3.º Las profecías del Cristo y demás hechos primitivos del Cristianismo.

Punto 1.º—La persona de Jesucristo como realidad histórica.—Es necesario haber perdido la más elemental noción de la historia, ó bien estar dominado y ciego por la pasión de la incredulidad, para atreverse á dudar de la realidad histórica del Salvador y para empeñarse en desfigurar su vida, violentando el buen sentido humano é histórico.

Poco nos detendremos en lo referente al alegorismo desatentado de Dupuis, con justicia hoy olvidado, según el cual Jesucristo no es más que un ser fabuloso, un ser alegórico; el sol y sus apóstoles una personificación de los doce signos del Zodiaco..... No faltó quien, haciendo aplicación de tal procedimiento, hiciese ver que Napoleón no era personaje histórico sino una verdadera fábula; así se venga el buen sentido de las locuras de sabios sin fe, que pasan por todo con tal de no creer lo que debieran. Dejemos, pues, tales delirios y entremos en el examen de la doctrina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del alemán Strauss que hizo verdadero derroche de erudición en su enfadosa obra, *Vida de Jesús*. Strauss no acude á la fábula, pero se acoge á la teoría mística; el Salvador es para él un mito, es decir, un compuesto de realidad y de ilusión; el Evangelio una leyenda, la persona del Cristo no es realidad individual; es una *idea;* esa idea es la misma *humanidad;* el Cristo no es más divino que el hombre, y esa divinidad humana no es otra cosa que la unión del hombre con Dios, según lo promete la filosofía.

Expuesta ya la doctrina, ¿qué debemos pensar de ella? Véase lo que acerca del asunto se lee en la obra *Recherche de la vraie religion,* del abate Cauly:

«¿Debemos repetir que la historia universal se levanta contra esta teoría y atestigua la realidad de la existencia de Jesucristo? Cuarenta siglos le preparan; dieciocho siglos dan testimonio de su venida. ¿Por qué, en efecto, hay cristianos? ¿En dónde se halla el origen del Cristianismo? ¿Cómo desapareció el paganismo? ¿Quién reformó las costumbres y creó nuevos pueblos? Misterio inexplicable todo eso si Jesucristo no es una realidad. Por otra parte lo hemos demostrado: no solamente los Evangelios, libros absolutamente históricos, prueban la existencia de Jesucristo, sino los testimonios profanos lo atestiguan superabundantemente: Tacito *(Anales*, lib. XV), Suetonio *(Vida de Claudio,* cap. XXV), Plinio el Joven *(Carta á Trajano),* Flavio Josefo, historiador judío, que

nació tres años solamente después de Nuestro Señor, en sus *Antigüedades judaicas,* el *Talmud,* libro de las tradiciones de la ley judía, etc., refieren la vida y las obras de Jesucristo».

Ahora, entremos á examinar la triste labor del famoso Renan, que tanto llamó la atención con su libro *La Vida de Jesús,* libro que atrajo sobre sí refutaciones sin cuento. Expongamos en breves términos la doctrina de Renan que vistió á la francesa las pesadeces de Strauss.

Renan toma por su cuenta el Evangelio y le hace decir todo cuanto á él le conviene; por este camino no hay libro histórico que no encierre una novela; y novela es, y no otra cosa, el libro *La vida de Jesús,* escrito con desenfado sin igual por el exseminarista de S. Sulpicio, á quien no la filología, sino el filosofismo racionalista, le hizo perder la fe. Divide Renan su citada obra en tres partes que son, como M. Foisset dice, la *pastoral,* la *truhanería* y la *tragedia.* Comiénzase en la primera parte la vida del Cristo; y esta vida se desliza como existencia campestre, ocupación errabunda, y Jesús adquiere con su habilidad de palabra y de acción el aura popular. En la segunda parte, Jesús es el maestro: maestro sugestionador, capaz de sorber el seso á sus discípulos, reformador, revoltoso, taumaturgo, ó mejor, milagrero y loco. Llega el final; comiénzase la lucha, síguese la muerte, y el entusiasmo de los suyos le vuelve á la vida y para siempre. Esto, como se ve, es un ensueño, pero ensueño acogido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con frenesí, y que pide se le apliquen las rigurosas leyes de la crítica. Podría escribirse un libro entero sobre el particular; pero no se trata ahora de eso; necesario es resumir, y vamos á traducir aquí los párrafos que al asunto dedica el abate Cauly en su poco ha citada obra:

«Contra este sistema de M. Renan, el buen sentido y la verdad protestan. Las pruebas testimoniales que establecen la verdad histórica de los hechos evangélicos son perentorias; más arriba las hemos resumido. ¿M. Renan no nos dijo que considera como auténticos nuestros cuatro Evangelios? ¿No censuró á Strauss de haber abandonado en demasía el terreno histórico? ¿Va él para eso á restablecer la verdad de los hechos? Sería lógico y razonable. Mas no queriendo el Cristo de los católicos, arregla á su manera *La vida de Jesús.*

«Trátase de *hechos simplemente históricos;* distinguirá entre los hechos ciertos y las leyendas, y, según su capricho, intentará derribar las afirmaciones más claras de los Evangelistas, por medio de estas fórmulas: «Parece, figúrase uno, probablemente, á lo que se cree, quizá, sospecho, ¿quién sabe?» Mas no es refutar la historia verdadera el suscitar dudas sin fundamento y sin pruebas. La más auténtica de las narraciones podrá hallar contradictores que lanzarán así por todas partes interrogaciones. Pues en eso consiste todo el sistema de M. Renan. En cambio imagina él de buen grado pormenores ignorados de todos.

¿Va él siquiera á buscarlos en buena fuente? Se guarda de indicarlo; con parapetarse detrás de su cualidad de *orientalista,* le basta. En ocasiones, es verdad, remite á los textos del Evangelio, y el lector se ve altamente sorprendido al encontrar en el lugar indicado todo lo contrario precisamente de lo que afirma el escritor.

«Trátase de *hechos milagrosos* referidos por los Evangelistas, M. Renan contradice su principio: para él los Evangelios dejan de ser entonces piezas históricas, y las interpretaciones surgen como por encanto».

El R. P. Félix en sus *Conferencias sobre el progreso por medio del Cristianismo* (1) escribe:

«Después de haber caracterizado á la crítica que ataca á nuestro Dogma soberano, denunciándola como enemiga de la ciencia y del Cristianismo y llamándola por su verdadero nombre, es decir, *anticientífica* y *anticristiana,* hemos procurado determinar con claridad la posición respectiva de Jesucristo, objeto de los ataques de la nueva crítica que dirige sus ataques á Jesucristo. Hemos dicho que Cristo es, respecto á la crítica que lo ataca, un poseedor secular; que su posesión real nos ofrece el triple prodigio de su amplitud en el espacio, su profundidad en la humanidad y su dilatación en el tiempo; y que la crítica, poniéndose frente á esta posesión que históricamente es incontestable, se presenta con títulos que son

(1) Traducción castellana de D. J. M. Antequera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

científicamente inaceptables, oponiendo á este incomparable hecho tres cosas cuya nulidad científica hemos reconocido; á saber: una negación que no puede ser formal y que se desvanece como una leve sombra ante el resplandor de nuestra universal afirmación; una duda endeble que no tiene fuerza para destruir el hecho de una posesión segura, y por último la hipótesis quimérica de que nuestro Dogma se ha formado á modo de una leyenda, hipótesis contraria á la razón, á la naturaleza y á la historia; y hemos concluído de aquí que la posesión de Jesucristo Dios es inatacable y que ese fantasma de ciencia no logrará echar por tierra la inquebrantable pirámide».

Punto 2.º — Los hechos milagrosos del Cristo. — La negación anticristiana echó mano de varios medios para desentenderse del argumento poderoso que resulta en favor del Cristianismo si se admiten los milagros obrados por el Salvador, para dar testimonio de su Divinidad. ¿Qué valen esos recursos de la crítica contra el hecho que se impone con toda su fuerza histórica? Nada; dar en el ridículo y dejar ver sus verdaderas tonterías y sus locos esfuerzos en negar la evidencia, de suerte tal, que para todo espíritu sincero basta leer lo que la crítica opone, para comprender que toda la razón está de parte de la fe cristiana. En breves palabras sintetiza el R. P. Félix en sus citadas *Conferencias* (1), el argumento que defiende la verdad cristiana en este punto y que dice así:

1) Traducción castellana antes citada.

«En vano trabaja la crítica anticristiana por destruir, combatiendo los milagros del Evangelio, una de las bases más sólidas de la demostración cristiana. El milagro evangélico subsiste como la manifestación más popular y más brillante de la divinidad de Jesucristo. Entre la crítica que niega esos milagros y los milagros negados por la crítica, hay tres testimonios cuya evidencia pondrá cada día más de manifiesto la verdadera ciencia: está el testimonio de la Iglesia que los afirma, el testimonio del Evangelio que los refiere, y el testimonio de Jesucristo que los hizo. Esos tres testimonios, que se confirman y se prestan mutuo apoyo, muestran tan claramente el sello de la verdad, que la crítica no puede negar los milagros sin afirmar lo incomprensible y sin caer en insolubles contradicciones, como son: que ese hecho inmenso de la fe de los cristianos no tenga razón de ser ni pueda existir; que el Evangelio, que reune todas las condiciones de certidumbre, quede declarado un conjunto de imposturas; y que Jesucristo, el sabio y virtuoso por excelencia, resulte convencido de no ser más que un embustero ó un monomaníaco. La crítica puede continuar sus ataques, pero no hará más que ir de contradicción en contradicción, y el milagro subsistirá siempre, proclamando la divinidad de nuestro Señor Jesucristo».

El abate de Broglie, en su ya citada obra, al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tratar de los milagros de Jesucristo, dice después de haber expuesto los precedentes del asunto, si es posible que dadas las circunstancias sea posible admitir que tal serie de milagros sea de arriba abajo una invención y que pudiera imaginarse; y añade: «¿Cabe admitir que una leyenda milagrosa se formase toda entera en tan corto tiempo, sin sufrir oposición, considerándose esta leyenda como prueba fundamental de la nueva religión y por lo tanto como el eje mismo de la discusión? ¿Quién no ve que tal hipótesis es inadmisible y que, aun concediendo á los racionalistas una redacción un poco tardía de los Evangelios, el testimonio que dan de los hechos milagrosos no perdería nada de su fuerza? Aquí, además, por otra parte, hay una respuesta más sencilla. Léase de buena fe el Evangelio y léase también una historia legendaria cualquiera, la de Budha ó la biografía reciente de Mahoma, y hágase la comparación. Por una parte hay una sencillez, un candor, un carácter evidente de verdad; siéntese que se oye la palabra de aquél que vió lo que refiere. Por la otra parte, nótase por el colorido mismo de la narración que se halla uno ante una obra de fantasía».

Cerremos estas citas con lo que se lee en la obra, *El buen sentido de la fe*, del P. Caussette (1) en el capítulo que á este asunto que venimos tratando dedica su sabio autor:

(1) Traducción citada.

«¡Consideración verdaderamente digna de tenerse en cuenta, refiriéndose á la certeza de los hechos evangélicos! Al paso que todos los historiadores los admiten, los vemos impugnados únicamente por algunos que se engalanan con el nombre de filósofos ó por teólogos incrédulos. Esta observación de Kengstemberg, el más sabio expositor alemán, basta por si sola para dirimir la cuestión. En efecto, dicho escritor hace notar que en contra de dichos hechos se oponen sistemas, pero no pruebas, y que si son discutibles ante el tribunal de las ciencias especulativas, en razón de tener éstas constantemente una teoría al servicio de sus más peregrinas afirmaciones, no lo son en manera alguna ante el de la historia, en el cual solo los hechos positivos tienen el derecho de prevalecer contra los que no lo son.

«Cuando hace poco tiempo, respecto del particular, se metió tanto ruído lo mismo en Francia que en Alemania, llegaron á presumir los incautos que se había descubierto alguna impostura ó mixtificación en lo que constituye la base del Evangelio. Todo se redujo á la aparición de dos especies de soñadores: los unos, simplemente racionalistas, pretendían que los hechos del Evangelio nada tienen de milagrosos; los otros, puramente mitólogos, sostenían que los milagros del Evangelio no constituían hechos. Los primeros negaban la realidad sobrenatural; los segundos la realidad histórica de tales acontecimientos; mas así éstos como aquéllos, en lugar de producir una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sola justificación positiva en que apoyar sus opiniones, limitáronse á presentar nuevas interpretaciones más ó menos ingeniosas. Es decir, que la crítica acude constantemente á la ciencia experimental, siendo así que ésta no es más que la ciencia de las hipótesis contra la experiencia».

Punto 3.º—Las profecías del Cristo y los demás hechos primitivos del Cristianismo.—Si el milagro es, como lo es, el sello de Dios, en la Profecía tenemos el testimonio de otro hecho divino, de otra garantía de Dios, pues que sólo á Él es dado conocer lo futuro contingente ó libre.

El Salvador no se contentó con ciertos anuncios vagos, incoherentes, que pudieran ofrecer elasticidad tal que se salvase el honor del profeta si el anuncio no resultaba cumplido. Jesucristo hizo numerosos anuncios y los hizo determinadamente; el hecho se cumplió tan al pie de la letra, que tales anuncios son verdadera anticipación de la historia.

Jesús habla de los acontecimientos de su pasión, de su muerte, de su resurrección; consigna los ultrajes que ha de recibir; profetiza su muerte, y dice, nótese bien, que resucitará, y esto, al tercer día; pero no solamente profetiza acerca de su persona; también conoce lo que harán los demás; habla de la negación por tres veces, y así cumplida, de San Pedro; anuncia la traición de Judas, la huída de los demás apóstoles; ofrece la venida del Espíritu Santo, promete el don de milagros, y habla de los prodigios que habían de ocurrir en la

predicación del Evangelio, las persecuciones contra sus discípulos, el triunfo de la verdad, y luego, referentemente al pueblo judío, la destrucción de Jerusalén, la del templo, la dispersión de aquel pueblo, y vemos que todo acaeció como fué anunciado, sin que haya posibilidad de coger en fracaso ni un sólo anuncio. Añádanse á estos hechos todos los acontecimientos ocurridos en la cuna del Cristianismo, el cambio asombroso del eje moral del universo; aquella sociedad de santos, de mártires, de convertidos, esa maravilla de la Iglesia, que sufriendo universal persecución y sometiendo al hombre á una moral purísima que le pide asombrosos y constantes sacrificios, triunfa de todo y se hace dueña de la inteligencia, del corazón, del alma de la humanidad, y sepulta en el seno de la muerte todas las degradaciones del paganismo.

Compárense todos los cultos conocidos con la Iglesia católica, y se verá que sus hechos primitivos son inmensamente superiores y ofrecen el sello manifiesto de la intervención de Dios en favor suyo.

LECCIÓN XXX

El Cristianismo estudiado en sus Dogmas

Ahora vamos á entrar ya en el interior de esa gran fábrica moral que llamamos Cristianismo. Los Dogmas cristianos encierran tal grandeza, tal sublimidad y ofrecen tales verdades, que si no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apelamos á la intervención de Dios en el asunto, no es posible explicarse satisfactoriamente el hecho de esa inefable doctrina.

El Dogma católico ábrese con la solemne afirmación de un Ser supremo, vivo y personal, distinto del mundo y á quien damos el nombre de Dios. Dios es un ser infinito; por lo tanto eterno, absoluto, independiente, perfectísimo, como tal, santo con santidad esencial, bueno en sumo grado, justo, misericordioso, sabio y omnipotente; de Él traen su origen todas las cosas, no por desarrollo de la substancia divina, sino por el acto generoso é incomprensible, pero rigurosamente razonable, de la creación. Todo debe á Dios su existencia; de Él recibe su conservación, y á Él debe volver todo; Dios es principio, Providencia y fin de todo lo creado. El ser infinito es vida; pero vida perfectísima, infinita, eterna y misteriosa; en Él dánse tres personas realmente distintas, divinas, y que son una misma cosa ó substancia. El Padre, el Hijo (ó Verbo) y el Espíritu Santo. El Padre que, conociéndose á sí mismo, engendra al Verbo, su esplendor y figura de su substancia; el Hijo, que es ese mismo Verbo, engendrado por el Padre; el Espíritu Santo es el amor mutuo con que se aman el Padre y el Hijo; procede de ambos y se distingue de uno y otro. Los tres son un sólo Dios; los tres son relaciones distintas y personales de ese mismo Dios; su misterio es la misma vida divina; su unidad substancial y su triplicidad personal son el inefable misterio de la Trinidad beatísima.

Siendo Dios infinitamente bueno quiso dar participación de su beatitud á otros seres; y no pudiendo comunicarles la divinidad les otorgó, por creación, la existencia; Dios, pues, es Creador; con su palabra dió vida á cuantos seres pueblan el universo; creó el espíritu y la materia; el mundo de los ángeles, seres espirituales, sin forma corpórea, puros espíritus, dóciles ministros del Altísimo, mundo asombroso, inmenso, variado, océano de luz, de hermosura y santidad. Después, el mundo visible; ese ejército prodigiosamente innumerable de los astros; este globo que habitamos, con todas sus maravillas, desde el orden de los minerales, y subiendo por el mundo tan variado de las plantas y los animales, hasta el hombre; éste no es un ser cualquiera; es pontífice de la creación, imagen y semejanza de Dios; tiene organismo corpóreo, admirable y humano; posee un principio de vida llamado alma, alma inteligente y libre, alma espiritual, inmortal, capaz de conocer la verdad, de vivir en el orden de la ciencia, enlazada con el orden moral y destinada por Dios á fines tan altos, que este mundo es para ella camino, y su verdadera patria es el cielo; allí reposará eternamente en presencia de Dios, si por su culpa no se hizo indigna de tan generosa dádiva; pues que el Altísimo hizo al hombre hijo adoptivo suyo por el don inefable de la gracia.

Mas como quiera que antes debía mediar la prueba, el ángel y el hombre fueron probados. Muchos ángeles cayeron arrebatados por la so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

berbia; cayó también el primer hombre por la desobediencia; los ángeles culpables sufrieron, sufren y sufrirán eternamente el castigo de su rebelión; el hombre perdió la gracia y los demás bienes que condicionalmente se le habían otorgado; su culpa fué, como de cabeza de la humanidad y fuente de la familia humana, culpa original, y en él pecaron sus descendientes, con la sublime excepción de aquella mujer providencial que había de ser Madre del Redentor divino del género humano. Dios promete ese Redentor á los hombres; y cuando sonó la hora por Dios elegida, apareció en el mundo Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el Verbo encarnado, por virtud del Espíritu Santo, en las entrañas purísimas de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios y Madre y Corredentora de los hombres.

El pecado rompió las relaciones amorosas, íntimas, de adopción, que entre Dios y el hombre mediaban; requeríase una víctima capaz de satisfacer cumplidamente á la Divina Justicia y restaurar en el orden de la gracia al género humano caído; esa víctima fué Nuestro Señor Jesucristo. Verdadero Dios y verdadero hombre, sufrió Pasión y Muerte en beneficio de todos; y así como por Adán entró el pecado y la muerte en el mundo, por Jesucristo, segundo Adán, restaurador y salvador, entró el perdón, la gracia y la vida en el género humano redimido.

Los frutos de la Redención debían repartirse á los hombres, y Dios establece en el mundo la

obra maravillosa de la Iglesia. Viene á ella para infundirle luz y vida el Enviado divino, el Paráclito, el Espíritu Santo; sobre el Colegio Apostólico, á manera de asombrosa fábrica, levanta Dios esa Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica; encárgale la enseñanza, y con su asistencia vela el Espíritu Santo por la pureza é integridad de la doctrina; establece el Sacerdocio, y tenemos la admirable constitución de la Jerarquía Eclesiástica; Pedro, y en él todos los romanos Pontífices, son cabeza visible de la Iglesia; siguen luego los Obispos ó Pastores, puestos en ella para regirla en unión con la Sede Apostólica ó Romana, por el Espíritu Santo, y finalmente el Presbiterado, milicia sagrada á las órdenes de los Prelados, y todos, lo mismo que el resto de los fieles, bajo la obediencia del romano Pontífice, jefe supremo y maestro universal é infalible. La vida sobrenatural circula como la savia en el árbol, como la sangre en el organismo, á través de ese cuerpo moral que se llama la Iglesia. Los Sacramentos son fuentes milagrosas, señales instituídas por el Salvador para producir la gracia en las almas. Y finalmente, el Dogma consolador de la justificación por los méritos del Salvador; la santificación por la gracia de Dios y las buenas obras; la resurrección final y la vida perdurable, desdichada para los malos, feliz para los buenos, que habrán ya satisfecho sus postreras deudas en el lugar de expiación temporal de donde saldrán purificadas para poder entrar en el reino de Dios, en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria ó cielo cristiano que es el término, descanso y complemento feliz de la existencia.

Tal es la soberbia arquitectura, expuesta en sus grandes líneas, de la Dogmática cristiana, es decir, católica.

La breve exposición que dejamos apuntada sugiere desde luego el sentimiento de la admiración; es un edificio vastísimo, elevado, profundo, que parte de Dios y llega á todas partes; lo comprende todo, derrama luz sobre los más arduos problemas que pueden ofrecerse al entendimiento, y jamás se ve discordancia alguna entre los elementos ó verdades particulares que lo componen.

Hay en todo eso asombrosa unidad, conformidad perfecta, y á todo ello preside cierto buen sentido, cierta racionabilidad que á quien sea capaz de apreciar estas cosas le dejan sorprendido y le obligan á pensar en que tal obra es divina; la mente humana no sabe hacer cosas tan perfectas, y la historia del humano saber harto claro lo ha demostrado, ofreciéndonos el triste cuadro de las aberraciones humanas, enseñadas por sus más ilustres representantes. ¿Qué otra cosa se desprende sino de la historia de la filosofía y aún de la historia comparada de las religiones? Solamente la Religión cristiana ofrece un cuerpo de doctrina purísima, sublime, verdaderamente divina y perfectamente acomodada á las exigencias de la naturaleza humana. Y en cuanto á los elementos comunes con otros cultos, tiene de ellos todo lo bueno, sin mezcla de errores, ni

monstruosidades, ni nada que pueda ser indigno de Dios ni del hombre.

Los estrechos límites de este trabajo no nos permiten entrar en pormenores comparativos con las enseñanzas de las demás religiones; esos pormenores pueden verse tratados en los trabajos del abate de Broglie, de monseñor Laouenan, en la obra vastísima del P. Juan Mir y Noguera S. J., titulada *La Religión,* y, respecto de los orígenes cristianos, lo que ofrece en su profundo estudio, *El buen sentido de la fe,* el doctísimo P. Caussette. Algo, aunque brevemente, hemos ya dicho en nuestro humilde estudio referente al orientalismo, en la lección que trata de la fe y la etnografía. Aquí, como resumen del asunto, hemos de manifestar que por mucho que se haga en el terreno de los estudios comparados hallamos la siguiente resultante: Los cultos no cristianos encierran, entre algunas verdades que son restos de la primitiva revelación, enseñanzas puramente humanas, verdaderas aberraciones, y algo por el estilo sucede al considerar los sistemas filosóficos; mas en el Cristianismo hallamos que todos sus Dogmas son perfectamente definidos, que la razón más exigente no encuentra en ellos nada que se le oponga; la crítica, por más que se empeñe, no puede conseguir demostrar que sean de humana invención, ni plagio, ni cosa que pueda hacer temer la más mínima mixtificación. Así, pues, los Dogmas cristianos llevan inconmensurable ventaja á los de todas las demás religiones, y es nece-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sario otorgarles el dictado justísimo de que son originales, divinos, perfectos, razonables y garantía poderosa de los intereses de la inteligencia humana.

Si á lo dicho añadimos los efectos maravillosos que de la doctrina del Cristianismo se derivan, entonces el triunfo es completo, y no queda otro recurso que rendir la razón y confesar la verdadera trascendencia de la Religión cristiana; y esto vamos á verlo en la siguiente lección que es el complemento de esta sección de estudios comparados.

LECCIÓN XXXI

El Cristianismo estudiado en sus efectos (Obras y frutos del Cristianismo)

No cerraremos esta sección de estudios comparados sin decir algo de los efectos, de las obras y frutos propios que brotan naturalmente del Cristianismo, como brotan las flores y como los frutos se producen cuando es bueno el árbol. Aquí no entraremos en el estudio de la civilización, pues á este punto dedicaremos una lección entera; así pues nos mantendremos en aquel punto ó terreno en donde solamente se verá la acción ó influencia propiamente directa de la Religión cristiana; y esto nos dará un motivo más para concluir en favor de su trascendencia ó superioridad.

El Dogma de la existencia de Dios, Dios único, perfectísimo, fuente de toda verdad, de todo bien

y de toda belleza, realidad viva, infinita, distinta del mundo y causa primera de donde traen por creación su origen todos los seres, es luz vivísima, segura y cierta, que en el orden filosófico enriquece á la razón humana, dándole idea clara del ser infinito, *ens a se,* del ser necesario, de sus propiedades y atributos trascendentales, y al propio tiempo evitándole caer en las monstruosidades del ateísmo, en las extravagancias del politeísmo y en el pernicioso error panteísta. El misterio sublime, inefable, asombroso de la Santísima Trinidad es torrente de luz, luz que brilla en medio de sus obscuros y divinos abismos, que resplandece en las ciencias teológicas, que ilumina las ciencias naturales con la hermosa luz de la unidad en la multiplicidad; que es como la ideal harmonía, el tipo santísimo, vestigio divino impreso en las obras de la divina diestra, como reflejo admirable que toda obra de arte lleva en sí, publicando la grandeza, el genio y perfección del artista. Imposible manifestar los motivos de altísima meditación que pueden encontrarse al fijar la mente en ese mundo del infinito cuya vida íntima, misteriosa, potente, fecunda, piélago inmenso de luz, de actividad y de amor conocemos, aunque no la comprendemos, en el augusto misterio del Dios trino y uno. Y en el Dogma profundo y bellísimo de la creación, ¿no encontramos luz por do quiera para explicarnos esa inmensidad de seres creados que nos rodean, que diariamente admiramos, que forman el objeto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sario otorgarles el dictado justísimo de que son originales, divinos, perfectos, razonables y garantía poderosa de los intereses de la inteligencia humana.

Si á lo dicho añadimos los efectos maravillosos que de la doctrina del Cristianismo se derivan, entonces el triunfo es completo, y no queda otro recurso que rendir la razón y confesar la verdadera trascendencia de la Religión cristiana; y esto vamos á verlo en la siguiente lección que es el complemento de esta sección de estudios comparados.

LECCIÓN XXXI

El Cristianismo estudiado en sus efectos (Obras y frutos del Cristianismo)

No cerraremos esta sección de estudios comparados sin decir algo de los efectos, de las obras y frutos propios que brotan naturalmente del Cristianismo, como brotan las flores y como los frutos se producen cuando es bueno el árbol. Aquí no entraremos en el estudio de la civilización, pues á este punto dedicaremos una lección entera; así pues nos mantendremos en aquel punto ó terreno en donde solamente se verá la acción ó influencia propiamente directa de la Religión cristiana; y esto nos dará un motivo más para concluir en favor de su trascendencia ó superioridad.

El Dogma de la existencia de Dios, Dios único, perfectísimo, fuente de toda verdad, de todo bien

y de toda belleza, realidad viva, infinita, distinta del mundo y causa primera de donde traen por creación su origen todos los seres, es luz vivísima, segura y cierta, que en el orden filosófico enriquece á la razón humana, dándole idea clara del ser infinito, *ens a se,* del ser necesario, de sus propiedades y atributos trascendentales, y al propio tiempo evitándole caer en las monstruosidades del ateísmo, en las extravagancias del politeísmo y en el pernicioso error panteísta. El misterio sublime, inefable, asombroso de la Santísima Trinidad es torrente de luz, luz que brilla en medio de sus obscuros y divinos abismos, que resplandece en las ciencias teológicas, que ilumina las ciencias naturales con la hermosa luz de la unidad en la multiplicidad; que es como la ideal harmonía, el tipo santísimo, vestigio divino impreso en las obras de la divina diestra, como reflejo admirable que toda obra de arte lleva en sí, publicando la grandeza, el genio y perfección del artista. Imposible manifestar los motivos de altísima meditación que pueden encontrarse al fijar la mente en ese mundo del infinito cuya vida íntima, misteriosa, potente, fecunda, piélago inmenso de luz, de actividad y de amor conocemos, aunque no la comprendemos, en el augusto misterio del Dios trino y uno. Y en el Dogma profundo y bellísimo de la creación, ¿no encontramos luz por do quiera para explicarnos esa inmensidad de seres creados que nos rodean, que diariamente admiramos, que forman el objeto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestros incesantes estudios y que nos prestan constantemente beneficios sin cuento? A la luz de ese Dogma vemos la acción poderosa de una causa primera, libre, potentísima, que con su poder dió vida á todas las cosas, y al propio tiempo se mantiene realmente distinta de ellas, y las gobierna y dirige á su fin, que es la gloria del Criador y el bien del ser creado. Este Dogma nos libra de caer en los absurdos de la cosmogonía atea y materialista, ilumina la ciencia del mundo y se halla en perfectísimo acuerdo con los hechos y doctrinas propios de las ciencias naturales y filosóficas, en lo tocante al origen y naturaleza del universo.

Si se trata del hombre, la religión católica nos dice clara y sencillamente lo que sigue: «Es el hombre un ser compuesto de espíritu y materia, hecho por Dios, á su imagen y semejanza». Aquí tenemos la síntesis admirable de un verdadero tratado de antropología. Se afirma la existencia de un alma que, siendo imagen de Dios, debe ser espiritual, y por lo tanto inteligente y libre; se nos dice que consta además de un cuerpo, formado por Dios del barro de la tierra; organismo maravilloso que deja ver la sabiduría de su Criador; á esto añádase lo referente á las gracias singulares que le fueron otorgadas, hasta el punto de ser elevado al orden de la adopción y destinado á la bienaventuranza sobrenatural. De esta suerte se tienen una psicología, una fisiología y un orden moral asentados sobre firme base y defendidos

de los ataques del materialismo y de las locuras de la soberbia humana que pretende endiosar al hombre, con daño de la verdad y con menosprecio de Dios.

La vida moral del hombre da testimonio de una lucha terrible, feroz, inexplicable, que acusa ó una gran caída, ó una gran aberración por parte de la causa creadora, es decir, por parte de Dios. Lo último es manifiestamente falso; es una blasfemia y por sí sola se juzga. Lo primero es un misterio singular, la existencia del cual se hace necesaria, pero que la razón por sí sola no acierta á explicarse en cuanto al hecho en sí mismo. Mas el Dogma de la caída original lo explica todo, y nos da con su historia la clave y la más perfecta explicación de ese dualismo tremendo que el hombre siente en las mismas profundidades de su ser. ¿Y quién no ve, al par, en esta luz, un resplandor inmenso que ilumina el campo de la antropología histórica y de la antropología moral?

Pasando ahora al hermoso y sublime Dogma de la encarnación del Verbo, ¡qué abismos de saber se ahondan en tan profundo misterio! Desde allí se derrama luz divina acerca de la personalidad humana y de la personalidad divina; se establecen clara y perfectamente las nociones de naturaleza, de unión hipostática, y se ven delineados los derechos de la personalidad, las funciones de la naturaleza, y al propio tiempo, ¡qué garantía inmensa resulta de ahí para afirmar sobre bases inconmovibles la importancia y grandeza de la naturaleza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humana, tan mal parada hoy, con los ataques atrevidos, injustos, perniciosísimos y degradantes que se la dirigen mediante las descabelladas doctrinas de la antropología materialista! ¿Cómo es posible que el Verbo de Dios se hubiese encarnado y unídose con unión estrecha y personal á la naturaleza humana, si el hombre no fuese más que una bestia más ó menos perfeccionada ó mera agrupación de células, máquina humana, como algún naturalista moderno llegó á pretender? Pero, admitida la verdad católica, ¡qué gloria tan alta y tan pura resulta de ahí para la humanidad! ¡Qué fuente de luz para la ciencia y qué raudales de belleza é inspiración para el arte! Y luego la historia ve en Jesucristo la razón altísima del plan divino, la gran clave que todo lo explica, el punto de enlace de todas las cosas, el astro central, el sol más importante en ese mundo del espíritu y de la materia, pues que en el Verbo está la síntesis de cuanto existe. Es Dios y está el infinito; es hombre y está la reunión de los dos mundos; el espiritual y el material resumidos admirablemente en el organismo humano.

En cuanto á la Redención, cuadro admirable y sublime, harto se ve que de allí fluyen torrentes de luz que dejan ver toda la grandeza de la justicia divina, la inmensidad de la misericordia de Dios, el amor inefable, ardiente, incomprensible con que se sacrifica por el hombre, la hermosa economía de la reconciliación del género humano caído por la culpa, divina solución en la cual se

abrazan, por inefable modo, la justicia y la misericordia, y en fin, allí se ve el alto precio del alma humana que se rescata mediante el valor infinito de la sangre de Jesucristo. Y de ese drama sublime, ¡qué luz y qué fuerza brotan para la vida moral! Allí se aprende á sufrir, á ser fiel á Dios, á sacrificarse, y sobre todo, se aprende el difícil arte de amar á Dios con desinteresado y ardiente amor. Y á todo lo dicho, añádese la luz verdaderamente celestial que de allí parte al mundo sublime del arte.

Vengamos al infalible y amoroso magisterio de la Iglesia, tesoro de la verdad y fuente de vida sobrenatural. Cristo al fundar su Iglesia, «no vino á destruir la ley, sino á completarla», á perfeccionarla; y así debió, como lo hizo, dejar en el mundo un magisterio perfecto, incapaz de dar á los hombres el error en cuenta de verdad; y por lo tanto la Iglesia, establecida sobre la roca firmísima de Pedro. Sobre esa roca destinada á sufrir, sin ser jamás vencida, las acometidas de la mentira, sobre esa roca, decimos, levántase el edificio majestuoso y admirable de la Iglesia. Ahora bien; si la Iglesia es maestra infalible en materias de fe y costumbres, ¿qué luz tan clara y segura no reportará el entendimiento en todos aquellos difíciles y variados problemas referentes á Dios, su naturaleza y atributos, su vida íntima, su acción creadora, las relaciones del hombre con Dios, ora se le mire como autor del orden natural, ora se le considere como autor del orden so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brenatural? ¿qué seguridad en el estudio de los misterios, verdaderos abismos de la sublime ciencia teológica? ¿de cuántos errores nos librará en lo tocante al origen, constitución y fin del universo, y en lo que mira á este otro mundo abreviado, el hombre, ya se le considere desde el punto de vista de su naturaleza, de su origen, de su misión en la vida, de los deberes propios en cuanto ser social y religioso, y, en fin, en lo concerniente al pavoroso problema de su destino final? Cuando se registra la historia y se advierten los innumerables errores en que ha caído el hombre destituído de las luces de la revelación; cuando se atiende á ese espantoso laberinto de opiniones que dividen en bandos á los sabios; cuando se estudian y meditan las increíbles aberraciones de la filosofía y de la ciencia modernas, emancipadas del suave yugo de la fe, de las infalibles enseñanzas de la Iglesia, entonces el ánimo acógese presuroso y convencido á la incontrastable autoridad de esa madre que nos alimenta con la verdad y que nos libra del ominoso yugo, de la triste servidumbre del error.

Si miramos ya á ese orden misterioso y verdaderamente inefable de la gracia, ¡qué asombrosas lecciones vemos allí para iluminar ese grandioso mundo del orden moral! La gracia ilustra el entendimiento, es fuerza divina que robustece el alma, que la lleva á la práctica del bien; ahí se descubren la debilidad humana y la bondad divina, y en ese don que se llama gracia santifican-

te, la inefable adopción que Dios hace en el hombre, hermoseando su alma, uniéndosela estrechamente y preparándola para la vida eterna.

Y fijándonos en cada uno de los Sacramentos, ¿no vemos como el Bautismo nos ofrece el gran misterio de una regeneración ó nueva vida en el orden espiritual? ¿No causa verdadera admiración aquella investidura con que el Espíritu Santo señorea el alma del confirmado, derramando luz divina que nos muestra la excelencia y grandeza del hombre cristiano? Por el de la Penitencia, ¿no se nos hacen patentes los caminos de la reconciliación del hombre con Dios, la obra divina de nuestra rehabilitación espiritual, y se nos manifiesta la inefable y siempre bondadosa misericordia divina? En el augusto sacramento de la Eucaristía, ¡qué abismos de ciencia, de sabiduría, de luz, acerca del amor inefable y ardiente de Dios para con el hombre, y de los medios por Él escogidos para realizar tan asombroso misterio, abismo de milagros y fuente asombrosa de enseñanzas filosóficas, ora se trate de la substancia, ora de los accidentes, ora de la extensión, ora del modo diverso de subsistir con que puede hallarse un ser, y hasta las relaciones del mismo con los sentidos y con el entendimiento!

Por el sacramento de la Extremaunción se nos hace ver las funestas consecuencias de la culpa, los estragos y raíces que deja en el alma, la necesidad que el hombre tiene de robustecerse espiritualmente para reñir la última batalla con los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enemigos de su salvación, y la misteriosa influencia que la gracia sacramental ejerce sobre la salud y la vida en el orden físico. En el sacramento del Orden admiramos la benevolencia singular de Dios y el poder extraordinario de su gracia, para levantar y ensalzar de tal manera al hombre que le haga como administrador y dispensador de sus favores. Finalmente, por el del Matrimonio se nos revela y garantiza la dignidad y grandeza humana, pues que al unirse el hombre y la mujer para los fines propios de aquél, hácenlo mediante la consagración que fluye de la santidad del Sacramento.

La Comunión de los Santos derrama luz copiosísima que ilumina el mundo de las relaciones espirituales del hombre con sus hermanos en la fe y en la caridad, y nos ofrece toda esa hermosura que brilla en la sociedad cristiana, cuyo padre está en los cielos, morada final del hombre redimido, y que en la tierra vive al dulce calor del amoroso seno de su madre la Iglesia!

Y por último, como divina coronación de todo, como remate de esta hermosa fábrica que tiene su asiento en Dios, que brilla á la luz de los tiempos y que esconde su admirable y altísima cúpula en los abismos de la eternidad, está el Dogma de la vida futura; desgraciada y terrible para el malvado, gloriosa y feliz para el hombre virtuoso; y á la luz de ese Dogma brilla la justicia de Dios, su sabiduría infinita, su poder, su bondad y la trascendencia inmensa de las accio-

nes buenas ó malas de este ser misterioso que se llama el hombre, destinado á una bienaventuranza eterna y á vivir en la posesión y goce inefable del mismo Dios.

LECCIÓN XXXII

Acusaciones históricas: Primer punto: Crítica de los alegatos contra la Inquisición

Este asunto, del cual tanto se habló y del cual se hizo bandera de guerra contra la Iglesia, casi no debiera tocarse aquí, tan vulgar es ya, y casi tonto. Herejes é impíos han echado mano de este argumento, y ha resultado de ahí una historia fabulosa, á propósito para cazar incautos y excelente para desacreditar á la Iglesia. Mas la historia verdadera, poniendo las cosas en su lugar, nos dirá lo que todo eso vale, y nadie que tenga un poco de buen sentido histórico-jurídico se asombrará de eso, como no se extrañarán los que dentro de algunos siglos estudien las costumbres del derecho penal de nuestros días.

Para proceder con orden, veremos lo que haya de general en el asunto, y luego trataremos de algunas particularidades.

¿En qué consiste, substancialmente, el tribunal llamado Inquisición? En cosa bien sencilla: Un cuerpo jurídico, encargado de estudiar ó conocer (jurídicamente expresándonos), del crimen ó culpa de herejía, y estimar la culpabilidad de los juzgados ó acusados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dado el modo de ser de los tiempos, hubo de tomar parte en el asunto que, como tribunal, era tribunal eclesiástico, el poder civil; no para juzgar ó estimar lo referente al caso doctrinal, sino para defender el orden temporal ó civil, pues que se trataba de un enemigo común. Así pues, diremos con el abate Cauly, que el poder eclesiástico tenía su parte en lo referente á estimar la culpa, y el poder temporal hacíase cargo de los reos y los castigaba.

La razón ó valor de dicho tribunal eclesiástico, mirado el asunto como labor jurídica, es laudable si se atiende á la época y principios que la gobernaban. ¿Por ventura en la Iglesia los pastores no tienen verdadera necesidad, y no es su oficio propio velar por la pureza de la doctrina y preservar del veneno del error á sus ovejas? Y cuando el caso lo requiere, ¿no se acude en todas partes al castigo para lograr el fin bueno que se va persiguiendo? Extrañarse, pues, de la existencia del tribunal de la Inquisición, supone verdadera ignorancia ó refinada malicia.

Viniendo ahora á su proceder ó conducta práctica, oígamos al abate Cauly que en su obra, *Apologétique Chrètienne*, dice lo siguiente:

«Desde el punto de vista de los hechos fué un tribunal de reconciliación más bien que de severidad. Ningún tribunal obró jamás con mayor suavidad. De ello tenemos la prueba en el famoso proceso de los Templarios de Francia; estos acusados pidieron expresamente ser juzgados por la

Inquisición, «pues que sabían bien, dicen los historiadores, que si obtenían tales jueces no podían ser condenados á muerte». Felipe el Hermoso les negó esta satisfacción».

Véase también lo que afirmaba el Conde de Maistre:

«La Inquisición es, por su naturaleza, buena, suave y conservadora; es el carácter indeleble de toda institución eclesiástica; lo véis en Roma y lo veréis por donde quiera que la Iglesia mande. Mas si el poder civil, adoptando esa institución, juzga oportuno, para su propia seguridad, hacerla más severa, la Iglesia no es responsable de eso». *(Carta primera á un gentil hombre ruso acerca de la Inquisición).*

Ahora vamos á traducir dos párrafos importantes que en la antes citada obra del abate Cauly pueden verse, y dicen lo siguiente:

«No deben juzgarse los actos de los siglos xv y xvi como si fueran del siglo xix. En la Edad Media los reinos cristianos consideraban como un crimen no menos perjudicial á la sociedad que á la Religión la herejía ó el ataque á la fe y á la moral. En toda Europa, el crimen de lesa majestad era castigado con la última pena, y este último crimen dividíase en lesa majestad divina y humana. Pues bien, todo crimen enorme contra la Religión tratábase como crimen de lesa majestad divina. De ahí la costumbre general de quemar á los sacrílegos, á los parricidas, á los heresiarcas y á los herejes obstinados..... Es preciso pues fijarse en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la época y en las ideas recibidas, tratándose de esa severidad que hoy tendríamos por excesiva, y no solamente á la Inquisición sino á la humanidad entera sería preciso acusar.

«Finalmente, para apreciar una institución cualquiera debe juzgársela no por un detalle, ni en tal ó cual momento dado, sino más bien en sus resultados generales. Pues bien, Voltaire lo reconoció y proclamó; á la Inquisición es á quien España debe el haber escapado á todos los horrores que han deshonrado á todas las demás naciones de Europa, á los asesinatos, á las guerras civiles de religión».

Ahora conviene que pasemos á la *horripilante* Inquisición española, contra la cual se han dicho las más increíbles tonterías, indignas, ciertamente, de personas serias. No pretendemos de maestros en asuntos históricos; así dejemos hablar en este asunto á quienes pueden con autoridad hacerlo.

El abate antes citado, y en su también poco ha citado libro, se pregunta:

«¿La Inquisición española fué un tribunal de sangre?» Y contesta:

«Es evidente que la Inquisición, teniendo el encargo de aplicar las leyes de España, debió, como todo tribunal en este mundo, comprobar delitos y aplicar castigos. No al tribunal, sino á la ley es á quien deben hacerse cargos por sus aplicaciones severas y aún sangrientas. Es, pues, á la legislación real á quien debe imputarse la responsabilidad, y por otra parte está bien comprobado: 1.º que ninguna disposición de la Inquisición no habría podido ser, no solamente ejecutada, pero ni aún publicada sin el consentimiento previo del rey; 2.º que los inquisidores que fallaban acerca de la culpabilidad no dejaban, al entregar el culpable á la justicia secular, de implorar en su favor la piedad y la conmiseración, aún en el caso de que todos los medios de traerle al arrepentimiento y de salvarle hubiesen fracasado».

En cuanto al fabuloso número de víctimas achacadas á la Inquisición española, debemos notar que es obra del conocido Llorente, que inventó á su gusto, formando un cálculo sin base debida, y la cosa está hoy del todo desacreditada entre las personas formales. El mismo abate Cauly, exponiendo este asunto en sus pormenores, saca la siguiente conclusión: «El número de víctimas citado por Llorente es, pues, exagerado». Y al hablar de la expulsión de los moros de España, dice así:

«Se ha calificado de severo el edicto del 12 de febrero de 1609, que expulsaba á los moros de España; mas esta medida enteramente política fué aprobada y considerada como una necesidad de Estado por los hombres más ilustrados de España».

Digamos algo de los famosos autos de fe. Consistían éstos en sentencias absolutorias de las personas acusadas injustamente y en la reconciliación de los pecadores arrepentidos con la Iglesia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En esto no había fuego ni tortura. Pero si ocurría que hubiese herejes obstinados ó criminales probados, en ese caso se les entregaba al brazo secular.

El famoso historiador ó soñador Llorente, al hablar de las víctimas de la Inquisición de Toledo, en los autos de fe de los días 12, 2, 1.° y 10, de los meses relativamente de febrero, abril, mayo y diciembre de 1486, va citando números, y llega nada menos que á la cifra de 1.700 víctimas. El abate Cauly, que estudió bien este asunto, afirma que no hubo ni una sola condenación capital; y M. Bourgoing, embajador de España, en su *Tableau de l'Espagne moderne,* dice: «Confesaré, para rendir homenaje á la verdad, que la Inquisición podría citarse en nuestros días como un modelo de equidad».

En cuanto á los procedimientos empleados por la Inquisición, vamos á ver si se cometían arbitrariedades, violencias ó algo ignominioso ó infamante.

Traduzco, para no hablar por cuenta propia y para ser exacto, la siguiente página que es en verdad interesante:

«No es cierto que la Inquisición española haya cometido arbitrariedades ó violencias á medida de sus caprichos. Se la representó como un mónstruo insaciable, siempre en acecho para apoderarse á la menor sospecha de sus víctimas. La verdad es que, como todos los tribunales, concedía hasta tres veces intervalos de gracia; quería

que los hijos de los herejes fuesen tratados con bondad aún después de esos intervalos; que nadie fuese detenido por blasfemia escapada en un momento de cólera, y si se trataba de propósitos heréticos exigía un certificado de médico, declarando que no había enajenación mental. El artículo 8 de los *Estatutos* de 1496 ordena un castigo público contra los falsos testigos y recomienda que se desconfíe de los acusadores. El artículo 23 permite al acusado escoger un procurador entre los abogados del Santo Oficio, y exigir de él juramento de guardar secreto, de defender sincera y lealmente á su cliente. Si el acusado era pobre, su abogado lo pagaba el fisco. El acusador debía jurar que no se hallaba inspirado por el odio. Los procesos verbales se le leían dos veces al acusado en presencia de testigos eclesiásticos. Finalmente, los inquisidores debían poner todo cuidado en conocer lo que podía disculpar al acusado, y una vez terminada la instrucción preguntarle todavía si deseaba nuevas investigaciones.

«No es cierto que la Inquisición española hubiese inventado torturas no acostumbradas. Aplicábase, por el contrario, á suavizar los procedimientos de la justicia en esta época. Llorente lo confiesa: mientras las otras prisiones eran hoyos negros y húmedos, las de la Inquisición eran habitaciones abovedadas y secas. Ni cadenas, ni esposas, ni collares de hierro. Contrariamente á las costumbres recibidas en los tribunales civiles,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se permitía renovar la tortura en el curso del nuevo proceso». (1)

Este asunto de la Inquisición ha obligado á trabajar á los defensores de la verdad histórica. Difícilmente hoy habrá quien se atreva á renovar la contienda; sería dar de sí pobrísima idea. Mas los que deseen estudiar despacio el asunto pueden registrar los trabajos de los señores Ortí y Lara, Rodrigo, Rubió y Ors, Menéndez Pelayo y el folleto titulado: *La Inquisición,* por un Amigo del pueblo.

LECCIÓN XXXIII

Las llamadas persecuciones hechas por los católicos

Nótese bien, en el presente asunto, que aquí no debe tratarse de las cuestiones que ofrecen responsabilidad á personas ó entidades que nada tienen que ver con la conducta ó manera de proceder de la Iglesia. Y así, si la autoridad civil, en los asuntos de la Inquisición, lleva cargos ó culpas en alguna ocasión, estos cargos no deben recaer sobre la Iglesia; y otro tanto debe hacerse cuando en las persecuciones (dando á este vocablo el sentido lato que comprende todo vejamen) toman cartas en el asunto, no la Iglesia, que es madre, sino personas ó entidades que no son la Esposa de Cristo.

Vamos pues á decir algo de la famosa noche

(1) Abate Cauly, obra citada.

de San Bartolomé y de la revocación del Edicto de Nantes.

1.º *La noche de San Bartolomé.*—No es cosa nueva ni mucho menos este asunto; pero, en breves términos, allá va la noción que acerca de eso nos ofrece el abate Cauly en su tan citado libro, *Apologétique chrètienne*:

«Entiéndese por la *Saint-Barthélemy* la matanza de los hugonotes ó protestantes, que ocurrió en Francia la noche del 24 de agosto, fiesta de San Bartolomé, 1572, bajo la disposición de Carlos IX, influído por los consejos de su madre, Catalina de Médicis».

En cuanto al número de víctimas, andan los pareceres profundamente divididos; hay quien lo fija en cuatro mil muertos; y también se encuentran quienes lo hacen subir hasta veinte mil. No falta quien busque un término razonable entre ambas cifras.

De este hecho se tomó pretexto para acusar á la Iglesia católica, presentándola como autora de esa obra. El abate citado estudia la cuestión y establece las siguientes proposiciones: 1.ª La Iglesia católica no tuvo intervención alguna en esa matanza. 2.ª Tal asunto fué cuestión de proscripción, cosa debida á la política de Carlos IX y de Catalina de Médicis. 3.ª Que no llegan, ni con mucho, el número de víctimas á lo que sobre el caso se ha escrito.

La 1.ª proposición resulta demostrada si se tienen en cuenta las siguientes consideraciones:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se permitía renovar la tortura en el curso del nuevo proceso». (1)

Este asunto de la Inquisición ha obligado á trabajar á los defensores de la verdad histórica. Difícilmente hoy habrá quien se atreva á renovar la contienda; sería dar de sí pobrísima idea. Mas los que deseen estudiar despacio el asunto pueden registrar los trabajos de los señores Ortí y Lara, Rodrigo, Rubió y Ors, Menéndez Pelayo y el folleto titulado: *La Inquisición,* por un Amigo del pueblo.

LECCIÓN XXXIII

Las llamadas persecuciones hechas por los católicos

Nótese bien, en el presente asunto, que aquí no debe tratarse de las cuestiones que ofrecen responsabilidad á personas ó entidades que nada tienen que ver con la conducta ó manera de proceder de la Iglesia. Y así, si la autoridad civil, en los asuntos de la Inquisición, lleva cargos ó culpas en alguna ocasión, estos cargos no deben recaer sobre la Iglesia; y otro tanto debe hacerse cuando en las persecuciones (dando á este vocablo el sentido lato que comprende todo vejamen) toman cartas en el asunto, no la Iglesia, que es madre, sino personas ó entidades que no son la Esposa de Cristo.

Vamos pues á decir algo de la famosa noche

(1) Abate Cauly, obra citada.

de San Bartolomé y de la revocación del Edicto de Nantes.

1.º *La noche de San Bartolomé.*—No es cosa nueva ni mucho menos este asunto; pero, en breves términos, allá va la noción que acerca de eso nos ofrece el abate Cauly en su tan citado libro, *Apologétique chrètienne*:

«Entiéndese por la *Saint-Barthélemy* la matanza de los hugonotes ó protestantes, que ocurrió en Francia la noche del 24 de agosto, fiesta de San Bartolomé, 1572, bajo la disposición de Carlos IX, influído por los consejos de su madre, Catalina de Médicis».

En cuanto al número de víctimas, andan los pareceres profundamente divididos; hay quien lo fija en cuatro mil muertos; y también se encuentran quienes lo hacen subir hasta veinte mil. No falta quien busque un término razonable entre ambas cifras.

De este hecho se tomó pretexto para acusar á la Iglesia católica, presentándola como autora de esa obra. El abate citado estudia la cuestión y establece las siguientes proposiciones: 1.ª La Iglesia católica no tuvo intervención alguna en esa matanza. 2.ª Tal asunto fué cuestión de proscripción, cosa debida á la política de Carlos IX y de Catalina de Médicis. 3.ª Que no llegan, ni con mucho, el número de víctimas á lo que sobre el caso se ha escrito.

La 1.ª proposición resulta demostrada si se tienen en cuenta las siguientes consideraciones:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1.ª El asunto de que se trata era más político que religioso. No se trataba de doctrinas; tratábase de rebelión. El abate Cauly sintetiza esto en breves y claras palabras, diciendo: «Tres revueltas anteriores, algunas ciudades substraídas á la obediencia real, sitios sostenidos, tropas extranjeras introducidas en el reino, cuatro batallas dadas contra el ejército del rey y de su madre. Así Carlos IX, después de la Saint-Barthélemy, escribía á Schomberg, su embajador en Alemania, hablando de los hugonotes: *No me era posible soportarlos*».

La cuestión religiosa para nada entraba en el asunto; prueba de ello está en los edictos reales que hacían constar que en nada se molestase á los protestantes.

2.ª Los personajes que intervienen en el asunto son todos personajes ajenos al clero; allí no aparece ninguna dignidad eclesiástica ni sacerdote alguno. Cierto que se hace mención, en alguna parte, de los cardenales de Birague y de Retz; pero nótese que no son sino los mariscales de tal nombre, y no los cardenales; ni podían serlo, porque ambos vistieron la púrpura cardenalicia algunos años después de lo ocurrido en 1572; el primero en 1578 y el segundo en 1587.

3.ª Según el abate Cauly tenemos lo siguiente:

«La religión católica entra menos aún como *agente* en la matanza. No podría citarse la intervención del clero; la historia, por el contrario, refiere que el catolicismo abrió sus puertas á las

desgraciadas víctimas. El *martirologio* calvinista escribe que en Lyon, en Tolosa, en Bourges, los conventos sirvieron de asilo. El obispo de Lisieux, Hennuyer, se opuso á la matanza mandada por el rey; en Nimes los católicos, tan maltratados por los protestantes, son quienes toman á los perseguidos bajo su protección».

Vengamos ya á otro punto de la presente cuestión.

La persona de Coligny entra en esto de muy especial manera; los protestantes pónenle muy alto; pero es el caso que el famoso almirante empuñó las armas contra el Estado y se hizo reo de lesa majestad. Tratándose de labor histórica tan delicada, preferimos hablar con palabras ajenas. El mismo abate, de quien venimos tomando tantos datos, después de apuntar la prueba de la rebelión del almirante, que resulta comprometido por sus papeles, en los cuales se trata de sus complots, escribe que registrando eso no costará trabajo persuadirse de que se había hecho insoportable á Carlos IX y lo mismo á Catalina de Médicis, y se declaraba enemigo encarnizado de los Guisas, cómplice y también instigador de Poltrot y asesino del Duque.

¿La matanza de los hugonotes fué un complot fríamente tramado ó fué una explosión rápida, labor del momento traída por las circunstancias? Los que defienden la causa de sus correligionarios protestantes dicen que fué asunto preparado con largo espacio de tiempo; no faltan quienes lo con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sideran como cosa repentina. Dejando á un lado los pormenores que aquí no son de rigurosa necesidad, y notando lo que en breves términos apunta el abate Cauly en su precitado libro, véanse sus palabras que ofrecen la conclusión sobre este determinado punto:

«Añadamos cuán poco verosímil es que el complot se mantuviese oculto durante siete años, como lo pretenden los protestantes que lo hacen remontar á la entrevista de Bayona, y cuán al contrario, el conjunto de los hechos se harmoniza mucho mejor con el parecer de una determinación súbita que deja casi todo á lo imprevisto y al furor de las pasiones populares».

Si se trata de la extensión de la matanza, parece que el asunto debió limitarse á París; no se sabe con certeza que las órdenes del rey, por lo menos órdenes generales, se hubiesen extendido á las provincias. Las *actas* de los llamados mártires protestantes nos suministran datos para pensar que en las provincias los gobernadores procedieron sin recibir disposiciones del rey, «y, dice el abate Cauly, según sus interpretaciones individuales ó en vista de mensajes particulares».

¿Fueron muchas las víctimas ocurridas en esa matanza? La divergencia es enorme; quien dice que llegaron á diez mil, quien á treinta mil; no falta quien llega hasta setenta mil, y alguien interesado en acrecer el número las eleva hasta cien mil. Pero si se atiende á lo que hubo de exageración por parte de autores interesados en ello,

si se mira á lo que dan de sí las cifras ó hechos determinados en el *martirologio calvinista,* si se atiende á otros datos que merecen entrar en el asunto resulta, según el abate Cauly, una cifra, que podemos llamar la cifra histórica, reducida á dos mil. Y en resumen, bien estudiado el asunto, cabe decir lo siguiente que el abate Cauly estampa al final de su estudio sobre la materia de que venimos tratando: «A los ojos de la sana crítica cabe decir que la luz se ha hecho tocante á un acontecimiento que ningún espíritu formal é instruído debe imputar á la Iglesia».

La revocación del edicto de Nantes.—Asunto es éste que ya nadie se acuerda de él si se tiene un poco de buen sentido histórico; no hay en él nada que tenga que ver con la religión; trátase de un asunto enteramente político. Y no obstante, ciertas gentes se han dado á la ingrata y nada justa labor de envolver á la Iglesia en tal asunto.

Nótese que en el edicto de Nantes hacíanse concesiones ó privilegios en favor de los protestantes, y ese acto era cosa de la autoridad real. Debe notarse que esas concesiones hechas á los protestantes podían traer consigo abusos que habrían de exigir luego la correspondiente represión; esos abusos, efectivamente, se produjeron; los protestantes llegaron á tener, de hecho, una especie de autonomía, y se negaron á cumplir el convenio ó condición de restituir á los católicos las iglesias que debían devolverles. Esto provocó ó creó una verdadera situación de guerra. El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

proyecto era nada menos que dividir la Francia en porciones. A pesar de las repetidas veces que se les otorgó la paz, las revueltas repetíanse y se creaba á la nación un estado de peligro constante. Las cosas llegaron á extremo tal, que el rey Luis XIV se vió obligado á tomar serias medidas, dejando el mal cortado de raíz; entonces, en 1685, se dictó la revocación del edicto de Nantes.

Si la cuestión se mira á la luz de la Religión, desde luego se debe notar que cuando existe una Religión verdadera, ésta tiene de su parte los legítimos derechos de la verdad, y el poder civil defendiendo su causa no hace más que poner la espada al servicio de la verdad, que es ponerla al servicio del bien. Y en el orden social, ¿quién desconoce que la influencia de la verdad lleva consigo la estabilidad del orden, obligando á cada cual á respetar los derechos ajenos y á venerar debidamente á la autoridad, verdadera representación de Dios en la tierra y condición precisa para el sostenimiento de la unidad y del bienestar social? Resumiendo el asunto cabe decir en justicia que la más escrupulosa crítica histórica nada tiene que echar en cara á la Iglesia en el asunto aquí tratado.

El abate Cauly cierra la cuestión largamente por él estudiada, con la siguiente cita de Luis Blanc, tomada del 2.º tomo de sus obras. Dice así:

«Esta medida tuvo por efecto reparar una multitud de injusticias hechas á los católicos, hacer volver á la verdadera fe muy crecido número de franceses seducidos, hacer salir del reino á los más obstinados en el error, finalmente poner á los sectarios en la imposibilidad de emprender nada contra la paz y la tranquilidad interior del Estado. Tales resultados compensarían largamente los perjuicios materiales que la salida de los calvinistas fuera del reino hubiera podido causar á Francia, suponiéndolos tan verdaderos como se pretendió con mucha exageración».

LECCIÓN XXXIV

Algunos puntos histórico-científicos.– Los Antípodas.— Proceso de Galileo.

Estos asuntos de pormenor difícilmente pueden entrar en un trabajo que, como el presente, debe ser labor orgánica y no labor de yuxtaposición; pero las necesidades de la polémica lo piden, y para responder, siquiera brevemente, á ciertas objeciones que pueden ofuscar aunque carezcan de base en el terreno de los principios, necesario es tocarlas, sin otorgarles más valor que el que en realidad tienen.

Y viniendo al asunto de los Antípodas vamos á exponerlo y tratarlo, tomando los materiales que al efecto consigna el abate Cauly al estudiarlo en su citado trabajo apologético.

Según Baronio, el Papa Zacarías escribió una carta, refiriéndose á un sacerdote irlandés llamado Virgilio, que se había trasladado á Alemania para ocuparse en predicar la fe cristiana. La fe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cha de ese documento era del año 749 y la carta, dirigida á San Bonifacio, decía lo siguiente: «Si está probado que sostiene (Virgilio) que hay otro mundo y otros hombres sobre la tierra, otro sol y otra luna, expulsadle de la Iglesia en un concilio, después de haberle despojado del sacerdocio». De aquí se trató de sacar una conclusión que el abate Cauly encierra en los siguientes términos: «que el sacerdote Virgilio había sido condenado como hereje por el Papa Zacarías, por haber enseñado la existencia de los antípodas... Pues eso es, sin embargo, un hecho actualmente demostrado por la ciencia; luego la Iglesia se halla en oposición con la ciencia; se arroga en las cuestiones científicas un derecho que no le compete, y manifiestamente se arrojó en el error».

Ahora bien; de ahí ¿qué se deduce? No ciertamente que Virgilio haya sido excomulgado en calidad de hereje, por haber enseñado la existencia de los antípodas; trátase ahí, dice el abate Cauly, de una suspensión y degradación, pero es asunto de pena conminatoria, y que no se refiere á la herejía. Después añade:

«La historia demuestra claramente que la condenación no se hizo nunca. En efecto, Virgilio quedó en los mejores términos con el apóstol de Alemania, San Bonifacio; en parte alguna se encuentra que hubiese ocurrido sobre este punto examen jurídico, ni que Virgilio hubiese ido á Roma para ser allí examinado, como lo prescribía la carta de Zacarías, si hubiera motivo de examen. Virgilio llegó á ser obispo de Saltzbourgo y murió en 780. Los milagros que se obraban en su sepultura obligaron á contarle en la categoría de los santos, por el Papa Gregorio IX, en el siglo XIII. Pues todo eso no podría explicarse si alguna vez Virgilio hubiera sido declarado *hereje*, y aún si hubiera sido sospechoso de herejía, sin justificarse de esta sospecha».

Y si después de lo dicho todavía se insistiese, generalizando, en que de todos modos resultaba condenado el creer en la existencia de los antípodas, el mismo abate Cauly responde:

«Contestaremos á eso que en la carta de Zacarías no se trata de *antípodas*, si no tan sólo «de otro mundo, de otros hombres, de otro sol y de otra luna». Pues bien; los antípodas no son de otro mundo; son hombres de la misma especie; tienen el mismo sol y la misma luna. No puede, pues, tratarse de los *antípodas* en el sentido riguroso de esta palabra y como la ciencia actual nos los hace conocer. No es, pues, cierto que la Iglesia haya nunca declarado herejes á quienes sostenían la existencia de los *antípodas*.

Proceso de Galileo.—Asunto es éste que dió mucho juego. Hoy ningún hombre formal se acuerda de eso, y todo el mundo sabe perfectamente esa historia, que corre en las piezas del proceso publicadas por L'Epinois. Mas como quiera que es necesario decir algo y resumir el asunto, vamos á trasladar aquí su síntesis, tal como se lee en el docto y elegantemente escrito li-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

bro de don Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe*.

En el capítulo que dedica á éste y otros asuntos de carácter histórico, escribe:

«La dificultad, reducida á sus términos más sencillos, es la siguiente: El miércoles, 24 de Febrero de 1616, habiendo sido presentadas á la censura del Santo Oficio dos proposiciones enseñadas por Galileo, en las cuales se afirmaba: 1.º, que *el sol es el centro del mundo, y, por consiguiente, está inmóvil con movimiento local;* y 2.º, que *la tierra no es el centro del mundo ni está inmóvil, sino que se mueve toda por sí misma, y aun con movimiento diurno,* aquel Tribunal dió su censura unánime, diciendo: 1.º, que la primera proposición era necia y absurda en filosofía y formalmente herética, por contradecir expresamente en muchos lugares á la Sagrada Escritura, tomados según la propiedad de las palabras y según la interpretación y común sentir de los Santos Padres y doctos teólogos; y 2.º, que á la segunda correspondía igual censura en filosofía, y que, en lo tocante á la verdad teológica, era, por lo menos, errónea en la fe. El viernes, 26, llamado Galileo en presencia del cardenal Belarmino, éste le advirtió de la censura de sus doctrinas, mandándole, en nombre del Sumo Pontífice y de la Congregación del Santo Oficio, que, abandonando tales opiniones, no fuese osado de enseñarlas en adelante, de palabra ni por escrito, á cuya orden Galileo se sometió prometiendo obedecer. Dos años adelante, á los 5 de Marzo de 1518, la Congregación del Índice condenaba, como contraria á las Divinas Escrituras, la opinión de la movilidad de la tierra y de la inmovilidad del sol, y suspendía hasta nueva corrección los libros de Nicolás Copérnico y Diego de Stúñiga y las demás obras donde se enseñase tal doctrina. Este es el resumen de los documentos oficiales más importantes de la causa de Galileo, según constan en el proceso, folio 377 v.º, 378 y 380 v.º, y páginas 39, 40 y 42. ¿Cómo vino á darse esta sentencia? ¿Cuál es su autoridad? ¿Qué puede resultar de ella contra la infalibilidad doctrinal de la Santa Sede? ¿En qué se opuso á los derechos, adelantos y conquistas de la ciencia?

«Desde luego aparece extraño que habiendo el sistema del movimiento diurno de la tierra sido enseñado desde el año 1435 por el cardenal Nicolás de Cusa, por Copérnico en su libro *De revolutionibus orbium cœlestium*, publicado en Nuremberg en 1543 y dedicado al Papa Paulo III, por algunas escuelas italianas, y aun en presencia de Clemente VII, sin promover reclamación ni censura de ninguna especie, se levantaran tales clamores al ser enseñado por Galileo, que se creyese necesaria la intervención de la autoridad eclesiástica. Algún elemento extraño hubo de mezclarse sin duda alguna en la contienda. ¿Pudo ser la sospechosa heterodoxia del autor, que con sus doctrinas astronómicas quisiese apoyar alguna doctrina contraria al Dogma católico? No;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues Galileo fué siempre hijo sumiso de la Iglesia, y en sus dichos nada hay que se aparte del común sentir de los teólogos, aun en la cuestión gravísima que se agitaba en el fondo de aquella discusión, es á saber: la manera de interpretar los textos de las Sagradas Escrituras relativos á las verdades científicas. ¿Sería tal vez la pretensión de hacer pasar por tesis y verdad asentada lo que no era más que hipótesis más ó menos probable? Tampoco, pues como tesis lo había defendido Copérnico y otros, y nadie les había ido á la mano. El daño de Galileo estuvo en que, ya fuese imprudencia de su parte, ya pérfida maniobra de sus adversarios, la discusión, que no hubo de salir jamás del terreno científico, pasó al teológico y exegético; salieron á la discusión textos de las Divinas Escrituras, y los adversarios de Galileo se aprovecharon del abuso que hacía de ellas; y como, por otra parte, las pruebas que presentaba de su sistema distaban mucho de ser eficaces y concluyentes, la briosa escuela de los peripatéticos, que creía que con el sistema de Galileo se pisoteaba la filosofía de Aristóteles, como alguno de ellos decía (1), con error y pasión manifiesta, consiguió llevar la cuestión al Tribunal del Santo Oficio, el cual, después de largo examen, prohibió las doctrinas de Galileo y condenó á su autor á desdecirse de ellas y á no enseñarlas en adelante.

(1) El dominicano P. Lorini en la carta en que denunciaba á Galileo delante del Tribunal del Santo Oficio.

Hay autores que quieren defender ó excusar la doctrina del Tribunal. Otros creen que ya que la porfía había llegado al extremo de tener que intervenir en ella la autoridad eclesiástica, ésta había de templar su rigor, ceñirse á la parte de exégesis que entraba en la discusión, y no propasarse á declarar necia y disparatada la doctrina del movimiento de la tierra.

«De todos modos, queda en salvo la autoridad del Romano Pontífice, pues ni parece su nombre en el Decreto, ni en todo él se ve la sombra más leve de definición doctrinal pronunciada *ex cathedra* y dirigida á toda la Cristiandad. Y cierto que nó deja de ser prueba de especialísima asistencia de Dios en el gobierno de su Iglesia el que no diese la tal definición á pesar de lo mucho que interesaban en ella las pasiones en que hervían los ánimos de los adversarios de Galileo. Hoy día es fácil señalar el error del Tribunal de la Inquisición; mas en la época en que se condenó la doctrina del movimiento de la tierra, estaba muy lejos del grado de certidumbre que ahora alcanza; y como la enseñanza de Galileo iba enlazada con interpretaciones de textos de la Escritura algo aventurados, pertenecía á la autoridad de la providencia eclesiástica el precaver que la interpretación de la Divina Escritura no padeciese con conjeturas é hipótesis entonces poco verosímiles y abiertamente opuestas al sentir de la mayor parte de los matemáticos de aquel tiempo. Todo bien mirado, el decreto del Santo Oficio está tan

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

lejos de encerrar espíritu de persecución contra la ciencia, que más bien fué encaminado á defender sus derechos tales como entonces se entendían. De hecho los jueces se engañaron, dice L'Epinois; (1) pero en derecho, si veían la Religión amenazada y perturbadas las conciencias por una teoría todavía sujeta á duda y discusión, ¿no podían, por ventura, decirlo, no con ánimo de impedir los progresos de la ciencia, sino señalando el peligro de afirmar y enseñar esta doctrina como verdad absoluta? Por lo demás no dejaremos de observar que los tormentos padecidos por Galileo, que tanto han ponderado los adversarios de la Iglesia, y aquel famoso *E pur si muove*, que todavía llena de filantrópica indignación el pecho de más de un enemigo del Santo Oficio, son simplezas ridículas que no han tenido más fundamento que la acalorada fantasía de los que han novelado en la historia de las ciencias naturales».

Para terminar vamos á traducir un párrafo sintético y que no carece de importancia, que el abate Cauly pone al final de su estudio en la presente cuestión, al tratar el punto de la condenación del sistema astronómico de Galileo:

«En resumen, el sistema de Galileo tenía contra sí su novedad, las opiniones contrarias de la época y aun de los sabios; el famoso astrónomo

(1) En el prólogo que encabeza la colección de documentos sobre el proceso de Galileo.

cometió el desacierto de mezclar la Sagrada Escritura en su teoría; el Santo Oficio se equivocó, mas bajo la presión de las convicciones sinceras de un siglo de fe, que creía que la cuestión de dogma se hallaba envuelta en el debate; fué el error de una congregación y no de la Iglesia ni del Papa; y finalmente, el mismo Galileo abjuró su sistema como falso y erróneo, lo cual muestra que la verdad científica distaba de verse con claridad. Añadamos que su opinión, referente á la inmovilidad del sol, está hoy demostrada científicamente falsa; pues el sol describe en el espacio una inmensa órbita, en torno de una estrella de la constelación de las Pléyades, vecina de Alción, la cual sería, si no el centro del mundo, por lo menos el centro del sistema solar. Sobre este punto, los jueces de Galileo eran quienes tenían razón».

LECCIÓN XXXV

Los Papas.—Lo que hay acerca de los pretensos malos Pontífices

Escribir una Apología del Pontificado fuera labor larguísima, y por otra parte aún podríamos añadir que inútil; después de los libros del Dr. Rivera y Palma, sin olvidarse de la soberbia obra del conde de Maistre, de Luis Veuillot, de Marín Ordóñez, del malogrado y docto Sr. Ferreiroa y de los estudios magistrales del canónigo Didier, ¿qué habíamos de decir los que no somos maes-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lejos de encerrar espíritu de persecución contra la ciencia, que más bien fué encaminado á defender sus derechos tales como entonces se entendían. De hecho los jueces se engañaron, dice L'Epinois; (1) pero en derecho, si veían la Religión amenazada y perturbadas las conciencias por una teoría todavía sujeta á duda y discusión, ¿no podían, por ventura, decirlo, no con ánimo de impedir los progresos de la ciencia, sino señalando el peligro de afirmar y enseñar esta doctrina como verdad absoluta? Por lo demás no dejaremos de observar que los tormentos padecidos por Galileo, que tanto han ponderado los adversarios de la Iglesia, y aquel famoso *E pur si muove*, que todavía llena de filantrópica indignación el pecho de más de un enemigo del Santo Oficio, son simplezas ridículas que no han tenido más fundamento que la acalorada fantasía de los que han novelado en la historia de las ciencias naturales».

Para terminar vamos á traducir un párrafo sintético y que no carece de importancia, que el abate Cauly pone al final de su estudio en la presente cuestión, al tratar el punto de la condenación del sistema astronómico de Galileo:

«En resumen, el sistema de Galileo tenía contra sí su novedad, las opiniones contrarias de la época y aun de los sabios; el famoso astrónomo

(1) En el prólogo que encabeza la colección de documentos sobre el proceso de Galileo.

cometió el desacierto de mezclar la Sagrada Escritura en su teoría; el Santo Oficio se equivocó, mas bajo la presión de las convicciones sinceras de un siglo de fe, que creía que la cuestión de dogma se hallaba envuelta en el debate; fué el error de una congregación y no de la Iglesia ni del Papa; y finalmente, el mismo Galileo abjuró su sistema como falso y erróneo, lo cual muestra que la verdad científica distaba de verse con claridad. Añadamos que su opinión, referente á la inmovilidad del sol, está hoy demostrada científicamente falsa; pues el sol describe en el espacio una inmensa órbita, en torno de una estrella de la constelación de las Pléyades, vecina de Alción, la cual sería, si no el centro del mundo, por lo menos el centro del sistema solar. Sobre este punto, los jueces de Galileo eran quienes tenían razón».

LECCIÓN XXXV

Los Papas.—Lo que hay acerca de los pretensos malos Pontífices

Escribir una Apología del Pontificado fuera labor larguísima, y por otra parte aún podríamos añadir que inútil; después de los libros del Dr. Rivera y Palma, sin olvidarse de la soberbia obra del conde de Maistre, de Luis Veuillot, de Marín Ordóñez, del malogrado y docto Sr. Ferreiroa y de los estudios magistrales del canónigo Didier, ¿qué habíamos de decir los que no somos maes-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros en la difícil ciencia de la historia? Pero aquí, en este humilde compendio de asuntos apologéticos, forzoso es dar cabida, de alguna manera, á este punto especial, sin entrar en generalidades y concretando el caso, tal como se lee en las páginas que en su *Apologétique chrétienne* dedica á eso el abate Cauly, vamos á tratar los puntos siguientes:

1.º Breves consideraciones generales sobre el asunto.

2.º La cuestión referente á la Papisa Juana.

3.º Alejandro VI.

Consideraciones generales.—Dado el papel que en el mundo viene desempeñando el Pontificado, ¿qué extraño es que tenga enemigos? Lo raro sería que las pasiones humanas guardaran silencio ante tan sublime institución, que es la más genuína representación de Dios sobre la tierra. Pero si la institución en sí es maravillosamente santa, no debemos olvidarnos de que en ella se sientan hombres, y que el hombre es naturalmente flaco y está sujeto á las humanas debilidades. Así pues, ¿qué tiene de particular que, en ese sentido, alguno ó algunos Papas hubiesen pagado tributo á su condición humana?

Y concretando ya este punto, ¿á qué se reducen las acusaciones que á los Papas podrían hacerse?

Resumamos lo que dice el abate Cauly en este punto, comenzando por Esteban VII. Este instruyó el proceso del Papa Formoso; declaróse

irregular su elección y se hizo comparecer el cadáver; mutiláronsele algunos dedos, se le despojó de las vestiduras sagradas y fué arrojado al Tíber. Baronio juzga el asunto diciendo: «Hay ahí una violencia tiránica en el hecho, mas no un error en la fe».

En 956, un joven afortunado quiso reunir en sí las dos potestades; fué elegido Papa; su nombre Juan XII; su vida tan estragada que pudo muy bien ser mirado como piedra de escándalo; fué depuesto y recobró por la violencia el poder pontifical; su vida disoluta continuó, y murió sin auxilios espirituales.

Si se trata de Benedicto IX, elevado á la Sede Pontificia siendo todavía un niño, su vida durante dos años fué de disolución; su mala conducta le obligó á huir; más tarde, Dios le trajo á penitencia, muriendo en el convento de *Grotta Ferrata*.

«Tales son, dice el citado abate, los malos Papas de quienes la historia imparcial ha justamente castigado su memoria. Otros soberanos Pontífices, en los siglos siguientes, han sufrido la injuria y la calumnia, pero sus nombres permanecieron rodeados de la aureola de la virtud y de la santidad». Al hablar de Gregorio VII termina diciendo: «Queda uno estupefacto de la caridad y de la mansedumbre de Gregorio VII cuando se viene al estudio formal, según los documentos auténticos, de esta gran figura».

Bonifacio VIII.—Fué injustamente apreciado; es decir; era un santo y piadoso Pontífice,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

y contra él se levantó la venenosa baba de la calumnia.

Al resumir esta parte, lo haremos notando:

1.º Que siendo los romanos Pontífices hijos de Adán, no debe nadie extrañarse de que hayan pagado tributo á la debilidad humana; los Papas no han recibido el don de la impecabilidad; son maestros, y en este punto no se les cogió ni cogerá nunca en contradicción con su prerrogativa de guías infalibles de la Iglesia; y este hecho brilla con luz más clara, recayendo ese privilegio en hombres que pueden caer en culpa; mas nótese bien esta segunda observación que tomamos del abate Cauly en su tan citada obra: «desde San Pedro hasta Leon XIII, actualmente reinante, hubo 259 Papas legítimos. Entre ellos, cuéntanse 72 santos, la mayor parte mártires, y una multitud de grandes hombres que han brillado entre sus contemporáneos, por sus cualidades y sus virtudes, como Pío IX y León XIII en nuestros días. Pues tres ó cuatro excepciones, en una dinastía de 260 Pontífices, ¿no es un fenómeno único en la historia?»

La Papisa Juana.—Esta fábula ridícula no merecería que diésemos á ella nuestra atención, pero hay necesidad de hacerlo así, para quitar todo pretexto á quienes, cogiéndose á esa invención, pudieran objetar algo contra la no interrumpida serie de los sucesores del Príncipe de los Apóstoles.

Resumamos lo posible el asunto:

Los que pretenden hacer verdad tal ensueño extravagante, ponen á la Papisa Juana ocupando la Sede Apostólica entre San León IV y Benedicto III; fecha de todo esto, 855. Nótese que, en el asunto de que se trata, sus partidarios, hostiles al Pontificado, no aducen testimonio alguno contemporáneo que pueda servirles de base; su aserto es pues gratuíto, y la Historia no es eso; no estamos obligados á tener por tal una cosa extravagante, que se afirma sin pruebas. No vamos á describir aquí la poco decente escena que dicen ocurrió á las puertas de San Juan de Letrán. Desde que ocurrió ese fabuloso sucedido, según pretenden los que lo afirman, pasaron dos siglos, nótese bien, sin que de tal cosa se hablase; luego, como comprobante ó fundamento, cítanse las notas marginales, escritas en caracteres diferentes del texto, que se leen en unos manuscritos de *Anastasio el Bibliotecario*. Los protestantes aprovecháronse de eso, no obstante su escaso ó nulo valor histórico, haciendo el *prodigio* de buscar espacio para encajar al disfrazado Papa, pues la cronología no resulta tan holgada que deje hueco posible para el pontificado (?) del pretenso Juan VIII ó de la Papisa Juana. Mal asunto debía ser el defender tal historia, pues que los mismos protestantes, es decir algunos (Blondel, Casaubon, Bayle) combatieron eso. El caso, pues, seriamente considerado, es de arriba á bajo ridículo y fabuloso; pobre causa debe ser la que se ampara de tales supercherías, para oponer algo á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Iglesia que sigue serenamente su camino, descansando en las promesas de su Divino Fundador.

Alejandro VI.—La rehabilitación del asunto de los Borgias ha comenzado; los Borgias han sido ferozmente atacados. Oígamos ahora al abate Cauly, que nos dirá lo que hay sobre Alejandro VI:

«¿Qué fué en rigor Alejandro VI? ¿Fué no solamente en su juventud, sino siendo cardenal y Papa, un monstruo de crueldad y de lujuria, el Nerón y el Tiberio de Roma cristiana, como dicen Aimé Martín y otros después de él?» A esta pregunta da el citado escritor la respuesta en algunas páginas que vamos á resumir.

Al juzgar á Alejandro VI no debemos pagarnos de ciertos juicios que no pertenecen á la Historia. Y si se trata de las fuentes en donde beben los que le combaten, es una de ellas Burchard, nada afecto, por cierto, á Italia y al Papa; y á su *Diarium*, labor apasionada y sin crítica, añádase lo que en él supieron interpolar los protestantes. Otra fuente es *Guicciardini;* de éste basta saber que Bayle, y el mismo Voltaire, le acusan de nada afecto á la verdad.

Esos historiadores (?) de Rodrigo Borgia, le hacen pasar como hombre de muy malas costumbres antes de ser cardenal, siéndolo también después de elevado á tan alto puesto, y después, ya en la Sede Pontificia, continúa lo mismo, y hasta se le tiene por envenenador de los cardenales.

Y bien; que en su juventud hubiese cometido faltas, no se sigue que luego fuese siempre un vicioso. Si tuvo hijos, fué antes de haber recibido las Sagradas Ordenes, y no debe olvidarse que estuvo casado con Julia Farnesio. En Italia fué bien recibida la elección de Rodrigo Borgia para ocupar la Sede Romana; cosa extraña si se tratase de un hombre de vida depravada, y extraña también si se atiende al acto de su elección hecha por el Sacro Colegio.

El abate Cauly considera ahora el asunto desde la elevación al Pontificado, y presenta á Alejandro VI cuidando de los intereses de la Iglesia y de la cosa temporal, vindicándole de algunos reparos, y luego escribe lo siguiente:

«Como *Pontífice,* Alejandro VI rayó á la altura de lo más admirable que se registra en la Historia de los Papas. Vésele desplegar una solicitud universal, llamar á los cristianos á la Cruzada contra los Turcos, trabajar en volver al seno de la Iglesia á los husitas de Bohemia, pretender, con Cisneros, la reforma de las Ordenes religiosas..... «El celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, el cuidado de no investir con las más elevadas funciones sino á hombres llenos de ciencia y de virtud, la viva solicitud que tiene su mirada atenta á los peligros de la fe y al primer brote del espíritu de reforma, ¿atestan un Papa corrompido y sin costumbres, oprobio de la Iglesia y del genero humano?» *(Card. Mathieu).*

Para terminar, véanse las siguientes palabras con que cierra el asunto el citado abate Cauly, en su también citada obra:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Los Papas, dijo el conde de Maistre, no necesitan sino de la verdad». Esta frase tan verdadera no lo fué nunca quizá tanto como aplicada á Alejandro VI y á su familia. Ante esta rehabilitación de una gran memoria tan indignamente calumniada, se repetirá sin duda con este profundo filósofo: «Tiempo llegará en que los Papas, contra los cuales tanto se gritó, serán mirados en todas partes como los amigos, los tutores, los salvadores del género humano, los verdaderos genios constituyentes de Europa».

LECCIÓN XXXVI

El Poder Temporal de los Romanos Pontífices

Hé aquí un asunto palpitante y verdaderamente singular. Los hijos dóciles, sinceros, leales de la Iglesia, no ven en la Soberanía Temporal de los Romanos Pontífices nada que les asuste; encuentran perfectamente natural que el Jefe Supremo de la Iglesia disfrute de ese poder que le sirve de garantía para el ejercicio de su misión espiritual. Mas hay otros que ven en eso una usurpación, y á todo trance quieren ver al Romano Pontífice ocupado exclusivamente en las cosas de la Iglesia; es decir, quieren al sacerdote, pero no sufren al monarca. No parece sino que el Papa resultaría un tirano ó que olvidaría las cosas del cielo, por atender también á las de la tierra. Desde luego es manifiesto que al atar las manos al Sucesor de San Pedro, confinándole en la *sacristía*, lo que se

hace es ponerle trabas para la expedita administración de la Iglesia; como si para que el espíritu se hallase en mejores condiciones para ocuparse en los asuntos celestiales, se negasen al cuerpo, á quien informa, el cuidado y necesario alimento; lo que resultaría, desde luego se echa de ver: que el hombre, así tratado, sería inútil para el ejercicio de esas mismas cosas espirituales.

Vamos, pues, á estudiar, en breve resumen, este punto importante del Poder temporal del Romano Pontifice.

Hay en este asunto, para quien sabe leer en la marcha de los acontecimientos, una intervención, que pudiéramos llamar visible, de la divina Providencia. Es manifiesto que Dios quiso y quiere la libertad de su Iglesia; pero, ¿cómo sería esto posible sin la libertad del Jefe de esa misma Iglesia? El Romano Pontífice es cabeza y corazón del Cristianismo, establecido sobre esa piedra; y ¿cómo un organismo podría resultar holgada y ordenadamente funcionando, si su corazón y su cabeza no disfrutasen de las condiciones requeridas para su correspondiente actividad? Dios, pues, que quería y quiere el fin, dispuso también los medios, y á través del tiempo fué organizándose ese poder temporal, que puede muy bien llamarse la necesidad natural de la Santa Sede.

El docto apologista D. Aniceto Alonso Perujo dedica nutridas páginas al presente estudio en su *Manual del Apologista*. Véanse algunas de sus apreciaciones:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«La soberanía temporal de los Romanos Pontífices es el poder más antiguo, más justo y mejor establecido que existe sobre la tierra.

«Puede afirmarse que esta soberanía empezó desde que la Iglesia, salida de las catacumbas, pudo adquirir una existencia pública. La misma Providencia preparó, por misteriosos caminos y por un conjunto de circunstancias maravillosas, el nacimiento, progreso y estabilidad del poder temporal. Este se formó lentamente de sí mismo, y como por una mano invisible fueron elevados al trono los sucesores de San Pedro. Esta operación oculta, según la expresión del conde de Maistre, es uno de los más curiosos espectáculos de la Historia. Aquí no se encuentran tratados, ni combates, ni intrigas, ni usurpaciones».

No es propio de este libro, que tiene especial carácter, entrar en pormenores históricos, verdaderas repeticiones que todo el mundo conoce, y pasar en revista la demostración histórica del hecho y del derecho referente al Poder temporal de los Papas. Bástanos aquí ofrecer la síntesis ó resultante, y vamos á copiar otras palabras del autor, ahora mismo citado, y en su también citada obra. Dice, pues, que la soberanía temporal del Romano Pontífice está autorizada por las siguientes conclusiones:

«Por el derecho de gentes, que autoriza á un pueblo, en el último trance, á separarse del príncipe que le abandona y á entregarse á quien le alimenta, le defiende y le salva.

«Por el derecho de los tratados, que obliga á un usurpador á restituir lo que ha arrebatado y á reconocer su falta, reparándola.

«Por el derecho de la guerra, que permite al vencedor quedarse con el territorio que ha conquistado ó dárselo á quien le place.

«Por el derecho natural, que concede dominio sobre la propiedad legítimamente adquirida por donaciones libres ó por cualquier otro título.

«Por la posesión y el ejercicio de hecho durante ochocientos años, y de hecho y de derecho durante otros ochocientos.

«Por el reconocimiento solemne que han hecho de ella todos los poderes de Europa en documentos oficiales, los más graves y autorizados.

«Por la sanción del Cielo, que castiga á los que la atacan».

Oígamos ahora lo que el Cardenal Mathieu (citado por el Sr. Perujo en su precitada obra) nos dice referentemente al asunto que nos ocupa.

Dice así: «El Poder temporal tiene á su favor el sufragio de la Iglesia universal reunida en Concilios; las cartas y constituciones apostólicas por las cuales los Papas lo han reivindicado y defendido; el martirio y el destierro de muchos Pontífices por defender y salvar este derecho; el genio y gran nombre de los Leones, Gregorios, Nicolaos, Pascuales y Píos que han sido sus más intrépidos campeones; el unánime testimonio de los Obispos, del Clero y de los fieles, repetido hace trescientos años, en todas las cátedras, púlpitos y lenguas; la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confesión de los protestantes más ilustrados, de los políticos menos sospechosos y de los más famosos escritores; en suma, las autoridades todas reunidas de la tradición, de la experiencia, del saber, de la virtud, de la habilidad mundana y de la santidad evangélica».

El mismo Sr. Perujo, al estudiar la presente cuestión desde el punto de vista político-social, termina estampando los siguientes párrafos del citado cardenal Mathieu:

«Que el Papa permanezca Rey. Esta es la condición que Dios y los tiempos le han dado para que obre en nombre de la sociedad cristiana sobre los pueblos, sobre las leyes, sobre los tratados; y que si su influencia no domina en ellos, se alce al menos en neutralidad, por el respeto de todos, sobre las disputas particulares y las rivalidades nacionales. Este es el voto de la política.

«Que el Papa permanezca Rey, por temor de que la religión sea esclava del despotismo ó de la demagogia, y que no haya en el mundo más que una voz que de á conocer á los pueblos los excesos de la licencia, y á los reyes los excesos del poder. Este es el voto de la libertad.

«Que el Papa permanezca Rey, por temor de que no se engañen las esperanzas y manifestaciones de la humanidad entera. Nunca, en ninguna época se ha visto á todas las razas tender sus manos hacia el Vicario de Jesucristo con tanta unanimidad, premura y simpatía. Este es el voto del Cristianismo».

Después de exponer las razones que en el orden jurídico militan en favor del Poder temporal del Romano Pontífice, tomando para ello varios pasajes del citado cardenal Mathieu, el señor Perujo cierra esta parte del asunto, en su citada obra, diciendo:

«No hay, pues, en Europa, según expresión de Maistre, soberanía más justificable que la de los Papas: es como la Ley divina, *justificata in semet ipsa*. No hay ni ha habido monarquía más legítima en su origen, en sus títulos y en sus individuos. Los Papas no han escalado el trono con asesinatos ó parricidios, ni lo han conservado con malas artes y crímenes. Además, si se abren los libros genealógicos de los reyes más grandes de la tierra, por larga que sea su ascendencia, se llega al fin á un nombre, de un hunno, de un ostrogodo, de un vándalo ó un hérulo. Mas en la serie de los Papas subimos de un sabio á otro sabio, de un justo á otro justo, de un Santo á un mártir, de un mártir á un Apóstol, y de éste al Rey de Reyes, Jesucristo Nuestro Señor».

Como quiera que, á pesar de lo razonable de la tésis, no se han dejado de hacer objeciones, vamos á estampar aquí las que el abate Cauly, en su citada obra, expone y contesta, valiéndonos de su propia labor, que traduciremos con toda la exactitud posible:

«1.º Jesucristo ordenó á los Apóstoles que diesen gratuitamente lo que recibieron gratuitamente; les recomendó que no tuviesen oro, ni plata, ni moneda en su bolsa, ni saco para el via-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

je. Es la condenación manifiesta de la riqueza de la Iglesia, de sus propiedades, y sobre todo de la soberanía temporal.

«R. Sí, Nuestro Señor ha muchas veces recomendado á sus Apóstoles el desasimiento y el espíritu de pobreza. San Pablo quiere que el obrero evangélico se abstenga de los negocios seculares, y la Iglesia sostiene las mismas recomendaciones. Mas estas palabras no encierran sino consejos, ó no asientan sino reglas, admitiendo por lo menos excepciones. ¿No dijo Jesucristo en otra parte que el operario es digno de su merced? (S. *Luc*, X, 7). ¿Y los dones que la caridad ofrecía á los fieles, no los compara San Pablo al sueldo de los militares? (II *Corinth.*, XI, 8) Por otra parte, ni la Iglesia ni los Papas han exigido la limosna como una deuda, y reclamado las propiedades y la soberanía como un derecho. Aceptaron lo que la gratitud de los príncipes y de los pueblos les ofrecía gratuitamente.

«2.º En un discurso pronunciado en el Senado, del cual era miembro M. Bonjean, que con su valerosa muerte reparó esta debilidad, no temió expresar esta extraña aserción, tan frecuentemente repetida después: Para quien crea en el Evangelio, el Papado, á causa del ejercicio del Poder temporal, se halla en contradicción, por no decir en rebelión, con estas palabras del Hombre-Dios: *Mi reino no es de este mundo.* (1)

(1) *Moniteur*, 1.º de Marzo de 1862.

«R. Se nos cita el Evangelio; mas los Papas y los obispos conocen el Evangelio y creen en él; y desde el origen y el establecimiento de la soberanía temporal de la Santa Sede hasta el presente, ni Papas, ni obispos, ni Concilios, ni doctores han creído sin embargo que el Papado se hubiese puesto en contradicción ó en rebelión con el Evangelio, á causa del ejercicio del poder temporal. Sería, pues, necesario interpretar sus palabras según el sentido tradicional.

«Además, las palabras de Jesucristo: *Mi reino no es de este mundo*, en nada condenan la soberanía pontificia. El Salvador no dijo: Mi reino no está *en este mundo*, es extraño á los asuntos de este mundo. Si no que la traducción textual del texto: *Regnum meum non est de hoc mundo*, sería: Mi reino *no viene* de este mundo, y, como se lee en San Juan, no es de aquí: *non est hinc*. Es que efectivamente la realeza de Jesucristo y la de su Iglesia no proceden de aquí abajo. Su reino no procede de los hombres, procede de lo alto; trae su origen de Dios: *Como mi Padre me ha enviado, yo os envío...* Del propio modo, el jefe de la Iglesia puede decir: *El reino del cual se me ha confiado el gobierno no procede de este mundo, reino en la Iglesia, mas este derecho y esta soberanía los he recibido de Dios y de su Cristo.* Tal es el verdadero sentido de la frase evangélica, y en nada contradice ella á la soberanía temporal de los Papas».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Termina el abate Cauly exponiendo la objeción tomada de San Bernardo, presentándole en ella M. Bonjean como adversario de la soberanía temporal del Romano Pontífice, y el docto sacerdote francés la contesta victoriosamente en extenso párrafo. En efecto, analizado el asunto, resultan dos cosas: 1.ª que la objeción no tiene fundamento histórico; 2.ª que precisamente resulta todo lo contrario de lo que pretende M. Bonjean, si se atiende á la conducta del doctor melífluo con el Romano Pontífice; y cabe concluir diciendo con el mencionado abate, que tal oposición no se compone con los sentimientos, ni con la conducta, ni con los escritos del santo Doctor (1).

LECCIÓN XXXVII

La Iglesia y la Civilización: Progreso Intelectual, Moral y Social

Hénos ya en un terreno que pudiera llamarse el de las glorias del Catolicismo; no obstante, es tal el empeño del anticristianismo, que se niega cosa tan evidente, hasta el punto de injuriar á la Iglesia, tachándola de oscurantista, enemiga del progreso, y, en fin, cuanto hay que decir en este punto. Se han escrito voluminosos trabajos defendiendo al Catolicismo en ese terreno, y aquí vamos á condensar tan vasta materia, haciendo

(1) Véase, sobre este punto, la *Carta Pastoral* de Monseñor Plantier, del 2 de Abril de 1862.

ver cómo la Iglesia ejerce saludable y poderosa influencia en el progreso intelectual, moral y social.

PROGRESO INTELECTUAL

Comencemos notando cuál fué y sigue siendo la influencia del Catolicismo en el orden puramente científico, y luego seguirán el orden literario y artístico.

La Iglesia, nótese bien, es verdadera escuela; en ella se cultiva la inteligencia, y es como cátedra perenne en donde se instruye á los hombres acerca de las verdades altísimas de la Religión, que no pueden separarse de las enseñanzas de la ciencia, porque unas y otras son verdad y vienen á juntarse en un punto culminante, aunque por distintos caminos, pues que el objeto de todas esas enseñanzas versa siempre acerca de Dios, del mundo y del hombre. Regístrese la historia de los institutos dedicados á la enseñanza, y se verá que á la Iglesia somos deudores de señalados beneficios en ese punto. Las más distinguidas universidades de España, Italia, Francia y Bélgica dirán, todas á una voz, que á la Iglesia deben su vida. No debemos olvidar que la Iglesia fué el amparo y salvación del saber; la irrupción de los bárbaros, y otras causas además, hubieran dado buena cuenta de él; pero la Iglesia, verdadera salvadora del mundo, abrió sus puertas á la ciencia, y esos odiados y mal conocidos monjes fueron los guardadores del saber, los encargados de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Termina el abate Cauly exponiendo la objeción tomada de San Bernardo, presentándole en ella M. Bonjean como adversario de la soberanía temporal del Romano Pontífice, y el docto sacerdote francés la contesta victoriosamente en extenso párrafo. En efecto, analizado el asunto, resultan dos cosas: 1.ª que la objeción no tiene fundamento histórico; 2.ª que precisamente resulta todo lo contrario de lo que pretende M. Bonjean, si se atiende á la conducta del doctor melífluo con el Romano Pontífice; y cabe concluir diciendo con el mencionado abate, que tal oposición no se compone con los sentimientos, ni con la conducta, ni con los escritos del santo Doctor (1).

LECCIÓN XXXVII

La Iglesia y la Civilización: Progreso Intelectual, Moral y Social

Hénos ya en un terreno que pudiera llamarse el de las glorias del Catolicismo; no obstante, es tal el empeño del anticristianismo, que se niega cosa tan evidente, hasta el punto de injuriar á la Iglesia, tachándola de oscurantista, enemiga del progreso, y, en fin, cuanto hay que decir en este punto. Se han escrito voluminosos trabajos defendiendo al Catolicismo en ese terreno, y aquí vamos á condensar tan vasta materia, haciendo

(1) Véase, sobre este punto, la *Carta Pastoral* de Monseñor Plantier, del 2 de Abril de 1862.

ver cómo la Iglesia ejerce saludable y poderosa influencia en el progreso intelectual, moral y social.

PROGRESO INTELECTUAL

Comencemos notando cuál fué y sigue siendo la influencia del Catolicismo en el orden puramente científico, y luego seguirán el orden literario y artístico.

La Iglesia, nótese bien, es verdadera escuela; en ella se cultiva la inteligencia, y es como cátedra perenne en donde se instruye á los hombres acerca de las verdades altísimas de la Religión, que no pueden separarse de las enseñanzas de la ciencia, porque unas y otras son verdad y vienen á juntarse en un punto culminante, aunque por distintos caminos, pues que el objeto de todas esas enseñanzas versa siempre acerca de Dios, del mundo y del hombre. Regístrese la historia de los institutos dedicados á la enseñanza, y se verá que á la Iglesia somos deudores de señalados beneficios en ese punto. Las más distinguidas universidades de España, Italia, Francia y Bélgica dirán, todas á una voz, que á la Iglesia deben su vida. No debemos olvidar que la Iglesia fué el amparo y salvación del saber; la irrupción de los bárbaros, y otras causas además, hubieran dado buena cuenta de él; pero la Iglesia, verdadera salvadora del mundo, abrió sus puertas á la ciencia, y esos odiados y mal conocidos monjes fueron los guardadores del saber, los encargados de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

transmitírnosle, engrandecido con sus propios trabajos, y en tal modo y con tal riqueza que allí, ciertamente, nada falta: la gramática, la historia, la filosofía, la teología, las ciencias sociales y experimentales; todo tiene allí su lugar y todo se guarda y cultiva. Llegan otras edades; el vuelo de la inteligencia es poderoso; las ciencias físicas cobran luz y energía potentísimas, y ese desarrollo, esa vida brilla en los hijos de la Iglesia; y cuando la razón humana y las tendencias científicas tratan de lanzarse en atrevido vuelo á resolver y estudiar las profundas y múltiples cuestiones que todavía siguen preocupando la atención de los sabios y filósofos, en medio de tantos delirios, á través de viejos, pero en la forma remozados errores, frente á las teorías modernas que tratan de hacer mentir á la verdad y dejar malparadas las enseñanzas de la Iglesia, la filosofía católica, la ciencia humilde, verdadera y creyente, continúa su majestuosa carrera, salvando así, apoyada en la luz que brota de la infalible doctrina de la Iglesia, los sagrados intereses de la verdad, que seguramente habría perecido á manos de los que, diciéndose sus promovedores, habrían cavado su tumba, para sepultarla allí juntamente con la dignidad humana.

Es un hecho que la ciencia en el Catolicismo se registra en todas las épocas de la Historia. Desde los albores de la Iglesia ya se encuentran hombres tan preclaros por su saber como San Pablo y Sergio Paulo; S. Lucas, el Evangelista;

S. Clemente, Papa, S. Ignacio de Antioquía, San Policarpo y S. Ireneo. Después ofrécense nombres tan ilustres como los de S. Justino, Tertuliano y Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio y Minucio Félix; á estos siguen S. Cipriano, S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Gregorio Magno y el gran S. Agustín. En la Edad Media, Alberto Magno, Sto. Tomás, S. Buenaventura, S. Anselmo, Rogerio Bacon y el sutil Escoto. En tiempos más cercanos, Copérnico y Galileo, el ilustre Suárez, Melchor Cano, Belarmino, Vives, Fenelon y Bossuet, Calmet, Bergier, y ahora, en la época novísima ó contemporánea, los Balmes, los Donoso Cortés, Comellas, y González; los Lacordaire, Montalembert, Nicolás, Félix, Moigno, Arduin, Hettinger, Carbonelle, Hergenroether, Newman, Secchi, Hello, Weis y tantos otros.

Y si ahora penetramos en el mundo literario, ¡qué prodigiosa influencia se nota, inspirada por las luces de la fe y por la vida divina de la Religión!

Desde las divinas páginas de la Sagrada Escritura, que no tiene rival en orden literario y desde aquellas admirables obras de los P. P. de la Iglesia, tan justamente encomiados por Cesar Cantú; desde las oraciones elocuentes de S. Ambrosio, S. Agustín y S. Juan Crisóstomo, hasta las tan delicadas de S. Bernardo y tan sublimes de Bossuet; desde los acentos vibrantes de Lacordaire, hasta las soberbias páginas del sapientísi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo Monsabré; todo ese conjunto admirable de la elocuencia cristiana es un argumento poderoso, que se impone con fuerza insuperable.

En el mundo de la poesía tenemos el hermoso y rico tesoro de los himnos de la Iglesia y rimas de la antigüedad y de la Edad Media; los grandes poemas cristianos de Dante, Tasso, Ojeda, Chateaubriand y Verdaguer, que es además poeta místico. Añádanse las obras de los dramáticos cristianos Lope, Calderón, Tirso, y las delicadas notas de la poesía lírica, que ofrece nombres como los de Herrera, Fray Luis de León, y en los días que corremos, el del ilustre sacerdote balear Dr. Costa y Llobera, verdadero artífice, artista primoroso y ejemplar ministro del altar.

En los dominios de la prosa tenemos el tesoro admirable de los místicos españoles, así como en el de la hagiografía se nos ofrecen los nombres de Montalembert, Lacordaire, Bougaud, y en los momentos presentes el del notable escritor J. K. Huysmans, autor de la *Vida de Sta. Lydwina de Schiedam.*

Para terminar esta parte del asunto, vengamos ahora, aunque de prisa, al espléndido mundo del arte.

A esa esfera en donde todo es luz, inspiración, belleza, reflejo y presentimiento de las maravillas del cielo y de los abismos de infinita hermosura en que se oculta la Belleza increada; del Océano, en fin, en donde se baña el que es al propio tiempo objeto y sujeto en ese orden misterioso

y divino de la belleza; el Dios del arte, de la inspiración, del genio.

En este punto, bien puede asegurarse que la Iglesia Católica ejerce no igualada influencia. Comenzando por la música, esos sublimes cantos religiosos en los cuales ora lloramos las amarguras y dolores de la vida y la triste soledad de la muerte iluminada por los resplandores de la eternidad, ora nos dolemos y lamentamos de los tormentos y angustias del Salvador en su sagrada Pasión y de los dolores y amarguras de su divina Madre, ora cantamos alegres los triunfos de su Resurrección y las grandezas sublimes y tiernas al par del Misterio Eucarístico. La historia de la música nos ofrece nombres, para el caso presente, como los Dámasos, Leones, Gregorios, Vinci, Galupi, Durante, Pallestrina, Victoria, Guerrero, unidos á los de Mozart, Gounod, Hartman y Perossi.

En la pintura y escultura, también tiene la Iglesia verdaderas glorias, y á probarlo vienen los nombres de Miguel Angel, Rafael, Carrochio, Dominico, Poussin, Corton, Murillo, el piadoso fray Angélico, Coston, Lebrun y Girardon, Coyzevox, Tuby y Bouchardon, y el insigne maestro Mateo, autor del incomparable *Pórtico de la Gloria,* en Compostela.

Pero en donde brilla, de extraordinario modo, esta influencia de la Iglesia en las artes es, á buen seguro, en la arquitectura. La superioridad del arte arquitectónico en el Catolicismo es in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contestable. Aquí las piedras hablan, se animan; parece que gozan de movimiento, calor, inteligencia y vida, pero vida misteriosa, más del cielo que de la tierra, más que del tiempo, de la eternidad. No parecen ya obra de hombres, sino fábrica levantada por mano de ángeles ó aparición súbita, perfecta, espiritual, completa y harmoniosa, evocada repentinamente bajo el soplo creador del mismo Dios. ¡Qué severidad, qué hermosura y grandeza en los templos románico-bizantinos, qué espiritualidad y elevación religiosa en los delicados templos ojivales, y qué primores de ejecución y riqueza de adornos en las obras del renacimiento! Historia maravillosa es ésta de la arquitectura católica, que guarda todo el Dogma, todos los hechos, toda la espiritualidad de la religión cristiana, todo ello escrito en piedra; conjunto admirable que deja ver la dulce aspiración del alma desterrada que en alas de la fe, de la esperanza y del amor se lanza á los cielos, en busca de la divina belleza, del Dios de la verdad, del bien, del amor, de la misericordia y de la suprema bienandanza.

PROGRESO MORAL

En pos del orden intelectual viene á ofrecérsenos la grandeza y sublime influencia de la Iglesia en otro orden, base y cúspide para todo verdadero progreso: el orden moral. Aquí la acción de la Iglesia es como la marcha triunfal de Dios á través de los siglos, obrando maravillas sin cuento.

Es la virtud la que guarda las costumbres y garantiza la estabilidad y verdadero auge de los pueblos. Y en este punto la Iglesia no tuvo ni tendrá jamás rival. Parece que aquí Dios hubo de hacer como el último esfuerzo; pues no contento con dar al Cristianismo el poder admirable de la oración y la vida divina de la gracia, después de infundirle las Virtudes teologales, ofrecióle las fuentes de la santidad en los Sacramentos, y en uno de ellos diósele á sí mismo, encerrado bajo los místicos velos del pan y del vino consagrados.

Escribir la historia de los milagros de virtud hechos por esta vida sobrenatural que posee la Iglesia, fuera intento imposible de realizar. Pero resumiendo, ahí tenemos esa legión hermosísima de los Santos, que llevando á su cabeza al Hijo de Dios hecho hombre, y á su Divina Madre, la Virgen, nos ofrece ese grandioso espectáculo del Apostolado, del Martirio, de los Confesores, Vírgenes y Penitentes, cuyos ejemplos de virtud edifican al hombre y engrandecen al mundo, y vienen á manifestar el poder y bondad de Dios que se complace en sus Santos, y con quienes teje aquella corona enteramente exclusiva de la Iglesia. Si esta no tuviera otros motivos que demostraran su verdad, bastaríale el solo hecho de tener Santos para que, en este asunto, no abrigásemos la más leve duda: que la Santificación, con la Creación y Redención, forman esos tres incomunicables misterios de Dios; por lo cual una Iglesia que tiene

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santos había de ser necesariamente divina, y, por lo tanto, verdadera.

Pero, además de los Santos, ofrecénsenos las bellezas morales de los Religiosos, del Clero secular y de los innumerables cristianos que, viviendo en el siglo, no se van con el mundo; antes bien, desprecian sus pompas y vanidades, y, fijos los ojos en el cielo y el corazón en Dios, van caminando á la eternidad, derramando el bien á su paso por este mundo perecedero y engañoso.

¡Y cuántas instituciones han brotado al calor de la virtud sobrenatural de la Iglesia! ¡Casas para los pobres, escuelas para los ignorantes, hospitales para los enfermos, consuelo para los tristes, limosnas para los necesitados, y auxilio y socorro para los que caen en los campos de batalla ó sufren los rigores de la enfermedad!

¿Quién podrá contar los bienes repartidos por esas instituciones de caridad que la Iglesia supo crear según las necesidades lo pedían? Aparte de otros mil testimonios, ¿quién resistirá á la prueba que ofrecen la Congregación de las *Hijas de la Caridad*, la de las *Hermanitas de los Pobres* y las *Conferencias de San Vicente de Paul?* ¿En dónde está el hombre no cristiano que haya igualado á este santo sacerdote en otorgar bienes al mundo? ¡El solo vale más que una legión entera!

Y en cuanto al orden doméstico, ¿cuánto no ha sabido hacer la Iglesia? Levantó á la mujer y le dió una corona que jamás podrán arrebatarle las insidiosas artes de aquellos que, halagándola con

la libertad, quieren sepultarla otra vez en las degradaciones paganas, robando á la familia su saludable influjo; suavizó la condición del hombre, y amparó al niño, tan maltratado entre aquellos que no miran en él al futuro habitante del cielo y al inocente lavado con las aguas del Bautismo. Ya no serán esclavos nuestros servidores, ni el superior será déspota, ni el inferior aparecerá humillado, porque todos han sido redimidos por Cristo; ¡todos le pertenecen y todos son hermanos que deben abrazarse en la eternidad, sobre el corazón de un mismo padre que es Dios!

La vida moral pública sufrió también saludable cambio; ya no es el hombre soberano absoluto que manda porque su voluntad así lo determina, sino que representa á Dios, de quien viene toda potestad; y no podrá violentar la conciencia ni ultrajar la justicia, porque el cristiano sabe que antes debe obedecer á Dios que á los hombres. De este modo, el derecho público entra en el verdadero camino, y otro tanto acontece al derecho de gentes, por admirable modo consignado en las Epístolas del Apóstol, y á todas las demás ramas del derecho que sufre la acción benéfica de la Iglesia que tiene siempre delante de sus ojos las prescripciones de la justicia y reclamará contra los que se atrevan á violarla.

PROGRESO SOCIAL

No es posible el bienestar material sin el respeto á los derechos de los hombres; la seguridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

personal, la estabilidad de los bienes de cada uno, la paz pública y la fidelidad en los contratos, son condiciones precisas para la estabilidad social, y, en consecuencia, para el más fácil desarrollo y bienestar material. Por otra parte, la facilidad en el consumo, la frecuencia de relaciones, los viajes y comunicación con cercanas tierras y lo mismo con apartadas regiones, la facilidad en los medios de comunicación, el atender los intereses de la industria y del comercio y el desarrollo intelectual, artístico y moral, sirven de agentes poderosos para el bien físico, añadiendo á todo esto la fácil resolución de ciertos pavorosos problemas económicos, tales como el creciente asunto de la usura, el del crecimiento de la población ó su necesario moderador, y las candentes cuestiones del pauperismo, socialismo y comunismo, no menos que la plaga moderna del lujo, etc.

Ahora bien; todo lo que llevamos apuntado resuélvelo la Iglesia con su influencia; sus leyes no permiten el daño del prójimo, ni la anarquía de los pueblos, ni la falsedad en cumplir los deberes contraídos; favorece, con la riqueza y esplendor del culto á Dios debido, los intereses de la industria y del comercio, fomenta los intereses del arte y de las ciencias y ayuda á despertar el sentimiento religioso; las misiones y viajes religiosos vienen á servir de medios para alcanzar trato y conocimiento con otros países, y así los intereses comerciales gozan de grandísima vida y crecimiento.

Y si atendemos á lo que la Historia manifiesta, vienen á darnos la razón de aquellos medios empleados por la Iglesia para establecer la paz entre los hombres y defenderlos, como se ve por la llamada *paz de Dios* y por la consagración que hacía de las personas y de las cosas, y con la previsión, mediante el derecho de asilo, de las *venganzas de sangre;* con el recuerdo que de Dios ponía en los caminos, con la persecución espiritual empleada contra los piratas y la proscripción del llamado derecho de naufragio; favorecía la construcción de puentes y caminos y el crecimiento de la agricultura, dando ella misma el ejemplo; extirpaba las fieras y alumbraba los caminos y calles, valiéndose para ello de la piedad de los fieles. El comercio interior y exterior, la industria, las mensajerías y posadas deben su origen á la Iglesia, y mil obras públicas y hasta ciudades enteras obra son de su munificencia. Y, en cuanto á lo que acerca de los problemas económicos hemos apuntado, resuélvelo todo la Iglesia con sus instituciones y leyes; el matrimonio cristiano es fuente legítima y copiosa de vida, como el celibato y castidad lo son para contrarrestar el excesivo aumento de población; los tratados morales de *justitia et jure* en general y en particular, y los de contratos y obligaciones, son la más acertada medida para refrenar los atropellos de la avaricia; y las virtudes cristianas encauzan y mantienen en su lugar todo, para que cada cual ocupe su puesto y la vanidad y soberbia ostentación no se atre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

van á levantar la cabeza, como pudiera demostrarse con mil ejemplos de cristiana modestia. Pero como quiera que no podemos entrar en pormenores, véanse éstos muy por extenso expuestos, en lo que á la presente cuestión se refiere, en Chateaubriand, Perujo y Comellas Cluet.

Y si se comparan todos los beneficios que, en todos los órdenes, debemos al Cristianismo, con la pequeñez y pobreza de la civilización anticristiana, entonces crece extraordinariamente el altísimo concepto que de su benéfica influencia se tiene, y brillan con más clara luz las cualidades excepcionales que la sirven de adorno y nos la ofrecen como lo que realmente es; como sociedad divina puesta por Dios en el mundo para otorgar á los hombres toda clase de bienes. Los de la inteligencia, con sus luces y desarrollo de las ciencias, con el esplendor de las letras y la hermosura de las bellas artes; los del orden moral, con la riqueza de las virtudes y el inseparable tesoro de la santidad y de la justicia; los del orden material, fomentando la tranquilidad pública y privada, alentando el crecimiento de la agricultura, industria y comercio, y resolviendo, sin violencia ni estrépito, antes bien con suavidad y dulzura, todos los problemas sociales.

Mucho pudiera decirse acerca de este punto en que nos hemos ocupado; pero fuerza es terminarlo porque así lo piden los estrechos límites de una lección. Quienes puedan, registren la obra monumental del P. Alberto M.ª Weiss, escrita en alemán y traducida ya en francés.

LECCIÓN XXXVIII

La Iglesia y la Moderna Civilización

Asunto es este tan delicado, que necesario es tratarlo con muchísima prudencia, porque no cabe hablar aquí sin distinguir, y si siempre fué cosa ligera y propia de inteligencias pobres asentar juicios absolutos en cada momento, fuera esto ahora imprudencia manifiesta. Conviene mucho tener presente que la Iglesia no se opone á ninguna tendencia ó aspiración legítima; y cuando reprueba algo, forzoso es tener en cuenta que en eso debe haber motivo fundado, y así sucede cuando, como ahora, la Iglesia no acepta lo que se ha dado en llamar civilización moderna, debiendo más bien citar los casos determinados ó concretos que en esa civilización no pueden conciliarse con la Iglesia; y es que se trata de ideas descabelladas ó de asuntos no conformes con los derechos de la justicia; y aquí, en lugar de acusar á la Iglesia, es por el contrario honra suya el oponerse al error y reprobar el mal.

Vamos, pues, á estudiar el presente asunto, trasladando aquí, ya traduciéndolo, ya exponiéndolo, todo ó por lo menos lo indispensable de las importantes páginas que á ello dedica, en su tan citado libro, el abate Cauly:

«¿La influencia de la Iglesia sobre la civilización en las edades pasadas ha cesado en el pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sente? Examinemos un instante el reproche que se hace á la Iglesia de que nada entiende del gran movimiento científico de nuestro siglo XIX y de estorbar su vuelo. La acusación es vulgar, y un autor ensayó tornarla sabia en un libro que él titula: *Del conflicto entre la Iglesia y la sociedad moderna.* Nos preguntamos en dónde halló sus testimonios. Por lo que á nosotros toca, nos bastará con exponer los hechos».

El docto sacerdote francés ofrece su argumentación, fijándose en el impulso dado, primeramente, por el memorable Pontífice Pío IX, á los legítimos intereses de la civilización; y tratando del progreso intelectual escribe:

«Y primeramente, en cuanto al progreso *intelectual,* Pío IX se rodeó de las más brillantes lumbreras, no solamente de Italia, sino del mundo cristiano. Hizo entrar en el Sacro Colegio aquellos hombres, llamados de todos los pueblos de Europa, que legarán á la historia su recuerdo y sus obras: D. Pitra, el benedictino de Solesmes, la erudición del cual es gloria de Francia; el cardenal Reisach, el hombre más sabio de Baviera; el P. Theiner, historiador de mérito á quien confió la custodia de los archivos del Vaticano. En arqueología, sostuvo y animó las incomparables investigaciones del caballero de Rossi en las catacumbas y los trabajos del P. Garucci en el antiguo museo de Letrán. La teología se vió representada en el Vaticano por el cardenal Guidi, el dominicano Gigli y el P. Perrone; la filología,

después de la pérdida de Mezzofanti, tuvo por órganos los P. P. Patrizzi y Bolig; la astronomía, el P. Vico, reemplazado por el P. Secchi, del cual los cálculos, observaciones é invenciones han causado el asombro del mundo».

Entra luego haciendo ver que á Pío IX se debe el impulso dado á los trabajos ó estudios de filosofía, arqueología, ciencias experimentales, y hasta la agricultura, y la enseñanza, en fin, superior y elemental.

Si se trata de progreso moral, cita el autor mencionado los actos que á ese orden se refieren: enseñanzas, canonizaciones y beatificaciones, impulso dado al principio de autoridad, obras de caridad y trabajos que en ese orden moral se deben también al Episcopado.

El progreso material aparece protegido, ya en las personas de los obreros, ya en el cultivo de las artes, restauraciones, construcciones, escultura, pintura, etc., etc.

«¿Es entonces el nuevo Papa León XIII quien incurriría en ese reproche? ¿Quién no sabe, por el contrario, que este gran Pontífice, providencialmente elegido para reconciliar la sociedad moderna con la antigua Iglesia, va á la cabeza de la civilización contemporánea? Sentado apenas algunos años ha en la silla de Pedro, continúa admirablemente la obra de la Iglesia. Su voz se dejó oír en más de una ocasión solemne, para recordar á los soberanos y á los pueblos su misión conciliadora; obispo de Perusa, publicó dos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

magníficas cartas pastorales bajo este título: *La Iglesia y la civilización,* en donde muestra la acción bienhechora de la Iglesia; Papa, añade con sus obras una página gloriosa á esta historia.

«En favor del progreso intelectual y moral de nuestra época, León XIII, el 4 de Agosto de 1879, escribía la hermosa Encíclica sobre la *Restauración de la filosofía cristiana,* según el espíritu de Santo Tomás de Aquino. Ahí se ve el celo del Pontífice en favor de la propagación de la verdadera luz y de la verdadera ciencia. La teología ha recibido del Papa nobles estímulos; sus ilustres representantes, el P. Pecci, hermano de León XIII, el P. Zigliara, célebre por sus sabios estudios filosóficos, el doctor Hergenroether, profesor en la Universidad católica de Wursburgo, han visto sus enseñanzas recompensadas con el honor de la púrpura cardenalicia».

Siguen á las precedentes consideraciones los datos interesantes en donde aparece el Romano Pontífice reinante como fundador de una cátedra de estudios paleográficos é históricos en la biblioteca vaticana, y sus trabajos para facilitar el estudio ó registro de los archivos y de las bibliotecas de Roma; sin olvidar sus cuidados en favor de las ciencias experimentales, y su afán en promover los estudios literarios y la instrucción primaria.

«*Conclusión.*—Reconozcámoslo sin embargo; hay una *civilización* que la Iglesia y su jefe no quieren; hay un *progreso* que los Papas y la

Iglesia hieren con sus anatemas. En su *Syllabus*, Pío IX ha formalmente condenado esta proposición: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna». (*Prop.* LXXX). La contradictoria es, pues, verdadera: «No se da reconciliación posible entre la Iglesia y las ideas modernas de progreso, de liberalismo y de civilización». ¿Mas cuál es, pues, esa civilización que el Papa condena? «No es seguramente la civilización por medio de la cual el hombre se perfecciona bajo el triple aspecto que hemos indicado; no, no es esa; pues que la Iglesia, lejos de combatirla, le presta su eficaz concurso. Sino que es una civilización que quiere suplantar al Cristianismo y destruir con él todo el bien con que nos ha enriquecido». (1)

Aduce luego el docto sacerdote francés, después de protestar contra las falsas acusaciones dirigidas á la Iglesia como elemento retrógrado, las palabras del Concilio Vaticano en donde se afirma que no es la Iglesia obstáculo para el cultivo de las artes y de las ciencias, sino que las ayuda y favorece, y considera á las últimas como medio, con la gracia divina, de ir á Dios.

Consigna las palabras de Monseñor Pecci en donde se nota que la ciencia reprobada por el Catolicismo es aquella que enseña el ateísmo, ó pretende desmentir á la Biblia, ó envilece al hom-

(1) Carta Pastoral de Monseñor Pecci, 1877.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre y destruye los fundamentos del orden moral, doméstico y civil.

Y luego enumera los daños causados por la falsa ciencia que es principio de una civilización mentirosa. Negación de Dios, materialismo, emancipación social; en punto á religión, verdadera sociedad atea, reinado del vicio, trastorno del orden social, verdadero caos, situación espantosa, nihilismo social y moral.

Para sintetizar, diremos que todo ello se reduce á estos dos polos: civilización cristiana, orden de la verdad y del bien; civilización anticristiana, el mundo del error y del mal.

La Iglesia, pues, reprobando esa falsa civilización, presta un servicio á la causa de la civilización verdadera, y muestra así, una vez más, que en ella está la patria de la verdad y el reinado del orden.

LECCIÓN XXXIX

La Enciclica *Quantá Curá* y el Syllabus.—La libertad ó libertades modernas

Es este asunto tan delicado, pide tanta prudencia, y al propio tiempo es tan de actualidad, que ni cabe pasarlo por alto, ni es para tratado así como se quiera. Es la gran cuestión práctica de estos tiempos, y es tan singular, que á cada paso puede traer graves disgustos. El principio de autoridad es aquí requisito indispensable para

no dar en extravíos dolorosos. A cada instante es necesario volver los ojos á la región de la luz, y oir con atención humilde las enseñanzas del gran guía de las inteligencias; la voz del Romano Pontífice es aquí el medio de andar por el buen camino, en tan intrincado y grave asunto.

Esta lección será un conjunto de notas ó pasajes tomados de diversas fuentes, para que así nada tenga que decirse de nuestra ninguna autoridad.

Comencemos por la Encíclica:

Largamente se ha escrito sobre la Encíclica *Quantâ Curâ* y el *Syllabus* ó catálogo que la acompaña. Entre las obras á este asunto dedicadas, merecen estudiarse los dos volúmenes del señor Perujo y un opúsculo del Dr. Vigueira. Vengamos, pues, á trasladar algo de lo que se lee al final de la citada obra del abate Cauly, obra sintética y digna de andar en manos de todos los que conozcan la lengua francesa:

«1.ª La Encíclica *Quantâ Curâ* es una carta pontificia dirigida por Pío IX á todos los obispos del mundo católicos. El Papa da allí elevadas enseñanzas que tienen relación íntima con las proposiciones erróneas que señala y condena en el *Syllabus*. Indica tres grandes errores de los cuales fluyen los males que afligen á la Iglesia, á saber: las pretensiones cesaristas, el *liberalismo* y la revolución.

«Y primeramente las pretensiones cesaristas. Hay, dice el soberano Pontífice, quienes tienen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre y destruye los fundamentos del orden moral, doméstico y civil.

Y luego enumera los daños causados por la falsa ciencia que es principio de una civilización mentirosa. Negación de Dios, materialismo, emancipación social; en punto á religión, verdadera sociedad atea, reinado del vicio, trastorno del orden social, verdadero caos, situación espantosa, nihilismo social y moral.

Para sintetizar, diremos que todo ello se reduce á estos dos polos: civilización cristiana, orden de la verdad y del bien; civilización anticristiana, el mundo del error y del mal.

La Iglesia, pues, reprobando esa falsa civilización, presta un servicio á la causa de la civilización verdadera, y muestra así, una vez más, que en ella está la patria de la verdad y el reinado del orden.

LECCIÓN XXXIX

La Enciclica *Quantá Curá* y el Syllabus.—La libertad ó libertades modernas

Es este asunto tan delicado, pide tanta prudencia, y al propio tiempo es tan de actualidad, que ni cabe pasarlo por alto, ni es para tratado así como se quiera. Es la gran cuestión práctica de estos tiempos, y es tan singular, que á cada paso puede traer graves disgustos. El principio de autoridad es aquí requisito indispensable para

no dar en extravíos dolorosos. A cada instante es necesario volver los ojos á la región de la luz, y oir con atención humilde las enseñanzas del gran guía de las inteligencias; la voz del Romano Pontífice es aquí el medio de andar por el buen camino, en tan intrincado y grave asunto.

Esta lección será un conjunto de notas ó pasajes tomados de diversas fuentes, para que así nada tenga que decirse de nuestra ninguna autoridad.

Comencemos por la Encíclica:

Largamente se ha escrito sobre la Encíclica *Quantâ Curâ* y el *Syllabus* ó catálogo que la acompaña. Entre las obras á este asunto dedicadas, merecen estudiarse los dos volúmenes del señor Perujo y un opúsculo del Dr. Vigueira. Vengamos, pues, á trasladar algo de lo que se lee al final de la citada obra del abate Cauly, obra sintética y digna de andar en manos de todos los que conozcan la lengua francesa:

«1.ª La Encíclica *Quantâ Curâ* es una carta pontificia dirigida por Pío IX á todos los obispos del mundo católicos. El Papa da allí elevadas enseñanzas que tienen relación íntima con las proposiciones erróneas que señala y condena en el *Syllabus*. Indica tres grandes errores de los cuales fluyen los males que afligen á la Iglesia, á saber: las pretensiones cesaristas, el *liberalismo* y la revolución.

«Y primeramente las pretensiones cesaristas. Hay, dice el soberano Pontífice, quienes tienen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la insigne audacia de decir que la suprema autoridad dada á la Iglesia y á esta Sede Apostólica se halla sometida al juicio de la autoridad civil; y de negar todos los derechos de esta misma Iglesia y de esta misma Sede con relación á la autoridad exterior. No se avergüenzan de afirmar que las leyes de la Iglesia no obligan en conciencia, á menos que no estén promulgadas por el poder civil... Tal es el primer error señalado por Pío IX.

«El Papa indica en segundo lugar el *liberalismo*, y señala su error fundamental: No faltan hoy hombres que, aplicando á la sociedad civil el impío y absurdo sistema del *naturalismo*, se atreven á enseñar que la perfección de los gobiernos y el progreso civil exigen que la sociedad humana sea constituída y gobernada sin cuidarse de la Religión más que si no existiera, ó por lo menos sin hacer ninguna diferencia entre la verdadera Religión y las falsas...

«Finalmente, la Encíclica denuncia la revolución: Porque allí en donde la Religión es desterrada de la sociedad civil, la doctrina y la autoridad de la Revelación divina rechazadas, la verdadera noción de la justicia y del derecho humano negada, ella misma se obscurece, y la fuerza material ocupa el lugar de la verdadera justicia y del derecho legítimo; de ahí viene precisamente que ciertos hombres se atrevan á proclamar que la voluntad del pueblo, manifestada por lo que llaman ellos la opinión pública, constituye la ley suprema, independiente de todo derecho divino y

humano, y que, en el orden político, los hechos consumados, por lo mismo que están consumados, tienen fuerza de derecho...

«La carta apostólica indica seguidamente el doble fin que persigue la revolución: la destrucción de la familia y de la propiedad; de la familia, trabajando en sustraer á los padres la instrucción y educación de los hijos para confiárselas al Estado; de la sociedad, profesando el funesto error del *comunismo* y del *socialismo*.

«A la Encíclica de Pío IX está unido el *Syllabus*. Es un catálogo redactado por orden del soberano Pontífice, una especie de resumen ó enumeración sucinta de falsos principios, de doctrinas erróneas, juzgadas y condenadas por el órgano infalible de la verdad. En el intervalo transcurrido entre el año 1846 y el año 1864, Pío IX, Pastor vigilante y valeroso, había en todas ocasiones señalado y combatido el error, ya en cartas apostólicas ó encíclicas, ya en alocuciones consistoriales hechas públicas, y estos diversos documentos el Pontífice había querido formularlos en un acto solemne, que resumiese todas las enseñanzas de su pontificado: es el *Syllabus*. Contiene ochenta proposiciones condenadas, dispuestas bajo diez paragrafos. Dieciocho proposiciones se refieren al *panteismo*, al *naturalismo*, al *racionalismo* absoluto ó moderado, al *indiferentismo;* veinte son relativas á la *Iglesia y á sus derechos;* diecisiete á la *sociedad civil* considerada, ya en sí misma, ya en sus relaciones con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Iglesia; veintiuna conciernen á la *moral* natural y cristiana, al matrimonio cristiano y al *principado civil* del romano Pontífice; finalmente, las cuatro últimas se refieren al *liberalismo contemporáneo*».

Será siempre una gloria para el inmortal Pontífice Pío IX el haber dado al mundo esos documentos admirables, que son como faro que indica los escollos que debe huir la sociedad si no quiere ser víctima de la revolución. Y siendo esto así, ¿cómo no había de levantar el grito ella, que vió descubiertas sus malas artes, condenados sus principios disolventes y puestos en guardia y aviso los hijos de la Iglesia, para que no se dejasen desvanecer y engañar con las doctrinas halagüeñas, que tan bien suenan á los rebeldes oídos de la soberbia humana?

¿Qué diremos de las modernas libertades, libertad de imprenta, libertad de cultos, y del desventurado liberalismo? Libertad de imprenta, es decir, amplia potestad para publicarlo todo, que es como si dijéramos derecho reconocido para pervertirlo todo. Libertad de cultos, ó sea el derecho reconocido de igualar á todas las religiones, haciendo de Dios un ser indiferente al error y á la verdad, al bien y al mal. Liberalismo, es decir, como escribe el señor Perujo en su *Manual del Apologista*, «aquel sistema político-religioso que aprueba el despojo de los Estados del Papa, que hace suyos todos los errores condenados por la Santa Sede y, sobre todo, que se distingue por un odio sistemático y ciego á la Iglesia y á sus Ministros».

Resumiendo el mismo escritor, en su ahora citada obra, el asunto referente al *Syllabus*, escribe lo siguiente:

«Después de esta ligerísima reseña, ¿qué hombre de buena fe habrá que se atreva todavía á acusar al Papa? ¿Qué católico sincero dejará de tributarle los más decididos elogios por este valeroso arranque contra la revolución, precisamente en el tiempo en que se veía más perseguido?

«No puede dudarse que esta voz del Papa detuvo en su camino á muchos católicos que eran arrastrados de buena fe por las sendas del error. Pero la revolución no pudo perdonarle este triunfo, y levantó contra él infinitas quejas y acusaciones. Sin embargo, ha caído ya la venda de los ojos de los ilusos, y el tiempo ha venido á justificar las condenaciones hechas en el *Syllabus,* pues ha descubierto toda la deformidad de estos errores, por los tristes resultados á que nos han conducido.

«Sin embargo, entonces se gritó que el Papa trataba de ahogar el espíritu moderno, siendo así que solo trató de prevenir sus abusos y dirigirlo bien. Se le acusó de que trataba de perturbar á las naciones contradiciendo sus constituciones, y eran ellas, por el contrario, las que trataban de oprimir y perturbar á la Iglesia, que ya no podía sufrir más. Se gritó que desafiaba á los poderes civiles tratando de cercenar su autoridad, y no hacía más que defender los sagrados y legíti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos derechos de la Iglesia. Le llamaron oscurantista y retrógrado, siendo así que este acto debe considerarse como el más eficaz impulso hacia el verdadero progreso. Gritaron que desconocía su misión, que dogmatizaba sobre la política, como si no fuera propio del Jefe supremo de la Iglesia poner en guardia al mundo entero contra los que tratan de perturbarle, y como si fuera culpa suya que la política estuviese en lucha con la Religión y quisiera perjudicarla y aun destruirla, si fuese posible, para ponerse en su lugar.

«Digámoslo de una vez: la condenación de los errores que señala el *Syllabus*, y que estando ya condenados anteriormente son presentados aquí en su espantoso conjunto, fué un verdadero servicio á la Religión, á la filosofía y á la sociedad».

El mismo autor Sr. Perujo, en su soberbia obra *Lecciones sobre el Syllabus,* escribe el siguiente párrafo:

«De modo que el *Syllabus* vino oportunamente á deslindar los campos entre el Catolicismo y la revolución, oponiendo las afirmaciones de la verdad eterna á las temerarias y subversivas negaciones del error. El *Syllabus* y la revolución son la antítesis más completa, y ese importantísimo documento descubrió de un modo palpable el carácter anticatólico de aquélla. Por lo tanto, para combatir á la revolución en todas sus fases, para contrarrestar sus progresos, para preservar á los pueblos de sus perversas predicaciones, es preciso conocer perfectamente las doctrinas del *Syllabus* y proponerlas como una regla segura de las ideas y de la conducta. En este sentido se ha dicho con acierto que la adhesión sincera y completa al *Syllabus* es la profesión de fe católica en el siglo XIX».

El ilustre Obispo de Salamanca, aquel modelo de resignación y de paciencia, el inolvidable señor Martínez Izquierdo, en aquella notabilísima carta pastoral, la primera que dirigió á su grey salmantina, al hablar del *Syllabus*, escribe:

«No debió de ocultarse á la Santa Sede que con la publicación del *Syllabus,* y especialmente con la proposición última de él, había de producirse ese falso escándalo; que habían de propalarse las más negras calumnias, diciéndose, entre otras cosas, que el Sumo Pontífice era enemigo de la paz pública, la cual perturbaba en el punto de ingerirse en la política, con el fin, sin duda, de reivindicar aquel dominio y señorío que tuvo en la Edad Media sobre todas las naciones. Pero aun que tales efectos hubo ciertamente de prever el gran Pío IX, no se arredró un solo momento, antes creyó que, una vez llegado el tiempo de hablar, no podía guardar silencio ni hacer traición á su magisterio supremo. Bien sabía, por otra parte, que la paz no sufre detrimento alguno, sino al contrario, que se confirma y robustece con la predicación de la verdad, sobre todo siendo ésta propuesta y enseñada sin amargura, y sin otro fin que la gloria de Dios y la felicidad de los hombres. Lo que compromete la paz son las maquinaciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del error y la falta de soluciones precisas, el profesar la verdad á medias, y, por último, el velar la desnudez del error bajo apariencias seductoras, ó al menos el consentir que, así velado y disfrazado, pervierta sigilosamente la conciencia de los individuos y de los pueblos».

LECCIÓN XL

Luchas y triunfos de la Iglesia en nuestros días. Conclusión.

Al comenzar esta humilde labor nuestra exponíamos la clasificación, en tres grupos, de los errores modernos. Esos grupos ó fases abarcan el gran conjunto de los ataques dirigidos contra la Iglesia católica en nuestros dias: *Fase filosófica; fase científica; fase histórico-crítica.*

En la primera fase, el racionalismo y los Dogmas; en la segunda, el especialismo científico en oposición con la fe; no ciertamente la ciencia verdadera, sino los pareceres de algunos hombres más ó menos doctos, que pretenden llamar ciencia á sus opiniones; en la tercera, la grave cuestión del estudio comparativo de las religiones, explotado por el racionalismo para sacar la falsa consecuencia de que todas las religiones son iguales, y suprimir así la Religión cristiana.

El racionalismo, arrancando desde Kant, entró en el camino de la autonomía de la razón humana, negando lo sobrenatural y pretendiendo explicarlo todo mediante la autoridad exclusiva,

es decir, suprema, de la razón, sin cuidarse de las enseñanzas de la fe; y al propio tiempo combatió el Dogma cristiano, como si en él hubiera cosas opuestas á la sana razón, y quiso destruir la obra divina de Jesucristo, para substituírla con el filosofismo ó, como ahora se dice, con el racionalismo.

La ciencia en sus numerosas fases, en sus vastos dominios, fué puesta á contribución para explotarla contra las enseñanzas de la fe y para oponerla á los divinos oráculos, esto es, á la Sagrada Biblia. Desde los estudios cosmológicos y geológicos, hasta los estudios antropológicos, nada quedó por remover; pero es el caso que esa ciencia era la doctrina particular de sabios descreídos, y no la ciencia como tal, es decir, la expresión sistematizada del orden de los seres, basada, como debe estarlo, en la verdad de los hechos y en la lógica de los razonamientos.

La investigación de todo cuanto puede dar luz en lo tocante á la historia de las religiones, el estudio comparado de las mismas, dió ser á una nueva ciencia crítico-histórica, pero el racionalismo, interesado en dar un mal rato á la Iglesia, pretendió ver igualdad en donde solamente hay semejanzas, y quiso incluir al Cristianismo en el número de las religiones falsas y vitandas, procediendo con un instinto verdaderamente satánico.

Se hizo violencia á la verdad histórica y se dirigieron acusaciones malévolas á la Iglesia de Dios, á la Santa Iglesia católica, apostólica, romana. Y luego, los puntos que pueden llamarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del error y la falta de soluciones precisas, el profesar la verdad á medias, y, por último, el velar la desnudez del error bajo apariencias seductoras, ó al menos el consentir que, así velado y disfrazado, pervierta sigilosamente la conciencia de los individuos y de los pueblos».

LECCIÓN XL

Luchas y triunfos de la Iglesia en nuestros días. Conclusión.

Al comenzar esta humilde labor nuestra exponíamos la clasificación, en tres grupos, de los errores modernos. Esos grupos ó fases abarcan el gran conjunto de los ataques dirigidos contra la Iglesia católica en nuestros dias: *Fase filosófica; fase científica; fase histórico-crítica.*

En la primera fase, el racionalismo y los Dogmas; en la segunda, el especialismo científico en oposición con la fe; no ciertamente la ciencia verdadera, sino los pareceres de algunos hombres más ó menos doctos, que pretenden llamar ciencia á sus opiniones; en la tercera, la grave cuestión del estudio comparativo de las religiones, explotado por el racionalismo para sacar la falsa consecuencia de que todas las religiones son iguales, y suprimir así la Religión cristiana.

El racionalismo, arrancando desde Kant, entró en el camino de la autonomía de la razón humana, negando lo sobrenatural y pretendiendo explicarlo todo mediante la autoridad exclusiva,

es decir, suprema, de la razón, sin cuidarse de las enseñanzas de la fe; y al propio tiempo combatió el Dogma cristiano, como si en él hubiera cosas opuestas á la sana razón, y quiso destruir la obra divina de Jesucristo, para substituírla con el filosofismo ó, como ahora se dice, con el racionalismo.

La ciencia en sus numerosas fases, en sus vastos dominios, fué puesta á contribución para explotarla contra las enseñanzas de la fe y para oponerla á los divinos oráculos, esto es, á la Sagrada Biblia. Desde los estudios cosmológicos y geológicos, hasta los estudios antropológicos, nada quedó por remover; pero es el caso que esa ciencia era la doctrina particular de sabios descreídos, y no la ciencia como tal, es decir, la expresión sistematizada del orden de los seres, basada, como debe estarlo, en la verdad de los hechos y en la lógica de los razonamientos.

La investigación de todo cuanto puede dar luz en lo tocante á la historia de las religiones, el estudio comparado de las mismas, dió ser á una nueva ciencia crítico-histórica, pero el racionalismo, interesado en dar un mal rato á la Iglesia, pretendió ver igualdad en donde solamente hay semejanzas, y quiso incluir al Cristianismo en el número de las religiones falsas y vitandas, procediendo con un instinto verdaderamente satánico.

Se hizo violencia á la verdad histórica y se dirigieron acusaciones malévolas á la Iglesia de Dios, á la Santa Iglesia católica, apostólica, romana. Y luego, los puntos que pueden llamarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derivados ó de aplicación, y ahí tenemos esa vasta conspiración anticatólica que fuera capaz de dar en tierra con la institución mejor asegurada, si no mediase el auxilio de Dios para impedirlo. La Iglesia sufrió, pues, un ataque formidable y en toda la línea; pero no se cruzó de brazos, y, antes por el contrario, se batió noblemente en donde se la puso guerra, y resultó, como no podía menos, la gloriosa magnitud de la Apologética contemporánea, como es fácil ver, y ahí tenemos á la vista la demostración de hecho.

LA DEFENSA

Hay pueblos que marchan á la cabeza de esta gloriosa tarea de combatir el mal; en Alemania, no tanto quizá por el número, pero sí por la autoridad científica que les asiste, ocupan lugar muy preferente sus apologistas. En Inglaterra, en Bélgica y en Italia, se trabaja con verdadera formalidad; España, por fortuna, salió de su letárgica pereza y algo y muy bueno hemos hecho ya; pero, entre todos los pueblos de Europa, hay uno activísimo, apasionado, febril, que así se da prisa en la propagación del error como se bate gloriosamente, con más bríos quizá que ningún otro, en defensa de la verdad. Ese pueblo es Francia, en donde, según nuestro humilde sentir, la apologética moderna puede ofrecer muchísimos y notables trabajos. La nota característica de los trabajos alemanes es la erudición, la solidez, lo vasto de sus grandes síntesis, y, en tal sentido,

son lo mejor que hasta el presente se ha hecho; cierto que no poseen el atractivo y la flexibilidad de ingenio de las obras francesas; pero sea como quiera, las dos grandes sumas apologéticas de este siglo son obra del genio alemán; sólidos también son y escritos con hermosa forma los trabajos ingleses; otro tanto cabe decir de los belgas, filosóficos los de Italia, y de robusta fibra los grandes trabajos hechos en España.

Tomemos ahora, como punto de partida para la exposición de esta parte del asunto, la saludable reacción verificada en Francia, después de las atrocidades impías del Terror. Los ánimos habíanse exaltado hasta el punto de que (en aquella revolución monstruosa que, al destronar al Dios verdadero, levantaba sobre los altares á la diosa Razón, personificándola en una mujer perdida) todo cuanto pudiera reflejar la idea cristiana era objeto de guerra feroz, de bárbara destrucción. (1)

No sin razón había dicho Tertuliano aquella frase que vivirá siempre: «el alma del hombre es naturalmente cristiana»; y el autor de *Las Noches*, aquel poeta en quien se juntan la elevación de la mente y las desgracias del escepticismo, había también escrito esta otra que ha llegado á hacerse famosa: «El hombre es un Dios caído que se acuerda de los cielos». ¿Qué se requería,

(1) Véase el curiosísimo opúsculo de Laharpe, *Significación de la palabra fanatismo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues, para calmar el vértigo irreligioso de la revolución francesa? Pues una cosa harto sencilla en sí, pero á la vez labor difícil por las cualidades que deberían juntarse en quien acometiese la obra reparadora de volver á despertar la fibra religiosa en el corazón de las multitudes. Este hombre teníalo Dios reservado en el amoroso afán que su Providencia especial ejerce en bien de los intereses de la Iglesia; poeta, filósofo, historiador, hombre de mundo, supo dar vida y hermosura á las olvidadas grandezas del Catolicismo, y con sus libros *Los mártires,* verdadera epopeya, y *El genio del Cristianismo,* que es un poema y una enseñanza, se apoderó de las almas, y Dios triunfó una vez más de las malas artes del Espíritu de las tinieblas, inspirador de toda la revolución religiosa, y sobre todo de aquella á la cual el insigne conde de Maistre llamó con frase precisa *Revolución satánica.* Chateaubriand fué pues el precursor y á la vez iniciador de aquel despertar religioso, que abría nuevos horizontes á los trabajos innumerables que pronto iban á ofrecerse. Dios había dado el impulso y su mano salvadora debía continuarlo, y lo hizo.

Dejando á un lado la conocida obra del abate Duclot, que si hoy carece de actualidad no por eso debemos de desconocer su mérito; y concediendo todo el aprecio que en justicia merecen las bien ordenadas conferencias de Mons. Frayssinous, tituladas *Defensa del Cristianismo,* quienes dieron á los errores de la época golpe mortal,

fueron aquellos grandes ingenios que con el desgraciado Lamennais á la cabeza, se habían propuesto defender los intereses de la verdad. Los más elevados cedros caen al rudo golpe de las tempestades, y Lamennais, derribado por el orgullo, dió consigo en tierra; que solo se va seguro cuando la humildad y la obediencia á la Iglesia sostienen nuestra pobre flaqueza. Esto no es parte para que no otorguemos, como es justo, el debido valor á la obra, *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión,* y al importante libro, *Relaciones de la Iglesia con el poder civil.* El abate Gerbet, Lacordaire y el conde de Montalembert, hubieron de abandonar al tenaz escritor que pudiera muy bien haber alcanzado el primer puesto entre los grandes apologistas de entonces; estrella caída, sólo supo dar después los tristes frutos de toda rebelión, atizando el fuego de la soberbia humana. El abate Gerbet alcanzó el episcopado; su ciencia, su estilo, su saber, su espíritu de piedad, hacen de él una de las figuras más hermosas y simpáticas de los tiempos actuales; su libro, *El Dogma generador de la piedad católica,* y sus grandes estudios sobre *Roma,* están considerados como dos obras maestras. Otro tanto cabe decir de la monumental *Historia de los monjes de Occidente,* de Montalembert; y al llegar aquí, forzoso es que nos detengamos algunos momentos á contemplar la gran figura de Lacordaire, tan discutido, tan mal juzgado, tan mal conocido y estimado, y que, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pesar de todo, mereció el glorioso dictado de *Profeta de los tiempos nuevos*, llamándole el orador del Credo, por la saludable influencia de sus conferencias en el mundo de la fe, y á quien, cuando sonó la triste «hora de las alabanzas», después que la muerte selló para siempre aquellos labios, «que habían recibido expresamente de Dios, como dijo el P. Félix, la mayor elocuencia de este siglo», se le llamó «el sacerdote más grande de los tiempos». (1) Su virtud asombrosa fué llamada santidad por el elocuentísimo P. Fontaine, y si alguien quisiera saber al pormenor los admirables rasgos de carácter y de virtud del ilustre dominico, vea la extensa obra que al efecto publicó el P. Chocarne, de la misma Orden. Como labor apologética, propiamente dicha, debemos buscarla en sus *Conferencias en Nuestra Señora*, completadas por las de Tolosa, que tienen ya carácter práctico, pues en ellas traza un estudio profundo sobre la vida; las otras, que pueden llamarse dogmáticas, son verdadero monumento erigido por el genio de la elocuencia, y en este sentido no han sido hasta hoy igualadas. El ilustre orador estudia la Iglesia, la doctrina en sus fuentes, en su materia y forma, en sus efectos sobre el espíritu, el alma y la sociedad; traza un gran estudio acerca de Dios y sus obras, *Jesucristo, Los misterios cristianos, El Sacramento, La Profecía y la Gracia*. Todo esto ocupa varios

(1) Véase la *Vie du Père Lacordaire*, por el conde de Montalembert.

volúmenes, está presentado con originalidad, en ocasiones alcanza las alturas de lo sublime; siempre allí se descubren y sienten exquisita dulzura, poética elocuencia y una convicción profunda que penetra en el ánimo y arrastra el corazón; todo esto, unido á las condiciones excepcionales que adornaban al insigne religioso, hacían de él un orador de primer orden, que logró con su saber y elocuencia ganar muchas batallas en favor de la verdad, atrayendo las almas que gemían aprisionadas en los lazos del error, al amoroso redil de la fe católica. Las *Conferencias en Nuestra Señora* hicieron del púlpito de aquella iglesia verdadera cátedra de polémica, y allí, según las necesidades del momento lo pedían, se trataron, y siguen tratándose, los asuntos de palpitante actualidad. Después del *Orador del Credo*, el *Orador del Confiteor;* así fué llamado el dulcísimo padre Ravignan, autor de unas hermosas Conferencias filosófico-religiosas; y luego, su hermano en religión el Rdo. P. Félix, que trató durante diecisiete años la delicada cuanto difícil cuestión de *El Progreso por medio del Cristianismo*. Estas Conferencias, con las que dió acerca del socialismo, son en mi humilde entender la obra más vigorosa que en este género se hizo; ¡qué número infinito de asuntos! El progreso moral, social, de la familia, las relaciones entre la fe y la razón, entre la fe y la ciencia, la economía política, la crítica, la filosofía, el ateísmo, la Iglesia, el arte, la secularización y el pontificado! ¿Cabe darse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

programa más extenso y variado? Y repárese que cada uno de aquellos innumerables discursos es toda una obra maestra sobre el asunto, y allí se juntan la elocuencia, la lógica, un dominio perfecto de cada cuestión y ese *quid divinum* propio del celo apostólico.

Dignos son también de ser tenidos en cuenta los trabajos oratorio-apologéticos de los P. P. Matignon, Raux y Didon; y, desde el punto de vista teológico, ó más bien dogmático-apologético, el grandioso monumento de ciencia y de doctrina levantado por la sencilla, pero simpática elocuencia, del P. Santiago Monsabré, que llena quince volúmenes, á los cuales pueden añadirse sus trabajos titulados: *Introducción al Dogma Católico* y *Los dos radicalismos*. En el género de conferencias, son dignas del recuerdo las del sabio abate Broglie sobre *La vida sobrenatural* y sobre *La idea de Dios en el Antiguo Testamento;* las del abate Freppel, más tarde obispo de Angers, dadas en Santa Genoveva, muestra elocuentísima de lo que un día había de ser aquel joven, que ya entonces era un sabio, y que en sus *Lecciones sobre la elocuençia sagrada*, dejó un tesoro de ciencia histórico-religiosa que tiene grandísimo valor apologético. Y si se buscan discursos en donde la ciencia más plena y vigorosa anda asociada con suma corrección y sencillez de forma que no tiene rival, ahí están las numerosas Conferencias del abate Fremont, que fustigó á la crítica impía y á la ciencia incrédula, defendiendo

las grandes verdades religiosas contenidas en la Sagrada Biblia, pero sobre todo, y de insuperable manera, la Divinidad de Jesucristo contra el libre pensamiento. Actualmente ocupa honrosamente el púlpito de Nuestra Señora monseñor D'Hulst, conocido por sus trabajos filosóficos, y allí viene dando notables *Conferencias* acerca de la moral en sí misma y en sus variadas é importantes relaciones.

Pero si la elocuencia puesta al servicio de la verdad supo dar tan ópimos frutos, en el orden tranquilo y reposado del libro no han sido inferiores. Ozanam, el que para mí reviste la más simpática figura de los publicistas franceses, y que nos dió aquellos admirables estudios literario-religiosos é histórico-religiosos que nos obligan á mirar con justicia y asombro á la Iglesia, verdadera protectora y promovedora de los altísimos intereses de la civilización: Luis Veuillot, polemista incansable, escritor de dulcísimo estilo, prosista de orden, autor de muchísimos trabajos y de las dos joyas literarias religiosas: *El Perfume de Roma* y la *Vida de Jesucristo:* Augusto Nicolás, el gigante de los estudios crítico-filosóficos aplicados al Cristianismo; ¡cuántos y cuán hermosos son sus libros! desde los primeros *Estudios filosóficos, El plan divino, Jesucristo, Su Divinidad, La razón y el Evangelio, El Estado sin Dios, La revolución y el orden cristiano,* hasta sus admirables obras *El arte de creer* y *Roma será devuelta al Pontificado.* Creo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquí, entre estos seglares ilustres, debe ocupar, pues no perdió su actualidad, lugar importante el originalísimo y profundo conde de Maistre, autor del hermoso libro *Las veladas de San Petersburgo* y *Del Papa y la Iglesia galicana*.

Muy por el estilo del autor de *Las consideraciones sobre Francia* que nos dejó en sus numerosos volúmenes de *Cartas*, las mejor escritas que se conocen en toda la historia literaria, es el gran Ernesto Hello. Declaro con toda ingenuidad que este ilustre bretón es el pensador más original, más profundo y más brillante que registra la historia intelectual de la época presente. De él puede muy bien decirse lo que San Juan escribe del Divino Salvador: «Vino á los suyos y no le recibieron». ¿Qué misterio singular hay aquí? Hello, como pensador, vale más él sólo que todos los pensadores franceses juntos, desde que en Francia se supo pensar. Es superior á los demás en fuerza, y ahora que se murió, empieza para él la hora de la justicia. El distinguido escritor católico José Serre publicó el año pasado un libro muy hermoso, estudiando á Hello. Para comprender un poco lo que valía este verdadero genio, católico fidelísimo, de alma, de corazón y de vida práctica, es necesario dedicar siquiera dos años exclusivamente al estudio de sus obras. ¡Qué libros! Cada página es un milagro, y cada frase es un tratado entero! Su obra maestra es la titulada *L'homme;* después, el libro *Fisonomías*

de santos (1), otro acerca de la Sagrada Biblia, sus trabajos de Filosofía contra Renán y el germanismo racionalismo, sus notables apreciaciones crítico-literarias, y sus *Cuentos extraordinarios*, que son un portento.

Para terminar esta breve reseña de los trabajos hechos en Francia, diré algo sobre la polémica desde el punto de vista de las ciencias, de la crítica, de la historia y del arte.

Difícilmente se vió jamás defensa tan enérgica y copiosa como la que en el orden puramente científico hicieron los apologistas franceses, que en este punto son, creo yo, los que más alto alcanzaron poner el buen nombre de la polémica científica. Además de los conocidos trabajos de Marcelo de Sevres y Elías de Beaumont, iniciaron estos grandes estudios de conciliación entre la ciencia y la fe, el abate Maupied, en su obra monumental, *Dieu, l'homme et le monde;* el abate Moigno en sus *Esplendores de la Fe*, trabajo eruditísimo, y el P. Caussette en su *Buen sentido de la Fe*. Estos estudios encuentran en el abate Arduin un cultivador de primer orden, que nos ofreció la más notable obra de este género en los abultados volúmenes de *La Religion en face de la science*, trabajo clásico que hasta hoy no fué superado. El abate Broglie, tristemente perdido para la ciencia, muerto poco ha, como todos sabemos, de trágica manera, es quien me-

(1) Traducido al castellano por D. Juan Maragall. Vol. I de la *Colección de Autores Católicos* que publica en Barcelona D. Juan Gili.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jor que ningún otro había dado el golpe de gracia al positivismo; sus obras *Le positivisme et la science experimentale,* y *La reaction contre le positivisme,* son trabajos que ocuparán distinguido lugar en la historia de las luchas de la Iglesia.

El sabio canónigo Duillet de Saint-Projet compendió de magistral manera la polémica científica en su aureo libro, *Apologie scientifique de la foi chrétienne.* El doctísimo P. Bonniot, agostado en flor, esperanza legítima de la fe y de la ciencia, es autor de notabilísimos trabajos, tales son, *Le miracle et ses contrefaçons,* libro que mereció repetidas ediciones; *L' âme et la physiologie,* que está tenido como la obra más notable en su género; *La bête comparée á l'homme,* estudio voluminoso, de primer orden, y *Le problème du mal,* obra profunda y digna de ser atentamente estudiada. Un ingeniero del Estado, que no reveló su nombre, publicó un libro titulado *Introduction scientifique á la foi chrétienne,* que es una síntesis de toda la polémica contemporánea, labor admirable que debiera andar en manos de todos. Y en esta última temporada, la gran síntesis, verdadera suma apologética apropiada á las circunstancias presentes, obra póstuma del gran pensador M. de Pradie, trabajo profundo, elevado, originalísimo, verdadera maravilla y labor propia de un genio, titulada: *La divine constitution de l' univers* (1).

(1) Como obra manual véase la del abate Cauly, *Religion et Catholicisme.*

Como estudios de carácter crítico son notables y clásicos los del abate Vigouroux, *La Bible et les decouvertes modernes,* y *Les livres Saints et la critique rationaliste.* Encierran muchísimo saber los del abate Thomas, uno sobre *Los orígenes del Cristianismo,* su obra *Les temps primitifs...,* y su profundo libro *Le regne du Christ.* Debe también citarse el voluminoso libro del Padre Fontaine sobre el difícil tema de *Los orígenes cristianos;* el sólido trabajo de M. Th. H. Martín, *Les sciences et la philosophie;* la respuesta del abate Broglie á M. Taine, encerrada en el hermoso libro *Le present et l'avenir du Catholicisme en France;* y para cerrar este breve cuadro, los estudios de conciliación entre Santo Tomás y las ciencias modernas, que viene haciendo el sabio abate Farges, de los cuales han salido ya numerosos tomos, como también las dos obras del P. Maumus, acerca de *Santo Tomás y Descartes* la primera, y *Les philosophes contemporains* la segunda. Los grandiosos estudios bíblicos de monseñor Meignan, y aquellos tres libros clásicos de M. Caro, *Dieu et ses nouvaux critiques, Le materialisme et la science,* y *Le pesimisme;* terminando con la delicada obra *Les esperances chrétiennes* de Agustín Cochin, y los delicadísimos libros del P. Gratry, sobre asuntos filosófico-teológicos, tales como *La philosophie du Credo, Les sources* y otros; coronándose esta serie de trabajos con la renombrada obra *Le christianisme et les temps presents,* de monseñor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bougaud, *Le doute...* y *La foi et ses victoires,* de Mons. Baunard, y las que viene publicando el sabio abate Gondal, que dió ya dos volúmenes, el uno *Religion,* y el otro *Le surnaturel,* ambos trabajos muy notables y bien escritos.

En el orden histórico, en este orden que más que ningún otro pide verdadera honradez científica, porque vive en parte del testimonio humano, hubo necesidad de poner coto á las demasías de la impiedad, y ciertamente aquí se trabajó con verdadero heroísmo. ¡Cuántas vigilias supone la obra monumental del sabio y modestísimo abate Gorini! Su obra *Defense de l'Eglise contre les erreurs historiques,* es un verdadero tesoro de erudición, de paciencia y de solidísimo saber. Obra celebradísima también la de M. Paul Allard, acerca de las persecuciones; rica en datos la de monseñor Laouenan, impresa en Asia, escrita sobre el propio terreno de la materia estudiada, *Le Brahmanisme et ses rapportes avec le Judaisme et le Christianisme;* el clásico libro del ilustre abate Broglie, *Problèmes et conclusions de l'histoire des religions;* los curiosos resúmenes del abate Cauly en su obra *Religion et Catholicisme;* los hermosos libros de M. Leroy de la Marche; el trabajo eruditísimo que es como la historia verídica del *Libre pensamiento contemporáneo,* del abate Canet; el filosófico y extenso trabajo, no ha mucho publicado por el abate Laguinot, *L' Eglise vengée par l'histoire;* la gran trilogía del P. Marín de Boylesve, estudio donde se juntan la filosofía, la religión y la historia, que ocupa tres enormes volúmenes bajo los títulos de *Dieu et ses Oeuvres, Jesuschrist et son regne, L'Eglise et le Pape, grandes siècles et grandes hommes,* y luego los importantísimos trabajos que en ese orden vienen publicándose constantemente en la *Revue des questions historiques,* en la notable *Revue des religions* y en la *Revue du monde catholique,* mereciendo también los honores de la cita los trabajos del malogrado abate Perreyre.

En el mundo del arte, la incredulidad contemporánea puso su mano inconsiderada hasta no respetar ni aun los asuntos puramente religiosos. La filosofía del arte se tornó materialista; ¿qué había de salir de tales doctrinas que son la abyección misma? Lo que todos hemos visto: enseñanzas teóricas y manifestaciones artísticas que serán uno de los mayores oprobios de este siglo! Quien sepa estimar las grandezas sublimes y puras del arte, siente profunda indignación al hablar de estas cosas, y quisiera enarbolar el látigo para echar del templo de las artes á sus atrevidos profanadores! Afortunadamente no faltan gloriosos representantes de los intereses del arte, que han tratado de oponer la verdad y la sublime elevación de lo bello á las degradaciones del naturalismo contemporáneo. El Padre Félix, de la Compañía de Jesús, nos dió sus admirables *Conferencias;* el malogrado joven Alfredo Tonnele su hermosísimo libro, *Fragments sur l'art et la*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

philosophie; Víctor de la Prade, el insigne poeta, escritor erudito á la par, sus estudios sobre *L'art et la morale,* y su lindísima obra *Le sentiment de la nature dans l'Art et la poesíe;* el docto abate Merit, su delicadísimo libro *Le beau en litterature;* el P. Marín de Boylesve, su curiosa obra *Le beau;* el doctísimo P. Longaye, su profundo libro *L'âme dans la parole et dans les choses;* el abate Vallet sus bien escritos estudios acerca de *L'ideé du beau dans la philosophie de Saint Thomas;* el distinguido crítico Barbey D'Aurevilly, autor de numerosos libros de ese género, defiende valerosamente los fueros de la estética cristiana, y el gran Hernesto Hello nos ofrece una obra maestra en su libro *L'estile,* refundido en la última parte de su obra capital, titulada *L'homme.*

Después de Francia, Alemania; los trabajos no se que hayan sido aquí tan crecidos en número como lo son en importancia; desde este momento me veré obligado á resumir lo posible la materia, porque noto que este trabajo va creciendo demasiado, y no conviene que sea largo. Para dar amenidad á esto fuera necesario entrar en consideraciones críticas y entonces habría materia para varios libros. Comienzo por los tres grandes representantes de la Apologética, que han sabido darnos tres admirables obras, verdaderas sumas en tan variado y utilísimo asunto. El doctor Hettinger, además de su *Teología fundamental ó apologética,* que es una obra profunda

y sabia, supo reunir en su hermosa y eruditísima *Apología del Cristianismo,* todas las cuestiones fundamentales que hoy se agitan, y reducir á unidad los variados é inmensos materiales que demuestran el saber incomparable de este ilustre sacerdote, que además es todo un escritor; pues acertó á dar á su obra un atractivo poderoso de forma, cosa no muy corriente en la ciencia alemana. El Doctor Schanz publicó pocos años ha otra obra semejante, que ocupa tres volúmenes, y comprende ya los novísimos y difíciles estudios de religión comparada; esta obra está tenida como trabajo superior, y es lástima que no haya pasado aún á ninguna de las lenguas neolatinas. Pero la obra que en estos tiempos ocupa el primer puesto por su solidez y extensión es la *Apología del Cristianismo desde el punto de vista de las costumbres y de la civilización,* del nunca bien ponderado P. Alberto M.ª Weiss, religioso bávaro, del Orden de Santo Domingo. Su obra es un monumento; encierra en vastísima síntesis todo el saber contemporáneo y la historia religiosa y moral de las pasadas edades; ocupa, en la edición hecha en París en lengua francesa, diez grandes volúmenes, y en la edición alemana llena cinco tomos enormes; la obra fué bien recibida como era justo, y se ha publicado ya el Prólogo de la tercera edición alemana. No conozco Suma Apologética que pueda comparársele. A estos trabajos deben añadirse la grandiosa obra de es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tudios morales y sociales del P. Kathrein; *La cuestión social,* del sacerdote Hitze; *El Estado y la escuela...*, del P. Florian Riess; *Los grandes arcanos del universo,* obra maestra, del P. Tillman Pesch; la clásica obra, *Bibel und Nature (La Biblia y la naturaleza),* del sabio profesor Reusels; y la gran defensa de *La filosofía escolástica,* del P. Kleutgen. Para conocer la vida, la actividad, el denuedo y la constancia, al par que la poderosa labor intelectual de la Alemania católica, véanse los libros que al efecto publicó el notable historiador Alfonso Kannengieser, que corren ya puestos en castellano por el señor Hernández Villaescusa, y pueden servirnos de ejemplo á los católicos de raza latina para defendernos de la impiedad reinante, hija en gran parte del odio masónico-judío. Para conocer lo que hay en este gravísimo asunto, deben registrarse los trabajos del escritor francés Drumont, la obra clásica entre otras; las que del asunto tratan, de Monseñor Meurin, S. J., *La Francmaçonnerie sinagoge de Satan,* y unos extensos artículos publicados no ha mucho en la revista *Etudes,* de los PP. Jesuitas, en París.

El movimiento apologético tiene sus representantes en Bélgica en el sabio P. Carbonelle, autor de la hermosa y profunda obra, *L'aveuglement scientifique;* en el distinguido autor del precioso libro *El porvenir de los pueblos católicos,* en los dos notables apologistas Mons. Rutten, autor de una obra muy leída, *Cours elementaire d'Apologetique chrétienne;* en monseñor Veddingen, que publicó un hermoso y muy celebrado libro, *Apologetique fondamentale,* que alcanzó muy numerosas ediciones; el P. jesuita Schouppe, que es autor de un *Cours abregé de religion* que cuenta ya treinta y nueve ediciones; el distinguido escritor abate Baets, refutador de las nuevas teorías criminalistas, autor de una obra importante sobre *Los fundamentos de la moral y del derecho;* monseñor de Harler, uno de los más afamados sinólogos contemporáneos; y merecen ser citadas con honor, la sabia *Revue des questions scientifiques,* la *Revue de Louvaine* y *La Revue generale.*

En Italia se han publicado muy notables trabajos; los del eruditísimo P. Raulica; los del sabio canónigo Sanseverino; los del doctísimo P. Liberatore; otros del sabio P. Perrone; las famosas *Respuestas,* del P. Franco; los sólidos estudios del Cardenal Alimonda; los razonados libros del Cardenal Francelin; los del docto Cardenal Zigliara; y si los libros del sapientísimo P. Secchi no tienen carácter apologético, sirven, no obstante, para demostrar que la fe y la ciencia pueden andar juntas, como de hecho se unieron en el poderoso talento del ilustre físico y renombrado astrónomo.

En Inglaterra, no obstante sus prevenciones, sus hábitos y su inveterado protestantismo, también se trabajó y maravillosamente en favor de la verdad católica.

No hay gran número de trabajos, pero los tiene notables. Para quien conozca la historia intelec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tual de estos tiempos, ¿son, por ventura, nuevos los nombres del sabio Cardenal Newman, del originalísimo y poético escritor Federico Guillermo Faber y del ilustre Cardenal Manning? Léanse las obras de todos ellos, y se podrán admirar los profundísimos discursos del primero, verdadero río de doctrina; los delicadísimos libros del segundo, que es todo un genio, libros que son verdadera apología por las bellezas que revelan en la doctrina católica, y, finalmente, los escritos del último, celoso defensor de la infalibilidad pontificia, y pastor vigilante de los amenazados intereses de la grey de Cristo.

A estos trabajos, añádanse los que los Padres Jesuítas vienen publicando en su revista *The Month*.

Entre los trabajos americanos figuran la conocida y hermosa obra del docto sacerdote chileno Eizaguirre, *La Iglesia ante sus desidentes*, y las Conferencias que el sabio Cardenal Gibbons dió en San Pablo, traducidas al francés por el docto abate Klein, autor de tres libros notables, uno acerca del movimiento neo-cristiano en la literatura, otro acerca del ilustre Cardenal Lavigerie, y por último una serie de estudios de crítica literia, labor en la cual descuella ese docto sacerdote, honra del pueblo francés.

En nuestra patria, la patria de Melchor Cano y de Suárez, tenemos al inmortal Balmes, «el más sabio del siglo», autor de tantas y tan hermosas obras, entre ellas *El protestantismo comparado*

con el Catolicismo, y la *Filosofía fundamental*, dos maravillas, hijas, más que del talento, del genio poderoso del insigne sacerdote catalán. Donoso Cortés, alma hermosa, si las hay, talento colosal, mente de fuego, verdadero vidente, orador sin segundo, autor del profundo libro *Ensayo sobre el Catolicismo*. El malogrado Sr. Perujo, que escribió muy notables libros, entre los cuales deben figurar, principalmente, sus admirables *Lecciones sobre el Syllabus* y *La pluralidad de mundos habitados*.

El prodigioso pensador Comellas Cluet, que era un genio y dejó solamente dos libros, pero capaces de honrar á una nación; *Demostración de que no pueden darse conflictos entre la Religión y la ciencia*, y la *Introducción á la filosofía*.

Los P. P. Mendive, Miguel y Juan Mir, autores de tres obras notables sobre el tan machacado, pero útil asunto, *Harmonía entre la ciencia y la fe*.

El inolvidable Cardenal González, sabio filósofo y apologista, que en sus últimos *Estudios sobre Santo Tomás*, y en su obra *La Biblia y la ciencia*, nos dejó el sello de su genio y dos monumentos de primer orden. El sabio Obispo de Oviedo Iltmo. Sr. Martínez Vigil es autor de una obra, recientemente publicada, en donde, bajo el título de *La Creación, la Redención y la Iglesia* resume con admirable precisión, con profusa riqueza de datos y con excelente plan, toda la polémica contemporánea. Otros muchos trabajos podrían traerse pero es hora de ir pensando en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerrar estas páginas, y lo haré citando al ilustre Menéndez Pelayo, hijo fiel de la Iglesia, que como San Isidoro, Vives y Suárez, lleva en su cabeza el saber pasado y el saber de su tiempo, y supo darnos la obra monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, y, finalmente, al doctísimo P. Cámara, Obispo de Salamanca, autor de la más notable refutación de Draper, y al erudito Ferreiroa, autor de notables trabajos históricos.

Por todo lo que apuntado dejamos, harto fácil es ver dos cosas que son el resumen de todo el asunto. Primero: el ataque formidable dado en toda línea por el racionalismo contemporáneo contra la Iglesia católica, única Iglesia verdadera de Cristo; ataque variado en sus mil formas, desde el idealismo panteísta hasta el materialismo reinante y el criticismo histórico. Segundo: la vitalidad prodigiosa de la Iglesia, que no cejó un paso, ni otorgó la más leve concesión que pudiera empañar la gloria de su doctrina, y que defendió la verdad con heroico valor, aceptando la lucha en todos los terrenos, y contestando victoriosamente todos los reparos que se le hicieron en nombre de la filosofía, de la ciencia, de la historia y de la crítica. Después de esta lucha, ¿quedará todavía algo que hacer? Entiendo que sí; mientras en el mundo haya pasiones y la envidia del espíritu maligno pueda tender asechanzas á las almas, tendremos errores y tendremos lucha; la vida de la Iglesia es palenque abierto á todas horas, porque á ella está confiado el depósito de

la verdad y la divina misión de salvar á los hombres. Y pues la ocasión se ofrece conste, y no como reto, porque la Iglesia no acomete á nadie (se defiende y esto le basta), pero sí como una declaración: si los partidarios del error se han imaginado que estamos muertos, sepan desde ahora que se han equivocado; hasta aquí hemos sabido responder de la verdad de nuestra fe; mañana, si es necesario contestar á nuevos errores, allá iremos, y cuando la muerte nos marque la hora de descansar, otros vendrán detrás que recogerán nuestras armas y templarán otras todavía mejores, y podrá decirse como axioma ó principio histórico, que la narración de las luchas de la Iglesia es la historia fiel de sus triunfos.

DOS PALABRAS PARA TERMINAR

Necesitábanse cátedras de Apologética en las escuelas eclesiásticas; y esta necesidad grave y urgente ha comenzado á satisfacerse. Pero, por mucho que se registrase, faltaba un libro reducido, compendioso, claro y metódico, que en escaso volumen ofreciese el conjunto entero de la polémica contemporánea. Después de haber pasado toda nuestra vida intelectual dedicada á estudios apologéticos, y en vista de esa necesidad apuntada, hemos puesto mano á esta humilde labor, que nos costó ímprobo trabajo. Como labor nuestra vale lo poco ó nada que vale quien se atrevió á acometerla; así y todo puede ser útil á muchos, y les ahorra tiempo, libros y dispendios; es como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una especie de *Catecismo Apologético*, acomodado á las presentes necesidades. Y, si se piensa en los tristes días en que vivimos y en las sombrías nubes del porvenir, necesario es que todos nos preparemos, con el estudio y la oración, para resistir á los ataques de la mentira, y para saber morir, si es preciso, en aras de la fidelidad debida á las enseñanzas de la fe y como hijos leales de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, unidos estrechamente á nuestros venerables Prelados, y todos juntos, unidos como una sola alma, con el Romano Pontífice, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Y como pudiéramos, sin quererlo, haber escrito algo que no estuviese conforme con las enseñanzas divinas de la Santa Iglesia, téngase por no dicho, y entiéndase que no tenemos más autoridad que la que procede de acatar aquella autoridad infalible con que Dios adornó á su Iglesia y á su Jefe visible, el Pontífice Romano, maestro, guía, sacerdote, padre del aprisco cristiano, y en quien todos debemos poner entendimiento, alma y corazón, esperándolo todo del divino Salvador de los hombres, de su Sacramento divino y de la intercesión de su Madre Santísima.

Compostela, Agosto de 1901.

ÍNDICE

PÁGS.

Licencia del Ordinario. 5
Dedicatoria. 7
Dos palabras del autor. 9

PARTE PRIMERA

FASE PRIMERA

El Racionalismo y los Dogmas

Lección preliminar.—Definición de la Apologética y su división.—Apologética moderna: sus fases y fuentes en donde puede estudiarse.—Exposición general ó rápida hojeada histórica sobre los errores modernos. 15
Lección I.—Exposición del racionalismo desde Kant hasta el positivismo, el pesimismo y el nihilismo. 23
Lección II.—Crítica general del racionalismo. 28
Lección III.—El racionalismo y lo sobrenatural. 35
Lección IV.—El racionalismo y el misterio. 48
Lección V.—El racionalismo y el milagro. 57
Lección VI.—El racionalismo y la divinidad de Jesucristo. . . 70
Lección VII.—El racionalismo y el Dogma de la Santísima Trinidad. 84
Lección VIII.—El racionalismo y el Dogma de la creación. . . 92
Lección IX.—El racionalismo y el Dogma del pecado original. . 103
Lección X.—El racionalismo y el Dogma de la Encarnación. . . 112
Lección XI.—El racionalismo y los Dogmas de la Redención y de la Gracia. 123
Lección XII.—El racionalismo y el Dogma Eucarístico. . . . 130
Lección XIII.—El racionalismo y el Dogma de la Resurrección. 135
Lección XIV.—El racionalismo y el Dogma de la vida futura. . 141
Lección XV.—El racionalismo y la Iglesia católica. 149

PARTE SEGUNDA

FASE SEGUNDA

El llamado especialismo científico

Lección XVI.—Relaciones entre la ciencia y la fe.—Exposición general del asunto y bases para fundar el acuerdo entre ambas. 159
Lección XVII.—La fe y la geología.—1.º La cuestión puramente cosmogónica.—2.º La obra de los seis días.—3.º El diluvio universal. 166
Lección XVIII.—La fe y la astronomía.—La astronomía y la narración mosaica.—La filosofía y la narración astronómico-mosaica. 177
Lección XIX.—La fe y la biología.—Origen de la vida.—La generación espontánea. 185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una especie de *Catecismo Apologético*, acomodado á las presentes necesidades. Y, si se piensa en los tristes días en que vivimos y en las sombrías nubes del porvenir, necesario es que todos nos preparemos, con el estudio y la oración, para resistir á los ataques de la mentira, y para saber morir, si es preciso, en aras de la fidelidad debida á las enseñanzas de la fe y como hijos leales de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, unidos estrechamente á nuestros venerables Prelados, y todos juntos, unidos como una sola alma, con el Romano Pontífice, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Y como pudiéramos, sin quererlo, haber escrito algo que no estuviese conforme con las enseñanzas divinas de la Santa Iglesia, téngase por no dicho, y entiéndase que no tenemos más autoridad que la que procede de acatar aquella autoridad infalible con que Dios adornó á su Iglesia y á su Jefe visible, el Pontífice Romano, maestro, guía, sacerdote, padre del aprisco cristiano, y en quien todos debemos poner entendimiento, alma y corazón, esperándolo todo del divino Salvador de los hombres, de su Sacramento divino y de la intercesión de su Madre Santísima.

Compostela, Agosto de 1901.

ÍNDICE

PÁGS.

Licencia del Ordinario. 5
Dedicatoria. 7
Dos palabras del autor. 9

PARTE PRIMERA

FASE PRIMERA

El Racionalismo y los Dogmas

Lección preliminar.—Definición de la Apologética y su división.—Apologética moderna: sus fases y fuentes en donde puede estudiarse.—Exposición general ó rápida hojeada histórica sobre los errores modernos. 15
Lección I.—Exposición del racionalismo desde Kant hasta el positivismo, el pesimismo y el nihilismo. 23
Lección II.—Crítica general del racionalismo. 28
Lección III.—El racionalismo y lo sobrenatural. 35
Lección IV.—El racionalismo y el misterio. 48
Lección V.—El racionalismo y el milagro. 57
Lección VI.—El racionalismo y la divinidad de Jesucristo. . . 70
Lección VII.—El racionalismo y el Dogma de la Santísima Trinidad. 84
Lección VIII.—El racionalismo y el Dogma de la creación. . . 92
Lección IX.—El racionalismo y el Dogma del pecado original. . 103
Lección X.—El racionalismo y el Dogma de la Encarnación. . . 112
Lección XI.—El racionalismo y los Dogmas de la Redención y de la Gracia. 123
Lección XII.—El racionalismo y el Dogma Eucarístico. . . . 130
Lección XIII.—El racionalismo y el Dogma de la Resurrección. 135
Lección XIV.—El racionalismo y el Dogma de la vida futura. . 141
Lección XV.—El racionalismo y la Iglesia católica. 149

PARTE SEGUNDA

FASE SEGUNDA

El llamado especialismo científico

Lección XVI.—Relaciones entre la ciencia y la fe.—Exposición general del asunto y bases para fundar el acuerdo entre ambas. 159
Lección XVII.—La fe y la geología.—1.º La cuestión puramente cosmogónica.—2.º La obra de los seis días.—3.º El diluvio universal. 166
Lección XVIII.—La fe y la astronomía.—La astronomía y la narración mosaica.—La filosofía y la narración astronómico-mosaica. 177
Lección XIX.—La fe y la biología.—Origen de la vida.—La generación espontánea. 185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PÁGS.

Lección XX.—La paleontología y la fe.—Expóngase la cuestión y sus relaciones con la narración mosaica. 192
Lección XXI.—La antropología y la fe.—Origen del hombre.—Constitución ó naturaleza del hombre.—Unidad de la especie humana. 198
Lección XXII.—Continuación del asunto anterior.—Antigüedad de la especie humana. 209
Lección XXIII.—La fe y la antropología (continuación).—La fisiología y la fe.—La anatomía cerebral y el alma humana.—Crítica del materialismo antropológico. 216
Lección XXIV.—La fe y la etnología.—1.º La cronología de los antiguos pueblos.—2.º La lingüística.—3.º El orientalismo. . . 224

PARTE TERCERA

FASE TERCERA

Criticismo histórico

Lección XXV.—Exposición general de la cuestión llamada ciencia de las religiones 243
Lección XXVI.—Estudio comparativo entre el Cristianismo y las demás religiones bajo su aspecto general 254
Lección XXVII.—Los diversos fundadores de Religión.—Jesucristo y los demás llamados fundadores de religión.—Superioridad divina de Jesucristo 260
Lección XXVIII.—El Cristianismo considerado en sus Libros. 268
Lección XXIX.—El Cristianismo estudiado en sus hechos primitivos. 276
Lección XXX.—El Cristianismo estudiado en sus Dogmas . . 287
Lección XXXI.—El Cristianismo estudiado en sus efectos (Obras y frutos del Cristianismo) 294
Lección XXXII.—Acusaciones históricas: Primer punto: Crítica de los alegatos contra la Inquisición 303
Lección XXXIII.—Las llamadas persecuciones hechas por los católicos 310
Lección XXXIV.—Algunos puntos histórico-científicos.—Los Antípodas.—Proceso de Galileo. 317
Lección XXXV.—Los Papas.—Lo que hay acerca de los pretensos malos Pontífices 325
Lección XXXVI.—El Poder Temporal de los Romanos Pontífices. 332
Lección XXXVII.—La Iglesia y la Civilización: Progreso Intelectual, Moral y Social. 340
Lección XXXVIII.—La Iglesia y la moderna Civilización. . . 353
Lección XXXIX.—La Enciclica *Quantá Curá* y el Syllabus.—La libertad ó libertades modernas. 358
Lección XL.—Luchas y triunfos de la Iglesia en nuestros días. Conclusión. 366

JUAN GILI, CORTES, 223.—BARCELONA

OBRA IMPORTANTÍSIMA

DIRECTORIO PRÁCTICO

DEL

CONFESOR

por el *M. I. Sr. Dr. D. Alejandro Ciolli*, Canónigo de la Metropolitana Catedral de Florencia.—Traducido de la quinta edición italiana por el *Rdo. D. Cayetano Soler*.—Con licencia del Ordinario.

Un tomo en 8.º mayor de 793 páginas de nutrida lectura.
En rústica. . . . . **Ptas. 7**
En tela inglesa flexible, corte rojo pulido, puntas redondas, rótulos en oro. . . . . **Ptas. 8**

La obra que hoy ofrecemos al Clero español y americano es una obra eminentemente práctica, como debida á la ciencia y experiencia de quien ejercita el ministerio de confesiones en lugar tan eminente como la Penitenciaria de la Catedral de Florencia.

Después de hojear algunas páginas de este libro por todos conceptos notable, que ha sido traducido á varias lenguas europeas y cuenta ya cinco ediciones italianas, ciertamente no habrá quien tenga por elogio interesado el decir que es uno de los libros más útiles al confesor, que se hayan publicado desde el *Homo Apostolicus* de S. Alfonso M.ª de Ligorio, de quien es gran devoto el autor del **Directorio**. Y en efecto, **en esta obra hallará el confesor, expuestos con suma claridad y precisión, los Principios prácticos más seguros**, que rigen en cada materia y que puede seguir *tuta conscientia*, para la pronta resolución de los casos que pueden ofrecérsele en su ministerio; las consecuencias que de ellas se derivan por ilación necesaria ó que con ellos están unidos por conexión natural; y por fin, se proponen las dudas que puede motivar la aplicación de tales principios, con **la solución prácticamente cierta** de los mismos, lo cual da una norma segura al confesor para salir de las perplejidades que ocasiona la discusión teórica.

Si á eso se añade que el criterio seguido por el Autor se aparta igualmente del *rigorismo* que del *latitudinarismo*, manteniéndose, no en un término medio que nada dice ni explica, sino en el justo medio que es la resultante de un juicio hijo de un talento equilibrado, el cual en nuestra opinión es la nota característica del ilustre Ciolli, y por consiguiente, de su libro, se tendrá con eso una idea exacta del valor y utilidad de este **Directorio práctico** que aún cuando su Autor, llevado de laudable modestia, lo dedicó á los confesores noveles, no hay duda que será de gran provecho aún á los confesores más experimentados.

Hemos procurado, en nuestra edición, atenernos al pie de la letra al texto original, permitiéndonos sólo señalar las alteraciones que exige la diferencia de leyes civiles de los dos países.

Dr. C. Capellmann

MEDICINA PASTORAL

ó sea conocimientos anatómico-fisiológicos y patológico-terapéuticos para uso de los párrocos y confesores en el ejercicio de su ministerio, y principios de teología dogmática y moral necesarios al médico para desempeñar debidamente su oficio.—Traducida al castellano conforme á la 12.ª edición alemana y 3.ª latina, por *D. Bartolomé Cintas, Pbro.*, Doctor en Sagrada Teología.—Con licencia del Ordinario.—Un tomo en 8.° mayor, esmeradamente impreso.

En rústica.	Ptas. 4
En tela inglesa.	» 5

«Este importantísimo libro ha valido á su autor numerosísimas felicitaciones de los principales teólogos y la cruz de San Gregorio que le concedió S. S. Leon XIII. El Dr. Capellmann hace en él un estudio práctico y razonado de las cuestiones relativas al quinto mandamiento, tratando del aborto provocado y de la reducción del feto vivo para salvar la vida de la madre, extendiéndose luego en oportunas consideraciones sobre las operaciones quirúrgicas que pueden poner en peligro la vida del paciente, y sobre el uso de ciertos medicamentos, especialmente de la morfina, cloroformo y magnetismo natural ó hinoptismo.

Es muy interesante todo lo que añade á este primer capítulo por vía de apéndices, sobre la vacuna, nodrizas, intemperancia y ebriosidad, histerismo, hipocondría, sepultura eclesiástica de los suicidas y sobre las enfermedades mentales.

«En los tres capítulos que siguen estudia, de un modo muy provechoso para la sociedad en general y particularmente para el cristiano, las materias concernientes al sexto mandamiento de la ley de Dios y frecuentación del templo, las relativas al ayuno y á la abstinencia, y, por último, las que se refieren al Bautismo, Comunión, Extremaunción y Matrimonio, siendo muy notable y frecuentamente citado por los moralistas todo lo que dice sobre este último Sacramento.

«En los capítulos siguientes hasta el fin, que constituyen la segunda parte del libro y la propiamente llamada *Medicina pastoral*, trata de las afecciones y enfermedades en que hay peligro de muerte, de los síntomas de enfermedad grave y mortal, de la agonía, de la asfixia, de las señales de muerte, de los primeros remedios que deben aplicarse en los repentinos riesgos de la vida, y termina con acertadas reglas acerca del cuidado y asistencia de los enfermos y moribundos.

«Los más sabios teólogos reconocen en estas materias la competencia del Dr. Capellmann, cuyas opiniones son, como hemos dicho, muy citadas en las modernas obras de moral. Creemos que **este libro prestará valiosísimos servicios**, no solo á los señores párrocos y confesores, **sino á todo el clero en general**. En cuanto á los médicos, encontrarán en él **conocimientos** que no se aprenden en las Universidades y **que son indispensables** para los que se precien de católicos. Los padres de familia prudentes é ilustrados también pueden leerle con fruto.

(Del *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Barcelona*).

GRAMÁTICA GRIEGA

Según el sistema histórico-comparado

por *D. Julio Cejador y Frauca*, profesor que fué de lengua y literatura griegas en el Colegio de Estudios superiores de Deusto (Bilbao). Obra recomendada por el profesorado español y que sirve de texto y al propio tiempo de consulta para los Sres. Profesores y para cuantos deseen tener una idea completa de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hermosa lengua de los Helenos.—Un magnífico tomo en 4.°, de cerca de 600 páginas, impreso con el mayor esmero.

En rústica. . . . . Ptas. 15.

Juicio de D. Marcelino Menéndez y Pelayo acerca de esta importantísima obra:

Sr. D. Julio Cejador y Frauca.

Muy Sr. mío y de todo mi aprecio: Felicito á V. sinceramente por la publicación de su GRAMÁTICA GRIEGA, de la cual ha tenido la bondad de remitirme un ejemplar. En mi humilde parecer, esta obra significa el principio de una nueva era para los estudios helénicos, hoy tan decaídos entre nosotros.

Aventaja mucho, en método y copia de doctrinas, **á todas las Gramáticas** publicadas en España, y no creo que quede deslucida en comparación con las extranjeras. Su autor se muestra enterado de todos los progresos de la filología clásica, y esto no de un modo atropellado y superficial, sino con pleno y maduro conocimiento, y con la habilidad necesaria para adaptar los resultados de esta investigación al estado actual de nuestra cultura.

La creo más útil para la enseñanza que la de Curtius, y más completa en algunos puntos.

Si la obra de V. llega a introducirse en nuestras escuelas, creo que ha de producir excelentes frutos, á pesar del corto tiempo que se dedica á esta clase tan fundamental.

De V. affmo. s. s. q. b. s. m.

M. Menéndez y Pelayo.

COLECCIÓN DE AUTORES CATÓLICOS

(CON LICENCIA DEL ORDINARIO)

VOLUMEN I

FISONOMÍAS DE SANTOS

por *Ernesto Hello*, traducción del francés por *Juan Maragall*.

Magnífico tomo en 8.° mayor, de compacta y abundante lectura, esmeradamente impreso con tipos nuevos.—En rústica. **Ptas. 3.**

Ricamente encuadernado en tela inglesa flexible, monogramas dorados, puntas redondas, corte rojo pulido. . . . . **Ptas. 4.**

«Es un libro de Santos, y, sin embargo, no es una colección de vidas de Santos. En un preámbulo que para la traducción del libro de Hello ha hecho el señor Maragall, dice el carácter especial de la obra: «**Las Fisonomías de Santos forman en conjunto un libro genial y modernísimo**; y esto no solo por los caracteres del alma del autor que acabamos de apuntar, sino también, y muy principalmente, por el procedimiento. No son vidas de Santos, sino, el título lo indica, **Fisonomías.** Toma Hello el rasgo dominante de cada santidad, lo señala, lo marca profundamente, hasta lo exagera, subordina á él toda la vida y la obra del Santo, lo compara con los de otros afines ú opuestos, y después manda, por decirlo así, el Santo á la Gloria, dejando indeleble su expresión en nuestra alma.» Este párrafo que copiamos nos da hecho el trabajo de indicar la índole del libro, restándonos sólo añadir que en él, y en la forma indicada, se trata en otros tantos capítulos de los Reyes Magos, la Conversión de san Pablo, san Juan Crisóstomo, san Francisco de Sales, Simeón y Ana la profetisa, san Pafnucio, santa Francisca Romana, san Gregorio el Grande, san Patricio, san José, san Ezequiel, san Jorge, san Pedro Celestino, san Felipe Neri, san Antonio de Padua, San Leufredo, san Juan Bautista, san Goar, san Elías, santa Ana, santa Elena, La Invención de la Santa Cruz, san Bernardo, san Agustín, santa Catalina de Génova, san José de Cupertino, san Dionisio, santa Teresa, san Judas, san Juan de Mata y san Félix de Valois. Además dedica tres capítulos á los privilegios y Fin de Marzo y al mes de Julio. Es, en resúmen, un **hermoso libro recomendable por todos conceptos.**»

(*El Correo Español.*—Madrid, 23 de Noviembre de 1899.

VOLUMEN II

OBRAS ESCOGIDAS

por *Madame Swetchine*, traducción del francés por *E. M.*

Un lujoso tomo en 8.° mayor, de iguales condiciones materiales que el anterior.—En rústica. . . . . **Ptas. 3'50.**

Encuadernado en tela. . . . . » **4'50.**

En la *Censura Eclesiástica* que precede á este notable libro, se lee:

«Hija benemérita de la Iglesia católica podemos llamar á la ilustre autora de este libro, por el acendrado catolicismo que reina en todos sus capítulos y por el fervor comunicativo con que están escritas todas sus páginas. Pensadora de buena ley, comunica al lector, en forma agradable, propia suya, genial, la convicción, que por la fuerza del raciocinio adquirió, de las ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dades de la religión católica. No dudo, pues, en afirmar que la **atenta lectura de dicho libro** ha de ser para las almas semilla de bendición que **dará frutos de vida eterna**».

Con el brillante estilo que tan acertadamente indica la anterior censura, y con una profundidad de concepto **superior á todo encomio**, trátanse en el precioso volumen las materias siguientes: *La Urbanidad, Nunc dimittis, Tratado de la vejez, Tratado de la resignación, la Verdad del Cristianismo, La Piedad en el Cristianismo, El precepto y el consejo, Oraciones varias, Meditaciones acerca de Las Postrimerías del hombre, El Buen Pastor, Las Bienaventuranzas, La Unión de María con Jesús, El Cantar de los Cantares, la Sagrada Hostia* y cuatro **sorprendentes capítulos** de *Pensamientos religiosos, morales, filosóficos, sociales, políticos*, etc., que rebosan talento y observación agudísima y rivalizan con las mejores frases de los más profundos pensadores católicos. No cabe, en los reducidos límites de un anuncio, hacer un juicio detenido de tan hermoso libro que, en bien de todos, desearíamos fuese popular en España como lo es en Francia y en casi todas las naciones de Europa, donde se han hecho, y continúan haciéndose, repetidas ediciones.

VOLUMEN III

LOS MANDAMIENTOS EXPLICADOS

SEGUN LA DOCTRINA Y LAS ENSEÑANZAS DE LA IGLESIA CATÓLICA

por el *R. P. Arturo Devine, Pasionista*, traduccion del inglés por *Juan Gili.*

Un magnífico tomo en 8.º mayor de 594 páginas, de nutrida lectura.

En rústica. . . . . **Ptas. 5'50.**

Encuadernado en tela. . . . . » **6'50.**

«Es libro de admirable método expositivo, de una riqueza de doctrina tal, que ha de satisfacer al más exigente; de mucha claridad en el desarrollo del plan, y, en fin, **la obra mejor y la más útil** para quien desee tener á mano **una moral completa** y un guía inmejorable para aprender, ó enseñar á los demás, todo lo que concierne á los mandamientos divinos. He aquí un libro que puede valer muchísimo á los sacerdotes para exponer á los fieles la parte más fundamental de la moral cristiana de un modo fácil y fecundo, y que es de importancia suma á toda familia religiosa para que con la lectura de tal libro logre inculcar en su corazón y en el de sus hijos los santos preceptos del Decálogo.»

(*La Ciudad de Dios*, Madrid, 5 Octubre 1901.)

«Es un tratado expositivo como pocos del Decálogo cristiano, y se halla en él toda suerte de explicaciones sobre las materias más de actualidad, que pueden ofrecer duda á la conciencia del buen cristiano. La sección, por ejemplo, del primer mandamiento, relativa á las prácticas espiritistas é hipnóticas, hoy tan en moda, no la hemos visto en libro alguno expuesta como en la obra que nos ocupa, y le merece por sí sola preferente lugar en la biblioteca manual de todo sacerdote, profesor ó profesora de colegio, ó simplemente seglar instruído. Creemos que **muy en breve será libro de consulta** en manos de todo el mundo.» F. S. y S.

(*Revista Popular*, Barcelona, 14 Agosto 1901).

VOLUMEN IV

PRINCESA CAROLINA IWANOWSKA DE SAYN WITTGENSTEIN

LA VIDA CRISTIANA

EN MEDIO DEL MUNDO Y EN NUESTRO SIGLO

Lecturas prácticas, coleccionadas, revisadas y publicadas

por *Enrique Lasserre.*—Versión castellana de la 12.ª edición francesa por *Gustavo Gili y Roig.*—Segunda edición, notablemente corregida.

En rústica, ... **Ptas. 3'50.**

Encuadernado en tela. . . . . » **4'50.**

«Este libro es un **reformador cristiano muy útil** en nuestra época. Delicada y noblemente enciende el alma á la práctica de la verdadera virtud y propia abnegación. Con un criterio seguro, natural, nada exagerado y enteramente católico penetra en lo más oculto de nuestros corazones para remover y hacernos ver afectos y apreciaciones torcidas, por tales no tenidas por muchos católicos, pero que en realidad malean muchas de nuestras acciones y las privan de todo mérito delante de Dios.»

(De la *Censura Eclesiástica*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Desde que vió la luz la *Introducción á la vida devota* no se ha publicado ningún libro que interese tan vivamente al corazón humano.»

L'ABBÉ GARNIER.

(*Le peuple français*, París, 20 Julio 1895).

«LA VIDA CRISTIANA llegará á ser el *Vademecum* de las familias cristianas; su lectura repetida nos moverá siempre á la práctica del bien...»

E. DENISET.

(*Semaine religeuse*, de Chalons).

«Acerca de la *vida con Dios*, *la vida consigo mismo* y *la vida con el prójimo*, contiene páginas sorprendentes, análisis psicológicos muy hondos, siendo especialmente de notar, en la segunda parte, dos capítulos sobre el *tedio*, que merecen llamar la atención en grado sumo.»

L'ABBÉ NAUDET.

(*Le Monde*, París, 13 Julio 1895).

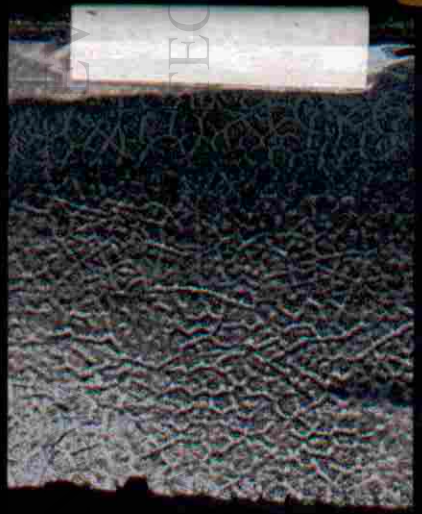
«Estas conferencias prácticas tendrán su sitio marcado en todos los hogares; los padres cristianos encontrarán en ellas un verdadero tesoro de sabiduría, que llevará la luz á las inteligencias, la ardiente caridad á los corazones, la concordia á los hogares, la paz de cada uno con todos, la verdadera noción del Cristianismo á las almas, la dirección normal de la vida á las voluntades.»

(*Polybiblion*, París, Marzo de 1896).

«En el fondo es un libro piadoso, una especie de manual de la mujer cristiana,—muy útil también á los hombres,—en medio del mundo. Pero este libro de piedad no es banal y mucho menos monotono. No se hallan en él efusiones místicas y vagas, oraciones jaculatorias y metáforas devotas; pero en cambio contiene un fondo de piedad y aún de teología muy sólido, muchas observaciones sorprendidas en lo más íntimo, una gran penetración psicológica, mucha rectitud moral, y sobre todo un criterio notabilísimo y muy juicioso.»

JEAN LACOSTE.

(*Gazzette de France*, París, 4 Agosto 1895).

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS